CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

5


MAS DE MEDIO SIGLO SIRVIENDO A MEXICO
EDIFICIO DE "LA NACIONAL", CIA. DE SEGUROS SOBRE LA VIDA, S.A. CONSTRUIDO POR EL ARQ. MANUEL ORTIZ MONASTERIO, EN LA ESQUINA DE JUAREZ Y LOPEZ, DE LA CIUDAD DE MEXICO.
LA ESTRUCTURA DE ACERO DE ESTE EDIFICIO PESA 878 TONELADAS Y FUE FABRICADA EN NUESTRA PLANTA EN MONTERREY, CON NUESTROS PROPIOS PERFILES ESTRUCTURALES.
LAS ESTRUCTURAS DE ACERO TIENEN LAS VENTAJAS, EN SUELOS COMO EL DE LA CIUDAD DE MEXICO, TANTO DE SU SOLIDEZ COMO DE SU PESO MENOR QUE EL QUE REQUIEREN OTROS TIPOS DE ESTRUCTURAS.



★ ★ ★ ★ **EL DICCIONARIO ENCICLOPEDICO que ofrece la más amplia y documentada información sobre HISPÁNOAMERICA** ★ ★

El DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA es el primero que ha dedicado una atención preferente a Hispanoamérica, en sus múltiples aspectos y valores. No obstante, esto se ha realizado sin que deje por ello de ofrecer un contenido universal tan amplio y exacto como en el mejor y más completo de los diccionarios, incluso de aquellos que constan de un número considerablemente mayor de tomos. Estas características excepcionales han sido posibles, porque el DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA, que es la obra de máxima importancia en el género publicada en toda la América de lengua española, ha sido concebido y editado íntegramente —para orgullo nuestro— en México. Por esta circunstancia, todo cuanto en el mundo hispanoamericano posee un verdadero interés y resulta necesario para su más perfecto conocimiento y comprensión, se encuentra en la obra con una amplitud y veracidad hasta ahora no logradas. Como lógica consecuencia, y merced al trabajo entusiasta y persistente de sus redactores y colaboradores, se ha conseguido que el léxico, la Geografía e Historia, el acervo biográfico y artístico hispanoamericanos figuren en el DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA con una calidad y abundancia extraordinarias, que abarcan todos los aspectos antiguos y modernos y lo convierten en la obra que más se identifica con el espíritu y con la vida de Hispanoamérica. Así mismo, el contenido universal de este Diccionario, el único rigurosamente al día de cuantos existen en lengua castellana, ha sido objeto de una escrupulosa elaboración, ya que cada uno de sus artículos se ha redactado teniendo a la vista las fuentes originales de mayor solvencia y con una ponderación y objetividad que excluyen todo lo superfluo y permiten compararlo ventajosamente con las obras más importantes de su género editadas en el mundo entero. Por todo ello, se ha realizado sin duda una labor de primordial trascendencia, que a todos ha de satisfacer y a todos proporcionará inestimables servicios culturales, ya que este Diccionario puede adquirirse además con unas facilidades de pago nunca ofrecidas, que no suponen esfuerzo económico alguno para nadie.

SOLO $ 45 AL MES

MAS DE MEDIO MILLON DE VOCES
13000 PAGINAS - 20000 GRABADOS
400 MAPAS - 400 LAMINAS - 10 TOMOS

En sus diez tomos, con más de 500,000 entradas, gracias a su cuidada redacción y al tipo de letra, fundido expresamente para esta obra, ha sido posible incluir la totalidad del léxico castellano, enriquecido con abundantísimo número de americanismos, y cuanto de interés científico, artístico, literario, filosófico, geográfico . . . se ha producido en el mundo hasta el momento actual. Cientos de mapas y láminas, a todo color y en negro, así como más de 20,000 ilustraciones que avaloran sus páginas, constituyen por sí solas una monumental enciclopedia gráfica, en la que se conjugan estéticamente amenidad y valor didáctico. Por todo cuanto le hemos dicho, el DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA, además de ser el más exacta y ampliamente documentado sobre Hispanoamérica, es un diccionario de hoy, al día en todos sus aspectos y nuevo por su presentación y por su contenido.



DICCIONARIO ENCICLOPEDICO
UTEHA

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS
EDITORIAL GONZALEZ PORTO
AV. INDEPENDENCIA, 10 - APDO. 140-BIS - TEL. 12-55-88, 13-26-30, 35-58-18 - MEXICO, D. F.

EDITORIAL GONZALEZ PORTO
Apartado 140 - Bis México, D. F.

Sírvanse remitirme el folleto descriptivo del DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA, dándome a conocer también sus condiciones de pago.

Nombre ____________________
Domicilio ____________________
Localidad ____________________
Estado ____________________



CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XIII VOL. LXXVII

5

SEPTIEMBRE - OCTUBRE
1954

MÉXICO, 1º DE SEPTIEMBRE DE 1954

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F., CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 5 Septiembre-Octubre de 1954 Vol. LXXVII

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

PRESENCIA DEL PASADO

Nuestro Tiempo

EL CASO DE PUERTO RICO

Por *Antonio J. COLORADO* y *Arturo SANTANA*

EL EXTENSO artículo (56 páginas) del señor Carlos Urrutia Aparicio titulado "Puerto Rico, América y las Naciones Unidas", publicado en el número de enero-febrero de este año de *Cuadernos Americanos,* presenta una solución tan simplista como superada a los varios aspectos del problema de Puerto Rico.

Viene a decir, en síntesis, que los problemas de Puerto Rico quedarían resueltos si los puertorriqueños se separan de los Estados Unidos para constituir una república independiente.

En el aspecto político inmediato mantiene la tesis del Partido Independentista Puertorriqueño: El Estado Libre Asociado no es tal, sino una forma más de coloniaje, que modifica levemente la anterior situación de nuestras relaciones con los Estados Unidos y que, desde luego, no supone una forma de *self-government* para nuestro país, sino la afirmación de un *statu quo* colonial.

En el orden cultural, nos advierte contra la asimilación y, por lo tanto, la pérdida de nuestra personalidad y nuestra cultura de pueblo hispano, ya muy deteriorada —según él— y en mayor peligro de absorción hoy más que nunca debido a que el actual *status* nos liga más "al gigantesco pulpo que domina [nuestra] nacionalidad".

La cuestión económica la despacha el señor Urrutia Aparicio en pocas palabras. Para él, se trata simplemente de que los puertorriqueños opositores de la independencia o no se dan cuenta o no quieren darse cuenta de que "la independencia política es el único medio de que dispone el pueblo de Puerto Rico para huir de la explotación de que es víctima por ciertas determinadas compañías estadounidenses; no [quieren] reconocer tampoco que la emancipación política no es una barrera sino una solución de los problemas de la sobrepoblación y la ausencia parcial de materias primas".

Empezamos por notar que, si bien en los dos anteriores aspectos de nuestro problema, el articulista elabora un argumento (ya veremos cuán frágil) y trata de sustentarlo con nutridas citas y largas digresiones, en éste de lo económico no lo hace. Da sencillamente por probada su afirmación, como si se tratara de un axioma, más aún: de un dogma que no necesita prueba. Verdad es que todo el artículo, desde el principio al fin, adolece de esa naturaleza dogmática. El señor Urrutia Aparicio cree una cosa, tiene un prejuicio y va derecho a demostrar lo que cree y ha prejuzgado. La "prueba" la acomoda atropelladamente. Mucho más que un análisis o un "estudio" como dice el autor, su obra es una pieza de propaganda, un alegato partidista, al que fácilmente se le ven las costuras, no ya sólo en lo que dice sino en lo que, inexplicablemente, deja de decir.

El escrito está plagado de inexactitudes, medias verdades o verdades a medias, omisiones injustificadas, citas de una parte y no de la otra, citas sin importancia de escritos importantes que no leyó en su fondo. Un caso concreto de esto último es su cita de la *Ojeada al proceso histórico de Puerto Rico,* por el historiador Arturo Morales Carrión. Esta obra de Morales Carrión es una meditada y bien fundada refutación de la tesis del señor Urrutia Aparicio; sin embargo, sólo la cita en una cuestión de detalle sin importancia que el autor de la *Ojeada* dice *en passant* sobre la Revolución de Lares.

Cosa todavía más condenable hace el señor Urrutia Aparicio con el estudio del doctor Pedro Muñoz Amato sobre la actitud del Congreso de los Estados Unidos con respecto a nuestra Ley de Constitución y Convenio, publicado en el número de enero de *The Annals* del pasado año. De este escrito saca el señor Urrutia Aparicio una conclusión terminante que no está contenida en el mismo, pues el señor Muñoz Amato se refiere a la interpretación que le dieran o le pudieran haber dado los congresistas a la mencionada Ley, y no a la que podría darle un tribunal de jurisprudencia capacitado o a la que le da el pueblo de Puerto Rico. Tan es así que el citado autor en el párrafo inicial dice textualmente que "el sentido real de la nueva relación política entre Puerto Rico y los Estados Unidos está aún por aclararse". Pero aparte de eso, el número de *The Annals* que el señor Urrutia Aparicio tuvo en sus manos, contiene veintiún artículos escritos por especialistas, norteamericanos y puertorriqueños, precisamente sobre los temas de la

mayor actualidad e importancia para los problemas de que habla el señor Urrutia Aparicio, los cuales ni cita ni considera para nada aun cuando arrojan clarísima luz sobre los asuntos que él trata.

Otros extremos de lo que afirmamos son los siguientes: el señor Urrutia Aparicio cita lo sostenido por Albizu Campos y Vicente Géigel Polanco a los efectos de que el Tratado de París es nulo *ab initio;* pero no dice una sola palabra de la refutación de esa tesis por el jurisconsulto puertorriqueño José López Baralt. Cita Urrutia Aparicio el discurso de Concepción de Gracia con motivo del homenaje a Martí en nuestras Cámaras Legislativas; pero se cuida muy bien de no mencionar siquiera la brillante contestación del Representante Popular Jorge Font Saldaña a Concepción de Gracia.

Dice el señor Urrutia Aparicio que para "los tiempos" de la Revolución de Lares (1868), "Cuba estaba en plena lucha patriótica" y que "muchos puertorriqueños, entre ellos Pachín Marín y Rius Rivera, empuñaron las armas para acabar con el yugo peninsular". No es así. Esto último ocurría unos treinta años después de la Revolución de Lares.

El señor Urrutia Aparicio mancomuna a José de Diego con Ramón Emeterio Betances y con Eugenio María de Hostos, para decir que "formaban la columna vertebral del movimiento del siglo pasado". Error: De Diego nace en el 66; Betances tenía cerca de 40 años más que De Diego, y Hostos casi treinta. La obra de De Diego comienza cuando termina la de estos dos paladines.

Dice el señor Urrutia Aparicio que el régimen militar de los Estados Unidos en Puerto Rico duró dos años. Error: duró año y medio. Dice que a Puerto Rico llegaron "con contadas excepciones, exponentes de la burguesía y la clase media de España", evidentemente en contraste con otras colonias españolas. Error: aquí la inmigración española no tuvo ese carácter especial. Ese tipo de gente llegó muy posteriormente (con motivo del movimiento libertario) de Venezuela, Haití, Santo Domingo, otras partes de Tierra Firme y hasta de La Florida.

Califica el señor Urrutia Aparicio al Lic. Rafael Arjona Siaca de "notable político, jurista e historiador". El señor Arjona Siaca es un abogado, senador del PIP; pero no es un historiador. Dice Urrutia Aparicio que el Acta Fóraker fue aprobada en "sesión conjunta del Congreso Federal" de los Estados Unidos. Error: El Congreso Federal no aprueba legislación al-

guna en sesión conjunta. Podríamos multiplicar los ejemplos, pero basta con lo anterior.

Estos detalles no tienen mayor importancia. Pero son indicativos del descuido con que escribe el señor Urrutia Aparicio. Es de suponerse que una persona que construye un andamiaje argumentativo de las pretensiones del que él nos presenta, debe ser más cuidadoso con lo que dice.

PERO vamos ahora a entrar en el fondo de la cuestión. Afirma el señor Urrutia Aparicio "que la pequeña y débil economía puertorriqueña" ha sido *completamente absorbida* por los Estados Unidos" y, casi a renglón seguido, "que no hay duda que durante los primeros años de vida independiente *se resentiría un tanto* la economía insular, tratando de deshacer los *fuertes y poderosos vínculos* que [la] atan con los Estados Unidos". (Bastardilla nuestra).

Los dos términos de esta proposición no pueden ser ciertos. Si la débil economía puertorriqueña ha sido *completamente absorbida* por los Estados Unidos y la atan a éstos *fuertes y poderosos vínculos,* no vemos cómo, al separarse Puerto Rico de los Estados Unidos, sólo se va a resentir un tanto nuestro sistema económico.

Esta cuestión se ha estudiado a fondo, tanto por peritos y estadistas puertorriqueños como norteamericanos. Remito al señor Urrutia Aparicio el estudio de Ben Dorfman, *La economía de Puerto Rico,* Comisión Arancelaria de los Estados Unidos, 1946. Esta obra considera la situación económica de Puerto Rico bajo los tres posibles *status:* independencia, Estado Federado y dependencia. El economista puertorriqueño Rafael de Jesús Cordero ha hecho también cuidadosos estudios sobre el problema económico. De él pueden consultarse: *La economía de Puerto Rico y sus problemas* y *El progreso económico de Puerto Rico en los últimos 50 años,* aparte de considerable número de escritos en la prensa de nuestro país. Obra muy anterior a todas éstas pero que plantea y estudia el problema económico con relación al comercio libre entre Puerto Rico y los Estados Unidos, es el folleto de Darwin DeGolia, publicado en 1936, titulado *Problemas tarifarios de Puerto Rico.* Finalmente, está el monumental estudio de Harvey S. Perloff, publicado en 1950 bajo el patrocinio de la Universidad de Puerto Rico·

The Economic Future of Puerto Rico (de esta obra como de la de Dorfman hay traducción española).

Aparte de todo lo anterior, están los mensajes del señor Muñoz Marín a las Cámaras Legislativas de Puerto Rico sobre estos problemas, sus discursos y artículos al país y sus estudios publicados en revistas serias de ciencia política en los Estados Unidos. No nos explicamos por qué, si el señor Urrutia Aparicio quería enterarse bien de nuestros problemas para opinar sobre ellos, excluye tan notoriamente todo cuanto pudiera afectar su dogmática posición. No nos parece razonable citar *in extenso* a Concepción de Gracia y otros, y silenciar casi totalmente a Luis Muñoz Marín y a los que apoyan su pensamiento político.

Nuestra posición, justificada por los datos y fundamentada en los estudios citados, ha sido que la supresión del comercio libre, así como también la de otras relaciones de tipo fiscal y administrativo con los Estados Unidos, causaría un desastre económico de tal intensidad que, cuando menos, reduciría el nivel de vida de Puerto Rico a términos insostenibles. Hemos dicho *ha sido* porque precisamente en gracia a que se han mantenido esas relaciones es que hemos podido comenzar una reforma básica de nuestro orden económico como para ir reduciendo cada vez más la dependencia económica y poder hoy abrigar esperanzas bien fundamentadas de llegar a valernos, en ese orden, por nosotros mismos. Esto se le ha explicado claramente al pueblo de Puerto Rico. Y el pueblo lo ha entendido, como lo prueban las repetidas ocasiones en que ha votado libre y abrumadoramente en apoyo de esa posición.

Nos adelantamos a decir, apurando el argumento, que si para subsistir económicamente el pueblo de Puerto Rico tuviera que entregar su dignidad, su libertad y su personalidad de pueblo, habría que buscar otra salida aun a riesgo de grande sufrimiento general. Pero éste no es el dilema, según nos proponemos demostrar con hechos conocidos de todos en Puerto Rico y fuera de aquí, durante el curso de este trabajo si el lector tiene la paciencia de seguirnos.

AFIRMA el señor Urrutia Aparicio que el Congreso Federal de los Estados Unidos modificó seriamente la Constitución del Estado Libre Asociado de Puerto Rico. No la modificó seriamente. Veamos:

En la Sección 5 que trata de la gratuidad y obligatoriedad de la asistencia a las escuelas públicas, el Congreso Federal pidió que se hiciera una aclaración a efecto de que *no* se entendiera que el Estado obligaba a los niños a no asistir a otras escuelas que no fueran las públicas. Es evidente que no fue en ningún momento la intención del legislador puertorriqueño prohibir o impedir en forma alguna la asistencia de quienquiera a las escuelas privadas.

El Congreso de los Estados Unidos sugirió que se eliminara la Sección 20 de la Carta de Derechos. Esta sección, en realidad, no creaba derechos ni obligaciones. Era un mero reconocimiento de la existencia de ciertos "derechos" llamados humanos, como el de obtener trabajo, disfrutar de un nivel de vida adecuado, recibir protección social en el desempleo, la enfermedad, la vejez, etc.

Todo cuanto allí se decía puede hacerlo Puerto Rico —mucho está haciendo ya— si posee los medios para ello. En ausencia de éstos, al Congreso le pareció que Puerto Rico no debía de aparecer comprometiéndose a algo que por el momento no podía cumplir, y que pudiera, por lo tanto, interpretarse como obligación del Congreso de los Estados Unidos, incurrida al ratificarse el Convenio.

Finalmente, la otra modificación pedida por el Congreso y aceptada por Puerto Rico, se refiere a la Sección 3 del Artículo VII. Dice la Seción 3: "Ninguna enmienda a esta Constitución podrá alterar la forma republicana de gobierno, que por ella se establece, o abolir su Carta de Derechos". El Congreso pidió que se añadiera: "Cualquier enmienda o revisión a esta Constitución deberá ser compatible con la resolución decretada por el Congreso de los Estados Unidos aprobando esta Constitución, con las disposiciones aplicables de la Constitución de los Estados Unidos, con la Ley de Relaciones Federales con Puerto Rico y con la Ley Pública 600 del Congreso Octagésimoprimero, adoptada con carácter de convenio".

Es claro que no estuvo nunca en el ánimo del legislador puertorriqueño que debiera ser de otra forma. El primer extremo de los que apunta el Congreso, está reconocido explícitamente en la aludida sección; y los demás es obvio que lo están implícitamente. La modificación es una mera redundancia aclaratoria.

Un punto de capitalísima importancia en esto de la Ley de Constitución y Convenio que los opositores de Muñoz Marín

rehuyen siempre, es el de que la Ley de Relaciones Federales (Estatuto de Relaciones), que se refiere a asuntos de relación económica, fiscales y otros, antes unilateralmente impuesta por el Congreso a Puerto Rico, está aceptada ahora por la voluntad del pueblo puertorriqueño libremente expresada en las urnas. Ya veremos cuales son las importantes implicaciones de esto para la vida y el desarrollo de Puerto Rico.

Es evidente, y nadie lo niega, que el Estatuto en cuestión puede mejorarse y se mejorará sin duda; pero sustancialmente mantiene aquellas relaciones que en su gran mayoría y en esencia son beneficiosas y, más aún, necesarias al desarrollo de la vida material en Puerto Rico.

En este punto viene a cuentas examinar la situación del actual *status* político de Puerto Rico. Es falsedad afirmar que Luis Muñoz Marín y sus seguidores quieren mantener el *statu quo* en Puerto Rico. Si alguien ha cambiado ese *statu quo* más que nadie antes en los últimos años, es precisamente Muñoz Marín. Y estamos seguros de que en ningún momento dejará de trabajar paciente y sensatamente, para seguir modificándolo en beneficio de su pueblo. Muñoz Marín sostiene que el *status* de Estado Libre Asociado es en esencia permanente. Esto ha sido mal interpretado por los opositores del señor Muñoz Marín. Muñoz Marín no ha dicho, desde luego, que el pueblo de Puerto Rico no pueda cambiarlo por otro si quiere. Lo que afirma es que el Estado Libre Asociado no es un término medio, ni una vía para la independencia o la estadidad federada. Es algo en sí mismo, que tiene características propias y posibilidades de ampliación y desarrollo. Muñoz Marín sostiene que si bien resulta conveniente para el pueblo de Puerto Rico desarrollar las posibilidades de esta forma de *status* político, no sería conveniente para los altos intereses de ese pueblo separarse de los Estados Unidos a fin de constituirse en una república independiente; o solicitar que se le acepte como un Estado Federado dentro de la Unión de los Estados Unidos.

Fue precisamente de este dilema que el pensamiento político de Muñoz Marín sacó al pueblo de Puerto Rico, y lo orientó hacia una nueva forma que no supone ni la asimilación sociológica y la dificultad económica de la estadidad federada, ni el desastre económico y desvalimiento de la separación. Es de notarse que esta forma de *status* político ha sido sancionada por el pueblo de Puerto Rico en todo un proceso electoral que incluye la aceptación de la Ley 600, la elección de los miembros

de la Constituyente para redactar la Constitución, y la aprobación y ratificación de ésta (es de notarse, que los cambios sugeridos por el Congreso de los Estados Unidos a la Constitución pudieron haber sido rechazados por la Convención Constituyente, si ésta rechazaba la Constitución en su totalidad y redactaba otra. Pero la Constituyente, por las razones indicadas, los aceptó y éste fue el último acto del proceso, salvo el de izar la bandera de Puerto Rico y declarar vigente el nuevo *status*).

La proposición se originó con Puerto Rico, la Constitución se redactó en Puerto Rico por puertorriqueños, en amplia y libre discusión; y se hizo, en último análisis, lo que Puerto Rico ha querido por medio de su legítima representación de mayoría, con respeto y consideración y participación de las minorías.

Plantea el señor Urrutia Aparicio la cuestión de la interpretación o significado y alcance de este *status* político. En apoyo de su tesis de que no ha habido cambio fundamental alguno, cita lo que dijeron algunos congresistas al discutir la Ley; las arengas del Presidente del PIP; cita a Marcantonio (el ex-representante filocomunista en el Congreso) y hasta al senador Johnston, el "amigo" del opulento contratista Long, quien se jactó de que invertiría una fortuna en destruir a Luis Muñoz Marín.

Todas estas cosas las sabemos ya de memoria. Como sabemos también que los propios puertorriqueños interesados en la aprobación del proyecto por el Congreso no podían hacer otra cosa que atenuar la importancia del mismo entonces, por razones de táctica política y para evitar que la torpeza y la incomprensión y el conservatismo pudieran dar al traste con aquel gran paso. . . Como casi estuvo a punto de suceder por la malévola intervención de Johnston (si no es nada fácil completar un convenio entre unos cuantos diplomáticos avezados discutiendo alrededor de una mesa, ¡imagínese la empresa que es hacer un convenio entre un Congreso y un electorado!).

Pero también sabemos, y escrito está, que en la Ley de Constitución y Convenio se habla de un *compact,* palabra cargada de tradicional respeto —Mayflower Compact— en los Estados Unidos; se habla, pues, de un pacto, un convenio, un acuerdo. Dice así textualmente: "Decrétase por el Senado y la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en Congreso, que reconociendo plenamente el prin-

cipio de gobierno por consentimiento de los gobernados, se aprueba esta Ley, con el carácter de un convenio *(in the nature of a compact)* de manera que el pueblo de Puerto Rico pueda organizar un gobierno basado en una Constitución adoptada por él mismo".

Las palabras, que firmaron de una parte los Estados Unidos, y de la otra, Puerto Rico, son clarísimas: se habla de reconocer plenamente (no a medias) el principio de gobierno por consentimiento de los gobernados, y se habla de un pacto, acuerdo o convenio. Para que exista pacto o convenio tienen que existir dos partes contratantes, reconocidas con capacidad para contratar. ¿Qué la interpretación que los Estados Unidos darían a eso es que pueden hacer en Puerto Rico lo que quieran, y modificar el Estatuto de Relaciones o la Constitución unilateralmente? Como cuestión de *poder,* pueden; como cuestión moral y de respeto a lo firmado, nuestra posición es que no lo harán.

Con todo, y aun admitiendo que los Estados Unidos violentaran la situación para cambiar las cosas unilateralmente ¿vamos a ser nosotros los puertorriqueños tan insensatos como para gritar a voz en cuello que sí, que así es, que el pacto nada significa? No. Quede eso para los que dicen defender la "soberanía" y la "personalidad" de Puerto Rico, y lo que hacen, de hecho, es rebajarla y denigrarla; y los que, por demás, detestan a los Estados Unidos hasta el punto de negarles generosidad y seriedad. Nosotros no. Cuando se suscite la cuestión, si es que llega a suscitarse, sabremos dónde estamos: en defensa de la razón y del Derecho y de la letra del convenio. Que los otros estén donde han estado siempre. . .

No se muestra el señor Urrutia Aparicio tan prolífero en la cita cuando ésta no cuadra a sus prejuicios, en ésta como en las demás partes de su voluminoso artículo. ¿Por qué no citó las palabras de Mason Sears, delegado de los Estados Unidos ante el Comité Especial de Territorios no Autónomos de la ONU al presentar al Dr. Antonio Fernós Isern, Comisionado Residente de Puerto Rico, el 28 de agosto de 1953, cuando aquel funcionario dijo: "Una característica muy notable de la nueva Constitución es que se llegó a ella dándole el carácter de un pacto entre el pueblo de los Estados Unidos y el pueblo de Puerto Rico. Un pacto, como ustedes saben, es mucho más fuerte que un tratado. Un tratado puede generalmente denunciarse por cualquiera de las dos partes, mientras que un

pacto no puede rescindirse por ninguna de las partes sin el permiso de la otra". Esta misma opinión la sostuvo el senador Butler en el Congreso de los Estados Unidos, a quien, incidentalmente, no cita en ese punto el señor Urrutia Aparicio.

Hay además un dictamen, en este mismo sentido, de la Corte de Distrito de los Estados para Puerto Rico que dice:

> Como una consecuencia jurídica necesaria de dicho pacto, ni el Congreso de los Estados Unidos ni el pueblo de Puerto Rico pueden enmendar unilateralmente la Ley 600 ni el Estatuto de Relaciones sin el consentimiento y la aprobación de la otra parte del pacto.

Sobre la naturaleza del Estado Libre Asociado, el señor Urrutia Aparicio cita principalmente (en sus propias palabras) a los *encarnizados opositores* de Muñoz Marín: Concepción de Gracia, Albizu Campos, Arjona Siaca, Vicente Géigel Polanco y, como si fuera poco, a Johnston y a Vito Marcantonio. ¡Vito Marcantonio, el único voto en contra de la Ley 600 en todo el Congreso!

A todos les regala Urrutia Aparicio con elogiosos ditirambos: eruditos, notables historiadores, dinámicos y abnegados, distinguidos políticos, juristas, etc.

De Muñoz Marín apenas si hace leves citas fuera de contexto, y es sólo para mal interpretarlas. ¡De Muñoz Marín, la persona que más ha pensado y mejor ha explicado el problema de Puerto Rico! Y la persona que tiene mayor respaldo en la opinión pública de nuestro país, no sólo en estos tiempos sino en todos los tiempos.

A Luis Muñoz Marín alude sólo para motejarlo con unos cuantos clisés tan peyorativos como absurdos. Dice: "O bien pudiera ser, como arguyen los opositores del Gobernador, que él representa a los mejores intereses políticos y económicos de los Estados Unidos. Ya lo dirán los años. . .". Los años, señor Urrutia Aparicio, no dicen mentiras.

Veamos otra frase del señor Urrutia Aparicio: ". . .son los intereses económicos —dice— los que dirán, mientras el actual Gobernador siga manejando la cosa pública, si la evolución política de la Isla debe o no permanecer estancada". Si el señor Urrutia Aparicio supiera algo de la historia de Puerto Rico, estamos seguros que no diría eso. Ha sido precisamente Luis Muñoz Marín quien destruyó en Puerto Rico el *poderío polí-*

tico de los intereses económicos. Él le quitó el poder político que usufructuaba el dinero. Por eso ha podido hacer lo que ha hecho: devolver al pueblo su fuerza y eficacia políticas. Eso es historia, y los años lo han dicho.

FLOJO anda, además, el señor Urrutia Aparicio en conocimientos sociológicos. Dice: "Difícil es imaginar el candor político del Gobernador cuando los años han confirmado la absoluta asimilación de que han sido objeto, por ejemplo, los pueblos de Texas y Nuevo México". Esto lo dice para refutar a Muñoz Marín en su afirmación de que, "Puerto Rico es hoy un pueblo hispanoamericano compuesto por buenos ciudadanos de Estados Unidos". El silogismo del señor Urrutia Aparicio es el siguiente: Puerto Rico es igual a Texas y Nuevo México; Texas y Nuevo México se han asimilado a los Estados Unidos; *ergo,* Puerto Rico se está asimilando y se asimilará pronto a los Estados Unidos. La premisa es falsa; falsa de toda falsedad. Puerto Rico no es Texas ni es Nuevo México. Estos dos Estados Federados de la Unión, son dos grandes extensiones de tierra, el primero inmensamente grande, contiguos al territorio de los Estados Unidos. En ellos apenas si había unos cuantos miles de habitantes y algunas "misiones" que no eran un pueblo, sociológicamente hablando, cuando pasaron a ser estados de los Estados Unidos. Los Estados Unidos, no tanto asimilaron como *colonizaron,* poblaron, aquellas extensiones. Puerto Rico fue descubierto, colonizado y poblado por España. En sus escasas 3,600 millas cuadradas de extensión viven hoy .. 2.250,000 habitantes —puertorriqueños, y esto es hispanoamericanos, y ciudadanos de los Estados Unidos— y es uno de los países más densamente poblados del orbe, impermeable a la absorción etnológica y, por ende, a la cultural. Ésa es la realidad, no la teoría. Puerto Rico es hoy tan hispano-indo-afroamericano o acaso más porque la potencia se ha traducido en acto, que lo que era en tiempos de España. Nuestro idioma, nuestra religión, nuestras costumbres y hasta nuestros vicios son de nuestro tuétano de pueblo. Tenemos vida propia, humilde si se quiere, pero nuestra. ¿Que hay influencia de los Estados Unidos? Pues claro que la hay. ¿Que se nos cuelan en nuestra lengua algunas palabras y giros y decires del inglés americano? Cierto. ¿Que con las cosas buenas nos vienen algunas ma-

las? Cierto. Dígame el señor Urrutia Aparicio, ¿adónde en la América nuestra no ocurre algo de eso? Pero nosotros estamos muy en guardia contra eso; y Luis Muñoz Marín más que nadie.

La tesis de Muñoz Marín es que se puede ser buen ciudadano de los Estados Unidos de América sin dejar por eso de ser buen puertorriqueño. Es más: como hispanoamericanos, como puertorriqueños tenemos algo que contribuir a la América del Norte y del Sur: la nota de nuestra personalidad, nuestra manera de ser. Si tratáramos de norteamericanizarnos, no lo lograríamos. A lo que sí acaso podríamos llegar es a hibridizarnos, pero no creo que haya peligro de eso a juzgar por lo que somos hasta aquí. Pero si podemos aprender algo del manejo de la técnica y algunas de las buenas costumbres políticas y sociales de los Estados Unidos, para superar nuestras limitaciones, seríamos unos tontos de capirote si no lo hiciéramos.

Nada de esto tiene que ver con el tan manoseado "puente" a que alude el señor Urrutia Aparicio. No queremos ser *puente;* no nos halaga que nadie nos pase por encima. Lo que decimos y lo que creemos es que queremos convivir, en la situación en que la geografía y la historia nos han colocado, con los pueblos amigos del Norte y del Sur. Y que estamos en condición de decirles, a unos o a otros, según venga el caso, que no es tan fiero el león como lo pintan ni tan manso el cordero.

SE refiere nuevamente el señor Urrutia Aparicio a la batallona cuestión de que para independizarnos económicamente, logrando un mejor nivel de vida para nuestras clases sufridas, debemos alcanzar primero la emancipación política; entiéndase, la independencia.

Debo hacer notar que eso mismo se pensaba aquí generalmente hasta hace tres o cuatro lustros. Me adelanto a señalar que entonces había cierta razón para pensar así, razón que hoy no existe.

Entonces la situación era otra; y nosotros éramos más ignorantes de lo que somos ahora sobre estas cuestiones. La situación era muy otra en cuanto a que los grandes intereses azucareros dominaban la vida política del país y, además, influían decididamente en la actitud de los Estados Unidos (o de su Gobierno) hacia nosotros. No teníamos tampoco entonces la real y eficaz libertad y determinación políticas de hoy. No diri-

gíamos como ahora nuestras escuelas y nuestra judicatura y nuestra hacienda y nuestra rama ejecutiva. Había una serie de funcionarios de nombramiento norteamericano que no eran responsables ante nosotros.

Éramos más ignorantes sobre estas cuestiones porque no nos dábamos cuenta exacta —como no se la da el señor Urrutia Aparicio ahora— de la situación real de Puerto Rico en el mundo y *vis a vis* los Estados Unidos. No nos dábamos cuenta, por ejemplo, de que el comercio libre entre Puerto Rico y los Estados Unidos habría de convertirse pronto en una relación casi imprescindible para la existencia de este pueblo en un nivel tolerable de vida y, además, en la principal posibilidad de mejorar nuestras condiciones. El mundo también era otro que lo que es hoy. La Segunda Guerra Mundial no había escindido al orbe en dos grandes núcleos de fuerza: Los Estados Unidos y las democracias occidentales, de una parte, y la Rusia soviética, de la otra. No se conocía entonces la bomba atómica. Ni sabíamos que es mayor la libertad *real* que el hombre de carne y hueso puede gozar en las grandes asociaciones que en los pequeños aislamientos.

El artículo del señor Urrutia Aparicio parece escrito por un Rip Van Winckle. . . Baraja unos conceptos y una ideología cuyo contenido ya no tienen la misma validez que pudiera haber tenido en el pasado. La soberanía, por ejemplo, considerada como un poder fuera del territorio nacional, es un mito si no hay fuerza material y económica para afirmarla. Digo la soberanía y no la nacionalidad, que ésta es el *ser pueblo*. Ésta, realidad sociológica, puede asociarse a núcleos de fuerza efectiva sin perderse ni diluirse, sino por el contrario para afirmarse y hacerse más valedera. El señor Urrutia Aparicio, que habla de que lo político no puede divorciarse de lo económico —lo cual es cierto rectamente entendido— disocia, por ejemplo, lamentablemente, la soberanía del poder material y económico, al asumir como un hecho que si Puerto Rico se separara de los Estados Unidos tendría *ipso facto* poder económico. La realidad resulta ser al revés, o sea que mucho, pero mucho, del poder económico que tenemos lo tenemos en gran parte en función de la relación que sostenemos con los Estados Unidos. Imagínese el señor Urrutia Aparicio que la caña de azúcar, el espinazo de nuestra economía, se vende en el mercado mundial a menos de lo que nos cuesta a nosotros producirla: imagínese que las nuevas fábricas industriales que hemos montado aquí

venden sus productos casi exclusivamente en los Estados Unidos, no en Puerto Rico. Es cierto que aquí hay algunos azucareros norteamericanos; pero no son tan indebidamente influyentes como, *mutatis mutandis,* otros que hay en varios lugares muy independientes; y, además, carecen de poder político otro que el que legítimamente les corresponde como ciudadanos. Tampoco influyen nada —y hoy menos que nunca— en el Congreso de los Estados Unidos para explotar a Puerto Rico como parece creer el señor Urrutia Aparicio, y como es muy posible que suceda con otros industriales en otros países amigos de nuestra América. En Puerto Rico, por ejemplo, se le han expropiado latifundios a corporaciones azucareras norteamericanas sin la protesta de los Estados Unidos que la política agraria ocasionara en Guatemala.

A algunos de estos intereses, el pueblo de Puerto Rico, con poder propio, efectivo y real, les expropió las tierras, y a todos les limitó su tenencia a 500 acres, en virtud de una ley que el propio Congreso Federal de los Estados Unidos puso desde el principio en nuestros estatutos mucho antes del Estado Libre Asociado. Se les pagó en buena moneda, y con esas tierras hemos creado fincas de beneficio proporcional para los trabajadores y predios para los que antes eran agregados sin tierra. Se hizo y se sigue haciendo, hasta donde lo permite la geografía, la reforma agraria del país.

El pueblo de Puerto Rico tiene además sus empresas públicas: de energía hidroeléctrica, de transporte, de acueductos y alcantarillado, de administración de tierras, de comunicaciones, un banco de fomento industrial otro banco de cooperativas, y una compañía de fomento económico. Y ha hecho y mantiene leyes protectoras del trabajo: salario mínimo, condiciones de trabajo, garantía del convenio colectivo, indemnización por accidentes, seguro contra el tiempo muerto en la caña, retiro para sus empleados y otras.

Y tiene un gobierno organizado con sus tres ramas: ejecutiva, judicial y legislativa de elección popular y libre. Componen el gabinete los Secretarios de Estado, de Justicia, de Salud, de Educación, de Obras Públicas, de Agricultura y Comercio, de Hacienda, de Trabajo, y todos, absolutamente todos, son responsables al pueblo de Puerto Rico que es quien los nombra. Los derechos personales están plenamente garantizados: libertad de palabra, de imprenta, de credos. A los comicios electorales concurren libremente los partidos organizados. Nuestro

sistema de votación es secreto y nadie puede votar más de una vez. El voto es limpio; ni hay quien lo venda, ni quien se atreva a comprarlo. Si atendemos a los últimos índices que reflejan el estado de nuestro pueblo, vemos cómo ha ido disminuyendo la mortalidad, hasta estar hoy en alrededor de 9, cifra propia de países altamente industrializados. Los índices de mortalidad por enfermedad se han reducido notablemente, algunos hasta desaparecer. El analfabetismo que era de más de 70 por ciento hace 50 años hoy es de menos de 24. El ingreso del país se ha duplicado casi en valor absoluto del dinero en el último decenio. Hemos logrado instalar más de 250 nuevas fábricas que dan trabajo a 30,000 operarios y que mueven acaso más de 35 millones de dólares en el país.

En cuanto a la situación cultural, tenemos 550,000 niños en las escuelas y 11,000 estudiantes en nuestra Universidad. Y entre los claustrales se encuentran profesores de la América Hispana, de Europa y de los Estados Unidos que nos ayudan a la obra que estamos tratando de hacer.

QUE el pueblo de Puerto Rico no tenga espíritu nacionalista, que exprese en comicios libres su voluntad contraria al separatismo, es algo que desconcierta y escandaliza a quienes sólo conciben la sociedad humana y la política mundial con rígido criterio ideológico, a través de una serie de dogmas entre los cuales figuran el de la "soberanía" y el de la "independencia". No compenden, o no quieren comprender, que el bienestar económico creciente y la eficaz garantía de los derechos humanos —de la libertad del individuo en todas sus formas— atraen mucho más como desiderátum político a los puertorriqueños que una "independencia" cuyos frutos desde aquel doble punto de vista no han sido nada brillantes en muchos de los países latinoamericanos. Un elemental conocimiento de las realidades contemporáneas, por lo demás, muestra que la "independencia" de las naciones —mucho más nominal que real es un mundo de rigurosa interdependencia— no asegura por sí misma la libertad de los hombres.

El espíritu público en Puerto Rico coincide de hecho con las siguientes consideraciones del renombrado escritor Emery Reves, en su obra *Anatomía de la paz:*

> El presente caos mundial no se ha producido porque esta o aquella nación no haya alcanzado la independencia política total. No habrá de disminuir en lo más mínimo si se crean nuevas unidades soberanas o se desmembran viejas estructuras interdependientes, como el Imperio Británico, que han revelado su capacidad de progreso económico y político.
>
> Si es que el mundo ha de ser convertido en un lugar tolerable para vivir, si es que hemos de lograr libertarnos de la guerra, debemos olvidar nuestro apego emotivo al ideal del siglo XVIII, al nacionalismo absoluto. En las condiciones actuales, él puede tan sólo engendrar miseria, terror, guerra y esclavitud.
>
> Lo cierto es que la pasión por la independencia nacional es un rezago de un pasado muerto. Esta pasión ha destruido la libertad de muchas naciones. Ningún período de la historia vio organizarse tantos Estados independientes como el que siguió a la guerra en 1919. En el término de dos décadas, el nacionalismo devoró a sus hijos; todas esas nuevas naciones fueron conquistadas y esclavizadas, junto con una serie de viejas naciones. Fue —esperémoslo— la última desesperada expresión de un ideal que las nuevas condiciones han vuelto anticuado, el último catastrófico intento de comprimir el mundo en un molde político que ha perdido su razón de ser.

Otra consideración de capital importancia es la siguiente. En esta era atómica el mundo ha llegado a una encrucijada en que la lucha entre fuerzas, potencias o coaliciones antagónicas no sólo no puede conducir a ninguna síntesis que presente una ventaja para el hombre, sino que sólo puede llevar a la irremediable destrucción de la civilización y aun a la extinción de toda vida en el planeta. Unirse o desaparecer: ésa es la actual opción para la especie humana.

Esto lo sentimos intuitivamente en Puerto Rico, y por eso no compartimos tendencia alguna a la división, al separatismo, al aislacionismo, a la desintegración; por eso vemos en la unión y en la armonía, no en la lucha, el único camino para la salvación del mundo. "La independencia —ha escrito hace poco Luis Muñoz Marín— era contraria además a una profunda corriente antiaislacionista que se observa a través de toda la historia puertorriqueña; los puertorriqueños tienen la virtud de poder creer prácticamente en cualquier forma de *expresión política de la confraternidad humana*".

AFIRMA el señor Urrutia Aparicio que Puerto Rico "está maniatado", en "posición colonial", y que es "el último pueblo hispanoamericano que lucha, contra tantos obstáculos, por su independencia". A este respecto cabe señalar en primer término la falta de sentido democrático que implica el confundir la minoría separatista con el pueblo de Puerto Rico. En comicios limpios y libres ese pueblo ha expresado su voluntad adversa a la "independencia", es decir a la ruptura de su asociación con los Estados Unidos. ¿Y contra quién, en segundo lugar, pretende el señor Urrutia Aparicio que el pueblo de Puerto Rico lucha por su independencia? No puede ser sino contra los Estados Unidos, que por hipótesis se la negarían. El mundo entero sabe hoy que no existe tal negativa. La declaración de Cabot Lodge, de fecha 28 de noviembre de 1953, es en ese sentido categórica e intergiversable:

> Estoy autorizado para decir a nombre del Presidente que si en cualquier momento la Asamblea Legislativa de Puerto Rico adoptare una resolución a favor de una más completa o una más total independencia, el Presidente recomendará al Congreso inmediatamente que conceda tal independencia.

El pronunciamiento de las Naciones Unidas a los efectos de que Puerto Rico ha alcanzado el grado de autonomía interna necesaria, según el artículo 73 (e) de la Carta, para que los Estados Unidos dejen de rendir informes anuales a su respecto a la ONU, representa el reconocimiento internacional de un hecho que el propio pueblo de Puerto Rico ha afirmado soberanamente al pronunciarse en las urnas por su actual *status* político.

El señor Urrutia Aparicio tiene gran empeño en aparecer como un ardiente defensor de la soberanía del pueblo de Puerto Rico. Pero, paradójicamente, demuestra en su artículo muy poca consideración por la voluntad de ese pueblo expresada una y otra vez por medio del sufragio libremente emitido. Porque hay que subrayar que en nuestra vida política, en nuestro régimen de libertades civiles e individuales y libre determinación popular, que constituyen acaso nuestro máximo logro a lo largo del siglo XX, el sufragio es total y absolutamente libre y secreto, con las más amplias garantías para los grupos minoritarios, tanto de expresión como de representación en nuestras Cámaras Legislativas.

El señor Urrutia Aparicio se muestra molesto porque el pueblo puertorriqueño, según sus palabras, se manifieste "tan reacio a la idea de la independencia". Hasta tal punto le extraña esto que construye unas teorías, casi todas traídas por los cabellos, para buscarle una explicación. Se pierde por las ramas sencillamente porque su dogma no le permite ir al tronco.

La verdad es que el pueblo de Puerto Rico, consultando sus más vitales intereses, se ha expresado en las urnas repetidas veces contrario a la separación de los Estados Unidos. No es que el pueblo de Puerto Rico sea tonto, falto de patriotismo o que ame las cadenas. Es, entre otras cosas ya mencionadas, *que no hay cadenas.* Nuestro pueblo, que debido a razones geográficas y demográficas, ha vivido en este siglo una muy angustiosa situación económica y social, ha llegado a la conclusión de que únicamente dentro de su trato de relaciones económicas y asociación política con los Estados Unidos puede resolver su problema de vida en un clima de dignidad y de libertad, y asegurar la permanencia de aquellos logros que hacen posible un nivel de vida decente, el cual, pese a la escasez de recursos materiales de nuestro país, cuenta entre los más altos de Hispanoamérica. Cree también la sólida mayoría de nuestro pueblo que de esa convivencia con los Estados Unidos ha resultado para el hombre en Puerto Rico un clima de libertades humanas e individuales, con muy escasos paralelos en nuestra América Española.

Quede claro, pues, que nuestro pueblo ama la libertad, la libre determinación, el ejercicio de sus prerrogativas políticas, como medios para labrarse un destino mejor, material y espiritualmente. Pero nuestro pueblo cree, además, que eso no está excluido de la amplia asociación con los Estados Unidos, sino que, antes por el contrario, ahí puede encontrar su máxima expresión y plena realización. Lo que hemos logrado hasta ahora indica que no anda descarriado el instinto del pueblo, que es, en última instancia, quien inspira a sus dirigentes.

EL cuadro que hemos trazado del Puerto Rico de hoy, incompleto y esquemático por cierto, mal se aviene, claro está, con el cuadro de los puertorriqueños *explotados bárbaramente, absorbidos culturalmente por el pulpo yanqui* que nos describe Carlos Urrutia Aparicio. Ni se aviene tampoco con el Puerto

Rico híbrido, desleal a sí mismo, yanquizado y dominado políticamente por intereses bastardos, que parece ver el mencionado señor Urrutia Aparicio.

Lo que hemos dicho aquí es fácilmente comprobable. Lo vio Figueres, lo vio Luis Alberto Sánchez, lo vio el Excmo. Señor embajador del Ecuador ante las Naciones Unidas, doctor Trujillo, como lo han visto y lo ven los hermanos de la Argentina, de Chile, de Cuba, de Santo Domingo, de Venezuela, de México, del Perú, de Costa Rica y de otros pueblos de América que han venido y vienen aquí con los ojos abiertos y al alma comprensiva. No merecen ellos los calificativos que les aplica el señor Urrutia Aparicio quien, estamos seguros, diría lo que ellos si aquí viniera en igual actitud.

AMÉRICA IRREDENTA

Por *Noel LLORENS*

EN EL recinto de la Cámara de Representantes del Congreso de Estados Unidos, han silbado las balas y corrido la sangre de cinco Diputados. ¿Subió tanto de punto la pasión política entre los Legisladores yanquis que —como ocurrió alguna vez en el Congreso de un país latinoamericano— la cuestión pasó de las palabras hirientes a los tiros homicidas? ¿O se armó la mano de un descendiente de Jefferson, enloquecido por el gravamen de tributos insufribles, para disparar su ira contra la exacción?

No tal. Las balas iracundas venían de muy lejos: de Puerto Rico; simbólicamente, de un país de América donde el miedo subvierte a los que ven postrado el cuerpo de la patria sin esperanza de redención; del único país latinoamericano sobre el cual ejercen, desde 1898, su soberanía indiscutible los Estados Unidos.

¿Qué miedo sobrecoge la conciencia de los puertorriqueños más sensibles, lanzándolos al extravío de la acción directa? Ni muerte, ni cárcel, ni ignominia temen. Temen por su patria; temen por América; temen por Repúblicas que viven sin cautela frente al espectáculo de un Puerto Rico en avanzado proceso de absorción por el Imperio Yanqui. La hiperestesia de saber que *se nos va* la patria; la persuasión de que no debe irse, de que puede salvarse; y el mutismo de pueblos que no gritan a Borinquen: *¡Vuelve!* y al Imperio: *¡Suelta!,* trabajan al nacionalista *en plan de guerra* por la libertad de Puerto Rico. Cuando el combatiente de una causa se siente sostenido en ella por la solidaridad de los que la comparten, su vocación de lucha desenvuélvese sin paroxismos, asistida de lleno por las fuerzas afines. Pero, ¿cuando el soldado mira en derredor, y se ve solo...? ¿cuando el campo de la lucha se le niega, porque el suelo mismo huye bajo sus pies...? Invade el pánico su mente... y el soldado se arroja, frenético, a la acción. Favoreciérale natura, *maniguas* le brindara donde guarecerse y allá se fuera él, y con

quinientos hombres estaría escribiendo el capítulo puertorriqueño de la libertad de América.

Querer y no poder. . . Tal es la tragedia del soldado de la causa de Puerto Rico. No pudiendo en su tierra —porque allí no hay modo—, se oculta en Nueva York y, confundido con las tribus grises de Manhattan, medita su emboscada tras la espesura de los rascacielos. En la urbe imperial, él es el partidario *quintacolumnista.* Va madurando su intención. . . Y un día deja el guerrillero su oficio nominal, su humilde hueco en la colmena urbana, arma su partida, y marcha sobre Wáshington. . .

No nos asusta el quijotismo de estos héroes; nos asusta, como a ellos, que Puerto Rico lleve más de medio siglo —*¡más de medio siglo!*— bajo una intervención que para sí rechazan los pueblos todos de su América. La hora del mundo es avanzada; 1954 está a un siglo, por lo menos, de 1918. ¿Quién no ve a estas fechas el error de los políticos criollos (y de los de Wáshington) al aceptar alegremente una ciudadanía transitoria para Puerto Rico? En su perenne confusión, los líderes boricuas entonaron a coro el *Star Spangled Banner. . .* ¿Respondían con la vida de sus hijos —sacrificados en dos guerras— por tan grande *honor?* ¡Dudoso honor el de la ciudadanía de cualquier país! El hombre es más que el ciudadano; lleva la ciudadanía como lleva el traje: por necesidad. El traje puede costar caro, y la ciudadanía también. El *buen ciudadano* es siempre el hombre mediocre. El hombre cabal, el hombre bueno, vive olvidado de su ciudadanía.

Pero en Puerto Rico la mediocridad ni siquiera se viste de ciudadanía, que es el traje típico del hombre en sociedad política; en mi país hay ciudadanos de guardarropía; es decir, *conciudadanos;* es decir, emigrados políticos en su propia tierra. No ironizo. Para ejercer de veras su ciudadanía, el puertorriqueño tiene que emigrar. Si vive y muere en Puerto Rico, no pasa nunca de conciudadano; de *ciudadano a medias. . .* Cualquier puertorriqueño medianamente enterado debe saber que más derechos le depara la ciudadanía en Nueva York que la conciudadanía en Puerto Rico. Hay, pues, un proceso de asimilación que identifica a los puertorriqueños residentes en Estados Unidos con los emigrantes naturalizados; y otro proceso de asimilación de los puertorriqueños residentes en Puerto Rico. Naturalización por extrañarse, y desnaturalización por vivir en su país. . . El nomadismo actual de nuestra gente, ¿no será el

trasunto de la vacilación psicológica de un pueblo entre dos aguas?

Otro medio siglo, y habrá remachado este discrimen el triunfo de la teoría del "Destino Manifiesto" en Puerto Rico: La absorción imperialista de la hispanidad numéricamente más densa de ambos mundos. ¿Comprendéis ahora la desesperación de los que no quieren desaparecer?

Todo va por turnos... Tres catástrofes leemos en el drama que la imperiosa voluntad de Wáshington está haciendo vivir a nuestra América: la desmembración de México (1847); la mutilación de Colombia (1903); y la *secuestración* de Puerto Rico (hasta este día). México sobrevivió como entidad porque perdió territorios solamente, aunque vastísimos; en su conciencia nacional no quedó *trauma.* Colombia sufrió más, porque la amputación que cercenó su brazo ístmico dejó la soberanía de los Estados Unidos a horcajadas sobre Panamá y rota la continuidad territorial del mundo nuestro; pero sobrevivió Colombia. Lo de Puerto Rico gana en magnitud porque se sale de la geografía política con dimensiones propias de un caso psicológico. So capa de su guerra contra España (dizque para *libertar* a Cuba) el yanqui entróse a Puerto Rico y caló de un vistazo la raquitis cívica, deformidad moral de la colonia. Vio y venció el yanqui; mejor dicho, se quedó para *ir venciendo...* Palpó a sus anchas nuestra enfermedad; y a los tanteos con que habían probado el temple centroamericano sus acorazados y filibusteros (1854 a 1860) sucedió febril el intervencionismo, desatado sin tregua sobre Cuba, México, Panamá, Nicaragua, Haití, Santo Domingo... ¿Fechas, casos, números? Entre 1898 y 1954 (es decir entre la cómoda ocupación de Puerto Rico y la presión de mil demonios sobre Guatemala) menudean a razón de casi una por año las intervenciones. ¡Y en los benditos veintiún países —provincias petulantes de la Patria Una— la opinión se duerme!

Pero en la Conferencia de Caracas —me diréis— la América Latina ha condenado el coloniaje... ¡El coloniaje inglés en las Antillas, pero no el coloniaje norteamericano en las Antillas! ¡El rapto de las islas Malvinas, pero no el secuestro de Puerto Rico! ¿Qué exención es ésa? ¿De cuándo acá deja de ser colonia una colonia si la gobiernan los Estados Unidos? ¿Dos millones de puertorriqueños abren menos plaza en la conciencia americana que el *hinterland* de Surinam? Con este monroísmo de hora nona, ¿no están nuestros países *permitiendo* un

futuro coloniaje —el norteamericano— para los enclaves europeos en el continente? ¿No ven que en otra guerra general, *ipso facto,* tales territorios quedarán sin dueño y a merced de los Estados Unidos? Desde sus bases en el Caribe, más pronto llegan los acorazados yanquis a Belice y a Cayena que pasan desde el Petén al mar las armas chapinas o desde sus respectivas Guayanas a las europeas las tropas de Venezuela y el Brasil. ¿Prefieren los países amazónicos la vecindad estrecha de una hegemonía con aparato doctrinal a la precaria compañía de tres imperialismos que *se van?* ¿Tan confusamente perciben su interés nuestros Gobiernos que en una declaración anticolonial no se previenen contra nuevas y más peligrosas colonizaciones?

Sin una visión global del problema de Puerto Rico, no hay solución posible para el problema americano. Porque el problema de Puerto Rico *es* el problema general de América. Ya pueden los Estados Unidos eximirse de informar al mundo sobre su *ex dependencia* antillana, que dependencia seguirá siendo Puerto Rico mientras veden su soberanía los tribunales, el ejército, la marina, el Congreso y el propio Presidente de la Unión. La voluntad de Puerto Rico está supeditada a esos poderes en todas las cuestiones, internas o externas, que quieran ellos dirimir. Por las gabelas que sufrían sin representación correspondiente en el Parlamento británico, declararon su independencia los angloamericanos en 1776. ¿Y los puertorriqueños han de pagar un tributo mayor —el de su sangre en los conflictos internacionales— sin tener voto para esas prestaciones en el Congreso de la Unión madrastra?

¡Miraos en el espejo de mi Antilla, latinoamericanos! Para vosotros también está planteada, a plazo cierto, la *desasimilación.* Puerto Rico —y con Puerto Rico la América Latina— perfectamente puede dejar de depender de los Estados Unidos. En lo político y en lo económico, la independencia comienza con la independencia.

Una de las supersticiones de la democracia es la fe en el plebiscito como medio de llegar a la "autodeterminación". El más ligero observador sabe muy bien —si no lo ciega la pasión— que en todas partes la confusión es el estado permanente de las masas y que la mayoría, por serlo, es siempre mayoría de confusos. Siendo, pues, el recto y claro pensar atributo egregio de una mente libre, ¿deben fiarse los destinos de un pueblo al albedrío pasajero de elecciones alentadas por odios, por temo-

res, por intereses de partido? Vaciárase la mente colectiva de cuanto en ella han puesto los llamados *líderes,* quedárase suspensa en la visión de sus problemas, y entonces sí podría resolverlos.

¿Cómo sería históricamente nuestro gran vecino si sus líderes hubiesen inventado sendos plebiscitos para decidir la suerte de las trece colonias? Cuando éstas declararon su independencia de la Gran Bretaña, una tercera parte de los colonos se oponía a toda ruptura y otra tercera parte era indiferente a la cuestión. ¡Por una *minoría* fue fundada la nación cuya trayectoria imperial la ha llevado ya al puro centro geográfico de nuestra América —Panamá—, donde en forma de "zona" nos metió la cuña que, apretando hacia el sur, puede un día romper el espinazo de los Andes!

¿Cuál será la suerte de Puerto Rico —y de su *contorno*— si la descendencia de Muñoz sigue fascinando con el plebiscito a un pueblo políticamente inerte, desmoralizado por la larga práctica y la no menos larga teoría de su dependencia? El desenlace está previsto. Cuando por toda una generación un pueblo pierde la noción de su destino, comienza a desintegrarse su cultura. Descienden los valores, *primitivizándose.* Sin resguardo interior, la cultura fugitiva se retrae a sus fronteras psicológicas y le roba el campo la cultura extraña con los prestigios del éxito material, el poder económico y el imperialismo político. Trepa como tipo social el hombre mercenario, procaz, dicharachero. Se empobrece el idioma; sus voces, sus raíces, sus modismos propios van cediendo al embate del idioma intruso y se corrompen o desaparecen. Bien pronto lenguaje y pensamiento acusan una inconsciente imitación del pensamiento ajeno. Pululan los intérpretes, los traductores. Un poco más (cincuenta años) y en el uso vulgar habrá empezado, con torpe balbuceo, la variación de un habla dialectal.

Lo primitivo como *naturaleza* es una fase necesaria de la evolución social. Lo primitivo como *regresión* —el salto colectivo a los *atavos*— es un fenómeno que amaga siempre donde dos culturas entran en contacto sin reciprocarse. No sólo en Puerto Rico, sino en la banda mexicana del río Bravo y en las fronteras laberínticas de Panamá con el Imperio Yanqui saludan al viajero los asomos de un primitivismo atávico. Pero en Curazao la cultura ha dado totalmente la virada bajo el imperialismo neerlandés. Id a Willemstad. . . Dentro de su isleta el curazaeño es hombre *fronterizo* en toda la extensión psico-

lógica de la palabra. Si Puerto Rico fuese Curazao, podría repetir sin empacho su Gobernador la frase que de él recoge en Wáshington el *U. S. News & World Report.* "Somos la frontera cultural de las Américas", pluralizó Muñoz Marín.

En esa línea neutra podrán estar nuestros políticos. A los demás puertorriqueños nos queda aún mucho país de una a otra frontera (de la *política* a la *cultural,* se entiende). Pero todo puede decirse, aunque sea para engañar a los turistas. . .

Precisemos. La dependencia política *razonada* nos está llevando por sus pasos contados, a la dependencia cultural. ¿Qué hacer los que a su patria quieren para algo más que para estampa del clisé turístico? Por lo pronto, señalarle el rumbo de su independencia. Un pueblo se independiza cuando adquiere conciencia de su misión histórica; y su independencia es obra de una minoría consciente, única capaz de sentir y de querer esa misión. La mayoría pasivamente contribuye a la obra, la acepta o la disfruta; pero no la realiza. Si una tercera parte de los puertorriqueños *quiere* la independencia, Puerto Rico será libre; y lo será porque su verdadera voluntad radica en esa parte, y no en las otras dos. ¿Por qué en ésa y no en las otras? Porque la voluntad de todo grupo humano, como la del individuo, se mueve siempre hacia la independencia. La independencia no es disociadora; es el requisito indispensable de la fraternidad y la cooperación.

Y ya que estamos deslindando el campo para una visión total del problema de Puerto Rico, elevémonos a la idea de esa rara atmósfera que el hombre llama *libertad.* Los teóricos de nuestra dependencia suelen señalar con el dedo a este o el otro país de América para convencernos de que por el camino de la independencia puede perderse la libertad. ¿La libertad o libertades que identificamos con la democracia? No es difícil probar que esas libertades sólo formalmente existen, que la democracia es una teoría y no una realidad. Si los norteamericanos conocen de la democracia la forma y no la sustancia, los puertorriqueños apenas han comenzado a aprender el *modo de imitar* la forma. En el estado actual del mundo la libertad no puede florecer porque el hombre la concibe como un ideal. En nombre de ella, mata o muere por instituciones y sistemas que son su negación. La libertad es un ambiente, es un clima, es un estado del ser; y su primera manifestación colectiva es la necesidad indefinible de cooperar. Pero no basta sentir esa necesidad para ser libre. Un pueblo es libre cuando no depende;

cuando no teme; cuando no rehuye su destino; cuando se integra en todas sus partes y armoniza su unidad con el conjunto de unidades que llamamos *mundo.*

Quien ama a su patria, la quiere independiente. Si hay en el mundo una *interdependencia,* es precisamente por haber en él unidades lo bastante independientes para cooperar unas con otras. La independencia no es la libertad, pero con ella está desde el principio: inseparablemente. No es la cosa, pero la hace posible. ¿Qué sería de la atmósfera si el globo no estuviera ahí, para atraerla?

No aman a su patria los que en una Asamblea Legislativa, en San Juan de Puerto Rico, por lealtad al líder o compromiso de partido le negaron sus votos a la independencia. *Tampoco* amaran a su patria si *votado* hubiesen por la independencia, porque —siempre confusos— habrían admitido las imposiciones con que la supiese rodear el amo (retención de bases, enmiendas constitucionales *a la Platt,* soberanía desmochada. . .). Y aunque exigieran *toda* la soberanía, no amaran aún sino confusamente, porque *pedirían. . .*

La independencia no se pide, y menos a solicitud del amo. La independencia se DECLARA. La soberanía se EJERCE. La libertad de Puerto Rico —y de toda nuestra América— quedará asegurada cuando los representantes del pueblo, reunidos en cualquier parte, pocos o muchos, electos o no electos, proclamen su independencia y la impongan al respeto de las naciones.

Son los soldados de Puerto Rico; voluntarios de América irredenta; montoneros del tiempo de las armas preatómicas, que *a su modo* pelean por Belice, por las Malvinas, por las tres Guayanas. . . Y no será tan mala su fortuna cuando, por boca de míster Dulles, el Imperio les dio beligerancia *donde* duerme Bolívar, el Libertador; el de la guerra sin cuartel. . .

UNA INTERPRETACIÓN DE LAS DICTADURAS LATINOAMERICANAS

Por *Domingo ALBERTO RANGEL*

LAS DICTADURAS han embadurnado, una vez más, con sus pinceladas trágicas el suelo de América. Estamos ofreciendo al mundo un espectáculo insólito. Mientras Asia alumbra su tumultuosa emancipación y en el fondo del África el ébano preterido de las multitudes negras empieza a mover su ramaje anunciando tempestades, América vuelve a sus peores tradiciones. Bolívar nos definió como el continente de la libertad. Y durante mucho tiempo, una literatura de sabor romántico presentó a América como el hogar de los perseguidos, con tierras para el esfuerzo generoso y aleros de tranquilidad para el reposo de los que hubieren perdido, en otras latitudes, la patria y el derecho a la vida digna. Frente a una Europa despeñada en los abismos de la intolerancia surgía de este lado del Atlántico una América acogedora, domicilio de la libertad. Los inmigrantes que poblaron, en las postrimerías del siglo XIX, los inmensos espacios vacíos de nuestro continente, traían algo más que el deseo de prosperar. Su obsesión era sentar la planta en un suelo inmune a los odios engendrados por el absolutismo.

De ese sueño quedan apenas los escombros. América está sobrepasando los recuerdos más tenebrosos que se guardan en la historia de otros continentes. Somos el modelo favorito de quienes intenten hacer el aprendizaje de la dictadura. Hacia nosotros miran, reconfortados, los que todavía confunden al género humano con el rebaño necesitado de látigo. Y si continúan arribando a playas americanas torrentes de emigrados es porque el miedo a la guerra induce a huir de las zonas donde librarían su duelo sangriento los ejércitos. En América buscan ahora, los que cruzan el Atlántico, un modo de vida que proporcione el sustento y ahorre la angustia de debatirse en las tenazas de la nueva paz armada. Antes recibíamos hombres esperanzados que anhelaban rehacer a la humanidad. Ahora

nos llegan entes —o ánimas como decían los clásicos de la literatura española— que ansían encontrar, como el animal acorralado, una guarida para hacer tranquilamente su digestión.

Un André Siegfried de nuevo cuño, de esos que vienen a América a descubrirnos desde la ventanilla de un trasatlántico en apresurada jira turística, diría que en este continente se está comprobando la teoría de los "corsi e ricorsi" que formulara hace más de cien años el italiano Juan Bautista Vivo. Como hemos padecido dictaduras desde que salimos de la matriz colonial, es obvio que volvamos a tenerlas. Nuestra vida sería entonces como la de esos enfermos de paludismo que están condenados a sudar sus fiebres con cronométrica regularidad. Fue Siegfried, según creo, quien formuló una bizarra doctrina sobre la evolución política de la América Latina. Nuestro destino debe oscilar entre los extremos de la anarquía y el despotismo. A cada despertar de multitudes, con estruendo de reivindicaciones sociales, seguirá el férreo silencio de la mano dictatorial estrangulando gargantas de protesta. Con menos dogmatismo académico un anónimo autor de tangos expresó una teoría más o menos igual cuando puso en un resobado estribillo aquello de "la historia vuelve a repetirse" que todavía se escucha en las mediasnoches de los poblachones provincianos.

Pero Siegfried —y los demás europeos de su escuela que han asomado sus pupilas por estas latitudes tropicales— tienen famosos compañeros de ruta en su afán de diagnosticar los males de la América Latina. Allí están los devotos del "gendarme necesario" que andan ahora muy apresurados en la tarea de exhumar su interpretación de las dictaduras. Pero éstos son más crueles todavía que los sabios europeos. Según los apóstoles del "gendarme necesario", la América Latina está condenada a hacer un largo experimento con la dictadura para mejorar, en rudas disciplinas, el pecado natural de su formación histórica. Por habernos engendrado el turbio maridaje de españoles aventureros, indios indolentes y negros levantiscos debemos soportar el yugo de las manos fuertes. Como en los procesos de la química, que exigen el silencio de los laboratorios para realizarse, América está obligada a equilibrar su mestizaje en las duras probetas del despotismo. Los europeos viajeros —que son miembros de academias y vienen de países con sólida tradición democrática— nos concedían la dádiva de los intervalos democráticos en el drama de la dictadura. Los que defienden la teoría del "gendarme necesario" nos acuerdan un

sufrimiento casi tan perenne como el que aguarda a los pecadores en las ardientes pailas del infierno.

Para otras personas, situadas en terrenos más dignos, las dictaduras latinoamericanas son la expresión de nuestra escasa cultura política. El censo es para ellas, un argumento incontestable. Nuestro promedio de analfabetismo —valgan las cifras del censo levantado en 1950— sobrepasa el sesenta por ciento. Millones de niños en la América Latina se quedan en los umbrales de sus casas o van a curvar prematuramente el espinazo en las recias faenas a que el feudalismo condena a la población trabajadora porque no tenemos escuelas para dignificar los espíritus. Sobre las muchedumbres ignaras, erige su dictadura una minoría culta pero ambiciosa. Necesitaríamos entonces sembrar el alfabeto en cada ciudadano para esperar el florecimiento de un régimen democrático en la América Latina.

Frente al espectáculo de las dictaduras, es indispensable tener bien esclarecidas sus causas. En América se está librando un drama colosal. De un lado, están los déspotas con sus maquinarias de dominación, esparciendo el terror y sujetando a los pueblos. En la trinchera opuesta, militamos quienes creemos en los derechos populares y en la causa de la democracia. La historia de América se va a llenar, en los años futuros que ya perfilan sus fulgores de aurora, con los ecos de la tremenda lucha. El éxito de las fuerzas democráticas depende, en buena parte, de la correcta interpretación que le demos a la epidemia de dictaduras contra las cuales estamos enfrentados. Una táctica que no se fundamente en una teoría realista es un suicidio. América cuenta en su entraña humana con poderosos elementos de liberación. Intrínsecamente, las fuerzas populares son más sólidas que sus enemigos. Pero en las batallas no cuenta solamente el número de soldados o la calidad del armamento. El triunfo es también una resultante de la maestría con que se muevan las unidades en el terreno. Esos principios, de validez universal en el campo de las luchas armadas, tienen plena aplicación en los predios de la política.

Las dictaduras que hoy nos avergüenzan son algo distinto de lo que fueron sus antecesoras de otros tiempos. Sólo un observador superficial puede creer que en Odría ha reencarnado el Gobierno de Leguía o en Pérez Jiménez está resucitando Juan Vicente Gómez. La historia, como apunta el sonsonete cansón del tango argentino, puede repetirse. Pero nunca sobre el mis-

mo plano. Nuevas modalidades surgen con el paso de los tiempos. Fuerzas que antes no existían hacen su aparición en los tinglados de la historia. La correlación de los sectores sociales se va modificando. El retorno al pasado es apenas un espejismo. Vuelven al escenario las formas exteriores. El maquillaje puede ser el mismo, pero los actores serán distintos. El proceso político es como los ríos, según dijo Heráclito de Efeso, que son los mismos pero a cada momento están arrastrando cosas nuevas. En la América Latina no estamos retrocediendo al pasado. Las dictaduras antes que fantasmas de un pasado trágico son el tránsito penoso hacia un futuro de superación. En el parto de la sociedad latinoamericana que está naciendo, las dictaduras son la placenta sanguinolenta que aún envuelve al feto.

Gómez, Leguía y Estrada Cabrera se enfrentaron a pueblos inermes. La inquietud política era en sus tiempos, patrimonio de minorías cultas aposentadas generalmente en las universidades. Su peligro más inquietante estaba en los caudillos levantiscos cuya ambición despertaba en estallidos de violencia. Las masas eran casi una greda plástica, materia dócil en las manos de alfareros voluntariosos. La Muralla China del aislamiento —eran los tiempos de la América pastoral— preservaba a las dictaduras de la influencia corrosiva del contacto con el extranjero. Estas circunstancias explican el carácter inorgánico, instintivo, casi biológico que asumieron los contados levantamientos de masas en el curso del siglo XIX. Las gentes sabían que existía el despotismo porque lo palpaban en el diario espectáculo de la arbitrariedad, pero ignoraban sus causas y no podían precisar los remedios. Cuando la desesperación del hambre llegaba a los bordes, la catarata del estallido popular se despeñaba durante días con efervescencia de hecho catastrófico, pero poco después se encauzaba, satisfecha, en las acequias del caudillaje. La base feudal de las dictaduras quedaba intocada. Así pudieron sucederse, casi con puntualidad monárquica, las dinastías de tiranos que pueblan el drama de nuestra historia. El pueblo fue, como la naturaleza americana, algo que contaba esporádicamente. Era un río que desbordaba sus cauces de vez en cuando o una montaña que despeinaba su serenidad en el latigazo de la tormenta.

Ahora estamos en una época de transición. Ya Federico Engels, cuando analizaba la historia de Europa, intuyó que las épocas de transición se caracterizan siempre por su dureza excep-

cional. El Renacimiento fue el pórtico a través del cual se presentó el capitalismo en la escena universal. Pero fue también la época del puñal y del veneno, de los tremendos escarmientos de César Borgia y de las grandes represalias. Entre la agonía del feudalismo y el advenimiento del capitalismo, Italia tenía que sufrir el horror de dictaduras y de guerras. Ningún sistema social abandona tranquilamente el panorama político. Para erradicarlo, cuando la historia lo ha superado, es necesario hacerle violencia. La convivencia política, el respeto al derecho ajeno, que son prendas de los períodos de tranquilidad, se pierden y sucumben en esos momentos de lucha extremada cuando el derecho a la vida —socialmente hablando— es lo único que cuenta. En América Latina estamos atravesando una época de transición, tan premiosa y definitiva como la que viviera la Europa del Renacimiento. En nuestro escenario geográfico están librando su contienda el feudalismo heredado de la Colonia y las nacientes formas de la organización moderna. La lucha es de proporciones gigantescas y ello explica la reaparición de las dictaduras. Las cárceles y el plomo, los campos de concentración en los desolados confines de nuestras selvas primitivas y la persecución oficial del pensamiento, son herramientas de esa batalla en la cual están disputando su derecho a la vida dos sistemas encontrados e irreconciliables.

El panorama social de la América Latina se había modificado hondamente desde los días en que concluyó la Primera Guerra Mundial. Empezaron a surgir nuevos centros urbanos de vida pujante. Una industria de transformación inició su faena de arremolinar a los campesinos en el apretado haz humano de las fábricas. El crecimiento de los servicios del Estado y la difusión de la enseñanza, crearon una clase media con vocación de protesta. Las cifras valen por todo un alegato. La población urbana en la América Latina ha aumentado con un ritmo que recuerda en el de la Inglaterra que acunó el milagro de la revolución industrial. Caracas y Lima, por ejemplo, dejaron hace tiempo de ser las aldeas grandes donde la vida transcurría con placidez pastoral. La producción industrial ha crecido en proporciones inusitadas. Países que antes dependían exclusivamente de la agricultura, ahora deben su vida, en medida ya considerable, al trabajo de la industria. Pero en los campos, continúa el viejo modo feudal de producción. Grandes haciendas, remedo de las encomiendas coloniales, cosechan los frutos exportables que proporcionan buena parte del ingreso

nacional. El sistema agrario que Humboldt y Depons criticaron a principios del siglo XIX es todavía lacerante realidad en vastas zonas del continente. Una casta de señores, espiritualmente formados en la tradición de los hidalgos españoles, domina sobre millones de peones y arrendatarios cuya miseria es sólo comparable a la de un "coolie" chino o a la de un "intocable" hindú. Desde las ciudades y aun desde costosos sitios de veraneo en Europa esa casta administra sus haciendas. El fruto de ese esfuerzo anónimo de millones de seres va a animar, a través de las manos egoístas de los propietarios ausentistas, las aparatosas edificaciones en nuestras ya atestadas ciudades o la vida regalada, de príncipes destronados, que llevan en la Costa Azul de Francia los barones de la tierra.

De ese cuadro social surgen profundas contradicciones. El campesinado sin tierras no es ya la masa oscura de gentes con protesta pero sin rumbos que tiñó nuestra historia en el siglo XIX. Su situación se ha hecho más grave, desde el punto de vista económico, porque la industrialización y el crecimiento de las ciudades, han encarecido el costo de la vida. Mientras en las ciudades, para afrontar un ritmo de vida más acelerado y exigente, los salarios han sufrido alzas, en los campos prevalece el jornal miserable. Una estafa al campesino ha sido la evolución económica de muchos países de la América Latina. Pero la clase obrera y los sectores medios de la población tampoco están, precisamente, en un lecho de rosas. El proceso inflacionario que la última guerra y el conflicto coreano han propiciado en Latinoamérica, debilitan a diario el poder adquisitivo de sus salarios. Entre tanto han surgido poderosas fortunas en los medios industriales. Ya nuestros ricos urbanos no son señores con varias casas y una cuenta bancaria modesta. Ahora impera en ellos el concepto burgués, dinámico de la vida que los impulsa a considerar la riqueza como un instrumento de grandeza personal. Las dos sociedades, la feudal y la capitalista, se enfrentan en un palenque dramático. Sus contradicciones han llegado al extremo máximo de la tensión.

En el plano político, los últimos veinte años han traído el fenómeno de la aparición de los partidos populares. No se trata de una reedición de las viejas montoneras. Son organizaciones con un programa claro, hondamente nutrido por savia de realidades. Todos los problemas nacionales encuentran allí adecuado tratamiento y soluciones congruentes. Por encima de los programas hay una doctrina sólida, firmemente enraizada

en corrientes definidas de la filosofía universal. Tampoco son partidos electoreros que buscan llevar a sus jefes a posiciones directivas en el aparato del Estado para montar allí la comedia del exhibicionismo personal. Son, al contrario, asociaciones permanentes, con una faena diaria en su derrotero. Ni desde luego, son torres de marfil, encastilladas en el aislamiento de la pedantería intelectual. Su proyección se lanza resueltamente hacia la calle. Para definirlos con una frase, los partidos populares de estos tiempos son organizaciones en cuyo seno se verifica la alianza de los intelectuales progresistas con las capas más amplias del pueblo. Acción Democrática de Venezuela, el Apra del Perú y el MNR boliviano son los tres partidos que mejor responden a la nueva concepción de la lucha popular.

Frente a la gravedad de los problemas sociales de estos tiempos y al despuntar de los partidos populares, la oligarquía feudal latinoamericana ha encendido los faroles de la cólera. Saben sus hombres que una revolución auspiciada por esos partidos no comportará cambios formales en el aparato del Estado sino profundas modificaciones en la estructura de la sociedad. Ya no hay masas urbanas y rurales, desorientadas por la ignorancia y la falta de organización. El pueblo sabe lo que quiere y conoce los medios para alcanzar sus propósitos. Desesperada, la oligarquía ha apelado a las fórmulas de la violencia. Las urnas electorales, el juego democrático normal, serían procedimientos de perdición, porque las masas, dentro de ese sistema, se impondrían inequívocamente. Y en los repertorios de la memoria, que en los trances de apuro alumbra soluciones insólitas, los personeros de la oligarquía han encontrado la vieja dictadura latinoamericana. Con bayonetas y terror han pretendido erigirle un dique a las aguas de la marea popular. Como en los cuentos de niños, los fantasmas de Gómez y Leguía, han sido invocados para mantener en la obediencia a quienes ya están atiborrados de inconformidad.

Pero la dictadura no es una solución a la cual quepa apelar caprichosamente. Es necesario que haya instrumentos para ejecutarla. Dictadura significa violencia. Hay que encontrar, entonces, la organización adecuada para instaurar la violencia. El problema lo ha solucionado, en beneficio de la oligarquía atribulada, la casta militar que se ha convertido en institución de la vida pública en algunos países latinoamericanos. El papel que en otros tiempos jugó el caudillo de montoneras, corresponde ahora a la casta militar. La formación y los procedi-

mientos de esta casta son interesantes para quienes tengan una posición definida en el drama de la política latinoamericana. Allá por 1934, los ejércitos de nuestro continente se encontraron con que la Primera Guerra Mundial y la lucha que entonces se sostenía entre las grandes potencias, había modificado profundamente el arte militar. En la América Latina, por otro lado, había aparecido el Estado en su acepción contemporánea y se necesitaba de ejércitos regulares y más o menos entrenados en los cánones modernos del arte estratégico. Varios gobiernos decidieron enviar a jóvenes oficiales a las academias europeas para que allí equiparan su mente con las nuevas adquisiciones de la ciencia bélica. Pero el viaje no se concretó a escuchar teorías sobre armas recientes y nuevas formas de movilización de ejércitos. La Europa de entonces estaba atravesando por el auge fascista. Hitler y Mussolini, con sus tropas poderosas, sus uniformes y la organización de la vida económica y social con miras a la guerra, cautivó la escasa imaginación de los oficiales que hicieron su romería a Europa. Las academias militares en ciertos países latinoamericanos se convirtieron, al regresar los viajeros, en avanzadas del espíritu fascista. Chorrillos en el Perú fue una especie de Sorbona latinoamericana de la reacción militar De esa siembra de ideas fascistas han brotado las "cliques" militaristas que ahora acogotan a los pueblos en nombre de la oligarquía.

Una dictadura requiere, por otro lado, ciertas ideas que puedan convencer a gentes que estarían dispuestas a ofrecerle su apoyo. A las dictaduras latinoamericanas les ha brindado sus ideas el capital inversionista de los Estados Unidos. Las compañías yanquis en la América Latina, experimentan un miedo mortal al avance de los pueblos. Saben ellas que la victoria popular significará una revisión de sus concesiones arrancadas mediante fraude. Dejaríamos de ser el continente que suministra materias primas a los países industriales y dólares a los magnates a cambio de la pobre pitanza que significan algunos impuestos y salarios. Nuestro colonialismo terminaría en el momento mismo en que las fuerzas populares capturen el aparato del Estado. Las compañías extranjeras decidieron entonces convertirse en voceros de ciertas ideas que fueran preparando el terreno para la simiente dictatorial. De las oscuras gavetas del fascismo europeo, los señores inversionistas extrajeron un anticomunismo que servía plenamente a sus propósitos y halagaba a la oligarquía doméstica. El razonamiento no podía ser

más simplista. Si el comunismo era la amenaza al mundo libre, había que empezar la lucha contra ese sistema erradicando de la vida interna de los países latinoamericanos a las fuerzas inspiradas en él. Cualquier iniciativa reformista, cualquier huelga o manifestación pública, fue calificada de brote comunista. La etiqueta roja se le colgó a todas las fuerzas populares. Wáshington miró, complacido al parecer, estas maniobras de los consorcios yanquis en suelo latinoamericano. Su estrategia de repeler a los comunistas encontraba acertada ayuda. Eran los días en que el general Marshall se empeñaba en confinar a los soviets a sus estepas de la Europa Oriental. No vieron los jerarcas de la capital yanqui que su anticomunismo significaba, en Latinoamérica, la destrucción de sistemas democráticos. Con ceguera que podríamos calificar de necia se sumaron a una política que iba a sembrar las bases para su propia derrota en los Estados Unidos. Porque si el anticomunismo se elevaba a la categoría de dogma —y la lucha contra Rusia debía desplegarse a costa aun de sacrificar la estructura democrática— se estaban dejando los cimientos montados para una victoria republicana en los Estados Unidos. El macartismo encontraba un aliado inaudito.

Ahora sí podrán explicarse los sociólogos de salón por qué las dictaduras han alcanzado tanto rigor en la América Latina de estos días. Tanto la oligarquía como los intereses inversionistas —que ahora tienen en Wáshington más complacencias que nunca— necesitan que se ahogue todo signo de resistencia popular, apelándose si fuere necesario al crimen colectivo. Es la época de transición viviendo sus peores momentos. No es que estemos condenados a vivir perennemente en la garra convulsa de las dictaduras o que nuestra ignorancia de pueblos todavía atrasados nos vede el derecho al régimen democrático. Es que cuando los intereses económicos y sociales se tornan conflictivos, sin posibilidad de transacción entre ellos, la violencia es la gran arma de acción política. Transitoriamente las fuerzas de la reacción son más poderosas que las del pueblo. De ahí que hayan surgido tantas dictaduras. Los ejércitos, prisioneros de las castas militares, guardan aparatosas armas en sus cuarteles. El Estado moderno, que tiene tanto poderío, es una catapulta cuando lo manejan las manos inescrupulosas de un déspota. Y la oligarquía local —y su aliado el magnate inversionista— pesan grandemente en la estructura económica de los países aherrojados. Pero, el futuro será de la democracia.

Cuando las masas despiertan, aunque estén entre cadenas, cada aurora nos acerca a la liberación.

De esta experiencia dictatorial surge una lección que han de capitalizar los movimientos populares latinoamericanos. La dictadura seguirá siendo una amenaza —agazapada detrás de las victorias democráticas— mientras la estructura social y política permaneza intocada. Tenemos que resolver la contradicción entre feudalismo y capitalismo, realizando la revolución democrática. Lo demás es jacobinismo, que es la peor forma de ser revolucionario. La Bolivia actual es un espejo en el que deben mirarse los estrategas de los futuros pueblos emancipados. En el altiplano liquidaron la sujeción colonial, reajustaron el ejército y realizaron la reforma agraria. Al indio le dieron, además de la tierra, el derecho al alfabeto dentro de una de las reformas educacionales más firmes e interesantes de América. Si los movimientos populares victoriosos mañana renuncian a uno solo de esos objetivos, tendremos de nuevo, como espectro oculto pero viviente, la amenaza de la dictadura. Afortunadamente, en estos años de dolor, los pueblos han alcanzado su adultez política. Y cuando se tiene pleno conocimiento de las realidades y se llevan en el alma los recuerdos tormentosos de la humillación, de las manos del hombre surge el evangelio de la creación.

MITOLOGÍA DEL MOVIMIENTO OBRERO

EL NACIONALISMO PROLETARIO

Por *Víctor ALBA*

"LOS OBREROS no tienen patria", había escrito Marx. Y lo creíamos, porque la razón, aislada de la experiencia, nos decía que un obrero de los Estados Unidos está más cerca de un obrero de Grecia que no de un capitalista de Nueva York.

"El capitalismo está en descomposición", había escrito Marx. Y lo creíamos, porque la razón, desconectada de la vida cotidiana, nos decía que el caos económico del libre-cambio debía llevar forzosamente a la catástrofe y ésta dar lugar a una economía organizada, dirigida, y porque se puede descender la pendiente mientras hay pendiente, pero no más allá.

"No tenemos por perder más que las cadenas", había escrito Marx. Y lo creíamos, porque la razón, seccionada de la psicología del obrero, nos decía que cuando sólo se poseen los brazos, como éstos no pueden perderse, no se posee nada más.

Estas tres creencias eran la base misma de nuestra actividad. Sin ellas, el movimiento obrero habría sido distinto. Estos mitos —ya veremos que eran tales y nada más que tales—, nos dieron fuerza, nos guiaron. Y así es como el movimiento obrero se ha ido alejando de la realidad, del hombre, del obrero mismo, que no correspondían a tales creencias.

Porque está muy bien decir que no se tiene patria, que el capitalismo se halla en descomposición y que no podemos perder más que las cadenas. Pero esto no son cosas que puedan palparse y demostrarse como dos y dos son cuatro. Son cosas que viven y se agitan dentro de cada uno. Y si solamente viven dentro de unos cuantos (de los que forman y modelan el movimiento obrero), sin encontrar eco en quienes deben seguirlos, entonces se quedan en la categoría de mitos y no llegan a ser verdades.

Los obreros consideran, sin pensarlo siquiera, que perte-

necen a una patria. Esto es un hecho. El capitalismo no está en descomposición y esta supuesta descomposición, como era su corolario forzoso, no lleva obligatoriamente a la instauración del socialismo. Éste es otro hecho. Finalmente, los obreros pueden perder muchas más cosas que sus cadenas, si no en la vida esquemática de los principios, en la vida compleja de todos los días; pueden perder la libertad, pueden perder el gusto por la vida, pueden perder incluso su calidad de obreros para volver a la de esclavos. Esto es, asimismo, un hecho.

La Primera Guerra Mundial (esas guerras que ya llevan un número ordinal, como los reyes y los papas), colocó, por vez primera al movimiento obrero, como conjunto internacional, ante problemas que ponían a prueba a la par, los tres principios esenciales que lo hacían funcionar. La Segunda Guerra Mundial repitió la prueba. En ambas ocasiones, los principios resultaron mitos. Descubrimos que nos hallábamos en un escenario y que nuestras palabras y el argumento de nuestro drama emocionaban, acaso, a los espectadores, pero que cuando la voz de "¡Fuego!" ponía fin inesperadamente al espectáculo, el público volvía a la realidad, y en vez de obrar como lo hacíamos nosotros en el escenario, actuaba según sus propias reacciones (que no eran principios, pero que bastaban para hacer añicos los nuestros). Más aún, muchos actores saltaban las candilejas y se unían al público. Eran los que peor habían aprendido el papel, los que estaban más cerca del espectador.

Parece que ya es hora de que bajemos del escenario y de que veamos qué había de falso en nuestro drama. Pues sin esto se cerrará el teatro y el público se hallará sin ninguna posibilidad de tener de nuevo esperanzas. Además, el público pagó su entrada a un precio muy caro: huelgas, sacrificios, sangre, miseria, ilusiones... Le debemos aún la entrada. Y como vamos de buena fe, somos los primeros deseosos de que no quede defraudado.

Marx era racionalista como una catedral, y a menudo traicionaba su propia dialéctica para dejarse arrastrar por la mentalidad de la Enciclopedia, en la cual, a fin de cuentas, había sido educado. Esto le ocurrió cuando lanzó la frase de "los proletarios no tienen patria". Examinó los datos, sacó las conclusiones y estableció su lema. Todo ello de acuerdo con la

lógica formal más estricta, en fuerza de silogismo y de volverse de espaldas a la realidad.

El sentimiento de patria es un reflejo de la posesión privada de bienes. Los obreros no poseen nada. Luego los obreros no tienen patria.

Pero resulta que antes de Marx, en tiempos de Marx, y, sobre todo, después de Marx, los obreros se han entercado en demostrarnos que son justamente ellos los que tienen patria.

El sentimiento de patria es algo muy simple: es la compensación de todos los sentimientos de inferioridad individuales en un sentimiento de superioridad colectiva, basándose en algo más sano y más cordial que esto: en el hábito de una lengua, unos paisajes, unas costumbres e incluso una sumisión a ciertas leyes e injusticias de las cuales se siente uno involuntariamente cómplice.

Para luchar contra este sentimiento, no valen las razones. Podéis decirle a un obrero de Belleville que su burgués de la Avenue Montaigne es más enemigo suyo que un obrero de Francfort. Éste habla otro idioma, tiene otras costumbres, viste de otra manera, come otras cosas, dice "verboten" en vez de "interdit", blasfema incomprensiblemente y es cómplice de otras leyes que aquellas que cuentan con la complicidad del obrero de Belleville. En cambio, el patrono de la Avenue Montaigne, aunque sea quien directamente lo explote, lo hace en su propio idioma, le da francos, que ha visto toda su vida, y no marcos, y sobre todo, lo explota en virtud de un sistema en el cual tanto uno como otro tienen participación.

Pero es que, además, justamente porque el obrero no posee nada, tiene necesidad de sentirse, por lo menos, propietario celoso de lo que no es de nadie en concreto. Su patriotismo viene a ser en cierto modo, el sentimiento de posesión del paisaje, de los hábitos, de la tierra concebida como algo vago y enorme; es, por decirlo así, el sentimiento de tener derechos sobre los demás compatriotas. . . derecho a exigirles que se dejen matar por esta propiedad, derecho a que participen de los mismos odios y las mismas veneraciones irracionales (si fueran racionales, ya no sería preciso exigir nada). Y ello a cambio de ser objeto de iguales exigencias de los demás.

Acaso nunca haya visto una síntesis de lo que el patriotismo es para los obreros como en un pueblecito de la Turena. Una amiga mía había adoptado a una pequeña de la Asistencia

Social. Tenía la chiquilla unos rasgos eslavos pronunciadísimos.

—Parece rusa —le decía una comadre—. Pero no... sus padres debieron de ser franceses, porque la pequeña habla francés...

Poco importa que el hombre sea obrero o burgués. Lo que ha de comprender tiene que ser por los sentidos. El razonamiento no cuenta nunca, cuando se trata de adoptar posiciones, de reaccionar ante acontecimientos. Por esto los obreros son patriotas, porque para ellos lo tangible es la tierra que pisan, la fábrica en la cual trabajan, la escuela a la cual van sus hijos. No han salido nunca de su país, no leen otra cosa que la literatura cotidiana tumbada sobre las columnas de la prensa. Y cuando esta prensa —si es comunista— denigra a su propio país, le ofrece otra patria, lejana, hecha tangible en fuerza de propaganda obsesional, porque sabe que el obrero no puede pasarse de ella; la URSS. La veneración de los comunistas por la URSS tiene más de buenos patriotas según el modelo clásico que de solidaridad proletaria y hasta que de fraternidad ideológica. Han obrado, simplemente, una sustitución, porque les hicieron creer que su patria ya no era suya. Y como necesitan una, les han dado la URSS.

Hablo, claro está, del militante, no de la simple masa que vota comunista. Acaso, cuando M. Jacques Duclos defiende los intereses rusos contra los de Francia (sin dejar por ello de hacer propaganda de la "independencia y de la grandeza francesas"), sabe que no defiende a su patria oficial. Pero tanto M. Duclos como el militante formado, saben que defienden a la URSS. Y para ellos es verdad —verdad sentimental, hecha carne— aquel "slogan" de "La URSS patria del proletariado", puesto que, además, para ellos, los términos comunista y proletariado coinciden.

Para el capitalista, en cambio, que viaja por placer o por negocios, que conoce otros idiomas que el suyo, que trata con capitalistas de los demás países, que en su propio negocio o en los libros ve la interdependencia de unos Estados con otros, que sabe que incluso en el competidor extranjero tiene a un aliado, para el burgués, digo, el patriotismo es algo más vago, más convencional y le resulta fácil llegar a un internacionalismo, no ideológico, sino de hecho.

HAY mil ejemplos del nacionalismo obrero. Mil ejemplos que hasta ahora nos parecían descorazonadores, pero que en realidad deben resultarnos simplemente lógicos.

En 1914, los socialistas alemanes y franceses se pusieron al lado de sus gobiernos respectivos, ambos reaccionarios. Fue lo que se llamó la "traición socialista", y que hizo exclamar a Lenin que la Segunda Internacional había muerto. En 1941, cuando la URSS se vio obligada, contra su voluntad a entrar en guerra, los comunistas de todos los países se pusieron también al lado de sus gobiernos. Fue lo que podría llamarse "traición comunista", si el patriotismo obrero no hubiera dado este nombre a la actitud de los stalinianos en 1939. No hablemos ya del patriotismo (del patrioterismo) que reina en la URSS.

En España, los socialistas y los anarquistas son de un centralismo tenaz frente a los nacionalismos catalán y vasco, lo cual, por otra parte, permitió que los movimientos de reivindicación nacional de esas naciones fueran monopolizados por la pequeña burguesía. En Italia, ningún partido obrero ha logrado sustraerse a la obsesión patriotera de Trieste. En los Balcanes y la Europa Oriental, bajo el dominio directo o indirecto de los comunistas, las disputas territoriales y los problemas de minorías nacionales siguen tan acres como en la época de los coroneles y los latifundistas; su última manifestación es el "titismo".

Este cultivo del patriotismo conduce a cosas tan grotescas como ese número de *L'Humanité* en el cual, al lado de un artículo denunciando la "venta de los socialistas al Imperio Norteamericano", se cita como ejemplo al barón Petiet, uno de los magnates de la industria automovilística francesa, que ha hecho fortuna con la plusvalía de millares de obreros, porque reclama acero para la industria del auto en Francia, con el fin de hacer la competencia a la norteamericana.

Y no hablemos, pues entonces acabaríamos sintiéndonos reaccionarios, de la actitud de los sindicatos en Francia, en Inglaterra (en pleno régimen laborista), en todas partes, contra los obreros emigrados, prohibiéndoles el trabajo por miedo a la competencia, y obligándoles a transformarse en patronos o a vivir miserablemente. Lo mismo ocurre, por ejemplo, con gente que tiene la misma mentalidad, con obreros de cuello duro, como médicos, farmacéuticos, abogados, que se niegan a dejar

ejercer a sus colegas extranjeros, mientras que ningún hombre de negocios encontrará obstáculos para hacer negocios incluso contra los negociantes del país.

El *sale español*, el *cochon de juif*, el *negro sarnoso*, son frases que salen de labios obreros o pequeñoburgueses, no de labios de capitalistas. Éstos podrán hacer que sus representantes en la política las aprovechen para sus propios fines. Pero las frases están prontas a estallar en la garganta de los trabajadores.

Esto es un hecho, un hecho de todos los días. Y yo me he encontrado al salir de un mitin de solidaridad con el proletariado español en la Mutualité de París, con que uno de los oyentes al cual inadvertidamente pisé, exclamó, al escuchar mis excusas en acento extranjero:

—*Va marcher sur les pieds de Franco, salaud...*

Más aún, ¿cuáles han sido los Gobiernos con participación obrera que han dado libertad a las colonias? La guerra del Viet-Nam estalló cuando en Francia gobernaban socialistas y comunistas. La República Española, en la cual los socialistas desempeñaban un papel básico, no supo federarse siquiera con Marruecos, y durante la Guerra Civil —con los anarquistas y los comunistas también en el gobierno— no se hizo absolutamente nada para libertar a los árabes del Norte de África. Los socialistas de todos los matices y los comunistas italianos hicieron de la defensa de Trieste y de las antiguas colonias una plataforma electoral lo mismo que los monárquicos y católicos. Y no hablemos de los socialistas holandeses y de la guerra de Indonesia, o de la URSS y de las pequeñas Repúblicas caucásicas deportadas a Siberia. O de los socialdemócratas alemanes. La única excepción —a medias—, es el laborismo británico.

ESTOS hechos no pueden ser reprochados a nadie. No puede decirse que los socialistas o los comunistas son responsables de que las cosas sean así. Los dirigentes y teóricos de estos partidos "razonan" en internacionalistas. En épocas de normalidad —cuando las hay— actúan políticamente y culturalmente como internacionalistas. Hacen propaganda en tal sentido. Pero cuando llega la hora de la verdad, cuando es necesario sacar castañas del fuego y el concurso de las masas se hace indispensable, entonces no les queda otro remedio que halagar los sentimientos patrióticos de las masas y, a menudo, dar rienda suel-

ta a sus propios sentimientos, reprimidos hasta entonces por su formación teórica.

Porque la verdad estricta es que la masa obrera es patriota, a menudo xenófoba, y siempre intransigente en cuestiones de nacionalismo. Este nacionalismo tiene caracteres románticos cuando se trata de países oprimidos, pero cuando son las multitudes de las potencias quienes se sueltan, entonces volvemos al "chauvinismo" más desenfrenado. Los comunistas lo saben y lo aprovechan. La propaganda más patriotera, durante la segunda fase de la ocupación y después de la liberación, en Francia, fue la comunista. En España, ellos lograron transformar la Guerra Civil revolucionaria en "guerra de independencia nacional"... Y debe verse en esta concesión a la masa una de las razones del éxito electoral comunista.

Por lo tanto, aquella frase de Marx de que el proletariado no tiene patria se convierte, cuando más, en un objetivo: hacer que el proletariado no tenga patria, pero no es una descripción de la realidad. El obrero, cada obrero, se siente nacionalista. El movimiento obrero quería presentarse, antes, como internacionalista. Los que creíamos en esto último, nos hallamos con que la realidad divergía de la teoría. Nos forjamos un mito. Y de esta divergencia nació un motivo de paralización, un freno. Claro está, como tuvimos que cubrir el vacío, echamos mano, según la costumbre en todos los hombres, de la injusticia. La gran injusticia de sacrificar a la clase obrera, la humanidad por tanto, a la ceguera de las masas, formadas y envenenadas por una sociedad capitalista.

La política del movimiento obrero francés frente a Alemania e incluso frente al movimiento obrero alemán, es un ejemplo de este sacrificio a las masas. Es la obsesión de la clientela electoral, el miedo a los juicios del enemigo, el temor a ser considerado menos patriota que los políticos de la burguesía.

La incapacidad del laborismo inglés de unir al socialismo europeo para llegar a crear en el continente un conjunto de gobiernos socialistas (única posibilidad de triunfo estable del socialismo en la Gran Bretaña, por otro lado). y la lamentable política de Bevin constituyeron otro ejemplo del miedo de los socialistas a ser considerados menos "tories" que los conservadores, en el terreno de la política extranjera.

Ésta es la gran injusticia. El no haber sabido dar al patriotismo espontáneo de la masa un sentido internacional, un tono

socialista. El movimiento obrero no ha logrado que el patriotismo inevitable —incluso positivo— de la clase obrera y de la pequeña burguesía se diferenciara del patriotismo verbal de la burguesía. Al contrario, con su debilidad, con su miedo a los reproches del enemigo, ha permitido que en la clase obrera se desarrollaran los peores aspectos del patriotismo, los más agresivos, los menos idealistas, los más bajos y de consecuencias más humillantes.

Si el movimiento obrero tenía que ser la conciencia y el cerebro de la humanidad, debía combatir aquello que hay de antihumano, de regresivo y negativo en la mentalidad cotidiana de las masas. Si no hacía esto, se segaba la hierba bajo los pies. No supo hacerlo, porque el internacionalismo obrero es pura retórica de mitin y dogmatismo muerto (no podía ser otra cosa), y cuando se halló ante la necesidad de tratar con hechos y no con ideas, entonces los hechos aplastaron por completo los principios. En vez de procurar poner unos y otros de acuerdo, adaptar los principios y limar los hechos, modificándolos, el movimiento obrero se sometió a los prejuicios, a los vicios patrioteros, a las bajas pasiones heredadas del régimen capitalista, y se convirtió, así, en fuerza de maniobra del capitalismo.

ESTA es la gran injusticia, que costará mucho que le sea perdonada y, cosa más importante, que costará mucho de reparar. Porque hay que repararla y volver a poner de acuerdo los principios y la realidad. Sin esto, el movimiento obrero seguirá atascado, como lo está ahora. Esta reparación, después de la experiencia de dos guerras y de varias revoluciones frustradas y mancilladas, no puede consistir más que en una cosa: en la eclosión de un patriotismo obrero.

Si no tenemos miedo a las palabras quizá logremos entrever cuales pueden ser sus bases, que no dependen de nuestra voluntad, sino que son, simplemente, el desarrollo de las tendencias implícitas en la historia misma y en las características del proletariado actual.

Sin pararnos siquiera en la etimología de la palabra —que nos habría evitado un gran error— hicimos del internacionalismo algo antagónico y opuesto al patriotismo. Ser internacionalista era, no sólo menospreciar los signos exteriores de la patria (bandera, uniforme, etc.)— y esto, a fin de cuentas, por

lo general, podía ser justificado desde un punto de vista estético—, sino menospreciar a aquellos que no estaban bastante "evolucionados", bastante "emancipados" y que sentían aún apego a ciertas cosas que nosotros considerábamos "prejuicios pequeñoburgueses" y por las cuales fingíamos (ante los demás y ante nosotros mismos), no experimentar ningún sentimiento cordial ni sentir de ellas ninguna necesidad.

Pero hay tres hechos que demuestran cuán cerca se hallaba, en la realidad cotidiana, el internacionalismo del patriotismo, cuán artificial era la oposición del sentimiento al principio.

En primer lugar está la adopción, con modificaciones simplemente formales, de todos los símbolos y manifestaciones externas del nacionalismo para uso del internacionalismo: banderas, uniformes, desfiles, una fraseología especial, una serie de ritos, etc., que son como la fachada del internacionalismo obrero.

En segundo lugar, la facilidad y casi la alegría con que el movimiento obrero de las nacionalidades oprimidas se volvía más intransigente y maximalista en las reivindicaciones nacionales. Si esto en los dirigentes podía ser estrategia, en la masa era impulso espontáneo, vivo.

En tercer lugar —y que se escandalice quienquiera—, hay la frecuencia y sencillez con que muchos líderes, precisamente entre los más frenéticos y vocingleros, se pasan del internacionalismo al nacionalismo: Hervé, Briand, Mussolini, la Tercera Internacional.

Que nadie se queje de verse en el mismo cesto, porque la evolución es pareja. Siempre es una evolución hacia la derecha, abandonando, al dejar el internacionalismo, los demás principios sociales que con él parecían ir ligados. Y esto es tan cierto de Mussolini como de Stalin. Unos limitaban su acción a hacerse patrioteros al viejo estilo; otros hacían la evolución por caminos más recónditos, centrando el movimiento obrero en la cuestión rusa, sometiéndolo a ella, para defender el régimen de castas soviético.

Este hecho debería hacernos reflexionar sobre lo artificial de la división entre el nacionalismo y el internacionalismo. ¿Por qué es tan sencillo pasar de uno a otro? ¿Por qué en los casos más descarados, Hervé, Stalin, etc., no es esto, sino el abandono de otros principios concomitantes, lo que indigna a las masas?

A primera vista puede parecer, pues, que el ser revolucio-

nario y el ser internacionalista son una misma cosa. En realidad no hay tal, puesto que se trata de una verdad de dirección única. Muchos llegan a la revolución por el camino sentimental de la paz, de la repugnancia al teatralismo nacionalista, etc. Y lo demás se acepta por inercia. Pero en cambio se puede ser revolucionario sin ser internacionalista. Las masas —todas las masas— lo son, y la mayoría, de los dirigentes también, aunque no lo digan.

La Comuna de París vino por un sobresalto patriótico de los revolucionarios. Los movimientos de liberación (revoluciones abortadas), igual. Todo el empuje libertador de Asia, lo mismo. Habrá que pensar, pues, que el nacionalismo —no se confunda con el "chauvinismo", con el "jingoismo"— no es incompatible con el movimiento obrero, con el socialismo. Más aún, que sin él no hay manifestaciones sinceras de revolucionarismo. Pero, ¿implica esto que haya que abandonar el internacionalismo?

La etimología de la palabra, que antes descuidamos, nos contesta que no.

Nadie, ahora, se atreve a mostrarse internacionalista. Alguien conserva todavía frases de los viejos tiempos, pero casi no las pronuncia. Y nadie las entiende. La Segunda Guerra Mundial ha desencadenado en el movimiento obrero una oleada de patrioterismo. De ello son responsables, en grandísima parte, los comunistas, que para apoderarse de las resistencias y para ponerse al unísono con los demás partidos de cada país, forzaron la nota del nacionalismo. Pero esta nota no habría sido escuchada si los otros sectores obreros no la hubiesen tocado antes, si hubieran hecho trabajo de prevención, de profilaxis, combatiendo, de antemano, toda posibilidad de transformar el patriotismo espontáneo en patrioterismo cultivado. No lo hicieron y han tenido que seguir la corriente. Un siglo de propaganda internacionalista de buena fe ha quedado borrado por una década de publicidad patriotera de mala fe.

LA tarea del movimiento obrero—por lo menos en su período actual, que no se halla todavía cerca de su fin—, ha de ser la de inmunizar el sentimiento nacional de toda agresividad. Antes de llegar a lo universal, hemos de pasar por lo internacional: entre naciones. Es entre naciones, ahora, donde debemos tra-

bajar con el fin de que este *entre* no se convierta en *contra.* Y para esto, el hombre de la calle sí que es asequible. No podemos decirle que se desnude de su traje nacional, pero, en cambio, podemos convencerlo de que adopte una moda sensata, agradable, sin adornos ridículos, sin armas, y enseñarle que los demás trajes nacionales son tan interesantes y respetables como el suyo. Si el movimiento obrero no sirve para esto, entonces mejor que renunciemos a considerarlo un instrumento del futuro y que busquemos otra cosa o nos pongamos a vociferar: "¡Viva yo!".

Si el nacionalismo tiene su carácter repulsivo de portera colectiva, se debe a una serie de factores materiales, económicos sobre todo, que son los que deforman la psicología del hombre de la calle. Esos factores constituyen, además, elementos opuestos a toda realización de tipo socialista. En tal caso, parecía el abecé que el movimiento obrero los destruyera, tanto más cuanto que se presentaba la posibilidad de hacerlo sin recurrir a la violencia sistemática.

¿Por qué, por ejemplo, no ha salido de la Francia donde comunistas y socialistas eran la mayoría, o de la Inglaterra laborista, la iniciativa que Churchill tuvo en un momento de angustia militar: la unión en un solo Estado de ambas naciones? ¿Por qué se ha permitido que los elementos conservadores de Europa tomaran la delantera al lanzar su consigna de Unión Europea, cuando habría sido posible crear de veras —y no sólo en proyecto— los Estados Unidos Socialistas de Europa? ¿Por qué, en un plan más modesto, no se han coordinado continentalmente las distintas nacionalizaciones, de modo que no se hicieran competencia de país a país?

Hay, por otra parte, una serie de signos distintivos de la nacionalidad que contribuyen poderosamente a reforzar el sentimiento nacionalista. La moneda, entre otros. ¿No era posible ir a la unificación monetaria europea? ¿Qué se ha hecho en el terreno educativo para unificar ciertos principios esenciales, para dar a la historia su verdadero sentido, quitándole lo que tiene de propaganda? ¿Qué se ha emprendido para mezclar a los obreros, para hacerles conocer la vida de los del país contiguo? Pero, ¿para qué aspirar a tanto, si ni siquiera los socialistas de distintos países han podido ponerse de acuerdo sobre problemas tan elementales como el de los prisioneros de guerra, el de las personas desplazadas, el de Alemania?

Cabe preguntar aún cómo no se realizó por iniciativa pro-

pia lo que luego el capitalismo norteamericano ha intentado hacer con el Plan Marshall: una unificación de esfuerzos para la reconstrucción. Europa era el único punto del globo donde las condiciones se ofrecían maleables, llenas de posibilidades. Las hemos endurecido con nuestra incapacidad y nuestra cobardía, las hemos vaciado con el huracán de nuestras frases sin sentido.

Esto es una gran culpa, de la cual el movimiento obrero tardará mucho en limpiarse. Defraudó las esperanzas de los hombres —las que él mismo había hecho fermentar—, y condenó a millones de personas a la ineficacia, a la miseria, posiblemente a la muerte.

Y las defraudó en nuestra América, cuando no supo aprovechar el despertar democrático de 1944-46, para dar unos cuantos pasos hacia la coordinación continental, la división del trabajo entre nuestras naciones, el establecimiento de un sistema eficaz de garantías democráticas y sociales mutuas, la unificación aduanera y monetaria.

No se diga que los comunistas tienen la culpa. Sabíamos de antemano que no formaban realmente parte del movimiento obrero, que eran nacionalistas soviéticos. Cumplieron lo que se habían propuesto. No digamos tampoco que el capitalismo norteamericano no nos dejó. Sabíamos cual tenía que ser su papel y su actitud.

No, la culpa la tuvimos nosotros. Y precisamente por no saber cuál debía ser nuestra misión, por no tener un propósito definido. En la vaguedad de las frases sonoras, olvidamos la premura de los hechos. Cuando llegó la hora de los hechos, deseamos seguir hablando. . . y nos quedamos mudos de pánico y de asombro. Las cosas eran distintas a como habíamos querido imaginarlas. Por esto no supimos cambiar las cosas, porque nos sentíamos sin dominio sobre ellas.

Como consecuencia de esta falta de sincronización entre mito y realidad en lo relativo a la idea de patria, el movimiento obrero ha sufrido su experiencia más trágica, el absceso que ha revelado la infección que lo consumía —y que a la par es para millones de gentes que no tenían ninguna culpa de nuestros errores, una sarcástica tragedia individual. Me refiero, claro está, a la pintoresca teoría y a la crudelísima realidad del "socialismo en un solo país".

Cuando el movimiento obrero no triunfa en una serie de países que puedan enfrentarse con el resto del mundo no-revolucionario, entonces, los revolucionarios del país donde ha conseguido la victoria se ven, lógicamente, impulsados a encerrarse en sí mismos. Lenin muere justamente cuando la expansión política de la Revolución Rusa se detiene. Alemania, Polonia, los Balcanes, no han hecho eco a Moscú; China, al cabo de poco, será un nuevo fracaso en la lista. Los sucesores de Lenin no pueden hacer otra cosa, con la creencia de que los obreros no tienen patria, que convertir a la URSS en "patria de todo el proletariado", colonizar el movimiento obrero, hacerlo instrumento de la defensa del "país del socialismo" y obligarlo a aceptar como doctrina propia y como consigna de cada momento las justificaciones teóricas falaces de los virajes y maniobras que en el interior de la URSS se necesitan para ir capeando el inevitable temporal que ha de seguir a toda revolución fracasada.

La experiencia no sería menos terrible, humanamente, pero encontraríamos en ella una especie de consuelo, si aprovecháramos la lección. Desgraciadamente, el socialismo en un solo país no ha muerto en el movimiento obrero. No hemos llegado a comprender en cabeza de ruso —y cuántas cabezas caídas en vano, pues—, que el socialismo como realidad gobernante y creadora no puede encerrarse dentro de ninguna frontera, que tiene una constante necesidad de expansión, que *es* esta misma expansión.

Los intentos de socialismo moderado que se realizaron en la Gran Bretaña y en ciertos países escandinavos conducen, a pasos contados, pero inevitablemente, al "socialismo en un solo país" —en vez de la URSS, Inglaterra o Suecia. . .

Si Inglaterra, en un futuro, de nuevo laborista, ejerciera esta influencia ideológica, probablemente se evitaría también una guerra —la tercera mundial, por lo menos, tal como se presenta ahora—, y el laborismo no estaría amenazado de sufrir la misma degeneración que representa el stalinismo. Los laboristas, que son todo lo contrario de los bolcheviques, sabrían probablemente renunciar a una victoria que les resultará ficticia, antes que recurrir a según que medios. Pero esto, para el movimiento obrero, no es tampoco una solución.

La solución habrían sido los Estados Unidos Socialistas de Europa, cuyas condiciones objetivas existían; plantear claramente, cuando se quiso crear la Organización de las Naciones

Unidas, el problema de la cesión de soberanías; decir a las gentes que un cónclave de gobiernos nacionales no podía llevar al internacionalismo, y que sólo unos Estados Unidos Mundiales —o, por lo menos, continentales, para comenzar—, con su Parlamento de elección directa y su Gobierno salido de tal Parlamento, eran las únicas probabilidades de evitar la guerra y de reconstruir el mundo sobre bases más justas.

¿Qué la URSS y los Estados Unidos no habrían aceptado esta posición? Desde luego que no. Pero esto no es un motivo para no propugnar por una solución que consideramos adecuada y eficaz. Por una vez —por primera vez desde hace muchos años—, el movimiento obrero adoptaría un plan propio. Esto le habría dado una influencia, una confianza en sí mismo y una eficacia que probablemente hubiera salvado al laborismo y a los socialismos nacionales del riesgo de caer en el "socialismo en un solo país".

Es una falta cometida que pesará mucho sobre nuestras posibilidades de rehacer el movimiento, de ponerlo de nuevo en marcha; que por lo menos nos sirva para comprender el verdadero sentido de la nación en el movimiento obrero.

Se trata, pues, de transvasar el nacionalismo o patriotismo espontáneo de la clase obrera y de la clase media, quitándole, al mismo tiempo, agresividad, exclusividad, inmunizándolo contra las influencias irracionales. Más aún, hay que llegar a estructurar una doctrina del nacionalismo que nos haga ver claro dos rasgos esenciales del nacionalismo agresivo y exclusivo: su incompatibilidad con el antiimperialismo sincero (el antiimperialismo nacionalista ha resultado siempre estéril, y las lecciones de la historia que así lo demuestran deben servirnos de algo); su incompatibilidad con el único camino económico que puede contribuir a mejorar el nivel de vida de los pueblos, es decir, la integración económica, el "dirigismo" continental o mundial.

Antiimperialismo e integración económica (y hasta política, desde luego), exigen cierto tipo de nacionalismo, como vacuna contra los excesos de entusiasmo gratuito, contra las ilusiones sin base, y también como fundamento o punto de partida. Pero ha de ser un nacionalismo distinto, casi diría opuesto, al que hasta ahora ha infectado el movimiento obrero. Lo

trágico y lo esperanzador, a la par, es que sólo del movimiento obrero puede surgir este nuevo nacionalismo, que tal vez podría denominarse, cuando aún está en ciernes, el nacionalismo del hombre, pero que quién sabe lo que será cuando crezca y se desarrolle.

Indicando lo que no se hizo —y se pudo hacer—, se señala ya lo que debería hacerse.

En la época de los Estados-Continente —como dice Haya de la Torre que va siendo la nuestra—, al movimiento obrero le toca hacer que vaya apareciendo simultáneamente la idea y el sentimiento de nación-continente.

Fijarse este objetivo —que es lo que hasta ahora no hemos hecho—, nos llevará a buscar los medios dignos de él para alcanzarlo. Y sólo los dignos de él. . . No se trata aquí de dar recetas, sino de intentar dictaminar la enfermedad que nos paraliza. Y uno de cuyos síntomas, me parece, es el de contraponer internacionalismos a patriotismo, y de abandonar el primero cuando los hechos nos fuerzan a someternos al segundo. La síntesis entre los dos se me antoja el único medio de recobrar la eficacia del movimiento obrero sin sacrificar su diversidad, que es uno de sus atractivos principales.

EL HOMBRE Y LA ALEGRÍA

Por *Fedro GUILLÉN*

Esas misteriosas llamadas que a veces pasan rozando el corazón humano, exaltándolo por los más diversos caminos, esa imprevista temperatura del alma que siente —por rachas— participar de la armonía cósmica ese "estar alegre" que constituye la fórmula para resolver la vida y el ideal más socorrido de los hombres, plantea una cuestión asaz difícil pero terriblemente interesante en el escudriñamiento de nosotros mismos: ¿dentro de qué zodíaco giran las emociones de la dicha?

Veamos. Para algunos siervos contumaces del hedonismo la alegría (que es expresión pública de la dicha) depende exclusivamente de suculentos manjares de los sentidos, en toda laya de regodeos físicos —hasta que el cuerpo aguante.

Para otros, más apaciguados, menos contiguos al sensualismo, la meta puede alcanzarse con cierto programa que cabe en los bolsillos de cualquiera: dinero, dinero y más dinero. ¡Ah!, y unos adarmes de buena salud y paz octaviana. Casi no es menester añadir que es ideal típicamente burgués acariciado por todas las gentes tranquilas y despiadadamente respetables del universo.

Habrá quien —llevando el agua por su molino— atribuya a la fisiología el control, que se antoja misterioso, de válvulas caprichosas que mandan a la sangre, como castrense orden del día, el mensaje que eleva o deprime el ánimo.

Una idea frívola regada por ahí quiere ver felicidad donde hay simple conformismo y se cita caso de millares de seres varados en su pulgada de tierra que alberga a mal parado hogar compartido hasta con cuadrúpedos bíblicos. La innata sumisión ante durezas del destino se interpreta como dicha elemental y se piensa, con humos de teoría, que son tan felices que ni siquiera lo saben, teniéndolo todo o creyéndolo tener dentro de su paupérrimo orbe.

Ellos —llámeseles indígenas, parias o como se quiera— son

los que abundan en más razones para no ser dichosos, aunque manejen repertorio de escasas ambiciones. Su mutismo, su quietud es tan triste que —sobre todo en nuestros rumbos— caen en el alcohol como una fatalidad para verle un poco la cara a otra vida, menos áspera, hendiendo el aire gritos escapados de angustias seculares.

Se dice también —y ello parece agrandar órbita de dudas— que el millonario señor Rockefeller, agobiado de males y negocios, confesaba, con la boca hecha agua, que su felicidad hubiera sido devorarse uno de los emparedados con que parcamente "lonchaba" su jardinero.

Muchos hombres sin tener tan deplorable digestión, ni el buen gusto de ser potentados, pasan más o menos por lo mismo.

Mas no anarquicemos el tema. Todos sabemos, mejor dicho, sentimos lo que es la dicha: esa grata temperatura del alma acorde con el cosmos: viejo catador de las más opuestas alegrías. Donde la cosa tiene sus bemoles es en descubrir la mecánica de tales sensaciones alegres que toman al alma por asalto. La lista sería interminable y jamás exhaustiva: saboreos terrenales, quehaceres propios del espíritu —entre ellos, felices mortificaciones del santo, o del héroe— ambiciones de poder, de fama etc. O sea, a fin de cuentas que cada uno tiene su peculiar manera de ser dichoso y que la felicidad no es ecuación que pueda ser resuelta con leyes fijas generales. Eso sí, parece tan inasible la dicha propia, se tiene tan poca fe en alcanzarla, que siempre se supone existente en seres o esferas vitales ajenas a uno.

Y si para muchos enamorados de una armonía melosa —como la estampada en postales antiguas registrando besos nupciales inmortalmente cursis— el ideal feliz radica en carencia absoluta de problemas en existencia muelle, color de rosa, para otros, menos mimados por la vida, más conscientes de su papel humano sobre la tierra, la buena orilla se alcanza precisamente venciendo problemas, interpretando el destino propio más como cotidiana batalla que como sabroso festín, con todo y banquete puesto.

Porque antes de que cada uno hable de la feria según le vaya en ella, habría que averiguar —a la entrada— qué busca cada quien en la feria. A qué o por qué concurre cada feriante. Igual nuestra existencia. Se es feliz buscando esto o aquello y alcanzándolo en memorable día en que desempacamos la risa archivada en los armarios. Mas, por desgracia y por fortuna, la

risa es siempre fuego transitorio, instante de gracia que reconcilia. Acaso porque no hay imagen más aterradora de infelicidad colectiva que la de un mundo en que todo —como mecanismo de reloj suizo— estuviera perfecto y sincronizado y uno, satisfecho de cuerpo y alma, no tuviera que ejercitar la voluntad sino para abrir y cerrar los ojos y para alguno que otro nocturno menester de los que maneja tradicional, insuperablemente el diablo.

Desde los días originales alguien con muy buen criterio y mejor humor, debió prever que vivir no puede ni debe reducirse a simple tarea física y que, de tarde en tarde, los hombres han de unirse para compartir alegrías, haciendo más jocundo el paso forzoso por este ancianísimo planeta.

Así nació, sin duda, el calendario de festividades que desde años del puro caldo hacía más dulce el discurrir de nuestros antepasados y que aún ahora, más tímidamente, sigue invitando a olvidar por una hora, un día o una semana, el bagaje inexorable de preocupaciones que solemos cargar al hombro. Esto de alternar ratos buenos con malos da por llamarlo el pueblo, con simpático espíritu de albañilería, "una de cal por una de arena", aunque hoy abunden más las de arena por bromas pesadas de la Física, esa que parece haberse aliado con Marte para retraernos un mal día al caos de cenizas y nebulosas primigenias.

Pero hagamos un poco de historia para ver cómo los antepasados modulaban sus vidas en relación con la fiesta, institución eterna, bienhechora, cómplice y hermana de la alegría. Atajemos, no más, la especie negativa reiterada por madonas suspirantes de que todo tiempo pasado fue mejor. Acaso se lo disculpemos al poeta pero no, a quienes así quieren evadir el choque con su época, que tiene, como todas, años de vacas gordas, y de vacas anémicas. Y demos ya efecto retroactivo a nuestra vista:

En Grecia —punto de partida de tantas luces— el pueblo se divertía sabiamente, ora asistiendo a improvisadas elocuencias en el Ágora, ora en francachelas cordiales en las que, de vez en vez, se organizaban de sobremesa polémicas inolvidables. Después de la vendimia se armaban burlescas mascaradas en honor de Baco, el disoluto, pero el más simpático de los dioses. En aldeas y campos quienes formaban cortejo báquico tomaban

el pelo a transeúntes con bromas atrevidas y picantes, en efusión de sentimientos que afloraban cuando la miel ansiada de las uvas estaba a punto de derramarse sobre la sed helénica.

De la pomposa Roma, ni hablar. El pan y circo que demandaba el pueblo y aquel regodeo en termas públicas y aquel atroz desenfreno de la Decadencia, pasaron a la Historia con letras rojas. Echaron a pique una extraordinaria cultura y un gran imperio por festejar demasiado la mundana existencia, legando inmortales moralejas sobre inconveniencia de tomar tan en serio a la alegría. Sin embargo, el caso de Roma y sus envidiables fiestas será cada día más increíble en el futuro si todo sigue como va.

El Cristianismo dio nuevo sesgo a la vida con su mensaje imperecedero. Mejoró los trasfondos morales del hombre, pero lo entristeció. Una rígida ortodoxia frenó impulsos y reformó costumbres, ante voz decididamente excepcional que vino a predicar que el reino del espíritu está —como Hiperión mitológico— arriba de todo. Un manto negro cayó sobre Dionisos y poco faltó para cubrirlo de pies a cabeza. El travieso padre de la fiesta se dio maña para agazaparse por ahí, acechando al hombre para tentarlo en momento propicio con elocuente racimo de uvas embriagantes.

El discutido hombre del medievo tuvo en general que ser triste. Su terrenal escenario no era nada atractivo: había demasiada escolástica, alquimistas de ciencia infusa, cuantiosas órdenes de caballería, temibles nigromantes y, sobre todo natural obsesión por salvar el alma. (¡Sálvese quien pueda!).

La vida parecía metida en encrucijada obscura y se pensaba más en el cielo que en la tierra. Aquello indudablemente no era propicio a la alegría. En ferias y kermeses populares el hombre tenía que contar con cierto invitado que aguaba la fiesta: el pecado. Y tras éste, amenazante visita a las nada gratas tinieblas del averno.

(Por eso vale la pena preguntarse cómo pasaban las tardes de domingo —¡eterno problema!— las pobres familias de la Edad Media).

Además, fue entonces, en esa opaca edad, cuando se acentuó el hecho de que el arte de divertirse se alejara más de la vida popular, pasando a usufructo de clases altas: altas, sobre todo, porque era en elevados, sombríos castillos, en donde juglares y bufones cumplían melancólica tarea de distraer a caballeros feudales que con soberanía de horca y cuchilla sobre

humillada grey restaban más alegría en el paciente, sencillo y noble corazón del pueblo.

El Renacimiento volvió ojos a la antigüedad grecorromana y una ondulación nerviosa movió, otra vez, brújulas de la vida. Se buscaba ansiosamente nuevo concepto de ésta para disipar el sopor de la Edad Media. Surgieron espíritus excepcionales y hombres eufóricos, amantes y servidores de la existencia. En vez de pías discusiones sobre cuántos ángeles cabían por el ojo de una aguja, aventuras marinas aventaron al hombre sobre el océano. Y hasta Martín Lutero, protestante por antonomasia, sacudió conciencias desquebrajando unidad de la santa iglesia.

En muchas cortes reales se calcó fasto y esplendor del paganismo. Mas el pueblo, amén de sus carnavales o fiestas al triunfo de una batalla en que había perdido hermanos, siguió al margen. Y así desembocó en la Edad Moderna.

Los albores de la industria alejaron al hombre de impar belleza, de labores agrarias, robándole paisaje; el crecimiento de grandes ciudades con su agrio soplo multitudinario, las preocupaciones económicas agravadas con la civilización, las complejidades de la vida moderna en la que se nace sin tradición de alegría y se crece confuso y temeroso ante incógnitas —de toda clase— del futuro, han conspirado para hacer que el hombre de hoy tienda de fijo a la tristeza —máxime con amenazas bélicas— decretándose muerte o agonía de fiestas públicas.

De ahí ese tono menor de celebraciones en que interviene el pueblo. Parece difícil conmoverlo, sacarlo de su justa atonía recompensada con libaciones de órdago. Y hoy, ciertamente no es tiempo de resucitar festejos paganos. Acaso de promover que ría un poco y goce sanamente sustituyéndole alegrías perdidas por nuevos motivos que encuentren eco en su corazón. No es posible olvidar que el día en que problemas económicos dejen de extorsionar el espíritu de millones de hombres, la alegría hallará campo más propicio para extender sus saludables fueros.

Pero antes que eso llegue —si ha de llegar— conviene advertir que de la conformación de un carácter alegremente fuerte, capaz de irse enfrentando, día a día, a alternativas y anfractuosidades de la existencia, nace la mejor tónica de los pueblos. Mientras más fuertes son, saben reír mejor y junto al clásico ceño de quienes aman el trascendentalismo para todo, aparece la consigna épica resumida en frase espléndida: "el sentido deportivo de la vida".

En la América que habla español tendemos sin duda a la tristeza. Cuestión de gotas de sangre heredadas; idiosincrasia, de un destino que ha parecido querer acosarnos con conquistas, imperios y tiranías. No hemos podido aprender lección de otras razas que acometen las más graves labores con sonrisa traslúcida de fe y optimismo. Porque hay risas de risas. La que deseamos para animar nuestros cotidianos pasos es la que expresa dicha estimulante, paz con el cosmos, no frívola expresión que se lleva el viento.

La música popular americana abunda en cadencias quejumbrosas aunadas —sobre todo en ciertos pueblos— al sino de la muerte. Además, miles y miles de hombres regados en villorrios y alquerías practican diariamente parva filosofía de "alegrarse" con zumos y venenos etílicos que apagan la conciencia, método heredado de la noche de los tiempos del que no estamos muy a salvo quienes tenemos ocurrencia, de dudoso gusto, de apiñarnos en ciudades mayores.

Que lo digan, también, esas celebraciones cada vez más desteñidas como el carnaval que ya nadie percibe en plan de fiesta callejera, habiéndose desplazado a ceremonias religiosas culminantes en simbólicas cruces de ceniza: polvo eres...

En nuestros propios lares, la maravillosa policromía de Santa Anita va languideciendo cuando cada viernes de Dolores enarbolaba su mexicanidad por el rumbo de históricos canales. Y las ferias, las alegres ferias de antaño, van relegando su viejo prestigio a gruñones compases de discos fonográficos y a uno que otro cliente anacrónico trepado en inseguros juegos mecánicos, o tragándose la píldora de la mujer araña o del enano siete cabezas.

Declina, pues, la fiesta pública, la fiesta barata, la de todos, la que apenas ayer coloreaba el almanaque y encendía júbilo en corazones en épocas sin duda más tranquilas para el mundo, la sociedad, el hombre mismo. Y mientras un estrato social va limitando sus oportunidades de esparcimiento, agobiado por pobrezas y desdichas, del otro extremo el insulso orbe de potentados se afana inventando novedades no sospechadas por Epicuro —conduciendo sus obesas humanidades de playa en playa— hasta que los mismos meandros del placer conducen a la más santa y vengativa de las melancolías.

Otra cuestión. No hay duda de que el afortunado habitante de los trópicos, por mayor ligazón e influencia telúricas, dueño y señor de un paisaje que aún se da lujo de guardar virginidades, tiene severa obligación de luchar por ser congruente con ese impulso vital. Cantando a la vida y festejándola en cada uno de sus momentos estelares, pese a impactos alarmantes de nuestro tiempo. A nosotros incumbe comunicar aliento y fe a otros hemisferios en crisis y en vez de filosofías existenciales que asfixian, devolver afirmaciones esperanzadas de un mundo en agraz, pletórico de fuerzas espirituales y de gentes nuevas —sustentadas en veteranas culturas— que no podemos aceptar el mito vergonzante del hombre como "pasión inútil", hoy que como nunca deben aportarse verdades que fortifiquen y no que destruyan o conduzcan a otra Torre de Babel.

Todavía es posible construir con módulos de la alegría creadora mística que anime y lance —como romana catapulta— a las almas hacia conquista de obstinadas ciudadelas donde yace funesto escepticismo, derrotista espera del juicio final —o de su sinónimo bélico que trata de periclitar a bombazos atómicos, por imperativos del becerro de oro— el destino humano sobre la tierra.

Fieles a hermoso papel órfico, a exultante optimismo de signo superior, pueblos hay que celebran dichosos la entrada de cada primavera, madre generosa y germinante que confirma al hombre, año con año, común obligación creadora. Le recuerda, en la más bella de las formas, que él está aquí para hacer; no para contemplar. Y que sólo la mano amorosa que construye —en el agro y fuera del surco— comprende el pathos de la bienhechora estación: que debería ser recibida con salvas reglamentarias por todo amante de lo armónico, ya que llega embadurnando de explosiones cromáticas buena parte del planeta.

Así como el arribo de un nuevo año —episodio astronómico convencional— enciende esperanzas y regocijo por doquier, más justo sería el homenaje y reiteración de fe colectiva a esa mágica noche en que la vida renueva sus impulsos y su dinámica eterna, con espléndidos chorros de clorofila en bosques y campos.

Seamos, pues, fieles a la ley de suprema alegría que lanza a la acción ennoblecedora. Auscultemos la temperatura de nuestra sangre, reconozcamos latitud de perenne poesía americana, escuchemos canción de selvas vivas de nuestro pedazo

cósmico, y en medio de vientos polifónicos que zumban de lado a lado de nuestras cordilleras repitamos, con el filósofo, "que vivimos en el mejor de los mundos posibles", lo que bien vale un aleluya diaria para festejar esta hermosa vida que nos ha tocado en suerte.

UNA BIOGRAFÍA POLÉMICA DE ALESSANDRI

A comienzos de este año apareció el volumen I de la vasta obra del historiador don Ricardo Donoso: *Alessandri agitador y demoledor. Cincuenta años de historia política de Chile.*[1] Comprende 24 capítulos y 480 páginas de texto. Abarca desde la llegada del fundador de la familia, don Pedro Alessandri Tarri, en calidad de artista titiritero, el 26 de abril de 1821, hasta la presidencia de don Emiliano Figueroa Larraín.

El amplio estudio de Ricardo Donoso está redactado con la escrupulosa minuciosidad que el autor pone en todas sus obras. A veces su lectura se torna fatigosa a causa de la excesiva extensión que da a los sucesos de mínima cuantía de la politiquería de la época y porque el relato prolijo de acontecimientos, debates o documentos desligados de la actuación del personaje central, ahoga y esfuma a menudo su figura. De todos modos, la obra de Ricardo Donoso tiene un valor considerable para el conocimiento pormenorizado de la evolución de Chile desde la administración de Federico Errázuriz Echaurren en adelante. A pesar de la gran importancia que asigna a la descripción de la guerrilla política, cambios ministeriales y debates parlamentarios, también se afana por informar sobre el movimiento social y popular, exponiendo sus principales reivindicaciones y la situación lamentable en que vegetan las clases laboriosas; al mismo tiempo anota las crueles represiones llevadas a cabo por los poderes públicos, sordos y ciegos al inmenso y justo clamor de una masa angustiada, lo cual constituye la denominada cuestión social.

En cuanto al enfoque de la personalidad, existencia y actividades de Arturo Alessandri Palma nos da una detenida crónica. En el abuelo, Pedro Alessandri Tarri, natural de Pisa, quien de modesto artista titiritero llegó a hombre de empresa de considerable fortuna, cree encontrar ya los rasgos psicológicos de la familia y, sobre todo, de su biografiado: audacia, espíritu de iniciativa, falta de escrúpulos, histrionismo y pasión por el dinero.

La primera actitud política de Arturo Alessandri Palma se remonta a la época de don José Manuel Balmaceda. A pesar de haber sido designado empleado en la Biblioteca del Congreso en 1890, mientras estu-

[1] Fondo de Cultura Económica, México, 1953.

diaba Derecho, se adhirió a la causa revolucionaria y, en tanto, "con una mano percibía el sueldo de bibliotecario del Congreso, con la otra atacaba violentamente al dictador desde las páginas del periódico *La Justicia* que circulaba clandestinamente. . ." Más tarde fue diputado y miembro incondicional de la coalición gubernativa. Errázuriz "el chico", fué su modelo político y él le permitió un paso fugaz y discutido, por el Ministerio. Durante "los años inútiles", de anarquía política e inmoralidad administrativa (escándalo de las "cachimbas" en la región del salitre; de las concesiones de tierras en el sur; de la constante devaluación de la moneda, etc.), y cuyas causas sociales y económicas denunció con valentía Malaquías Concha, el diputado Alessandri no demostró ningún perfil inconformista. Por el contrario, se demostró papelero (a pesar de las vigorosas palabras del diputado F. A. Encina impugnando las emisiones destinadas exclusivamente a fomentar las especulaciones bursátiles) y contrario al sufragio universal. En una sesión (6 de febrero de 1908), comete un sabroso *lapsus-linguae* que le descubre el subconsciente. En vez de decir que renunciaría a su candidatura a diputado expresa: "yo preferiría resignar mi candidatura presidencial".

En 1915 es elegido Senador por el norte, conquistando su apodo de "León de Tarapacá". Un hecho luctuoso ensombrece esa enconada justa: el asesinato del prefecto de Iquique, de apellido Delgado, por un matón, un tal Lemus, guardaespalda de Alessandri.

En el Senado adquirió volumen político y, a propósito de la discusión del proyecto de ley sobre instrucción primaria obligatoria, tuvo brillantes intervenciones. Ya en esta época se hizo visible el avance de las clases medias penetrando en la administración y en el Parlamento y cuyos personeros defendían ideas de progreso social y de renovación de valores. Mientras senadores de alto prestigio, como Enrique Mac-Iver, se referían despectivamente al nuevo credo de reforma social que movía a las clases medias y populares e inquietaba al Senado, Arturo Alessandri, con habilidad y elocuencia, las hacía suyas y enarbolaba el programa de reivindicaciones sociales contestando al individualista Mac-Iver: "Los problemas y reformas no son un canto de sirena, una dulce palabra que halaga y acaricia el oído, como lo dijera el Senador de Atacama; se basan en principios fundamentales de Derecho y justicia, y obedecen a una imperiosa exigencia del presente. Golpean ellos de un modo efectivo el deber y la conciencia de los hombres de Estado, que deben prestarle atención efectiva y preferente. No es aceptable que mientras unos nadan en la opulencia, carezcan otros, en absoluto, de pan, vestido, habitación, luz para el espíritu, reposo conveniente y ade-

cuado para el cuerpo, convenientemente reparador. Principios de solidaridad, de justicia y conservación social, exigen la existencia de un prudente equilibrio entre las más diversas esferas y capas sociales."

A raíz de este debate también terció el Ministro de Instrucción Pública, Pablo Ramírez, para manifestar que los males que afligían al país se debían al predominio del clero, la oligarquía y el capital, cuyos representantes en el Parlamento impedían toda política reformista.

Durante el período mencionado, en 1919, se planea una conspiración contra el régimen, en la cual participaban elementos militares y, según Ricardo Donoso, habría quedado en descubierto Alessandri en una peligrosa labor corruptiva de los cuerpos armados, de graves consecuencias posteriores.

Llega el año crucial de 1920; Alessandri es designado candidato a la presidencia por la combinación denominada Alianza Liberal. Su programa es moderado y factible; sin embargo, el egoísmo y la ceguera de las fuerzas reaccionarias lo definen como extremista y bolchevique. No concebían que pasara a encarnar las aspiraciones reformistas de la Alianza Liberal un político que había propagado, según ellos, "los odios de clases" y las "más avanzadas tendencias comunistas".

Alessandri se lanzó con valentía y decisión a la lucha y supo personificar con sin igual demagogia y entusiasmo los anhelos de la nacionalidad sufriente. Clases medias, sectores de las propias fuerzas dominantes, juventud universitaria, multitudes laboriosas, se unen en torno de su postulación, con entusiasmo y fervorosa devoción, determinando el desarrollo de un movimiento democrático y popular nunca visto en el país. Alessandri apoyado en su "querida chusma" arremete contra la "canalla dorada" a conquistar la presidencia, "pese a quien pese", envuelto en los sones del *Cielito lindo.*

La lucha política por la presidencia se amplía a una contienda de carácter social del pueblo contra la plutocracia, y donde la clase ejidal es la pequeña burguesía, estructurada en el Partido Radical. No obstante, algunos dirigentes de este Partido son enemigos de Alessandri, resistiéndose a apoyarlo. Es típica la actitud de su patriarca, don Enrique Mac-Iver. Ricardo Donoso cita un trozo de las *Memorias* de don Enrique Oyarzún, sabroso y picante, al respecto. Cuando los dirigentes radicales se acercan a don Enrique Mac-Iver a pedirle que reciba a Alessandri, su candidato presidencial, se niega y les dice: "Pero ¿no conocen ustedes a Alessandri? ¿Qué no saben que es el italiano más falso, personalista y amigo de la populachería inconsciente que hay en el país? ¿Están seguros ustedes que una vez en la presidencia, y aunque tenga ministros radicales, no va a rodearse de favoritos y adu-

lones que los suplanten a ustedes y los obliguen a retirarse, a menos que se corrompan con él y entren también en los negocios y corruptelas de que se va a plagar la administración?"... Después de varias presiones Mac-Iver consiente en recibirlo: "que venga y lo oiré, pero que no me haga comedias; nada de abrazos ni de llantos, ni de escenas mujeriles. No me gustan los actores sino en las tablas". Según las noticias del memorialista la cosa pasó según temía don Enrique Mac-Iver, pues hubo abrazos, lloriqueos y juramentos...

II

UNA vez en la presidencia Alessandri realiza una gestión mediocre, causando el desaliento de sus propios partidarios. Apenas la inició se produjo la horrenda matanza de San Gregorio, provocada, en parte, por su actitud débil y vacilante al dejar entregada la responsabilidad al jefe militar. Los principales sucesos de este período: cambios ministeriales, negociados (como el famoso de las Ł 50,000), desarrollo de las relaciones exteriores, intervención gubernativa en las elecciones de marzo en 1924, golpes militares de septiembre de 1924 y enero de 1925, están tratados con extensión y detalles. En la época de 1925, calificada por Donoso como "gobierno de facto", se produce la espantosa masacre de La Coruña, en la cual el general Florentino de la Guarda actuó con una crueldad inhumana tratando a los obreros, con más odio que si hubieran sido encarnizados enemigos. Las autoridades aprobaron tan horrible represión y enviaron sendos telegramas al matarife. El Ministro de Guerra (coronel Carlos Ibáñez del Campo) lo felicitó por el "restablecimiento del orden público"; Alessandri hizo lo mismo, en un estilo grandilocuente, exaltándolo "por restaurar el orden, defender la propiedad y la vida injustamente atacadas por instigaciones de espíritus extraviados o perversos".

Ricardo Donoso afirma que Alessandri arrasó el edificio institucional y llevó el país a manos de los militares: "Con su incesante campaña por arrebatar al Senado sus facultades políticas deprimió el prestigio y la autoridad de ese cuerpo legislativo; con su discurso de la Escuela de Caballería y la intervención de la fuerza pública en la jornada del 2 de marzo abrió al Ejército el camino de la acción política; y con la escandalosa intervención en las elecciones formó en la conciencia pública la convicción de que el Congreso elegido no representaba la voluntad nacional y era totalmente espurio"...

Es un juicio evidentemente parcial e incorrecto. El Senado se des-

prestigió por la insensibilidad despiadada de sus magnates miembros, la obstrucción sistemática y deliberada de toda obra de reforma y justicia social; por mantener impagos a los empleados públicos durante meses; y por la charlatanería más innocua de que haya memoria. Es el Senado por su propia actitud quièn se presenta al país como el obstáculo insuperable para cualquier labor de reforma y progreso. Y en cuanto a la intervención del Ejecutivo en las elecciones se exageran su proporción y alcance; en todo caso no entrañó un abuso mayor que el derivado de los condenables vicios del cohecho y las falsificaciones, llevados a cabo por las fuerzas plutocráticas en sus innumerables feudos electorales, de donde estaban excluidos todos los sufragantes adversos a sus personeros y si votaban sus votos aparecían agregados a los de los candidatos de la reacción.

La revolución del 5 de septiembre de 1924 alejó del mando, temporalmente, a Alessandri. Un nuevo golpe, el 23 de enero de 1925, lo reinstaló en la presidencia. Y en el análisis de esta época es valioso el capítulo sobre la discusión y dictación de la Constitución de 1925. Alessandri, admirador de la Constitución de 1833 y actor importante en el régimen parlamentario, se tornó un defensor tenaz del régimen presidencial, ante los desbordes de aquel sistema. En su Primer Mensaje Presidencial de 1921, ya propicia la reforma a la Constitución de 1833. Y su actitud persevera en ese propósito a lo largo de su administración, hasta lograrlo a raíz de los movimientos militares, en 1925. Este tomo I se cierra con un epílogo melancólico que trata de la evolución del problema internacional de Tacna y Arica hasta el fracaso de su resolución por medio de un plebiscito, y con la desaparición de Alessandri del escenario político desplazado definitivamente por la omnipotencia militar, de la cual es siervo el epicúreo Emiliano Figueroa Larraín.

III

En lo que respecta a los rasgos psicológicos de Alessandri, don Ricardo Donoso anota los siguientes: 1º Pasión por el poder y tendencia absorbente a ejercer el mando, sin reparar en medios ni escrúpulos. Recurre a toda suerte de maniobras y componendas; lleva a cabo las más opuestas combinaciones; realiza innumerables volteretas; halaga a las masas y, luego, las reprime; combate la reacción y, pronto, gobernará con ella; quebranta la disciplina de los cuerpos armados lanzándolos a la

política y, más tarde, apoyará la formación de las Milicias Republicanas para mantenerlos sojuzgados, humillándolos.

2º Alta idea de sí mismo, de su capacidad y de su dominio sobre los hombres, estimándose indispensable e irremplazable. (A este respecto, leyendo el *Diario* del conde Galeazzo Ciano encuentro una sabrosa referencia a Alessandri. El 17 de mayo de 1939, Ciano anota que recibe a Alessandri, ex-presidente de Chile, muy amigo de Italia, batido por una coalición del Frente Popular; y que éste considera que el régimen rojo no se ajusta a su país y "prevé —dice que con terror— que lo llamarán de nuevo al poder". La referencia de Ciano demuestra cómo Alessandri no dudó jamás que sería llevado de nuevo a la Moneda; se consideraba el estadista indispensable).

3º Carecía de convicciones firmes, interesándole sólo el poder por el poder, el mando, sin poseer una idea grande y profunda, de noble trascendencia y alcance. Es, en razón de lo anterior, versátil y oportunista, profundamente politiquero e insincero, afecto a un constante histrionismo y con un lenguaje, a menudo, grosero y vulgar.

4º Por sobre toda otra cosa, Alessandri amaba la vida y el poder; servir a su familia y a sus amigos. (Desarrolló un nepotismo marcado y le gustó estar rodeado siempre de un grupo de "ardeliones", llevando a cabo una política de favoritismo).

Don Ricardo Donoso cree, en definitiva, que la acción de Alessandri ha sido profundamente dañina y "la única de sus obras que aparece con caracteres más perdurables es la Constitución de 1925".

Alessandri agitador y demoledor es un libro polémico y apasionado, que mira la figura del popular político desde un ángulo totalmente contrario a su actividad y papel. A menudo da la sensación de que los males de Chile se deben exclusivamente a la existencia y actuación de Alessandri. Éste parece ser el culpable de todo lo malo, incluso de lo que sólo es resultado del imperio de un oprobioso y secular régimen de privilegios e injusticias, consagrado por la política de la época. Aunque Alessandri lo hiciera por demagogia política, en vista a conquistar la presidencia de la República, el hecho cierto es que, en un momento importante de la evolución nacional, expresó con sin igual pasión el ansia de reforma y cambio de la mayoría del país, y movilizó el corazón y la voluntad de las más profundas capas sociales chilenas en un amplio y ordenado movimiento social y político. Si se malogró, la culpa no es únicamente de la debilidad y versatilidad de Alessandri, sino que reside en varias otras causas más profundas: falta de madurez social y política de las clases medias y populares; escasa disciplina de los partidos democráticos y desordenados apetitos personales de sus diri-

gentes; solidez de la reacción, dueña de la riqueza y de la maquinaria del Estado, con instituciones al servicio de sus privilegios y enemiga cerrada a todo progreso. A pesar de todo, desde 1920 en adelante se inicia el proceso de liquidación de esa soberbia casta plutocrática, y los mismos movimientos militares, desencadenados, según Donoso, por la acción de Alessandri, juegan un papel importante en el intento de cercenar las prebendas de la reacción intransigente.

Julio César JOBET.

Aventura del Pensamiento

HOMENAJE CONTINENTAL A RÓMULO GALLEGOS

En la primera semana de agosto se llevaron a cabo en varias ciudades de América, diversos actos en honor del ilustre novelista venezolano, Rómulo Gallegos, con motivo de que cumplió setenta años y veinticinco la primera edición de *Doña Bárbara.*

Los actos de homenaje a Gallegos en la ciudad de México, se iniciaron con un gran banquete al que asistieron algo más de trescientas personas, intelectuales mexicanos, de España y de distintos países de América Latina. Rómulo Gallegos y el general Lázaro Cárdenas presidieron la reunión.

El escritor mexicano Andrés Iduarte ofreció la comida a nombre de los organizadores; Raúl Roa habló en representación de los intelectuales de nuestra América, y Luis Nicolau D'Olwer a nombre de los españoles asilados en México. Gallegos contestó agradeciendo el homenaje.

Cuadernos Americanos publica aquí los discursos pronunciados.

PALABRAS DE ANDRÉS IDUARTE:

Señoras, señores:

En este año de 1954 se cumplen los veinticinco de la aparición de la más famosa novela hispanoamericana, *Doña Bárbara,* y, precisamente en este 2 de agosto, los setenta muy nobles, muy ricos, muy sabios y muy aleccionadores, de la vida de su autor. Los dos aniversarios son de fiesta para nuestra América y para nuestra lengua española; pero, además, lo son para las libertades humanas. La obra y la vida de Rómulo Gallegos son la lucha de la civilización contra la barbarie, de la libertad contra la opresión, de la moral contra el crimen, del derecho contra la fuerza, de la lealtad contra la felonía, de la verdad contra la

mentira, del ideal contra los apetitos, de la entrega contra la ambición, de la decencia contra la indecencia... Y esta fiesta se multiplica para nosotros, mexicanos, y se llena de alentador significado, al celebrarse en México. No, no están proscritas de nuestra patria la bondad angélica ni la espada arcangélica. Hoy se rinde homenaje a la virtud, en sus dos mitades esenciales que son la bondad y la varonía. Hay un sitio, que es nuestro México, en donde existe la serpiente, pero en donde no ha podido, ni podrá nunca, estrangular al águila.

Que en México se recuerde hoy a *Doña Bárbara,* en nombre de la cultura vencedora, y que en México se haga recuento y repaso de una vida larga e impecable, es opulenta alegría. Ofrecemos este tributo a Rómulo Gallegos y se lo ofrecemos a México sabiendo que, al honrar nuestro país al hombre ilustre, México se honra.

Y ahora, con la venia de ustedes, y con la seguridad de que no dedicaré página por año, entro al mundo de los recuerdos de cuatro lustros de amistad, de intimidad, de respeto y de admiración.

Ya he contado que en 1933, en la llamada Casa de las Flores de Madrid, tuve la fortuna de conocer a Rómulo Gallegos. Me llevó a él mi admiración literaria, pero algo mayor y mejor que ella: mi admiración humana, moral, vital. Estando yo en París cinco años antes, en una primera estancia europea, supe de él por mis compañeros venezolanos, que desde entonces ligaron en mi corazón a Tabasco y a Venezuela, tierras hermanas del mismo arco caribe; y puede decirse que allí nació, y luego creció con la lectura de su gran libro, el anhelo de vencer a la barbarie americana lanzándose a su corriente, para domeñarla a brazo partido. "Doctores en ideal práctico" y "hombres reales", pedía yo en México poco después, no sin que me respondieran agudas bromas de amigos míos muy agudos, que también desafiaban el bravo río en la barca de Santos Luzardo. Santidad y lucha, pureza y esfuerzo, veíamos en ese nombre los muchachos de México. Y en eso, entonces, no sin heridas, llegué por segunda vez a Europa, y en Madrid pude ver al que había escrito de los deberes y de los peligros que su héroe acometió y que nosotros queríamos y seguimos queriendo acometer. Allí estaba el hombre sereno y entero que, desde la primera plática en que hablamos contra "la sombría divinidad americana", el machismo. Y en pro de la hombredad que Unamuno predicaba, y en que condenamos la "roja aureola" del matador y

cantamos la vivificadora valentía del que lucha contra la violencia salvándose de la violencia propia, allí estaba el que desde ese día, para nuestra fortuna moral, fue nuestro amigo y nuestro maestro.

En uno de los primeros trabajos que sobre él escribí, señalaba yo que "la actitud cumbre, el destino máximo para este hombre bueno. . . es la lucha abierta y total contra la iniquidad". La prosa natural, recia, jugosa, ancha y potente, americana, de este hombre que "pertenece a América tan cabalmente como el Orinoco", nos importaba mucho en el orden estético, pero no menos, sino más, mucho más, en el moral y el político. "Hombre del panorama americano —decía yo—. Venezolano ciento por ciento. Sentidor de la geografía de América, mestizo y amante de las razas vencidas: compendio de americanidad. . . Aspirante a un mundo sin explotación ni embuste. Idealista y revolucionario, cristiano en el sentido auténtico. . . Internacional y ecuménico, y al mismo tiempo de buena cepa provinciana, local, venzolanísima. . .". No era el literato —no lo es, por Dios—, ni siquiera el escritor a secas lo que en Gallegos nos apasionaba, sino el hombre de una pieza, en quien el pensamiento y la vida cotidiana no mostraban, nunca, ni fraude, ni engaño, ni artificio, ni odio, ni rencor, ni vicio, ni cobardía, ni quiebre, ni torcedura, ni caída.

Recordando, más tarde, ya en Nueva York, aquella época, contaba yo:

> Aquella colmena era, sin duda, una de las más ricas en talento y cultura y, además de las mejores, en más hondos sentidos. Tenía como director a un hombre bueno, maduro y sereno, que ahormaba o canalizaba las pasiones, los desbordamientos y los yerros de los jóvenes. Verdadero poder moderador, Rómulo Gallegos conducía a su grey venezolana y a sus agregados hispanoamericanos y españoles, con la mezcla de dulzura, de tacto y de recato que son las características de su espíritu. Su esposa, extraordinaria compañera en la virtud y el trabajo, afirmaba su mano, de igual manera, en el timón doméstico. Ni severidad ni blandura, ni convencionalismo ni descuido, sino afecto, bonhomía y comprensión equilibradoras, eran los tonos de la casa. Las mismas ideas políticas de los miembros o los visitantes del clan, recibían del matrimonio Gallegos, siempre, un baño de cordura, de reflexión, de buen sentido, de ponderación. Entraba alguno en su casa con el cuchillo de la revolución entre los dien-

tes —no sólo me refiero al libro de Barbusse—, y salía con el cuchillo que nunca debe faltar en el espíritu del joven que lo es, pero en la funda de la que no debe salir sin causa justa. Pasiones o devaneos de los muchachos llegaban a oídos de Gallegos por el camino natural, la confidencia tan necesaria y tan benéfica para el espíritu del joven, y, cuando no, por la intuición o la adivinación de Rómulo, y recibían la comprensión y el consejo, esto es, la orientación y el alivio y, a veces, la clara censura y la tajante reprobación, hecha de palabras tan cordiales como firmes y de silencios que nosotros nos sabíamos muy bien. A todos nos tuteaba, y casi todos los tratábamos de *usted,* y sólo los más íntimos y los más próximos en edad, de *tú* (en el grupo central de Madrid, sólo recuerdo un caso); pero el *tú* nunca eliminó el respeto que todos teníamos por el más prudente y experimentado. El acuerdo era tácito, como sólo puede serlo cuando es auténtico, y nunca expreso. Y lo extraordinario era que aquella jerarquía no impedía que hasta los más jóvenes dieran su opinión a Rómulo sobre todas las cosas, desde las domésticas hasta las literarias. Los que han vivido la juventud en el extranjero, sin el asiento que dan la familia y la patria, pueden medir hasta que punto su influencia era bienhechora para todos.

El ambiente, revolucionario de parte de algunos de los muchachos, liberal y amplio de parte de los jefes de la familia, era sencillamente ejemplar. Domino ahora la tentación de añadir los rasgos de todos, de carácter y aun de posición política diferentes y a veces antagónicos, que completarían el escenario. . . Ni la torva ambición del poder por el poder mismo, ni la frívola de la riqueza, ni el desaliento, ni la amargura, ni la desesperación envenenaron, nunca, a aquella colonia de refugiados. Todos estaban vivos, muy vivos, ninguno muerto, ni desintegrado, ni despedazado, a pesar de cuanto muchos de ellos habían sufrido. Ni siquiera oí que nadie diera rienda suelta a odios políticos o personales. Nunca hubo frase violenta a la que no se le pusiera en seguida el freno de la reflexión. A varios de aquellos muchachos, y especialmente a Rómulo, les oía yo, a menudo, juicios desapasionados sobre sus enemigos, reconociendo hasta sus virtudes, y a través de ellos conocí nombres y libros de escritores venezolanos gomecistas.

No era colegio sino vasta familia, o era colegio en el mejor sentido del término, esto es, la buena fusión de la sabiduría de la madurez con el poder de la juventud. . .

Nunca dudó ninguno de nosotros de la trascendencia que en

las cosas de su país tendría Rómulo Gallegos. Siempre le augu-ramos que sería Ministro de Instrucción Pública... También hablábamos, todos, de la posibilidad de que fuera un día Presi-dente de la República y, a veces, se lo decíamos entre bromas y veras... Él rechazaba siempre toda clase de comentarios en los que pudieran envolverse elogios, pero a la vez dijo, siempre, que no rehuiría sus deberes para Venezuela y América...

Y no los rehuyó: nuestras palabras fueran veras en 1936, en el Ministerio de Educación; poco después, otra vez en la oposición y en el primer exilio en México; y en la Presidencia de la República, en 1948. En julio de ese año volvimos a ver al matrimonio Gallegos en Washington, y luego en Nueva York, donde, en la Universidad de Columbia, me tocó impo-nerle la muceta de doctor en Derecho, frente al entonces rec-tor y hoy presidente Eisenhower, y junto a mi maestro sala-manquino Federico de Onís. Y un mes más tarde fuimos a pa-sar varios, en viaje de conferencias, a la amada tierra venezo-lana, y recorrimos sus costas y sus montañas, y echamos las más profundas raíces en el corazón de un pueblo varonil y sen-cillo, cordial y valiente. Sentimos la cizaña que crecía junto a Rómulo, tocamos la conspiración que se alzó contra su bon-dad y su rectitud, y abandonamos su patria parafraseando a Darío: "Ruego por Rómulo a mis dioses. Que ellos lo salven siempre. Amén".

Y en noviembre, ciertamente, lo salvaron, cuando cayó "del lado de la honra", según frase de Martí que hace poco citaba mi entrañable amigo Raúl Roa. No cayó Gallegos entre-gándose, ni pactando, ni replegándose, ni huyendo, ni escon-diéndose, sino dando órdenes de que se resistiera hasta el úl-timo límite, aun cuando él estuviera prisionero y se ofreciera su vida a cambio de la rendición del Gobierno; y, ya en poder del cuartel, no admitió la salida de la renuncia a su cargo, sino precisó que para él no había más sitio que el que la democracia le había dado, en el Palacio de Miraflores, ni aceptó que del extranjero se intercediera por su libertad ni por su vida, sino las puso a la cara o cruz del destino, como lo hacen los hom-bres de fe y de virtud, de historia y ejemplo. Entonces, también desde Nueva York, le escribimos nuestra carta abierta:

Difícil era —le decíamos— que un hombre de su categoría moral no naufragase en los mares de la política —sería mejor

decir de la politiquería—, que han sido y son de intriga y violencia. Y no es porque usted padezca de lo que sus malquerientes han dado en llamar "ingenuidad": es porque su pureza le impide navegar sobre la primera y sumergirse en la segunda. Si usted quisiera, podría ganar en ellas a todos los vivos y a todos los tigres; pero no quiere usted, ni puede querer, ni querrá nunca. No, no es que usted desconozca cómo funciona la picardía, ni desconozca cómo opera la fuerza. No es tan arduo aprender a disparar en el momento oportuno los cañonazos de cincuenta mil pesos ni los antediluvianos golpes de maza. Todo lo que, en síntesis, viene diciéndose contra usted, es que carece del costado reptil y del costado carnicero que, hasta hoy, se consideran necesarios para mandar y disciplinar hombres. Esto es, realmente, otro elogio. La cantilena de su ingenuidad y de su suavidad es el tributo que, sin saberlo, le rinden cotidianamente sus enemigos. Como crítica, como censura, se quiebra ante la razón más embotada: el autor del grupo de novelas hispanoamericanas más homogéneo de nuestra época, el creador de *Doña Bárbara* y el buceador de Juan Solito, de Cholo Parima, del Sute Cúpira, de Ño Pernalete, de Santos Luzardo, de Marcos Vargas, del conde Giaffaro, de los Ardavines —de hombres buenos, de hombres violentos, de hombres torcidos, de hombres caídos— no sólo conoce bien al ser humano, sino que lo hace y lo deshace, lo crea y lo recrea cuando le viene en gana. Lo que no hace, porque está por encima de ellos, es embarrarse en su fango.

. . .Y no le pese, mi querido Rómulo, el reproche que ya se le ha hecho y se le seguirá haciendo: "¿Por qué, siendo tan ajeno a las triquiñuelas y a las brutalidades de la política, aceptó este hombre su ingreso en ella?. . .". Muchos le hacen el reproche con malicia, como argumento habilidoso; otros, con auténtica inocencia. Existe el hombre inmoral que ve al hombre moral como un estorbo en su mismo campo; existe también el frívolo sin idea de responsabilidad política, sin responsabilidad humana. Para el frenético de poder, para el ambicioso de dinero, para el buscador de apariencias ¿qué puede ser, sino motivo de molestia, quien entra a la política con ánimo de dar y no de recibir, de servir a los hombres y no de montarse sobre ellos, de regalar para el bien público el nombre y la fama que ya adquirió con la virtud, con la inteligencia y el trabajo? Y para el escéptico ¿no es el ingreso a la política una estúpida inmolación, un sacrificio por nada y para nada?

Y terminaba así:

> ...A usted, Rómulo Gallegos, escritor, maestro y Presidente, creador en las letras de un Santos Luzardo, y en la lucha política de un gobierno legítimo, símbolos, los dos, de las fuerzas de la civilización contra las de la barbarie, lo espera en el poder, o fuera del poder, cualquiera que sea el camino que lleve Venezuela y el mundo, la "segura inmortalidad" que Rubén Darío señaló en José Martí.

He repetido, para fijar su permanencia de años, no de minutos, las palabras dichas sobre Rómulo Gallegos en la juventud de Madrid, en la madurez de Nueva York... Otras he dicho sobre nuestros encuentros de Washington, de Caracas, de Villa de Cura, de su casa de Los Morros, de La Habana, de Morelia, de Monterrey... Pueden seguirse repitiendo, invariables —así es de inalterable este hombre erguido como los grandes palos de su selva, así es de inacabable como su llano inmenso. Pero las de hoy, cuando México le rinde múltiple homenaje, se dicen con más hondura, con mayor devoción, con dolor y mexicano orgullo entrelazados... Aquí en México se fue, se quedó para siempre su compañera ejemplar, valiente en la lucha, entera en la adversidad, tierna siempre... El corazón de Rómulo Gallegos, todo su corazón de hombre, está en la tierra de México. Y hoy México pone el nuestro, el de todos nosotros en su mano generosa. Es suyo.

HABLA RAÚL ROA:

No se trata, por cierto, de una antinomia académica. Cultura y barbarie constituyen el nudo dramático de ya secular conflicto en nuestra América mestiza. Su forma de expresión varía con las circunstancias; sus raíces sociales y el ámbito natural siguen siendo los mismos. Ni la historia, ni la sociología, han logrado traducir y expresar tan vívidamente como la novela ese crudo conflicto. Santos Luzardo y Doña Bárbara son sus símbolos más representativos, y el ímpetu romántico y la violencia zoológica las fuerzas que respectivamente los mueve en un mundo todavía inmerso en atmósfera mágica y colonial dintorno.

Familiares son ambos símbolos a los pueblos de nuestra sangre, lengua y espíritu. No en balde Doña Bárbara y Santos Luzardo brotaron de sus entrañas hirvientes. Doña Bárbara fue ayer la selva enfurecida y el trabajo forzado, el río indómito y el pensamiento sumiso, el picacho inviolable y el derecho de pernada, la llanura devoradora y la casta engreída, el huracán desmandado y el pueblo desvalido. Es hoy la selva y el río y el picacho y la llanura y el huracán y es Tirano Banderas. Fue siempre tiniebla, codicia, miseria, terror, yugo. Naturaleza salvaje, tripa embozada y garra implacable. Y, si antes tuvo por aliados a inquisidores y encomenderos, gamonales y caciques, espadones y mercaderes, hoy apaña, incita y remunera sus depredaciones y fechorías un buitre de pico de oro y alas de cobalto. Ya también habla inglés la autoritaria y cruel mujerona y se amanceba con cualquier míster Danger ávido de petróleo, goloso de azúcar, acaparador de estaño o traficante en plátanos.

Santos Luzardo fue antes impulso ascendente y se llamó Morelos, Bolívar, Juárez, Sarmiento, González Prada, Hostos, Martí. Hoy es impulso ascendente y conciencia cuajada y se llama Rómulo Gallegos, padre del símbolo y héroe mayor de sus novelas, invenciones ejemplares dolorosamente amasadas con levadura de realidad. Fue siempre libertad, progreso, justicia, ala, fulgor. Voluntad en tensión, ánimo entero y esperanza flameante. Mil veces derrotado, Santos Luzardo volvió quijotescamente al camino y ahí está, erguido y pugnaz, desafiando rigores y adversidades sin arriar la bandera. Está ahí, y aquí está, setenta agostos maduros de primaveras, en ristre la pluma limpia, el decoro intacto, luz ardiente en la sombra, ancho mundo por delante y la posteridad anticipada. Aquí está Rómulo Gallegos, para orgullo y regocijo nuestro, dictando la reconfortante lección de su vida enhiesta y de sus fecundas letras, espejo de escritor y de hombre, presidente legítimo de la Venezuela que sufre, lucha y espera. A lo que esa vida y esas letras significan en esta hora americana, venimos a rendirle homenaje los que aún estamos en pie, voz unívoca y múltiple en que claman y reclaman viejos dolores y afrentas nuevas, sinfonía pavorosa de carnes laceradas, huesos rotos, silencios imponentes, aullidos terribles; y, a la vez —no podía ser de otro modo ante esas letras y esa vida—, a patentizar nuestra repulsa a los que, por miedo, soborno o protervia, han prostituido las suyas y mancillado su dignidad intelectual, homúnculos y zánganos capaces de todas las vilezas.

Septuagésimo aniversario de Rómulo Gallegos y aniversario también de *Doña Bárbara*. Un cuarto de siglo de publicada ha cumplido este año la ya clásica novela. Su lectura fue mi primer encuentro con Rómulo Gallegos y tremenda la impresión que me produjo. Era yo estudiante y no andaba precisamente acumulando el seco saber de los textos. Mi vida se desenvolvía bajo húmeda y pesada bóveda, a toque de corneta y viendo del sol las lívidas sombras que proyectaban los barrotes. La barbarie regía en Cuba con el nombre de Gerardo Machado y yo, por combatirla a pecho descubierto, estaba preso. Discutir y leer eran nuestras únicas ocupaciones en aquel ya largo día y aquella larga noche que se fundían en un tiempo sin tiempo. Irrumpió *Doña Bárbara* y el tiempo cobró ritmo y sentido: se contaban las horas y se la leía por riguroso turno. Algunos, como exorcizados, recitaban sonambúlicamente párrafos enteros. Otro, comido por ansia irrefrenable, propuso que se la leyera colectivamente. Aquél —audaz mocetón nimbado ya por la aureola del mártir— estafaba las horas hilando quimeras a la lírica sombra de Marisela. Embriagados de aquellas descripciones prodigiosas, en que se mezclaban tumultuosamente las oscuras potencias de la naturaleza y las encendidas pasiones de los hombres, se posesionó de varios el afán de aventura, Orinoco arriba, en frágil bongo, en pos de la llanura y del misterio, a fatigar la proeza y presentarle batalla a los caudillos bárbaros y a las coronelas de la selva. Y no faltaría quien, al doblar la última página, se le saliera en cubanísima expresión su primitivo deslumbramiento.

Pero para casi todos, la lectura de *Doña Bárbara* fue como un revelación. Aquella novela embrujada y embrujadora, escrita en prosa caliente y jugosa —médulas y aromas tostadas al sol— era mucho más que eso: lienzo palpitante de telúrica epopeya, trozo vivo de historia americana, trasunto fiel de un conflicto que era el propio nuestro en escenario distinto. Esclarecía y aprovechaba mucho más que cuanto habíamos leído sobre Venezuela y sus problemas y mucho más también que sesudos tratados sobre las causas de la crónica crisis de la democracia en nuestra América y los modos efectivos de superarla. Auténtica obra de arte, no era una novela de tesis; pero sí una novela con mensaje. El triunfo ineluctable de la cultura sobre la barbarie era el mensaje de la novela y la profesión de fe de su autor. Fue así como Rómulo Gallegos vino a nosotros y quedó definitivamente vinculado a la generación cubana de 1930, como

ya lo estaba a la venezolana de 1928 y —según consigna Andrés Henestrosa en reciente artículo— a la mexicana de 1929. Maestro de juventudes fue en aquella sazón memorable Rómulo Gallegos y maestro de juventudes es hoy y será mañana, como lo fue desde los ya lejanos tiempos de *La Alborada* y de su ejercicio docente en escuelas y liceos de Venezuela. Alumbrar conciencias y contribuir al mejoramiento humano, con la palabra y el ejemplo, fue siempre su vocación.

Ése fue nuestro primer encuentro con Rómulo Gallegos; pero el primer encuentro de éste con Cuba —imagen de isla mulata, reverberante, dulce y acogedora en los presentimientos de su vigilia— fue en 1932. La rebeldía popular contra la tiranía de Machado alcanzaba épicas dimensiones. Siega espantosa de vidas en flor. Gallardo empinamiento de la dignidad ciudadana. Cultura y barbarie, frente a frente, en desigual combate. Urgían fusiles y balas. Rómulo Gallegos vivía en esa época desterrado en Nueva York. Un grupo de jóvenes revolucionarios se le acercó recabando su concurso para allegar fondos con destino a una expedición armada. No los dejaría concluir. La ayuda requerida era un deber y un honor. Días después, Rómulo Gallegos pronunciaba, bajo los auspicios de improvisada Federación de Estudiantes Latinoamericanos, una conferencia que tituló *Tierras de Dios*, magistral capítulo de una novela por hacer. La concurrencia sobrepasó todos los cálculos y semanas más tarde zarpaba sigilosamente rumbo a Cuba un puñado de valientes con un alijo de armas y *Doña Bárbara* de bitácora, jergón y espuela.

Atraído acaso por la tierra de sus antepasados, Rómulo Gallegos fue a España, donde levantó su tienda de peregrino hasta la muerte de Juan Vicente Gómez, etapa esta la más dichosa de su vida personal y la más próvida de su actividad literaria. Su diario contacto con el pueblo español —obreros, campesinos, pescadores, oficinistas— enriqueció su experiencia vital y totalizó su visión de nuestra América, síntesis dialéctica del indio, el español y el negro. En 1935, el general Lázaro Cárdenas, Presidente de México —recio gajo de pueblo, timonel de la Revolución en tiempos de prueba, militar que jamás clavó la Constitución en los ijares de su caballo— invitó oficialmente a Rómulo Gallegos, a propuesta de mi fraternal amigo Andrés Iduarte, a residir en ésta la tradicional sobrepatria de todos los perseguidos y desterrados del mundo. Quince años después el proyecto se convertiría en realidad.

Aparecieron *Cantaclaro, Canaima, Pobre negro* y *Sobre la misma tierra;* y aquel regusto estético de *Doña Bárbara* se renovó con el deleite que acendran los años, al par que la admiración por la vertical conducta de Rómulo Gallegos y el vigoroso aliento social de sus obras. Pero yo no conocí personalmente a Rómulo Gallegos —a ese hombre bueno, sencillo y cordial— hasta 1948, en que fui invitado por él, conjuntamente con Fernando Ortiz, Jorge Mañach y Juan Marinello, a su toma de posesión como Presidente de Venezuela.

Jamás emprendí viaje alguno con mezcla tan singular de emociones. No había visitado hasta entonces sino la otra América, esa que "por venir de sí misma" y desangrarse aún entre el apocalipsis de la montonera y la epifanía de la democracia, ha sido patrimonio de pocos, grillete de muchos y presa propicia. Iba a adentrarme en nuestra América justamente por el pueblo donde aquélla "mostró al mundo cómo la libertad vence desnuda", cómo se impone y señorea el despotismo sin artificios ni atuendos y cómo la sangre que se vertió por conquistar la libertad se sigue ofrendando para recobrarla. Iba, en suma, a adquirir carta de ciudadanía americana en la nación que, además de haber intentado liberar a Cuba de la dominación española, era la cuna de mis ascendientes paternos.

Entre mis memorias más vibrantes y hondas, guardo yo la de Caracas enjoyada de orquídeas y resplandeciente de gozo, festejando de nuevo la reconquista de la libertad. No podía ser más ríspido el contraste, ni más proclive el paralelismo. Por espacio de media centuria, la libertad secuestrada purgó su heroísmo en la persecución, la mazmorra, el exilio y la muerte. Desde Guzmán Blanco hasta López Contreras, Venezuela vivió a merced de la violencia erigida en sistema. Aquel torvo ciclo remedaba "al Paraguay lúgubre de Francia, la mayordomía espantada de Veintimilla, la hacienda sangrienta de Rosas". Ahora Venezuela podía vivir "con los ojos abiertos y la lengua suelta". Ahora podía soñar, pensar y trabajar libremente. Incluso podía hacer mofa de sus gobernantes y reírse a carcajada batiente. La gracia urticante del semanario satírico *El Morrocoy Azul* era el pimentoso aliño de cada fin de semana. Mídase la anchura del salto por la distancia histórica que separa el radiante amanecer de Carabobo de la tiniebla demoníaca de La Rotunda.

Uncida al arbitrio de capataces empedernidos, extraviada por el cesarismo letrado, vendida su entraña al imperialismo,

ubre inagotable de generalillos y doctores, Venezuela reanudaba su verdadero camino, el que Simón Bolívar le roturó con su brazo, pero a la altura de la época. La Junta Revolucionaria de Gobierno, presidida por Rómulo Betancourt, le había restituido al pueblo —en cumplimiento de palabra empeñada— el pleno ejercicio de su soberanía. El sufragio universal, directo y secreto promovería a la presidencia de la República, en comicios intachables, al primer novelista contemporáneo de lengua española. Se repetía, exactamente ochenta años después, el caso insólito de Domingo Faustino Sarmiento. La inteligencia, que tan decisiva participación tuviera en la gesta de la fundación, volvía por sus fueros, ensanchando promisoramente el angosto horizonte de la política americana.

Dejé a Venezuela disfrutando de un régimen democrático como probablemente no ha habido otro en nuestra América. Su profunda raigambre popular, su autonomía de movimiento, su impulso creador y su espíritu de servicio le infundían características propias y le asignaban señero papel. Ni a movimiento revolucionario alguno, por aquellos años, le era dable exhibir personeros tan probos como los que habían forjado aquel régimen, entre el asalto redoblado del feudalismo sobreviviente, la coacción de las empresas petroleras y la hostilidad de las autocracias tropicales, cobijo y trinchera del caudillismo desplazado. Milagro me parecía que los espadones de Venezuela hubieran envainado mansamente su hambre de poder y su sed de riqueza. Y, aún más, que hubieran aguantado a pie firme la severa admonición de Rómulo Gallegos, confinándolos a los cuarteles:

> Vuelve nuestro ejército a los cuarteles; pero vuelve sin pretensiones inaceptables de constituir un Estado dentro del Estado, de arrogarse privilegios inaceptables de casta dirigente de la política, sin reclamar herencia de aquellos hegemones armados que se tenían usurpada la función de grandes electores en Venezuela. Porque no hemos salido de la tutela de broncos guerreros para caer bajo predominio de casta militar privilegiada, pues no fue ésa la finalidad de aquellos brazos que alzaron el arma reivindicadora aquel día de octubre memorable. Para que el pueblo recobrara su derecho inmanente se hizo aquella revolución; y contra esta constitucionalidad que de ella dimana, por ejercicio soberano del pueblo, no prevalecerán apetencias que nuestras leyes no admitan.

Los cambios fundamentales ocurridos durante la década anterior en la estructura política, económica y social de Venezuela pregonaban, a pulmón lleno, lo que iba de Juan Vicente Gómez a Rómulo Gallegos: el mensaje del novelista fructificaba óptimamente. Santos Luzardo parecía a punto de ganarle la partida a doña Bárbara. Y, entre dificultades y acechanzas, el espectáculo maravilloso de un pueblo en marcha hacia el porvenir. Lo recuerdan seguramente Carlos Pellicer, Vicente Sáenz y Luis Cardoza y Aragón, que allá fueron invitados también por Gallegos.

Si algún gobierno de nuestra América cumplía su cometido en consonancia con sus promesas y deberes, era, sin duda, el encabezado por el egregio escritor venezolano. Venía aquel gobierno derechamente de las urnas y contaba con el respaldo mayoritario del pueblo. El poder civil había recobrado sus prestigios y potestades. Se administraban los dineros públicos con absoluta pulcritud. Un equilibrado sentido de justicia inspiraba las relaciones entre el capital y el trabajo. Rendía culto a "la dignidad plena del hombre", respetaba las libertades políticas, difundía a chorros la cultura, promulgaba la reforma agraria, fomentaba la marina mercante, abría caminos, creaba escuelas, ponía a raya a los monopolios extranjeros, mantenía celosamente incólume la soberanía nacional. Venezuela volvía a ser, otra vez, gonfalón y vanguardia.

El cuartelazo militar urdido por Marcos Pérez Jiménez, secundado por Carlos Delgado Chalbaud y apoyado por las empresas petroleras, las oligarquías montaraces, los partidos reaccionarios, los usurpadores fugitivos y los dictadores del continente, torcerían de súbito el rumbo de Venezuela en la áspera ruta de la democracia. Cuba sería víctima de idéntica conjura cuatro años más tarde. Y sólo hace unas semanas Guatemala, impúdicamente ultrajada por hordas mercenarias a sueldo de la United Fruit, con base de operaciones en Honduras, y protección abierta de míster Danger Dulles, cerrilmente empeñado en convertir a nuestra América en un hato del State Department.

La caída del Gobierno Constitucional de Venezuela pertenece ya a la historia por la dignidad y coraje con que fue arrostrada. Desde que afloró la criminal sedición, Rómulo Gallegos se supo irremisiblemente perdido. Pero cuando los coroneles traidores pretendieron imponerle un pliego de condiciones, que

implicaba la abdicación del poder civil a cambio de su inverecundo disfrute, ésta fue su respuesta:

> Quiero recordarles que de acuerdo con la Constitución que he jurado cumplir y defender, los únicos organismos ante quienes estoy obligado a rendir cuentas de mis gestiones políticas y administrativas, son, en primer término, el Poder Legislativo, en la oportunidad de la memoria anual o en el momento que aquel Poder me lo ordene, y en segundo lugar ante el Poder Judicial, si es que contra mi persona es incoado juicio de cualquier naturaleza. Pero nunca ante el Ejército Nacional, institución que tiene claramente determinada su esfera de acción en la Carta Fundamental. El Ejército tiene señalados deberes y actuaciones que no son propiamente las que ustedes en estos momentos se han tomado la libertad de ejercer. Yo sé que mi suerte está echada. Midan ustedes la responsabilidad que asuman. Yo ya he medido íntegramente la mía. Si la decisión de ustedes es desconocer el poder civil en sus legítimos fueros y derechos, sepan entonces que una llamarada de violencias incendiará Venezuela de punta a punta y serán ustedes los únicos responsables de la guerra civil.

Acaeció todo tan rápidamente que no hubo tiempo de organizar la resistencia popular. El Ejército ocupó las calles, asaltó los locales de los partidos democráticos, allanó moradas, saqueó los sindicatos obreros y redujo a prisión a los principales dirigentes políticos y sindicales. Minutos antes de ser aprehendido en su propia casa, Rómulo Gallegos redactó una alocución al pueblo venezolano, exhortándolo a defender sus derechos conculcados; pero no pudo ser radiada por estar ya las emisoras en poder de los facciosos. Este documento, hasta ahora inédito, posee el temple y la sobriedad de las arengas históricas:

> En mi residencia particular acabo de recibir la noticia de que ha sido ocupado el Palacio Presidencial de Miraflores por fuerzas militares comandadas por el teniente coronel Marcos Pérez Jiménez, donde se ha practicado la detención de varios Ministros del despacho y espero que, llevado a cabo el atropello de las instituciones a que se han decidido las fuerzas armadas, vengan ya a apoderarse de mi persona. Culmina así un proceso de insurrección de la guarnición de Caracas y del alto mando militar, iniciado hace diez días en un intento de ejercer presión sobre mi ánimo para imponerme líneas de conducta política, cosa que sólo puede

hacer el pueblo de Venezuela cuya voluntad represento y cuya confianza poseo. A tales pretensiones me he opuesto enérgicamente en la defensa de la dignidad del poder civil, contra la cual acaba de asestarse, una vez más, un golpe de fuerza dirigido al establecimiento de una dictadura militar. ¡Pueblo de Venezuela!: Yo he cumplido mi deber; cumple tú ahora el tuyo no dejándote arrebatar el derecho legítimo que habías conquistado de darte tu propio gobierno por acto cívico de soberanía política.

Ya preso e incomunicado, se emplearon todos los recursos para inducir a Rómulo Gallegos a renunciar su investidura. Se le plantearía la disyuntiva de permanecer arbitrariamente recluido o ausentarse del país. Su réplica fue terminante:

> Bien saben ustedes que en Venezuela hay tan sólo dos sitios para mí: o el Palacio Presidencial o la cárcel. En cuanto a otra determinación, tengan en cuenta que yo soy el Presidente de la República prisionero. Sépanlo bien. Ustedes podrán matarme; pero yo no renunciaré la Presidencia de la República. Dije al asumirla que estaba dispuesto a dar la vida por el honor de mi pueblo. Estoy listo para eso. Ya yo corté mis amarras con la tierra...

Este capítulo de la vida de Rómulo Gallegos es superior a sus novelas. Como escritor, ya había colmado todas las mensuras al ser escogido por el pueblo venezolano para regir sus destinos. En este amargo y glorioso trance, su estatura humana adquirió majestad de prócer y perennidad de estatua. No en vano —fiel a su pueblo y al espíritu de su obra— supo caer "del lado de la honra".

Cuba, México, Costa Rica, Guatemala, Estados Unidos, Cuba, México. Otra vez —y ya de vuelta de todos los azares y de todos los laureles— el destierro y la agonía y la siembra. Si por imperativos insoslayables de conciencia dejó temporalmente el ejercicio de la pluma por el de la política creadora, ahora retornaba a la literatura sin abandonar sus responsabilidades y obligaciones. Su última novela, *La brizna de paja en el viento*, fue concebida, escrita y editada en Cuba —que lo recibió como a hijo— y cubanos son sus personajes, sus problemas y su ambiente. Mexicana es la novela que está escribiendo en su refugio beligerante de Morelia. México es ya su segunda patria de la gran patria común. Bajo esta tierra hospitalaria, duerme, amorosamente arropada, doña Teotiste Arocha, su abnegada esposa

y compañera, fragancia luminosa en el recuerdo, arroyuelo de miel en las angustias, trino de fe en las hondas soledades, recatado alivio en la incurable nostalgia —*la pura mujer sobre la tierra.* Desde México, Rómulo Gallegos dicta hoy su lección a toda América. Vida ejemplar y hombre completo: he ahí la esencia de su biografía.

Maestro y amigo, ¡salud! Si humilde, es la mía voz de América por cubana y proscrita, voz de pueblo que sufre, lucha y espera, voz de Guatemala invadida y alzada y de Venezuela sojuzgada y rebelde, voz de España vendida y erecta y de México amenazado y altivo, voz de Santos Luzardo en duelo irreconciliable con doña Bárbara, voz de tus letras civiles anunciando la derrota inexorable de las armas.

DIJO LUIS NICOLAU D'OLWER:

EN ningún caso podría esta comunidad de hombres libres que llamáis la España en el exilio estar ausente de un homenaje tributado a Rómulo Gallegos; menos aún en ocasión de conmemorar los veinticinco años de *Doña Bárbara.*

Piérdese en el dramático misterio de las tierras vírgenes el origen de aquella guaricha, cuyo nombre la define, dañera y devoradora de hombres. Ignoramos el dónde y el cómo de su muerte. Pero al renacer para gloria de las letras, la desenfrenada cacica del cajón del Arauca vio su primera luz en España —en mi patria ciudad de Barcelona. Así lo quiso el destino, y no lo hemos de olvidar nosotros.

Lástima que sea un historiador, un erudito —si tanto me concedéis— y no un poeta o un maestro de la pluma, quien lleva en estos momentos la voz de la España en el exilio.

Era en el desmayo de la dictadura primorriverista. Dictadura zarzuelesca y bonachona, si las hay, en contraste con la trágica y cerril que hoy impera. Percibíamos ya el menudeo de los gallos, y al ras del negro horizonte, un como tenue resplandor rosáceo: presagios de la aurora republicana. Rómulo Gallegos, honor de las letras venezolanas con *Reinaldo Solar* y *La Trepadora,* hubo de interrumpir sus lecciones de filosofía en el Liceo de Caracas, bajo la tiranía de Juan Vicente Gómez. Marchóse a

España, y allí dio la última mano a su obra maestra. *Doña Bárbara* apareció en 1929 y tuvo en España sus primeros lectores.

Fue para todos nosotros la revelación de un mundo nuevo. Un mundo de violencia, de lucha implacable de los hombres con la naturaleza y de los hombres entre sí. Arrebato de pasiones primitivas, alerta de todos los momentos, esgrima de fuerza y de astucia. La ley de la bravura armada dominando en un escenario gigantesco, sin límites. El verdadero protagonista de *Doña Bárbara* es la naturaleza, indomeñada todavía, reina y señora de los pobres destinos humanos. Tanto nos avasallaba la fuerza del escritor como nos sorprendía la riqueza de su lenguaje. Saboreamos, cual fruta desconocida, palabras y modismos que irrumpían en tormentoso caudal. Nombres y verbos precisos, concretos para cada cosa, para cada acción. Ocioso sería buscarlos en diccionarios académicos, pero tienen más alta ejecutoria: son "palabra viva", que hubiera dicho nuestro Maragall.

Una literatura plenamente americana —por su tema, por su lengua, por su espíritu— y no en los estrechos límites de un cuadro folklórico, sino en la vasta re-creación de la vida apasionante, ruda y bravía de todo un pueblo, el de los Llanos de Venezuela, surgía de súbito ante nuestra mirada atónita —como debió de aparecerse la tierra americana a los tripulantes de las carabelas en la madrugada del Doce de Octubre.

En 1930 y 1931 otras cinco ediciones de *Doña Bárbara* salieron de las prensas españolas. Éxito impar. Desde entonces seguimos atentos, paso a paso, las nuevas creaciones de Rómulo Gallegos: *Cantaclaro, Canaima, Pobre negro, Sobre la misma tierra, La rebelión, El forastero*... luces diversas del mismo diamante.

Admiramos en usted, Rómulo Gallegos, al escritor de recio temperamento, de observación ágil y aguda, que no se recluye en el esteticismo de una torre de marfil. Si hay artistas que pretenden alcanzar las cumbres cerniéndose con orgulloso desdén por encima y fuera de la realidad externa —usted no es de ellos. Si existen literatos que, persiguiendo fuera del tiempo y del espacio valores dizque universales y eternos, producen obras dignas de escribirse en esperanto —usted no es de ellos. Usted tomó otro camino. Al vuelo planeado ha preferido la ardua marcha a través de la selva, el escalo difícil de la cordillera, el arriesgado navegar entre caimanes y el artero bucear en los repliegues del alma ajena. Lejos de un subjetivismo ególatra y deshumanizado, vibra usted con los sentimientos y con los

problemas de sus propias criaturas, plasmadas en el barro de su tierra, en el limo que en ella sedimentan los anchos ríos solitarios. Venezolanos en paisaje venezolano son sus personajes, y su obra literaria atestigua que si el arte no tiene patria, el verdadero artista sí la tiene.

Tanto como admiramos al escritor respetamos la noble figura del Jefe de Estado, encarnación y símbolo de la política civil. Las luchas de comienzo del ochocientos legaron a España y a las jóvenes Repúblicas americanas la triste herencia de militaradas, pronunciamientos, cuartelazos. Aquellas memorables palabras con que El Libertador rechazaba ante el Senado de Colombia su nuevo encumbramiento a la Presidencia de la República, "mi horrible profesión militar —dijo— me ha puesto fuera del mando civil", no hallaron eco. Son todavía letra muerta, y porque lo son compartimos con usted el asilo de este México siempre hospitalario. Cordial hospitalidad mexicana que para los exiliados españoles se encarna en la persona del entonces Presidente, Lázaro Cárdenas.

La España en el exilio, la que hace más de quince años hubo de salir —¡dignidad obliga!— del viejo solar y, bajo los pliegues de una bandera ideal, cruzó fronteras y mares, se enorgullece de encontrarse con usted en la dilatada familia de los emigrados políticos, hermandad de infortunio que envuelve en aura de cordial simpatía nuestro respeto y nuestra admiración hacia usted.

A todos nos aqueja un mismo e incurable mal del alma: la nostalgia. Verdad es que el hombre lleva la patria consigo y que planta su bandera donde sea que tiene libertad para ello. *Ubi libertas, ibi patria* decía el estoico para consolarse de su exilio. Verdad, sí, verdad; mas... no toda la verdad.

El desterrado puede tener la fortuna de hallar una segunda patria; pero ésta, amor de elección, no le borrará jamás la añoranza de la tierra entrañablemente unida a sus más dulces recuerdos. La *nueva* patria, muy respetada y muy querida, no es la *madre* patria, con todo lo que de tierno, de exorable y de fatal cobija el nombre de madre.

Ojalá —lo débil de la esperanza no mengua, antes acrecienta el fervor del deseo...—, ojalá bien pronto, renacida la libertad civil desde los Andes hasta las bocas del Orinoco, desde el Caribe hasta los confines brasileños, sea usted de nuevo —admirado, respetado y querido Rómulo Gallegos— ciudadano libre de la libre Venezuela,

RÓMULO GALLEGOS CONTESTA:

S. G. Señoras y señores:

Esto de cumplir numerosos años no podemos pasarlo sin alguna melancolía. Se acaban ya, se acabaron quizás, definitivamente, los de hacer algo que valga la pena; se nos secó, por lo menos, la fuente de los entusiasmos impetuosos y en lo más agrio de la cuesta de la vida el cansado paso... ¿A qué ensanchamiento de horizontes podrá conducirnos?

¿Se me permite que aquí descanse un rato mirando hacia atrás? Yo acostumbré mi juventud al escalamiento de montañas para contemplar desde sus cumbres los valles y las llanuras de mi patria, mal poblada, mal distribuidas sus tierras, ociosos sus ríos, vacilante el humo que por encima de las pajizas techumbres de las viviendas campesinas débilmente se alzaba del escaso fuego cocinador de alimento menesteroso.

Eran cuatro junto conmigo en la amorosa y dolorida contemplación, cultivándonos el propósito de que nuestras letras no sólo se complacieran en acariciar hermosuras de paisajes, sino que se enderezaran a contribuir siquiera a menor desventura de nuestro pueblo en nuestro suelo. En él duermen ya sin soñar tres de ellos: Henrique Soublette, Salustio González, Julio Planchart... Y al otro, Julio Horacio Rosales, donde se encuentre, otra vez le envío el mensaje recordatorio de la profunda angustia con que la generosa juventud nos compuso el amor de patria, sobre las cumbres del Ávila, escuela de nuestros empinamientos a serenidad y responsabilidad de alturas. No porque él lo haya olvidado, sin duda alguna, sino porque al llegar a este paraje eminente del camino de mi vida es natural que yo recuerde y honre a quienes me acompañaron en la iniciación del ejercicio literario.

Yo fui el más afortunado de los cinco avilistas soñadores, pues a causa del encaminamiento de mis letras hacia las angustias y las esperanzas de mi pueblo, hombres de otra generación en horas más propicias para las formas del hacer, superadas las del soñar —discípulos míos los más de ellos— se me acercaron a exigirme cumplimiento en los terrenos de la acción política, del compromiso contraído con la hechura de Santos Luzardo, limitador, por lo menos, de los atropellos de Doña Bárbara,

personificación de la violencia enseñoreada de mi país. Acudí a donde se me llamaba a ejercicios de responsabilidad práctica y allí hice la mejor experiencia de mí mismo compartiendo una tarea de equipo, moralizadora de la tradicional costumbre política reinante, de espaldas al pueblo y sólo puestos los ojos en el apoderamiento ilícito de riqueza, y rechazando luego, en el momento crítico de la limpia empresa, la invitación a entregarme a las delicias de la concupiscencia en los brazos acariciadores del nuevo avatar de doña Bárbara. Como de esta misma rechazó las insinuaciones corruptoras mi Santos Luzardo. Una sola y misma cosa el novelista en los ejercicios de imaginación y el hombre entre los hombres.

Por eso, queridos amigos —y acépteseme la arrogancia que implica atenimiento a deber insoslayable— por eso solamente he podido venir, sin destemplanzas de vanidad incompatibles con mi temperamental modo de ser, pero sin exageraciones de postiza modestia, tampoco, a complacerme en esta generosa demostración de aprecio y de afecto que aquí se me hace por los veinticinco años de fortuna de mi obra capital y por los setenta míos, de una sola posición en la vida.

Ese religioso deber de no defraudar la confianza que en mi rectitud de conducta se hubiere puesto, norma fundamental de mi vida —basada en un concepto de estimación propia incontaminable de envanecimientos y sin la cual corre riesgo de corrupción quien se aventure a la vida pública en actividades políticas que puedan inducirle a la cómoda aceptación de una necesaria dualidad: una cosa lo que haría si sólo de sí mismo dependiese su conducta y otra la que impongan las circunstancias—; ese mantenimiento del compromiso contraído con la confianza de mi pueblo, de respetarle su soberanía en los libres ejercicios de sus derechos, me ha costado la pérdida del mío a vivir en mi patria, y así nada tiene de extraño que al justo regocijo de estos momentos le disputen mi corazón melancolías.

Pero aún me faltaba sufrir algo más y en fibra íntima. Yo había hecho un dulce hallazgo en la claridad profunda de un alma en quien la mía podía confiar y complacerse; había tenido la fortuna de elegir compañera de mi vida en mujer admirable por el armonioso modo como en ella se reunían y se complementaban, para hechura de fina calidad humana, la dulzura, la ternura con que se adornaban su bondad y su virtud profundas en la vida de todos los días, completas las horas de cada uno de ellos, tanto en los de suerte risueña como en los de adversi-

dad, y por añadidura, para que me fuese totalmente provechosa mi elección de amor, la entereza de espíritu siempre dispuesto a los sacrificios que le exigiese el amoroso cuidado de mi dignidad, en las contingencias a que pudiere exponerme la vida pública... Me tocó quedarme sin su dulce y valerosa compañía y a su amada memoria alzo mi pensamiento en esta hora solemne para mí, obra de Ella también el mérito moral que me asista para la estimación de ustedes.

Querido Andrés Iduarte. Ya me esperaba yo que una vez más hiciesen conmigo de las suyas tu generosidad y tu nobleza mexicanas. Nos conocimos sufriendo destierros tú y yo, nos acercamos la mutua intimidad, atormentada y dolorida, en la dulce Galicia pescadora y labradora de ría serena y frutosa huerta; oímos la canción andariega por los floridos senderos de monte abajo, hacia el marino remanso donde hubiese fondeado la barca del pescador que algo traería, o de cuesta arriba, a través de la serena soledad del pinar, con silbos de mirlo adornado el saudoso silencio, y a la tonada morriñosa del cantar marinero y campesino en la vieja lengua añoradora, le acercamos la nostalgia de tu México y mi Venezuela, para que nos la acariciara.

Aprendimos a estimarnos y a querernos y aún no lo hemos olvidado. Tú; demostrándolo hidalgamente, una y otra y otra vez, por mis letras, que te agradaban, por mi suerte política, la buena, que te movió a entusiasmo y en seguida la mala, que te afectó profundamente. Ahora te has encargado de saludarme los años cumplidos en nombre de tu México hospitalario, noble y cordial, de cuya fina cultura eres representante ilustre y meritísimo, no sólo por el claro talento bien cultivado, sino también por la gallardía de espíritu que siempre te mueve a ocupar sitio del lado de la razón y la justicia y en todo momento te tiene la íntima bondad pecho a pecho con el ajeno sufrimiento. ¿Será necesario que te diga: gracias, Andrés Iduarte?

Señoras y señores. Es una mañana de diciembre, grato el aire luminoso en que ondea la bandera de la estrella solitaria, a cuyo amparo ha ido a acogerse un desterrado, sin previo anuncio. Acaba de llegar y está en un cuarto de hotel, junto con su esposa y sus pequeños hijos, desterrados también, cuando tocan a la puerta.

—Adelante —dice el recién trasplantado a suelo extraño.

Y entra impetuosamente la grande, la arrolladora cordialidad de Cuba, que por algo es tierra de ciclones. Enjuto el

cuerpo, vibrante toda la escasa carne en la que poco quiere emplearse la naturaleza creadora de espíritu ardoroso. Trae ya los brazos extendidos para el apretón de acogimiento corazonudo y resuenan erres en los nombres breves, propicios al entregamiento rápido de una amistad generosa. ¡Raúl Roa! Entre signos de admiración, señoras y señores, he escrito esas dos palabras.

Y empieza el diálogo, que propiamente no es sino monólogo, pues ¿quién le quita la palabra a ese hombre admirable cuando comienza a volcar sus pensamientos y sentimientos, destellos de extraordinaria inteligencia y modos de excelente calidad humana, en demostraciones amistosas? Comenta el triste caso de una limpia experiencia democrática frustrada en pueblo hermano del suyo y promete y brinda con generosidad desbordante cuanto de su persona y de su país pueda necesitar el recién caído del aventón traicionero.

Una misma suerte comparte hoy conmigo Raúl Roa, Cuba otra vez entre las garras del hombre de presa que el suelo indoamericano insiste en producir y favorecer, ahora además bajo el signo de los tiempos que corren, adverso a los modos de autodeterminación de los pueblos débiles que de alguna manera giren en la órbita de los prepotentes; pero las palabras que acabamos de oírle a esa figura cimera de la intelectualidad cubana con proyección continental, aparte lo que de excesivo en favor de mi persona han tenido, definen a un hombre en quien no se prostituirá nunca la dignidad del pensamiento, ni desmayará jamás la devoción de los ideales ennoblecedores de la vida humana. "Y no hay problema" —présteme lo cubano su modo característico de confrontar dificultades— pues bien estará lo sufrido por lo bien servido. ¿Verdad, Raúl Roa?

A un español eminente se le ha encomendado en este acto el mensaje con que la España desgarrada, la España grande y noble, en el justo sentido humano de nobleza, ha querido tomar parte en esta demostración de aprecio fortalecedora de mi ánimo. Fue en Barcelona donde hace veinticinco años se hizo la primera edición de *Doña Bárbara* y donde pocos después fui a cobijar mi dignidad bajo la bandera de la República Española, cuando la de mi patria no me le ofrecía seguro abrigo y a mi devoción por esa justa causa del pueblo hispano —del hombre del brazo productor de riqueza en las fatigas jornaleras y del hombre del pensamiento aplicado a las exigencias de la cultu-

ra— le debo ahora el honor que me han dispensado las finas palabras de don Luis Nicolau D'Olwer.

¿Se irá a decir que ésta es la cena de los desterrados? México hospitalario y cuidadoso de su misión histórica en el continente de nuestro espíritu y nuestra lengua —una vez más insisto enfáticamente en el empleo de tal denominación gentilicia— sabe prestarles patria a quienes hayan sido privados de la propia por las arrogancias de la violencia armada y aquí nos brindan cordial compartimiento de cielo y suelo mexicanos ilustres personificaciones de la cultura de este país, de una de las cuales el esclarecido nombre preside los de los componentes del grupo organizador de esta cena: Jesús Silva Herzog, el admirable.

Dos veces, en recintos universitarios de esa cultura, he alzado mi palabra a tonos de exhortación dirigida a la intelectualidad de la América nuestra, a fin de que en los dramáticos tiempos actuales, crisis de una época histórica, según todo parece demostrarlo, no se vea nunca —no se vea más, quiero decir— a un cultivador de los modos propios de la cultura, ciencias, artes y letras, prestándoles servicio a los empresarios de la marcha atrás, ni con especulaciones de apariencia científica encubridoras de la sinrazón, ni con desvergonzados escarceos literarios cohonestadores de los atropellos de la injusticia o de las arrogancias de la fuerza de mano armada. Que por cierto no han sido raros en nuestros pueblos los desgraciados casos de tales prostituciones de la dignidad intelectual.

Con ella tienen insoslayable compromiso contraído los hombres representativos de la cultura mexicana que aquí me honran con su cordial compañía y disfrutando de ella, le entrego toda mi confianza a esta profesión de fe: creo en la grandeza futura de este México generoso donde se pueden celebrar cenas de desterrados, sin que les falte sabor de patria al pan y al vino.

Señor general don Lázaro Cárdenas;

Señores Jesús Silva Herzog, Andrés Iduarte, Arnaldo Orfila Reynal, Raúl Roa y Ricardo Montilla, organizadores de este homenaje;

Señoras y señores:

Yo no podía traer a este acto palabras de cumplimiento formalista para agradecer el honor que aquí se me ha prodi-

gado, sino que me era cordialmente necesario volcar en las mías toda mi intimidad: lo melancólico inevitable junto con lo gozoso, profundo también. Queda, pues, con ustedes, mi corazón.

CARTA DE UN EX PRESIDENTE DE MEXICO:

6 de agosto de 1954.

Sr. Rómulo Gallegos,

México, D. F.

Distinguido amigo:

Muy merecido el homenaje que se tributó a usted la noche del día 2 del actual por sus numerosos amigos en el "Centro Asturiano" de esta Capital, homenaje al que fui invitado y que acepté con gusto.

Figura eminente de las letras hispánicas es usted, asimismo ilustre ciudadano de la causa de la democracia y de la independencia de su Patria. Sus conciudadanos le honraron eligiéndole para presidir el Gobierno de su país. Intereses ajenos a la voluntad popular interrumpieron, por la violencia, el orden constitucional de Venezuela, obligando a usted a abandonar su territorio. Víctima de la fuerza, conservó usted incólume el decoro de su alta investidura.

Encontró refugio en México. Antes que usted, el Gran Bolívar había disfrutado aquí de cordial hospitalidad. En diversas épocas otros venezolanos defensores también de la libertad del pueblo hermano, se han exilado entre nosotros.

Fiel a sus tradiciones, el México de la Revolución le acogió con beneplácito. Como escritor y estadista tiene usted títulos suficientes para honrar al país que le brinda su albergue.

Durante los últimos años, nuestra bandera ha amparado en el extranjero a perseguidos de todas las ideas políticas y en nuestro territorio han encontrado protección mujeres y hombres de todos los credos.

Es fácil explicar esta conducta. Los mexicanos de nuestro tiempo hemos pagado un altísimo tributo en vidas humanas para alcanzar el triunfo del movimiento iniciado en 1910. Sabemos por experiencia propia el daño que causan las pasiones

desbordadas en los conflictos sociales y políticos. La sed de venganza o el afán de castigo, engendran un bárbaro culto a la sangre y el hombre degenera en devorador de sus semejantes.

El derecho de asilo diplomático y el derecho de asilo territorial constituyen un valioso valladar a estos actos de lesa civilización. Con México, todos los países de la América Latina así lo reconocen, y a ellos corresponde vigilar su eficaz cumplimiento.

Quienes escuchen las voces de los que llaman a violar el derecho de asilo, encenderán hogueras de odios infecundos y causarán graves heridas a nuestros pueblos.

Salvar una vida amenazada es dignificar los valores humanos. Y en esta alta tarea debemos poner todos los ciudadanos de América nuestra más firme voluntad.

Al celebrarse el setenta aniversario de su vida ejemplar recordé con particular interés su conferencia sustentada en el Centro Universitario de Monterrey, que encierra un alto contenido moral y que es oportuno citar en esta hora en que las pasiones políticas se desbordan y la fuerza de las armas viene imponiéndose en varios países, en contra de la libertad y la justicia: "Dos tipos de hombre están campando hoy por sus fueros en una etapa de una lucha histórica: obrero y patrón, denodadamente el uno, tercamente el otro, y de sus forcejeos están pendientes las vacilaciones del destino del mundo; pero he aquí que en varios países de nuestra América han venido surgiendo con usurpados atributos de tercero en discordia los hombres de arma en mano, de cuyos autoritarios ejercicios nada pueden esperar ni la cultura ni la paz social. Una tras otra han venido cayendo bajo el atropello de la militarada experiencias democráticas en las que se ha puesto fe en la dignidad de los pueblos y esperanza en la cumplida realización de su destino. Pero ¿qué hace, mientras tanto, el intelectual, que no es ni uno ni otro de aquellos dos antedichos contendores, ni en pos de los terceros puede andar camino suyo, sin negarse a sí mismo, sin defraudarse, sin traicionarse? ¿No se había comprometido al decidirse a cultivar su inteligencia y templar finamente su espíritu, a ser la instancia a que se recurriese cuando estuvieren en juego y en peligro razón o justicia?"

Ciudadanos como usted, mi querido amigo, honran al país que los acoge.

Lo saludo muy cordialmente y le deseo todo bien.—General Lázaro Cárdenas.

COLABORACIONES RECIBIDAS

Se recibieron en la redacción de la Revista las colaboraciones de los distinguidos escritores siguientes: Alberto Velázquez, de Guatemala; N. Viera-Altamirano, del Salvador; Joaquín García Monge, de Costa Rica; Octavio Méndez Pereira, de Panamá; Benjamín Carrión y Alfredo Pareja Diezcanseco, de Ecuador; Emilio Frugoni, de Uruguay; y María Alfaro, de España.

DEL SOLIO PRESIDENCIAL AL EXILIO GLORIOSO

MÁS la intención del espíritu que el íntimo conocimiento me impulsa a participar en este homenaje con que *Cuadernos Americanos,* tan pleno de justicia americana como de solidaridad continental, exalta la sugestiva y señera personalidad de Rómulo Gallegos, con motivo de alcanzar él la cima del septuagésimo aniversario de su natalicio y de celebrar las "bodas de plata" de *Doña Bárbara,* la más célebre de sus novelas. No el conocimiento de esa nobilísima figura, que quienquiera que se eduque y perfeccione en el contacto de seres superiores hubiera anhelado contar en la órbita más alta de su amistad, sino la gozosa convicción de que el reconocimiento de las insignes virtudes de este ciudadano de la América es un deber de los que llevamos en el corazón las incógnitas, los fastos gloriosos y los infortunios del continente indoespañol: deber que se refiere a enaltecer y proclamar a los héroes de nuestra raza, mueve hoy mi pluma con fervor muy hondo y en forma de adhesión total al tributo hemisférico que, merced a la iniciativa del ancho y generoso corazón de don Jesús Silva Herzog, va a hacer sonoro pentecostés de la alta meta que alcanza la vida ejemplar del más grande de los venezolanos de su tiempo.

Apenas si conocí personalmente a Rómulo Gallegos en las vísperas de su exaltación al solio presidencial de su patria. La impresión que en mí produjo entonces este varón sencillo y austero, con todo y que la recibía yo en el ambiente de un país en donde abundan los monumentos erigidos a próceres inmortales, de cuyas proezas hablan en toda ocasión y por cualquier motivo hasta los más opacos transeúntes, fue en verdad profunda y perdurable. ¿En dónde había dejado este hombre célebre los últimos despojos de la vanidad, las más hondas raíces

del orgullo? El maestro y el escritor, el ciudadano de transparente pureza cívica detúvose ante mí breves instantes durante su numerosa y emocionante recepción del *Country Club*, y su sonrisa de hombre bueno y maduro y su abrazo generoso me dijeron más de su venerable parábola humana, más de su entrañal biografía que lo que hubiera podido revelarme un libro de divulgación de las etapas arduas y edificantes de aquella pública personalidad. Y es porque es evidente que a veces un contacto efímero de esta clase resulta suficiente, por virtud de leyes subjetivas, para trascender la esencia de un alma limpia y desnuda, si quien tal cosa logra es a su vez un ser desnudo y limpio. Momentos más tarde oíamos con ecuménica emoción aquel discurso hermoso, impronto ejemplar por su severa elocuencia, que a manera del testamento político de un gran patriota a quien se le hace sesgar su natural destino, pronunció el hombre de letras con tónica profunda y voz conmovida, al depositar sus laureles de artista y sus atributos vocacionales ante el ara de la nacionalidad venezolana, que lo llamaba a un servicio de suprema responsabilidad. Era aquél un momento histórico excepcional, lleno de vívidas sugerencias, un episodio sin segundo en cuanto a la emotividad de sus repercusiones: quienes en él hicieron acto de presencia, saben que aquí recuerdo un hecho inolvidable. Germán Arciniegas contestó al ilustre varón venezolano en el nombre de aquella devota concurrencia, llegada de todos los países del hemisferio, y lo hizo con palabras de mágica belleza y justiciero acento, cuya mayor virtud no era acaso la calidez con que brotaban de un corazón fraterno, sino la fidelidad con que interpretaban el sentir multitudinario de aquella congregación de amigos del egregio novelista que estaba a punto de asumir la presidencia de la República.

Al día siguiente me cupo el privilegio de asistir a aquel solemne ceremonial de la transmisión del poder, en el recinto del Congreso venezolano. La figura monolítica de Rómulo Gallegos, con la banda presidencial cruzada sobre el pecho, era la de un patricio imponente y magnífico; y Caracas, en la espontánea y múltiple manifestación de un pueblo vestido de fiesta, asistía entusiasmada a un acto eminentemente trascendental, a una función cívica sin precedentes cercanos, conmovida en su fibra ancestral, lleno el corazón de esperanza en un futuro de recuperaciones democráticas, punto de partida del desenvolvimiento generoso de una nación digna de la mejor de las glorias. Recuerdo, como si fuera hoy mismo, la salida del noble manda-

tario del recinto del Congreso, y su marcha en coche descubierto, llevando a su diestra a su esposa doña Teotiste, aquella matrona de tanta prestancia y de tan acentuado señorío, proclamada desde aquel instante la Primera Dama de la Nación. El motor del automóvil presidencial hubo de quedar en suspenso porque la febril multitud, vivando al ínclito ciudadano que iba a regir desde su espíritu millonario de virtudes los destinos patrios, conducía el vehículo no sé de qué manera, a falta de llevarlo sobre los hombros. Y las gentes que se agolpaban en las calles contiguas exclamaban: "Esto no se había visto nunca en Venezuela"; si decían verdad, lo sabrán los venezolanos imparciales, que yo repito ahora, sencillamente, lo que entonces escucharon mis oídos.

Me fue dable volver a ver de cerca a tan ilustre varón en el memorable desfile cívico que tuvo luego lugar en su honor con participación de las banderas de muchos países amigos de Venezuela; y más tarde en el Nuevo Circo de Caracas, en donde ofreció la Junta Revolucionaria durante varias noches consecutivas, como uno de los actos más atractivos de su programa de festejos, el fantasmagórico espectáculo del folklore del país venezolano: algo digno, por diversidad de razones, de ser grabado en el mejor registro de nuestras emociones artísticas. Y por último, en la tribuna presidencial, en una de las concurridas carreras de caballos. Cambié allí algunas impresiones con aquel supremo mandatario exento de reservas mentales, que solía recordarme a Sarmiento sin que yo atinara a saber por qué.

Ocurrió en noviembre de aquel mismo año 1948 la nefanda zancadilla militar que dio en tierra con el reciente régimen gallegano, vejó abyectamente a la figura del patricio sin mácula ni culpa y colocó en escabroso desfiladero a aquella nación que parecía haber encontrado al fin y para siempre las vetas auténticas de su mayoría de edad y los hitos definitivos de la democracia. Lo que en la América indoespañola representa a la conciencia superior, a la dignidad del espíritu y a la cultura vigilante, arrió entonces a media asta el pabellón de sus anhelos, y así lo mantiene, con crespón de luto cada vez más ancho por los crímenes que perpetran en Caracas los cavernícolas condecorados, mientras Rómulo Gallegos, en el ostracismo a que éstos lo redujeron, ha venido a encarnar al más ilustre y popular de los gobernantes en exilio. Hago referencia a este episodio nada más para hacer de él un puente de mi relato.

Al comenzar el año 1951 el doctor Juan José Arévalo, a

la sazón Presidente de Guatemala en vías de transferir el mandato, hubo de renovar al egregio exilado la invitación que ya antes le hiciera en forma reiterada y cordial para que viniera de la tierra de Moctezuma a visitar la de Tecún Umán. Gallegos acababa entonces de recibir el golpe más doloroso de su vida al perder inopinadamente a la compañera tutelar de sus afanes y sus andanzas. Hallábase herido en lo más profundo de sus fibras, y en esas condiciones y no sin hacerse violencia, consintió en venir de México a Guatemala. Era en febrero de 1951 y lo acompañaba el Dr. Gonzalo Barrios, su fiel amigo y colaborador que era de su gobierno. Cúpome entonces el privilegio de figurar entre los cinco intelectuales guatemalenses a quienes el Dr. Arévalo confiara la misión de procurar cortesías al huésped de honor de nuestro país; y fue ése el segundo y más efectivo contacto que me fue dable tener con aquel hijo de América, recia personalidad tan humana y al par de tan conspicua jerarquía moral, que sacando fuerzas de flaqueza accedía a venir a esta región de lagos y volcanes en el penoso trance espiritual en que entonces se encontraba. Rómulo Gallegos traía su duelo tan a flor de piel y al mismo tiempo tan entrañado, que resultaban ineficaces las anestesias que la devoción le procuraba en diversas formas de obsequiosidad y entretenimiento. Allá en México quedaba, todavía insepulta, la sagrada reliquia de su esposa, y el varón fuerte y bien probado en tantas formas de adversidad, llevaba aquel venablo urente en el corazón con dignidad pero con muy leve disimulo. Y precisamente por esa circunstancia pude asomarme de mejor manera a la diafanidad de su ser. El mejor momento para trascender la esencia de un espíritu es aquel en que, clavado en una cruz, el dolor le desata todos los nudos de la simulación; y si a ello se agrega que el hombre que yo tenía frente a mí ya era desde siempre y de por sí sencillo y bueno por excelencia, comprensible es que yo haya entrevisto con emoción su áura, si así puedo llamar a aquel efluvio inconfundible de un alma superior, a sí misma burilada en roca de virtud. Asistí al encuentro de hospedador y huésped y presencié el abrazo simbólico de los dos jefes de Estado, que vino a sellar una amistad personal que antes no había tenido oportunidad de producirse en el tiempo y el espacio. Dos varones corpulentos y cordiales, que tenían muchas cosas que decirse, se quedaron a solas por tiempo prolongado para decírselas.

Al concluir aquella entrevista, Rómulo Gallegos y su culto

asistente y amigo Gonzalo Barrios, accedieron a acercarse a mi modesta casa. Era de anochecida, y las manos frugales de mi mujer aderezaron sobria cena chapina. No pocas personalidades artísticas y literarias han consentido en hacer honor a mi mesa, que como la de Fray Luis de León es pobrecilla y de paz bien abastada; pero aquella vez —me complazco en reconocerlo— la insigne figura del Presidente de Venezuela, tan llena ya de inmortalidad y tan iluminada de modestia, engrandecía los contornos de la estancia y colmaba de lumbre los corazones de los que estábamos presentes, entre los cuales algunos poetas y escritores, llamados de improviso por teléfono, rodeaban con mis deudos a aquel avasallante príncipe del Caribe, que venía de regreso del mundo de las vicisitudes y que por ello mismo tenía tantas y tantas cosas que contar... Desde entonces soy un amigo suyo, o lo que es igual, estoy inscrito entre los que hacen causa común con su personalidad y con su suerte, y tienen la certidumbre de que Rómulo Gallegos, en dondequiera que se encuentre fuera de su patria, vive las horas de un exilio sublimado por la gloria que le deben y le otorgan los mejores y más conscientes hijos de la América de habla castellana.

No se puede hablar sino en tono de fervor de los hombres de perfiles augustos, que expresan las insignes virtudes de una raza: Rómulo Gallegos figura en ese retablo supremo; y su obra con él, americana y pura. Por nimio que sea mi grano de mirra, que en gracia a su autenticidad arda en el incensario de esta justísima apoteosis, y se convierta al mismo tiempo en un sufragio vehemente por la redención de Venezuela, cuyo martirologio aumenta día a día en forma infamante por obra de la sevicia de los cazadores de hombres que conculcan los principios soberanos desde el poder.

Alberto VELÁZQUEZ.

LAS DOS VOCACIONES DEL HOMBRE

PODRÍAMOS así concebir al "bárbaro de la belleza", de llegar a la vez a concebir la posibilidad de una profunda disección del alma, de un tomar partes del alma y colocarlas en cada compartimiento, y decir que ésta va a servir sólo para esto y que la otra llenará los menesteres de aquello. Dentro de esta perspec-

tiva, el hombre con sensibilidad estética podría ser tomado por los otros o por sí mismo y destinado a una particular tarea de belleza: la criatura se metería, o sería metida, en una galería. "Tendrás que crear belleza —se le diría—, y solamente belleza. En vano que quieras mañana responder a ningún otro llamado que no sea el llamado de lo estético. Si bien tu vocación (porque de antes lo advertimos), es tu ala, tu consigna —para que des el mayor fruto, que sea, a la vez, tu cadena".

Ciertas gentes adictas a decir en términos místicos, en lenguaje de lo que no se sabe claramente o en lenguaje de lo que todavía no aprende la cosa, dicen de la vocación que es un destino que viene desde lejos, tal vez desde la eternidad y que la dicha humana, por lo menos la conformidad interior, sólo se alcanza sometiéndose a ese destino, siendo toda la vida como una oveja sumisa a él.

El esteta, el artista "bárbaro" sería así como el cientista que horada silenciosamente, pacientemente, en su galería. Como el técnico que se gasta la vida también, en su galería, olvidándose del saber que no se aplica a las cosas. Como el de la vocación adquisitiva, patata u hormiga, que pone la totalidad del ser, con furia dialéctica, a acumular, a recoger, a atesorar, a retener, porque se vive en miedo perpetuo y ha heredado el espanto de algún antepasado a quien le crujió la vida en la hora de no tener nada. Este mundo nos hace pensar en un mundo de máquinas. La especialización, metiéndose dentro del alma hasta enlazarse, como una indestructible unidad, con la vocación, con la llamada de la sangre.

La vocación, así, como una forma de locura.

Y —desde luego— el mundo se interesa en ello. De tiempo en tiempo el circo necesita sacudidas y el espectador toma a la criatura y la deforma y luego paladea el horror, o el ridículo, o cualquier cosa, en las actitudes del monstruo.

Y esta teoría de la vocación ha servido más de una vez de pretexto para mistificar las realidades morales o las potencias intelectuales. So pretexto de la vocación, el mistificador evade responsabilidades y se hace de ella el islote. Se niega a todo lo que no esté dentro de "su" vocación. Pero el islote le da cierta complacencia corporal.

Ésta es una de las dos teorías, porque hay otra. Gracias a la Providencia siempre las hay, siempre queda al pobre hombre de la tierra la oportunidad de escoger y preferir. A la mirada vacilante de quien quiere pasar adelante y a quien urge dejar

algo atrás; a quien tiene la mirada "llena de lejanía" se ofrecen dos rutas, y luego otras más, así enriqueciéndose la vida al enriquecer al hombre con la oportunidad de vacilar, dudar, apurar el juicio, consultarle al corazón, y escoger.

Pues bien: ésta es una de las teorías. La otra es que la vocación no es, no tiene por qué ser monstruosidad; que la integridad del ser del hombre tiende a prevalecer, como los estados de equilibrio en la termodinámica, y que cuando se atenta contra esa ley, la vida se descompone y la criatura que pudo ser dichosa y hermosa en la armonía, se deforma y se pudre. Esta otra teoría piensa que una comunidad humana no podría ir sino al desastre con hombres desintegrados, desbalanceados, y que el afán mesiánico no podrá consistir, no deberá consistir, en adelantar al mundo deformando a los hombres en lo obtuso de las especializaciones sino en la fácil y clara armonía de lo integral, de la verdadera cultura. Porque si bien creando monstruos de cualquier naturaleza, llegaríamos a obtener anticipados productos (a este monstruo musical le haremos producir la sinfonía para dentro de diez mil años) esta anticipación no servirá de mucho, o servirá de poco; a lo anticipado responderá lo retardado, a la civilización y la cultura hechas así vendrá a destruir la barbarie.

TENEMOS así dos teorías sobre la vocación, sobre la vocación en singular. Pero hay otra más, y es aquella que más de una vez hemos querido exponer con claridad y cabalidad, sin lograrlo jamás. Vamos muy de prisa, y en la prisa nuestro balbuceo acaba por confundir enteramente a quien nos quiere oír. Esta otra teoría es que todo hombre debe tener o tiene si ya hay en él cierta autenticidad, dos vocaciones: la que le viene de la sangre como un destino y la que le impone su condición de ser que vive con otros que le son semejantes. Esta otra vocación es la vocación a la ciudadanía.

Y las dos deben completarse, juntarse, ponerse al compás; y de no ser así la vida se le va a convertir a esta criatura en sociedad, en algo tremendo.

El maestro ateniense tenía su honda, desgarradora vocación por la verdad. Apenas la advertía y, como la mariposa, perdía ya el equilibrio y quería precipitarse en la verdad.

Pero algo lo detenía, y lo que le detenía era la vocación a su ciudad. El viejo ateniense se estremecía pensando en su

ciudad como ante un cuadro o al mensaje de una canción distante. Paladeaba, gozaba, gustaba de su ciudad. No habría podido vivir lejos de su ciudad. No habría admitido ver destruida su ciudad, y por ello fue magnífico combatiente, buen soldado. No habría permitido, no permitía, que se afeara su ciudad. No podría haber traicionado su ciudad, y por eso, en el último instante, prefiere morir dentro de ella a medrar lejos de ella. La vocación a la casa que está cerca de otra, a la palabra que encuentra o se encuentra con otra palabra, al templo en donde ha ido escondiendo los fugitivos destellos del cielo, a la plaza pública en donde se entrena el porvenir, a la fortaleza en donde se hace frente al otro ser de fuera con quien aún no hablamos la misma lengua, toda esa vocación le caía en el alma como un baño de fuego. Y cuando ese baño es recibido por muchas gentes, a una misma hora en un país, en ese país nace una patria y llega la primavera de las instituciones y entre ellas la institución de la libertad.

¿Y luego?

Pues bien, la consecuencia es muy sencilla: luego debemos respetar en nosotros mismos la doble vocación. Y mi gozoso vivir necesita de la cosa blanca que es la verdad del conocimiento científico, de esa cosa ardiente que es la verdad en la belleza, de esa cosa firme que es la voluntad del poder material; como no quiero pasar como con un tropel de jabalíes sobre mi propio ser, y como allí hay otra cosa, aquella que me han dado todas las generaciones pasadas y que tiene la santidad de la muerte que me dio la vida, entonces yo no permitiré que lo uno haga olvidar lo otro y haré que esas dos deidades de mi fantasía interior se cojan alegremente las manos o que cogidas de las manos sepan a su hora, morir.

No queremos admitir aquí en nuestro redor a hombre alguno que no haya cuidado esa cosa integral: la salvación de los valores que hacen la grandeza. Y ese valor que llena en su mayor parte la vocación de la ciudadanía, es la ley moral, y no la ley moral que hacemos a nuestro gusto, sino aquella que nos ha sido dada por nuestra ciudad.

Acercándose al pensamiento mismo de Goethe, Thomas Mann afirma por su lado lo que en nuestros días ha llegado a ser casi una doctrina general entre los pensadores: el artista no tiene por qué meterse a moralista. El artista mejora la vida

de otro modo. Y nosotros agregaríamos, "mejora la vida sin que tal sea su propósito". Creemos en la debida espontaneidad de la creación artística y creemos que el camino de los valores es el de la positiva y duradera y nunca acabada llegada del hombre al ideal. El artista llega al mundo a dar la cosa que se pide, pero una vez satisfecha la urgencia, el que ha pedido sigue adelante y más allá pedirá lo otro.

Muy bien. Pero aquí surge el otro caso que Mann considera como involuntarias participaciones del artista en la vida: en el artista está esa otra vocación, la vocación de la ciudadanía. Ningún hombre superior, así tenga la altura suficiente para mantener la frente en el cielo, dejará de andar en el mundo; y ningún hombre superior, con sensibilidad intelectual para aprehender la realidad como conocimiento y con sensibilidad moral para entrar a la vida como simpatía, dejará de dar una respuesta, alguna respuesta a lo que constituye su circunstancia vital. Sin que esa participación sea la manifestación más enérgica de su conducta, el artista no podrá pasar entre sus semejantes como un sordomudo anestesiado, incapaz de sentir, y actuará. Actuará como miembro de un conjunto. Y cada vez que la circunstancia sea más alta, ese conjunto parecerá más una patria.

Y aquí llegamos a un punto en que tenemos ya derecho a nombrar al hombre americano en quien se ha manifestado esa doble vocación, en quien fueron oídas las dos llamadas del hombre natural y cultural. Rómulo Gallegos nació para maestro, nació para escritor, nació para conductor social, y tuvo que gastarse la vida en la batalla terrible que significa salirse del medio bárbaro hispanoamericano, hasta poder asomarse al panorama amplio y grandioso de la cultura universal.

Y como en él tenía fuerza igual a cualquier otra fuerza o quizá una fuerza mayor, su vocación social tenía que llevarle definitivamente a la novela. La novela es el campo mejor, el más adecuado, el más libre, el más rico, para que el soñador que sueña con la ciudad —con conjunto de hombres— tenga a la mano la copiosa arcilla de la creación. En la novela se halla la oportunidad preciosa para forjar el drama y el héroe. La novela, arrancando desde la obligada apariencia de la cosa que se vive, de lo que está viviendo ahí, al alcance de nuestra mirada, es el pretexto para que el hombre que sueña se ponga a forjar los países, las ciudades, las instituciones y la materia moral y espiritual de sus sueños. Aun cuando el propósito docente no asome por ahí, el mismo hecho de arrancar notas altas a las

realidades sociales, está abriendo el camino —haciendo las grietas— para que surjan y salten las formas vitales en potencia.

Rómulo Gallegos ha vivido pensando, viendo, tocando, pesando la realidad venezolana, la realidad hispanoamericana. Este hombre llevaba, al escribir sus novelas, en el alma misma, a su pueblo, a su tierra, a su paisaje. Había incorporado la historia de su país, y su geografía, su hombre y su medio a lo más íntimo de su espíritu. Y creaba países, creaba sociedades, creaba patrias, creaba criaturas, y siempre con una intención o con el producto de una intención: aquella de encontrar la forma para la patria mejor. De haberle hecho pedazos, en cada pedazo suyo se habría encontrado la imagen de su pueblo.

No fue por ello cosa del azar, cosa fortuita, que en la hora de las alboradas políticas de Venezuela, una vaga, distante resonancia ateniense, haya hecho que su pueblo fijara los ojos en él y le llevara —con la consagración de un voto que balbuceaba por la primera vez en la larga historia de despotismos y brutalidades hispanoamericanas—, a la primera magistratura de la República, dándole así la oportunidad de hacer, no con la arcilla de sus sueños sino con la carne misma y con el alma tierna, recién nacida, de su gente. Podía allí, entonces, construir, tallar, labrar, forjar. No con la arbitraria ocasión del domador, sino con esa franca y fácil dirección de las cosas que toma, aun dentro de la democracia más vigilante y combatiente, el hombre superior. Porque en esos casos el jefe de Estado es un verdadero caudillo de las aspiraciones, de los sueños, de las profecías y de las preferencias de su gente. Tiene el timón en sus manos, no por arrebato, sino porque en la confusión de la borrasca, al aclararse un poco, se advierte que las manos que están en el timón son las suyas. Lleva la luz adelante, como un hacha que va derribando tinieblas, no por accidental ocurrencia, sino por el hecho de que cuando todos dormían había uno por ahí —que era él— que se desvelaba viendo cómo encontrar algo para hacer adelantar la aurora. Van las multitudes hacia él, amedrentadas por haber oído a los lobos, y no porque él sea un pastor que entrenó las ovejas desde en el vientre de sus madres para seguirle, sino por el hecho de que cuando todos sienten miedo, por una ley de atracción, de gravitación, por un talismán del espíritu y de la carne, en esos momentos todo se va a donde está el valor.

Y habría podido, el creador de países, vidas y geografías mejores, haber seguido su sueño, de no haber tronado

por allí el grito de la brutalidad. Del bruto que hizo salir al hombre del Capitolio. Y el bruto va a seguir allí desgobernando, dilapidando, despilfarrando, corrompiendo, sembrando cieno y brutalidad hasta que la ascensión de nuevos valores haya creado el poder moderador allí en Venezuela, como en casi todo el resto de nuestra América que venga a enmendar ese horror y a colocar al frente de los negocios públicos frentes menos cargadas de brutalidad, más llenas de inteligencia.

En alguna parte de sus novelas decía Rómulo Gallegos, hablando del camino, del río que iba haciendo historia de una travesía, que llegaba hasta un sitio, en donde entregándose se lo comía la selva.

Al hombre de Estado que había en él, se lo comió la selva. El bruto de la selva salió al camino de la civilización y no dejó pasar al hombre.

N. VIERA-ALTAMIRANO.

RÓMULO GALLEGOS EN COSTA RICA

De Rómulo Gallegos supe en 1929, cuando me honró con el envío de su famosa novela *Doña Bárbara* (Casa Editorial Araluce, Barcelona, 1929). La leí apasionado. La di a leer. La releo. Andamos ya en los 25 años de haberse publicado *Doña Bárbara*. De entonces a la fecha, el *Repertorio Americano* ha seguido los pasos de Gallegos como escritor, educador y hombre de calidad moral en nuestra América.

En mayo 23 de 1951 tuve el gusto de darle un abrazo. Vino a verme a mi casa. Muy grata su visita. Recuerdo inolvidable me dejó. Sobria su conversación, modesto, sencillo. No le oí una palabra que se refiriera a sus adversarios políticos de entonces. Hombre superior. Ni violento, ni vengativo, sin rencores.

En esos días de mayo de 1951, pasó Gallegos por Costa Rica; viador de Libertad como otros lo fueron antes y nos recordaron: para citar tres: el periodista acuatoriano Federico

Proaño, en 1886; José Martí, en 1893; Haya de la Torre, en 1929.

Gallegos se sintió bien acogido: Visitó algunas Escuelas Públicas, fue al Liceo de Costa Rica y a la Escuela Normal. Según su costumbre, les habló a los jóvenes. La Universidad de Costa Rica lo declaró *Doctor Honoris Causa*. Con este motivo, lo recibieron en el Paraninfo de la Universidad, en cita norturna. Se llenó el salón de estudiantes y profesores, de numerosos intelectuales. Lo escucharon con simpatía.

Gallegos habló a los jóvenes universitarios en los términos que voy a recoger, porque su discurso fue una de sus acostumbradas lecciones de fe. Digo acostumbradas, porque Gallegos suele dictarlas en su Venezuela maternal. Recordaré antes una que dio en el Liceo Andrés Bello, en Caracas, en junio de 1942. Por años ha sido Gallegos Prof. de Psicología y Filosofía en su patria. Es un expositor ameno, comprensivo y sugestivo. Sus andares de maestro los considera su mejor contribución a la rectitud y a la bondad de la vida.

Dijo entonces: Buscar a los discípulos es renovar un contacto saludable. "Yo he querido siempre para mi vida la atmósfera limpia y sacudida de la juventud. . . Atmósfera que respiré en los años docentes, los mejores de mi vida".

En el enseñar se aprende. En eso anda Gallegos: cursos en compañía de los antiguos discípulos, a quienes no malogró el entusiasmo. Y les dice: Jóvenes, no preocuparse tan sólo de exámenes. Atención al nuevo orden social que anuncian los extremos en lucha. Entérense de este conflicto. Hay que sacrificarse por un ideal de Justicia y Razón. Rodeados de acechanzas, hay que andar listos. Muchachos y muchachas, siéntanse obligados a ser vigías.

"Así te saludo, estudiante reconcentrado y prevenido del Liceo Andrés Bello, donde enseñando, en inolvidable tiempo, aprendí yo que será siempre hombre irremediablemente perdido aquel a quien ya no vuelva sus ojos el joven".

Preocupaciones semejantes lo movieron en el discurso que dijo en la Universidad de Costa Rica a que antes me referí. Saquemos algunas de sus declaraciones:

"Incorporo a Costa Rica a mi sentimiento de la América de nuestro espíritu y nuestra lengua como gran patria común".

Preocupación fundamental de mi espíritu: Sobre todas

las parcelas sopla borrascosamente la incertidumbre del porvenir, como en todo término cercano de edad histórica.

Hoy los custodios de la cultura deben procurar que ésta contribuya a la felicidad común y segura. No basta dar títulos. En otras palabras; un espíritu de cuerpo que desplace los esfuerzos de lo individual a lo colectivo. En la morada del Yo sopla ahora el huracán del Nosotros.

Nuestra fe en el imperio de la democracia; de él depende nuestra suerte.

En el campo de la contienda que desgarra el mundo, hay dos posiciones:

1ª). Luchar por defender los derechos del trabajo.

2ª). Luchar porque se mantengan los fueros del capital.

La tercera en discordia sería: El hombre de pensamiento poseedor de la cultura: el efectivo imperio de la democracia, en todos los pueblos. "La concordia que exigen los ejercicios de la cultura".

La fatalidad de nuestra América: las dictaduras.

(Entre paréntesis: La codicia de los imperialistas yanquis refuerza y utiliza a los déspotas criollos y así domina estas patrias indefensas. En la sabiduría moral de los antiguos egipcios, este saludable mandamiento: "Cuídate de la codicia, que es una enfermedad incurable").

Pidan en esta hora incierta la palabra los intelectuales responsables. Como tarea colectiva, en actitud vigilante. Numerosos casos de la prostitución de la dignidad intelectual. Los fariseos de la política. La confabulación de los reaccionarios. Frente a tales: la presencia de los auténticos representantes (pensadores, escritores) de la intelectualidad de nuestros pueblos.

"Los invito desde la Universidad de Costa Rica . . .Espero a los intelectuales costarricenses". El lema sería: *Cultura al servicio de la razón y la justicia.*

Jóvenes: a defender los tradiciones democráticas en esta incertidumbre en que el mundo vive. Serenidad y visión clara. Esto espero de la intelectualidad costarricense: Vigilar dentro y fuera. No una Costa Rica en el aislamiento.

El discurso de Gallegos en la Universidad de Costa Rica es parte de su oratoria docente, es una lección de fe. Nos recuerda la carta de Martí a nuestro periodista Pío Víquez, en julio de 1893, al salir de aquí. Martí recuerda agradecido la bondad de Costa Rica. Gallegos habla de la ternura del paisaje de Costa Rica y lo relaciona con la nobleza de sus gentes.

Martí habló del "amor y vigilancia con que los americanos, unos en el origen, en la esperanza y en el peligro, han de mantener a esta América nuestra, sorprendida en su cruenta gestación, en los instantes en que por sus propias puertas muda de lugar el mundo". Martí habla de prepararse para llegar a esa cita, si queremos salvarnos. A él le pareció que la Costa Rica de entonces se preparaba.

Y concluyamos con estas referencias:

Gallegos fue Ministro de Educación de ideario progresista laico. La reacción clerical lo sacó del cargo.

De niño contaba cuentos y era andariego. En el colegio nació su gusto por el profesorado. Sus discípulos no lo olvidan porque fue su amigo. Como educador despierta y guía. Va a la vanguardia. Ha mantenido siempre intacta su fe en la juventud.

En Carmen Rosa, de su novela romántica *Reinaldo Solar,* Gallegos plantea el interesante problema de la educación sentimental de nuestra mujer.

Pide a los maestros de Norteamérica que ponderen a Bolívar "como ejemplo de constancia sin pausas en el propósito libertador que se había impuesto; como caso extraordinario de hombre tan poseído de fe en su ideal y de confianza en sí mismo".

Como escritor, plantea problemas sociales. Atento a los dolores y ansias de su pueblo. Ama a su patria.

Como ciudadano, cuida su conducta, vigila, aconseja. Es valeroso en sus declaraciones. Leal consigo, decoroso. Es hombre ordenado, no de presa. "A la violencia, lo razonable".

Como hombre de la política, lo es de altura. Fiel a sus principios. Piensa con ideas definidas. No calcula, no vegeta. Su personalidad es manifiesta. "Extremaré mi celo en la vigilancia de la dignidad".

"...aún no es dable la restitución cabal del préstamo que en mí le hicieron las puras letras a la exigente política y es deber de consecuencia con la mejor experiencia de mí mismo que haya podido hacer, el de que me mantenga en las preocupaciones de ese orden, dentro del cual he de continuar cumpliendo la obligación contraída con mi pueblo".

En junio de 1931 renuncia de su cargo de Senador, porque un Senado de rodillas ante el Dictador ofende el decoro

nacional, desquicia los fundamentos de la democracia. Soberanía del Congreso, soberanía del pueblo.

Señalemos el testimonio ejemplar de Gallegos como Diputado en abril de 1947, cuando se pide al Congreso la disolución de los partidos de izquierda: "*Que se ventilen las ideas què se agitan en la conciencia del mundo.* Que se *deba y pueda pensar* en el campo libre de las ideas políticas". Lección que debieran aprender en estas comarcas tantos parásitos del politiqueo, meros satélites de los aprovechados que logran coger mando. Lo de siempre: el dramático conflicto entre la dignidad y la conveniencia.

Hombres como Martí, Sarmiento, Hostos, Gallegos, B. Sanín Cano, Alfonso Reyes. . ., son hispanoamericanos previsores, y cuántos tenemos entre los vivos y los finados egregios: hombres con fe en el porvenir y fidelidad a sus ideales. Pongamos a nuestros próceres a caminar. Sus consejos, su testimonio debemos consultarlos a menudo. A ver si nos ayudan a explicar nuestra historia, la pasada y la nueva. De no, con estos trastornos mentales en que el mundo vive, seguiremos en nuestra América en la misma: sin brújula y cojeando.

J. GARCIA MONGE.

EN LAS BODAS DE PLATA DE *DOÑA BÁRBARA* CON LA LITERATURA

COMO el gran Sarmiento para la Argentina de la pampa, Rómulo Gallegos planteó para la Venezuela del llano la lucha entre la civilización y la barbarie, que ha sido y continúa siendo el drama de nuestras patrias. La planteó hace veinticinco años en su obra cumbre *Doña Bárbara* y la ha vivido él mismo, otro Santos Luzardo enfrentado indefenso y valientemente, con sólo su civismo de maestro, a los militares que la pluma de Bolívar pintó con trazos firmes de aguafuerte como un peligro para las instituciones y libertades por las cuales luchaba con ansiedad de vigía continental.

Rara coincidencia y unidad entre una obra llena de la emoción y la realidad de la tierra y una vida toda nobleza, sinceridad y hondura raigal en el propósito y la acción.

Dentro del paisaje del país, frente a la llanura inmensa, Gallegos pudo encerrar en sus novelas las características de su pueblo, con sus supersticiones y creencias, con sus pasiones, sus virtudes y sus vicios, sus tradiciones y tesoros folklóricos, en fin, con su realidad rural y telúrica, en que la tierra y la vida animal, vegetal y cósmica se funden en una unidad palpitante, creada milagrosamente. Así en *Doña Bárbara, La Trepadora, Cantaclaro, Canaima,* en que "la tierra de la América brava siente que habla por sí misma" según lo reconoció el español Américo Castro.

Para Santos Luzardo la tierra bárbara tiene que estar hecha de horizontes y de caminos. Es él el civilizado que lucha contra las fuerzas naturales, que es vencido en cierto modo por ellas pero que se salva al fin con la voluntad de matar al centauro que todos los llaneros llevan dentro, según propias palabras.

¿No se salvará también Gallegos como héroe sacrificado de una vida civilizada y civilizadora? El llano de Venezuela, el paisaje del campo entero de América, la patria América, vive en su alma con todos sus caminos y todos sus horizontes. Vida, caminos y horizontes nuestros, de todos los americanos, exaltados y vueltos a crear en una obra genésica. Recreados, no inventados; descubiertos, no imaginados; exaltados para la superación en la justicia y en la integración sociales. En la integración del continente también, el cual llegamos a conocer mejor con la obra fiel y leal de Gallegos, de Güiraldes, de Rivera, de Azuela, de Icaza. . .

Un día, por la educación, por la ciencia, por la cultura, nuestro medio bárbaro podrá ser dominado y el indio, el negro, el cholo, el zambo, el mulato, el gaucho, el llanero, el huaso, el guajiro, integrados en la civilización, elevados a su dignidad de verdaderos hombres y de ciudadanos, sin miserias, ni ignorancia, ni esclavitud, ni miedos inhibitorios ni explotación de patronos o politicastros. Y Doña Bárbara, y Facundo, y Don Segundo Sombra y el Cayeno, tendrán que abrirles paso a los Luzardos y los Covas. . . También a los Sarmientos y los Gallegos, víctima aquél antes como éste ahora, de su civismo y su cultura en el ostracismo y la amargura de los ideales pisoteados en la pampa o la llanura por los caballos desbocados de los militares, de quienes dijo, insistiendo, el Libertador: "Yo mismo, que siempre he estado a su

cabeza, no sé de lo que son capaces"... Lo supo Sarmiento, lo sabe Gallegos, lo sabrán ahora muchos en América, en esta hora gris de la democracia y sus libertades.

Octavio MÉNDEZ PEREIRA.

RÓMULO GALLEGOS

El hecho literario y humano

No el itinerario seguido, no el juicio sobre la vasta y poderosa producción: el hecho. El hecho definitivo de la aparición de un escritor total, en el sentido de dación íntegra, de consagración cabal de una personalidad hispanoamericana a la tarea literaria. Y dentro de la tarea literaria, a una línea, a un género: la novela. Sin descuidar por ello su profesión irrenunciable de hombre, y luchar por la libertad y la justicia.

Ésa es la significación del hecho Rómulo Gallegos.

Ante la acusación reiterada, no por indocumentada y ligera, menos dañosa y malintencionada, de que la América de raíz ibérica no hace aportes fundamentales al pensamiento y la sensibilidad universales, se ha hecho innecesaria la defensa crítica y polémica. Ha sido suficiente la enumeración de cifras humanas esenciales, de obras realizadas. Porque se hace indispensable ahora, muy puestos en firme los pies sobre la verdad actual, abandonar nuestra actitud de modestia, de humildoso acatamiento de lo que se dice en inglés, francés, italiano y alemán sobre nosotros, contra nosotros. Y rechazar al propio tiempo la posición negativa de críticas y enciclopedias, que nos ignoran olímpicamente; como la posición caritativa de quienes nos hacen conmiserativas concesiones y, como si se tratara de adolescentes aplicados, admiten que quizás, acaso, llegaremos un día a ofrecer algo que valga la pena, algo que se pueda decentemente mencionar. No es un anciano hepático como Giovani Papini —el de los juegos de fácil malabarismo con el Diablo— quien tiene autoridad para decretar, sin apelación, nuestra mediocridad irremediable.

Rómulo Gallegos constituye una de las más significativas respuestas. Es la gran afirmación, el macizo respaldo a esta verdad: la América Ibérica ha entrado ya, con paso seguro en el panorama universal del pensamiento y la sensibilidad.

No desestimo al aporte grande de los hombres que realizaron o asistieron a la obra de la aparición de nuestras patrias. Siglos atrás y siglos adelante son necesarios para encontrar par humano a Bolívar. Y luego, dentro de la estatura humana, ya están allí los nombres de Martí y Montalvo, de Andrés Bello y Rubén Darío, de Sarmiento y Alfonso Reyes, de Machado de Assis y Rómulo Gallegos...

Rómulo Gallegos representa una expresión paradigmática de lo que ha sido y es todavía el hombre representativo de nuestras patrias nuevas: hombre de cultura y de civilidad; varón de acción humana y de obra científica y artística a la par. Es que, acaso, aún no podemos permitirnos como los pueblos viejos y populosos, el lujo de la especialidad. Nos hallamos en los primeros y más fecundos días: aquellos en que —es en Atenas— Esquilo defiende la patria en Maratón, Salamina y Platea y, entre batalla y batalla, compone la *Orestíada;* aquellos días en que —es en Atenas también— Tucídides y Sófocles, Jenofonte y Demóstenes —y los mismos grandes del pensamiento— Sócrates, Platón, Aristóteles, se ocupan al par de los problemas de la metafísica y los de la política.

Los hombres de Israel también, desde Moisés, el conductor y gran poeta, hasta Pablo de Tarso, el conductor y gran poeta, hicieron letras e ideal político; escribieron las más bellas cosas que puedan escribirse, y fundaron religiones y erigieron y defendieron patrias.

Pero no es sólo eso: Rómulo Gallegos representa una altura mayor, en calidad humana, y una más real afinidad con los destinos de nuestras pequeñas y recién nacidas patrias. Mientras en Atenas o Roma, Israel o la Inglaterra isabelina del siglo XVI —con sus escasos cuatro millones de habitantes, como mi Ecuador o la Venezuela de Rómulo Gallegos— los grandes varones lo eran para la República y para la cultura, sin importarles la posición exacta a favor del hombre o contra el hombre— en cambio los grandes representativos de cultura en nuestra América, cuando hacen obra de ideal político y social, están siempre en la buena orilla, en la orilla del hombre y su justicia. Y así, Aristóteles, puede haber dejado teoréticas gratas a las dictaduras, o Virgilio haber sido un humildoso áulico, o Cicerón el adversario de las revoluciones populares. En nuestra América no.

En nuestra América, los verdaderos grandes de la cultura —los grandes de verdad— han sido también los soldados de la

libertad. Han estado, en su acción civil, del buen lado, del único admisible: el lado de lo humano, de lo justo, de lo libre.

Pocas, poquísimas excepciones de hombres de cultura en nuestra América corresponden a personajes que se situaron al pie de los tiranos, que fueron tiranos ellos mismos, que defendieron —así sea teóricamente sólo— los fueros de los opresores del hombre. Casi no puede darse en nuestra historia continental, el ejemplo de los grandes validos, de los supremos lacayos, de los humildes servidores de la opresión o de la explotación del hombre. Nuestros "caudillos bárbaros" —la expresión es de Arguedas— han sido verdadera legión: próximos al analfabetismo casi todos, brutos indómitos los más, gendarmes desalmados y espadones rapaces, todo el resto. Por cada cien de ellos asoma un hombre de estudio, de lectura, de conocimientos: por cada cien como Santa Anna o Rosas, Melgarejo o Monagas, Victoriano Huerta o Jorge Ubico, Juan Vicente Gómez o Trujillo, Martínez o Somoza, asoma un Gabriel García Moreno, tirano e ilustrado a la vez, un Rodríguez Francia, siniestro y cruel, pero leído, un Augusto Leguía, arbitrario y despótico, pero vivísimo, de real inteligencia.

El valido a lo Virgilio, el defensor de opresores a lo Cicerón, el lacayo tortuoso a lo Bacon, el "consejero áulico" a lo Goethe, el teórico de las tiranías, a lo Chateaubriand, De Maistre, Gobineau o "el joven lacayo de Isabel II", Donoso Cortés, no son comprensibles en nuestro alto y auténtico ambiente de cultura. Alguna lamentable descaminación, seguramente irreflexiva, como las tan inofensivas de Rubén Darío; las menos perdonables de Chocano y Lugones... Y la que nos duele más en lo vivo: la de quien fuera un día maestro de juventudes libres en América, el anti-Chocano, el educador grande y el filósofo: José Vasconcelos.

¿Los demás? No, realmente. No vale la pena tomarlos en cuenta. "Sombras de hombres", según la expresión consagrada de Ingenieros, el gran argentino.

La raíz del fenómeno innegable: Difícil de desentrañar, por lo compleja: factores étnicos, telúricos, históricos. No excluyentes, sino colaborantes. España, lo indígena, la naturaleza bravía, la dominación —en su mayor superficie territorial— del trópico. El hecho de haber nacido, cuando en el mundo todo soplaba la vaharada de la libertad, ha contribuido seguramente también para que en estos pueblos nuestros la realidad o la teoría despóticas sólo hayan prosperado a espaldas de la cul-

tura, contra la cultura. El caudillo hispanoamericano —espadón, leguleyo o mercachifle— ha sido invariablemente, un ente resueltamente reñido con la civilización, con la inquietud espiritual. Las excepciones anotadas —García Moreno, Francia, un poco Leguía— son tan escasas que se pierden en la legión innumerable de los otros, "los caudillos bárbaros".

La prueba nos la está dando la impresionante actualidad: en Venezuela, se echa del poder al más alto representante de la cultura venezolana; en el Perú, es un ciudadano de leyes y de letras, Bustamante Rivero, el que estorba a la ignaridad que se entroniza luego; finalmente, en estos mismos días, un gobierno inspirado por un civilizador, por un maestro como Juan José Arévalo y realizado por lo mejor de la intelectualidad guatemalteca, ha sido echado del poder, con ayuda extraña y criminal, para entronizar espadones...

Y es que, quizás, el núcleo germinal lo explica todo: Bolívar. Cultura y libertad hermanadas en él, engrandeciéndolo, poniéndolo en un sitio aparte de los puros hombres de armas o de los simples insurrectos. Con su pasión de libertad ardida, Unamuno me decía al hablar de Abd-El-Krim, el árabe insurrecto contra la dominación francesa y española de su tierra marroquí, que si "este morillo" triunfa, ya tendrá estatuas en todas partes y seguramente hasta en Madrid, "como vuestro Bolívar".

No, don Miguel. "Nuestro Bolívar", que era tan suyo por vasco, por libre y por culto, se diferenciaba mucho del "morillo", heroico y admirable sin duda, como heroicos y admirables fueron Vercingetórix y Guillermo Tell, Alejandro Nevsky y don Pelayo, Juana de Arco y Guillermo de Orange... Pero Bolívar, don Miguel, Bolívar.

Rómulo Gallegos reedita, alto, grande, el paradigma: la cultura y la libertad unidas. Y marchando junto a ellas, la justicia.

El escritor

HEMOS de reiterar aquí lo que dijera en mi libro *El nuevo relato ecuatoriano*, al referirme, someramente, al gran movimiento novelístico hispanoamericano, dentro del cual se inscribe el del Ecuador: "...con más vocación de novelista, más bien

plantado en las comarcas del relato, con un poder de expresión más ceñido, más propio y permanente, con fuerzas sólidas para la novela grande, aparece Rómulo Gallegos.

Pulso, ese pulso firme de faenador que nos reclamaba Gabriela Mistral en París el 1930, en nombre de la potencia de trabajo del intelectual europeo; ese pulso un poco a lo Balzac, es la característica que, de primera intención nos ofrece Gallegos. No el hombre de un solo libro: con anchura balzaciana en verdad, sin los hilos internos que unifican el tema. Acción y personajes, nos han demostrado una potencia productora a la que —cantidad más calidad— no estaba acostumbrado nuestro pulso de escritores esporádicos y circunstanciales".

Como nuestra novela —la ecuatoriana— tiene su precursor, su Juan el Bautista en Luis A. Martínez, con su novela *A la costa,* que acaba de cumplir sus cincuenta años de edad; así la novela venezolana tuvo también su inicial en *Peonía,* aquella narración de la época de Guzmán Blanco, en la que Manuel Romero-García, por primera vez quizá en la novelística de su país, hace intervenir paisajes y personajes criollos, dentro de una ambiciosa y, a ratos, bien lograda técnica realista.

Y es entonces que —junto al suave y humano interludio señalado por Teresa de la Parra, la admirable—, surge con poderes francos de capitanía, ancho, rumoroso, caudaloso, poderoso, el pulso de narrador de Rómulo Gallegos, en una producción sin desmayos, que solamente se desiguala un poco en los momentos en que —*El último Solar, La Trepadora*— se aventura en los vericuetos, un poco estrechos, limitados, asfixiadores, de la escena urbana, en los que su mirada se detiene en muros, su resollar de toro no encuentra ámbito en los empedrados y el asfalto de las ciudades venzolanas, y su sentido épico, que maneja con comodidad selvas, llanos, ríos, no halla qué hacerse con el títere urbano, el muñeco político, el susurro del chisme, de la intriga, en la vida artificiosa de nuestras ciudades, no olvidadas aún de falsas aristocracias y casi siempre sometidas a los besamanos y curvaturas de la columna vertebral, impuestas por las tiranías. Sobre todo en su Venezuela natal, patria de los libertadores grandes.

Pero allí está, en la tremenda escena de la naturaleza: es el llano y la selva, el río y la montaña, el mar... Allí está ancho y poderoso el tórax, el aliento duro y masculino: allí está, moviéndose en sus propios elementos, el genio de Rómulo Gallegos. Rómulo Gallegos es el novelista de este hemisferio en que

se halla más cantidad de América. Solamente en la poesía, puede encontrar su parigual: Walt Whitman, el de la orilla inglesa del continente.

Tres nombres, cargados de suelo, transidos de teluria, aparecieron casi simultáneamente: José Eustasio Rivera, el colombiano; Ricardo Güiraldes, el argentino, y Rómulo. Es que, en realidad, el personaje americano corriente —si se salva el español de la epopeya conquistadora, al americano de la epopeya libertadora y al indio de la inmensa y desolada miseria— el personaje americano corriente todavía no está alto y grande como el escenario de América. Luis Alberto Sánchez lo afirma por ahí: "Nosotros los indoamericanos, los americanos en general, somos todavía un continente o dos continentes, demasiado sometidos al ambiente. Nos subordina el paisaje, nos agobia la riqueza de nuestro territorio, estamos sumergidos en la densidad asfixiante de nuestra atmósfera demasiado rica en aromas naturales".

Y así es Rómulo: toma al hombre, a la mujer, y los lanza a la bravía lucha con la naturaleza. A pesar de su real poder de tipificación, las gentes, demasiado pequeñas, se le escapan y aceptan el connubio trágico, que es en definitiva, una derrota: se dejan amoldar, moldear, modelar por las fuerzas desatadas del río, de la selva, del llano, del mar. Y es que ésa es la verdad esencial de nuestra vida, algo así como la reproducción del Génesis mosaico: Dios —en este caso la naturaleza— tomando barro, tierra de América para hacer el hombre americano. Y el soplo para darle alma, el gran soplo de todos los vientos de la selva, el río, el llano, el mar. Todas las verdades de la realidad, todas las verdades de la teoría, confluyendo en la única, en la grande e inapelable verdad: la maternidad esencial de la tierra, con sus colaboradores como el Sol, el clima, la latitud, el paisaje.

En el origen de la literatura, la determinante hombre, imponiéndose sobre las potencias de lo humano, físico y espiritual, rehaciéndolo, conformándolo según la expresión del Génesis, "a su imagen y semejanza". Así, para el primer caso, la literatura griega: en el principio es el verbo, es el hombre que, en el peristilo del templo o en las gradas del mercado —Sócrates y los presocráticos— habla, alecciona, norma y dirige. La naturaleza, dulce y bella naturaleza, a la medida humana, del Ática, obedece al hombre que le pide uvas para los festines, acantos para las coronas, mármoles del Pentélico para los torsos desnudos y las caderas exuberantes de las Venus de Praxíteles.

Y hasta cuando los grandes trágicos —Esquilo, Sófocles, Eurípides— utilizan el mito y la divinidad, es construyéndola sobre la imagen humana, con amores, pasiones y virtudes de hombres. Cuando el Hado ordena que Edipo se ha de casar con su madre, después de asesinar a su padre, es —¿verdad, Freud?— en obedecimiento a las leyes humanas. Ved si no la leyenda de los argonautas en pos del Vellocino de Oro: hombres como el médico Esculapio, como el poeta Orfeo, como los amigos en la vida y la muerte, Cástor y Pólux, realizando el poema, conducidos por Jasón. Y en las homéridas —la *Ilíada* y la *Odisea*— el mito es más evidente: el poeta, el aeda es un ciego: no ha de ver el paisaje, no ha de importarle la naturaleza, es desde su ceguera que ha de mirar al hombre interior, para con sus elementos subjetivos, hacer los personajes, crear los mitos y los hombres. En cambio, para el primer caso, allí están los *Vedas*, singularmente el *Rig-Veda*, "el libro por excelencia de la adoración de los fenómenos naturales", según Gonblanc y, sobre todos, el *Ramayana*, esa *Ilíada* indostánica, en que el desbordamiento de la pasión humana está condicionado al desbordamiento de la naturaleza.

Rómulo Gallegos está inaugurando en su Venezuela, para nuestra América y el mundo, la gran literatura de predominio de la naturaleza. Es que Rómulo Gallegos está realizando una literatura-verdad. Y la actual certidumbre de América es ésa: por mucho que haya dado pasos la "civilización" hacia la rapidez, hacia la muerte, mediante los descubrimientos de la disgregación nuclear, es la lucha por vivir, comer, amar y morir, en esta escena avasalladora con los ríos y los montes más grandes, la que determina lo esencial de la posibilidad narrativa y de la poética: en general, de toda la obra de ficción y de imaginación.

Mi tesis difiere esencialmente de la de Luis Alberto Sánchez, aun cuando acepta el hecho en sí: el predominio de la naturaleza. Sánchez, en el caso de Gallegos, en forma definitoria y simplista, afirma: "*La vorágine*, comanda a Rivera y en *Doña Bárbara*, el llano puede más que su relator". Yo creo, en cambio, que la naturaleza puede más que los hombres, que los actores del relato: que ella los conforma, los modela, los hace; pero no a escondidas del autor, no con un sabio escamoteo o con una fuerza superior ajena a las intenciones del novelista. La naturaleza se impone primeramente al autor, como categoría

de realidad dominadora, y entonces, dentro de ella el hombre, es el ser dominado, hecho o rehecho, "a su imagen y semejanza".

De ahí que doña Bárbara, se nos esfume entre las serpenteadas del río, casi tragada por él. Y que se salven, casi a nado pudiéramos decir simbólicamente, las figuras de la civilización, Luzardo y Marisela.

El llano de Venezuela se completa en *Cantaclaro*. Anécdota y, por lo mismo, más cantidad de hombre que paisaje, en comparación con *Doña Bárbara*. Hombre venezolano, más dueño de Venezuela, de la que sabe sus cantos, sus "corridos y contrapuntos" y de la que, sonándonos un poco a raro, intuye posibilidades, con la elocuencia llanera de Juan Parao, figura acusada y fuerte, tratada con cariño por el autor. A Florentino "Cantaclaro", como a doña Bárbara el río, "se lo llevó el diablo"...

Y, fuerte de su poder frente al llano, Rómulo se lanza a dominar la selva. Antecesores poderosos ya en la novelística iberoamericana: *Canaan*, del brasileño Graça Aranha y más cerca en el tiempo, *La vorágine* del colombiano José Eustasio Rivera. El sobrecogimiento de Gallegos es, sin duda mayor frente a la selva que frente al llano. El ritmo cambia en *Canaima*, su novela frente al "infierno verde". Pavura, misterio, una solemnidad poética, estupor. Pero el hombre, quién lo creyera, se impone más con sus vicios, sus pasiones, sus virtudes, frente al mal de la selva que frente al bienestar del llano. Es que aquí Gallegos introduce un nuevo personaje, tremendo y familiar: la muerte. Y cuando el hombre llega a la verdad de "vivir con la muerte", de hacer de la muerte una categoría cotidiana, como la procreación, el nacimiento, la comida, entonces es el hombre el triunfador de su nada, de su todo. Porque, ya lo dijo el danés: "la muerte no es enfermedad mortal".

Y es que Gallegos, en *Canaima,* a pesar de la locura y la fiebre, la sabandija y la fiera, la espina y el veneno, siente el mandato que a sí mismo se impusiera en la época ya lejana —año 1925—, de *La Trepadora,* cuando dijo: "hasta ahora, nuestra literatura ha sido amarga y desesperanzada, pero ya es tiempo de amar y confiar un poco". Un soplo caliente de optimismo, de fe en Venezuela y sus hombres, para la dominación de la naturaleza, para la construcción de una patria. El hombre civil, el varón de edificación, de libertad y de justicia que ha sido y será toda su vida, asoma por entre las bellezas de la descripción narrativa y del relato novelesco.

Si se ha puesto frente al llano y a la selva, hoy va a ponerse frente al mar, con *Pobre negro.* Y frente a un problema humano de ancha significación en Venezuela, el problema de las razas. Ya aquí se divide el interés entre el formidable espectáculo de la costa caribe de las implicaciones de —acaso— una tesis. Una tesis sociológica y una tesis política. Ya es la construcción de Venezuela el *deus ex machina* de la acción. Su porvenir y su justicia. Es la novela de atisbos y premoniciones. Es ya un poco —y por eso *Pobre negro* se emparenta más a la novelística ecuatoriana— una novela que, sin dejar su objetividad, es construida "para" sostener algo. Y ese algo es la justicia...

Y nuevamente —y siempre— en Rómulo Gallegos el hombre que quiere hacer al hombre un poco de justicia: como escritor, como hombre de lucha política, como Presidente de su patria. El hombre que había encontrado, para su Venezuela, la ruta de Bolívar, perdida entre los vericuetos de la politiquería, de la ambición y del imperialismo. Este hombre que no debía gobernar Venezuela, que había que echar del poder, por un triple crimen irredimible: ser patriota, ser justo y —el peor de todos— tener mucho talento.

Benjamín CARRIÓN.

INVITACIÓN A PENSAR EN RÓMULO GALLEGOS

Vigencia de un mensaje

Si yo fuera precisado a decir, en pocas palabras, un juicio sobre el primero de los novelistas de América, simplemente diría: todo lo que hizo y todo lo que dijo está vigente. Aunque el caudillo —de Venezuela o de cualquiera otra provincia de América— lleve hoy charreteras académicas, y la ametralladora haya vencido a la lanza y las pistas de cemento subordinen el trajín de los caballos a las ruedas de goma y al petróleo.

Novelistas hubo antes, los hay después. Los que precedieron a Rómulo Gallegos lo fueron a medias, sin el caudal constante y la capacidad total y afirmadora de una realidad que nada tenía que ver, en paralelos esenciales, con la del mundo que nos enseñó el abecedario, la retórica política, los moños y los alfileres para las mujeres y la factura de la poesía fugitiva. Los posteriores a él se andan a trabajos por descubrir almas nuevas e intimidades del ser, que están naciendo al ritmo de la integración, cada vez más veloz, de la cultura mestiza de nuestra patria morena y americana, ya con mejor certidumbre incorporada a las grandes corrientes universales de la vida. Lo que salga de bueno de esta novísima etapa, todavía está por juzgarse. Lo que nos enseñó el gran iniciador Gallegos es la plenitud de una cadencia histórica, de un compás universalmente americano, en el estilo de los grandes creadores de todos los tiempos, y, sobre todo, en el de sus directos antepasados, los clásicos españoles, no por la pureza de la lengua, que no hace al fenómeno literario americano, sino por la hondura, por la dimensión creadora y por la abnegación moral.

Enseñanza de un pasado inmediato y un presente vivo. Porque si los ensayos de la convivencia libre han alcanzado, un poco aquí y otro poco allá, algunos éxitos, todos ellos han padecido y padecen la amenaza —realizada muchas veces— de un retorno a la bárbara condición de las peripecias que nos contó y nos sigue contando Gallegos, por más que el retorno se tome, a la moderna, disfraz de murgas y colorines nacionalistas.

Desesperadamente denunció Gallegos la subalterna condición del común y la altanera rapiña del don Juan, machazo y femenino burlador del poder público. Denúncialos hoy todos los días con el vigor de su intacta madurez. Mas lo que importa es que nos dejó obra para meditar, un pleno gozar de esperanzas y una realidad tan desnuda, que su contacto casi sensual se nos metió en los escondrijos del alma a todos los que, por los finales de la segunda década del siglo, cuando las prensas acababan de pintar a *Doña Bárbara,* queríamos correr aventuras de honor por los campos de la novela.

Como el pan amargo de cada día, su mensaje, pues, está vigente, señalando peligros, dando voces de alerta, tan preñadas de amor por la tierra que toda sabiduría se humedece en llanto viril por defenderla del asalto.

Algo sobre el hombre

GALLEGOS tiene un rostro hecho a cincel. Grave, profundo, pesaroso de quién sabe qué serena inquietud que le anda por los ojos y las señas de la frente. Habla poco y dice mucho. Se puede leer una historia en los surcos que le corren por la piedra móvil de sus arrugas: la historia de sus personajes moralmente mejor logrados: el romántico Reinaldo Solar, el buenazo y valiente Hilario Guanipa, ese Marcos Vargas, vencedor de Canaima, Cecilio el Bueno o Pedro Miguel Candelas, Mariano Urquiza o Marcos Roger, el extraordinario Florentino Quitapesares, que se roba las mejores páginas de la novelística americana, Santos Luzardo, Remota Montiel. . .

Cada uno de ellos y cada conflicto, más que una gracia hazañosa del arte narrativo, alcanza un símbolo, una tipificación del fenómeno de su patria, que es, en mayoría de identidad, un fenómeno americano. Y por sobre la intención y el logro, cierta ironía, que no es amargura, pero que se advierte como un ligero temblor que le anda volando por el rostro y por las páginas.

Mucho, no haya duda, se puede leer en la presencia física de Gallegos. Nunca he encontrado con tan pareja equivalencia entre hombre y obra, entre escritor y literatura. Será conjetura o será ilusión, pero un lector de espacios, de pausas reflexivas, puede verle la cara y saber sin miedo a fallar. Y es que la hombría, la reciedumbre de la verdad y el sincero entregamiento están allí dados como si un misterio de coincidencia los hubiera hundido en la expresión del silencio, de la palabra y la mirada. Por más que, a las veces, una cazurra huida le sesgue los ojos por no responder a cualquier pregunta impertinente o indiscreta. De todos modos, sácame veraz la conducta: escribió novelas y cuentos sobre una realidad que su formación pedagógica y su amor a la tierra querían rehacer; y cuando llegó el momento de la prueba, el viejo maestro y el gran escritor, el hombre que soñaba y soñando escribía, cambió la tarea en un paréntesis viril para marchar a la cabeza de un pueblo en cuya matriz cuajó la libertad de América para que se la comieran sus malos hijos ávidos.

En 1944 conocí a Gallegos. Fue en México, el meridiano de la cultura mestiza de América, y cuando se filmaba *Doña Bárbara*. Dos recuerdos me quedaron de esos días: el recio

conocimiento de un hombre esencial para la patria grande de cualquier indoamericano que lo sea de cierto; y otro, ligeramente dulzón y desalentador: el peligro de que, para un espectador sin lecturas, el gran personaje, la Cacica del Apure, se convirtiera sólo en María Félix con botas. Algo de eso ocurrió, empero de los esfuerzos que hiciera el novelista por evitarlo. Y no porque la versión cinematográfica carezca totalmente de mérito, sino porque, cara a cara con la novela, que no llegó a comprender, mejor ni hablar. Y porque el arte del cine anda por nuestros lados tan falsificado y poco ducho, tan en manos inexpertas e incultas, que ha menester de reclamo urgente. Yo mismo lo he sentido en propia carne: un libro mío, sin ser bueno, fue implacablemente destruido por la pacatería cinematográfica de una gran empresa argentina.

Y bien, por esos días de 1944 y 1945 venía soplando un viento nuevo por los andurriales de la política venezolana. Gallegos hacía literatura y política: estaba, como siempre, en la obra plena, a su manera, desde luego, con el gran estilo vital del escritor responsable. Leyó, por entonces, en el Palacio de Bellas Artes de México, algunas páginas de su *Sobre la misma tierra,* de las que surge aquel grito terrible: ¡Misericordia, petróleo! Sobre su misma tierra había dicho y reclamado tanto, desde los primeros años mozos, y durante la larga noche del gomecismo —en minúscula hay que escribirlo siempre— que la más importante transformación política de su país lo llevó, pocos años después, a la presidencia de la República. Fueron los jóvenes, conducidos por ese otro gran espíritu que es Rómulo Betancourt, y fue el pueblo en abrumadora mayoría, que dieron el poder a Gallegos, no como premio a la venerada autoridad del escritor, sino como una exigencia más al hombre que llevaba en la sangre y la palabra el caudal de la historia venezolana, el maravilloso acontecer del subterráneo vivir, el amor y el conocimiento de la intimidad de su pueblo.

A practicar su larga prédica fue, pues, el novelista. Y a pelear, con las armas de la inteligencia y la dignidad, contra la dolencia política de su país. Pero Gallegos no era como quería el personaje de *La Trepadora:* "...llegará a ser presidente de la República, porque desde pequeño le pondré el machete en la mano". Y los militares lo derrocaron.

Volvió al destierro el gran novelista y volvió a escribir, entregado al pertinaz oficio de anteponer las formas superiores de la vida a la barbarie —una barbarie que también

aprendió a comer fino y a saludar en francés—, enemiga del amor y de la inteligencia.

Otra vez, en 1951, encontré con Gallegos en México. En horas de su mayor dolor, cuando la esposa querida se le murió. Tenía los ojos húmedos, y en el gesto alguna fatiga viril, alguna seña de pesadumbre tan honda, que el diálogo se hacía difícil, porque todo, todo lo suplía y lo decía el silencio. Comíamos en casa de Margarita Nelken, esa gran española, y nuestra, americana, por el afecto y la coincidencia del torturado pensar, que nos había reunido en intimidad. Y cuando se habló de política americana y venezolana, y de los presos y los exilados, tuve la imprudencia de nombrar a un común amigo, diplomático, que no hostilizaba y era cordial con los compatriotas echados de su país. Creí darle alivio con la noticia. Por el rostro de Gallegos cruzó una sombra que se detuvo como en las cavidades de un huecograbado, mientras me decía cosas que han de pertenecer a su biografía. Sólo repetiré las palabras finales:

Tres grandes amigos tuve en mi vida: mi mujer. . . Julio Planchart y él. . . Los dos primeros murieron y del tercero ya no puedo decir que sea mi amigo.

Tenía los ojos en agua, las manos tranquilas, la voz bronca, los surcos del rostro más señalados. Y Margarita y yo adivinamos que no era sólo el dolor de haber perdido para siempre a tres amigos lo que le movía el corazón, sino también el dolor de su patria y su pueblo traicionados.

De algunos libros

He de hablar de algunas novelas de Gallegos, sin empeño crítico, sino así como me han ido dejando huellas en el gusto. Para mí, confesión sea dicha, en el principio y en el fin, *Cantaclaro.* Pero he de declarar que no conozco, que no ha llegado por estos sitios, *La brizna de paja en el viento,* novela, según tengo entendido, sobre el problema universitario cubano.

Todos los personajes de Gallegos, de libro a libro, son parientes, y andan en la contradicción mestiza: el bribón, el guerrillero, el aristócrata fin de raza, el estudiante, el rebelde, el hijo ilegítimo mezclado de sangres en la clandestinidad, los

idealistas, los bárbaros, las hembras rijosas y las dulces hijas del ensueño, el generalote hediondo y el doctor, el jefe civil pícaro y el bohemio de la sabana...

Porque todos sus libros hacen un inmenso mural, una creación que pesa de personajes grávidos, de pies bien afincados, inolvidables, donde el aire llena el color de esencias perdurables para que la atmósfera cerrada del mundo creado no permita agujeros que la debiliten. Es la formidable unidad descubierta por este gran escritor del mestizaje.

Uno se echa a caminar por esos libros, tan cargados de hombres y mujeres y paisaje, sin que tope, realmente, deslindes que los limiten como a cotos cerrados de dueños distintos. No tienen fronteras los seres que por ellos transitan. Aunque les haya cambiado el nombre a las personajes, son las mismas carnes y los mismos huesos que reviven y se completan de una a otra novela, descubriendo, en cada vez, nuevos lados del carácter, nuevos dominios en el misterio de la conducta, pero una sola catadura íntima.

Es la gran síntesis que se aprende luego de la lectura, si se la hace comparando. Y el mensaje vivo de un proceso histórico y social, que empieza en las contiendas civiles posteriores a la Independencia, termina en la civilizada explotación del suelo por las perforadoras extranjeras del petróleo, y afirma, en creciente, la realidad mestiza, poco a poco despojada de los temores de sus sangres revueltas, hasta que la convicción y la responsabilidad, el ejercicio del poder y la cultura, y el inevitable tiempo que todo sazona y madura, la transforma en la categoría necesaria, vernácula y universal, del hecho presente y futuro, todo en un solo haz de historia esencial, de fórmula y solución de los conflictos nacionales.

Empezó el mural con los cuentos, con los relatos breves, estudios de caballete para el gran fresco que en la cabeza y el corazón ya vivía. Y luego, la primera novela, un poco débil aún de instrumentación, *Reinaldo Solar,* donde un señorito que no sabe qué hacerse consigo mismo, que todo lo emprende y en todo fracasa, pero que sí sabe tomar a una mujer y darla, como un regalo feudal, al débil amigo que la ama, a Felipe Ortigales, de jaranera existencia, a quien asegura muy ufano que la doncellez nada importa: tómala y cásate con ella, como quien no dice nada.

Pero la novela es algo más: un ensayo, a mi juicio, de interpretación del tránsito de un sistema social, punta de colonia,

al descubrimiento de las posibilidades nativas. El joven aristócrata no es perverso, pero se muerde la decadencia como un perro la cola. Es, claro está, un falso intelectual, falso negociante, falso agricultor, falso amante, un insatisfecho que vive en la desazón de la constante fuga y en la rehabilitación efímera de los ciclos del entusiasmo.

Al final, decae la historia, debilitada con la proclama juvenil, y alguna esperanza no muy firme, que se desvanece en las palabras.

EN *La Trepadora* se continúa la genealogía del aristócrata en Jaime del Casal, que es hombre mejor que Solar, pero que tampoco puede con el viento histórico, vale decir, con la realidad que está pariendo el mundo en el que vive. Y entonces, el ilegítimo y mestizo Hilario Guanipa comienza a trepar y a manejar con feroz energía y tanta astucia sus asuntos, que termina por convertirse en amo de Cantarrama, la hacienda de sus nobles antepasados, la legítima rama de la familia. En este Guanipa que quiere un hijo para ceñirle desde que nazca el machete a la cintura, con lo que le bastará para ser presidente de la República. Pero quien le hereda el fervor es mujer, una bella mestiza, Victoria Guanipa, que, como su padre, solía gritar cuando algo de su voluntad era cumplido: "¡Jipa!" Y que se puso loca por trepar y trepar a las casas grandes de Caracas, por manera que una vez se quitó el apellido llanero y se dijo Del Casal. Pero volvió a su otra sangre y ahogó en ella la engañosa ambición, para legitimar en matrimonio con otro pariente, de los buenos, pero no de los ricos, la realidad de la mezcla. Esa realidad que es el sustento de nuestra historia americana.

Y, POR fin, el gran acontecimiento de la fama: *Doña Bárbara.*

Doña Bárbara es ya la gran novela, así, a secas, dicho en sustantivo. El conflicto puede ser el mismo que traen otros libros: oposición entre los valores superiores de la vida y la barbarie y el cacicazgo. Pero la maestría del relato, la profundidad de las situaciones, la multitud de personajes bien logra-

dos, el dramatismo de la acción y esa manera de llevarse los alientos del lector por entre las peripecias de la historia, le dan un tamaño mayor, de veracidad y firmeza, de belleza sombría y de permanencia.

Doña Bárbara entró para siempre en la literatura y en la vida. Seguirá sintiéndose, por mucho tiempo, la quemadura de su presencia hombruna, pero hermosa, de su mirada de mil tonos expresivos, de su terrible aventura y su desgracia. Porque en este personaje, a las veces sin sexo, Gallegos ha metido el propio conflicto de su temática: civilización contra barbarie, nobleza contra rijosidad. Doña Bárbara no siempre fue mala: nada más que le robaron el pudor y con él la frescura del amor quinceañero. Y que es una mestiza, trepadora también, pero a su manera, cobradora de deudas de raza y clase oprimidas.

Vedla como una amazona diabólica, galopando en la sabana enloquecedora, junto al río de los caimanes, dura y bella, señora del Arauca: expresión casi mítica, pero cabal, de un largo momento en la historia avasalladora de la Venezuela convulsa y mestiza: trabajoso hacer del destino, subterráneo suceso de una lucha sin sosiego por la mayordomía de la tierra, allí donde la norma fue rota antes por la codicia del "mantuano" y por la traición a la sangre que el pueblo derramó por ganar derechos y país.

Vedla como bruja y como mala, sí, puro barro nativo de una primera edad, que persistía empero de los periódicos y las noticias. Valiente y ladrona, claro está. Pero no olvidéis que doña Bárbara mantenía su verdad oculta, tan obstinadamente en sus adentros, que subordinábala a la brujería, ligada al "socio" maligno, para compensarse en devorar hombres y tierras y curarse la íntima dolencia, que era amor.

Vedla, pues, también, caer vencida, por Santos Luzardo y por su hija, la Marisela recompuesta. Y más, por ella misma vencida, por lo que pudo ser y es ya su hija, al desaparecer Arauca abajo sobre aquel bongo que eternamente navega por las noches como un remordimiento. "Hoy come el tremedal", había dicho fríamente cuando el pantano abrió sus fauces sobre una bestia. En él, como Lorenzo Barquero, su despojo, se hundió para siempre.

Lado a lado de la torturada figura, vive la rectitud de Luzardo, recuperado por la tierra y emergiendo del nuevo bautismo como otro de los personajes magníficos de Gallegos. Y los caracteres admirablemente hechos de Pajarote y Juan Pri-

mito, del gringo ladrón y cínico, y otra vez el jefe civil pícaro, y la Marisela, otro retrato de mujer, de esas mujeres que el novelista goza en crear: bondadosas y valientes, románticas y enamoradas, apenas esbozadas en *Reinaldo Solar* y ya afirmadas vigorosamente en Victoria Guanipa, para dulcificar la brutalidad de la contienda bárbara.

PERO aclaremos. La novela de más renombre, de más ancho recorrido por lectores y traducciones, es *Doña Bárbara*. Sólo que, para mí, *Cantaclaro* es la mejor, la mejor lograda y la de mensaje más veraz.

Trátase, sin duda, de la obra maestra. Maduro el escritor para ella y entregado de tal modo a la maravillosa tarea de crear sucesos, hombres, cosas, paisaje, intenciones y conflictos, que el gusto se queda largo rato prendido de las páginas inolvidables.

Empieza cantando y termina cantando. Es la copla errante, el don que viene no se sabe de dónde y se posa de repente en algún pequeñito rincón del corazón humano, viajando siempre de la naturaleza a los labios, que por ellos sale el sentimiento.

Todo está bien hecho en este libro: arquitectura, color, música. Así se hicieron catedrales y sinfonías. La unidad es asombrosa, sin trucos, suave, deslizante, pulcramente sentida y realizada, se diría sin esfuerzo, como lograda en una noche de embriaguez y de magia. Por eso me gusta.

"Es muy fácil, hermano. Los versos están en las cosas de la sabana; tú te la quedas mirando y ella te los va diciendo".

Se los va diciendo a Florentino Cantaclaro, que se agregaba, burla burlando, el mote de Quitapesares, y que se movía por el llano con un corazón a prueba de veneno, inexpugnable, allí donde la codicia y el crimen nacían en la remota matriz de la violencia y del tiempo ennegrecido por la distancia. Es un personaje que no se puede olvidar, de tierra adentro, continental, de raíz anciana, y ramazón al viento para tocar con los mejores tactos.

Pero también la sabana da otras cosas: el negro Juan Parao, que quería hacer hazañas como Napoleón en las peleas de las Pirámides; el canalla Buitrago, chupador de sangre y huesos de todo pobre a su alcance y jefe civil por añadidura; el doctor Juan Crisóstomo Payara, Diablo de Cunaviche; la Mata del

Ahorcado —personaje sin duda, que enlaza y obra en las conciencias de los actores—; los fantasmas; el caraqueño pálido de malas fiebres; el "mantuano", reacio a toda compostura con el tiempo; los Jaramillos, buitres de todo desperdicio, comiéndose a la patria con sus cacicazgos; y la dulce Rosángela, que no tenía miedo de llorar ni de quedarse a vivir en la incertidumbre campesina.

Vuelan, sin un rumor, de frente a frente, los misterios del alma, cogiendo aquí y allá un dolorido pensar o una alegría pura. Es la metamorfosis continua, la comunicación impalpable, pero cierta, de las conciencias, el conocimiento que se hace de mirada a mirada o con una frase al sesgo. Así se dicen, de uno a otro, cosas bien sentidas los seres que habitan en *Cantaclaro.*

Ya se acababan los caudillos. Eran nada más recuerdo ameritado y heroico de las braverías. Cantaclaro se las pasaba cantando, pero Juan Parao quería revolución. El doctor Payara, justicia por propia mano, recuerdo feudal, dentro de una rigidez de conducta muy española y muy siglo XVI, que, no obstante, se debilita —cosa humana sobre la austeridad— ante la fragancia juvenil de la que pudo ser su hija, que no lo era y que así la crio, sabiéndola engendrada por el Jaramillo ahorcado por su mano, más que en venganza, en resolución de justicia. Pero él mismo, para no negarse, y en fantasma, como su yo esencial, abre las puertas a Florentino y dejará que se la lleve. Ha dejado, pues, de maltratarse la conciencia, quedándose sin amor de padre y sin amor de amante. Pero Quitapesares no puede quitarse los suyos: Rosángela le pesa como una atadura sabrosa, que ha de entregar al hermano formalón y severo, después de una cacería de tigres, que alcanza el dramatismo de los mejores símbolos de la literatura, allí cuando al hermano querido se le olvidó tirar el lazo en el justo instante del peligro. Florentino entendió y no quiso remover las aguas turbias del alma fraterna. Mejor, mucho mejor estaría Rosángela con el otro, y la cedió, cantando, cantando.

Sí, se habían acabado los caudillos. Pero venía la ventolera de la revolución, y Juan Parao, que tenía armas ya corridas, dejó la hacienda y se marchó a capitanear. Murió de muerte heroica, cuando el profeta de la sabana tuvo miedo y la gente se dispersó, sólo con un puñado de hombres, derrotado, y valiente hasta el último aliento.

Habrá que ver morir cien veces a Juan Parao, para regustar el aguafuerte de esas páginas últimas del libro: hecho ceniza el carbón del rostro, transfigurado en el gran llanero Paez y escuchando el bongo misterioso, mientras Florentino le cierra los ojos antes de desaparecer cantando por la llanura.

Buscaba la madre a Florentino entre los despojos de la matanza. Y esa loca, *La Corneta,* "la greña erizada de espanto", entre el hedor de la carroña quemada, con la risa idiota preguntaba y contestaba: "¿No sabe que se lo llevó el diablo?"

¿Y después, qué? El silencio. Y la enseñanza. Martín Salcedo, aquel estudiante iluso, que ha visto morir y matar, proponiéndose a sí mismo otra empresa, que no la simple revuelta armada, para vencer a la barbarie. La empresa de libertar a Venezuela. Una conjetura animosa de entonces; una conjetura de hoy. En esa empresa está el pueblo.

La gran poesía que Gallegos cantó en la sabana —*Cantaclaro* y *Doña Bárbara*—, trájola a decir cosas de espanto en la selva pavorosa de la Guayana. *Canaima* es una novela que empieza por otras maneras, pero que se rinde a la postre a la misma técnica de intenso movimiento, en blanco y negro, de una tan grande variedad de seres, que el lector ha de parar atención para no turbarse con el canto. Canaima, el maligno, y Cajuña, el bueno, están peleando desde la eternidad, en el gran símbolo de la vida y de toda ciencia moral. Y de esa aventura, aposentada en la Guayana frustrada para el bienestar social, donde el caucho se enrojece de crimen, surge el carácter de Marcos Vargas, cuyo hijo, mestizo bien templado, ha de continuar haciendo la historia en la mejor esperanza del destino. Aquí también la autoridad bribona y el bandolerismo de los Ardavines —como en *La Trepadora*, como en *Cantaclaro*, como en *Doña Bárbara*—, comiéndose vidas y haciendas ajenas. Porque todos los libros de Gallegos son así: historia viva. Pero en éste la embriaguez de la naturaleza alcanza las proporciones que le presta la selva, obviamente con más maravillas de encanto y hechicería que en la desolación sabanera.

Hase de recordar, otra vez, esas mujeres jóvenes y valientes, cuyos sufrimiento y alegría matizan y atenúan el horror del crimen: la Bordona, ardiente hija de Vellorini, o Maigualda

Ladera, a la que el repugnante Ardavín le mató novio y padre. Y los sueños echados a volar en el corcel de Childerico.

Canaima, como *Pobre negro,* son buenas novelas, claro está, y contienen la misma fórmula de iluminación histórica, de denuncia y atisbos de solución para la vida nacional hecha tormento, pero no aparejan con la estructura mayor de *Cantaclaro* o *Doña Bárbara.* Es apenas obvio que así fuera, de no haber sido superadas las dos más grandes creaciones de Gallegos.

En *Pobre negro* hay selva también, embrujo, tambor, Mandinga, y todo suena en las primeras páginas como un inmenso pórtico de hechicería y de sexo al que se le han levantado las mantas. El conflicto se hace por una blanca poseída por negro, y por lo que de ambos queda: Pedro Miguel Candelas, mulato, producto clandestino de la mezcla, suma expresión de la oscilante preñez nacional de nuestros países. Viven en este personaje el resentimiento y la frustración primeros que las muchas almas en una, cuando una sangre oprime a otra, la desdeña, por lo menos, van dejando en la conducta. Por eso, Pedro Miguel Candelas es contradictorio, con virtudes altivas, pero con un orgullo de resentido sin medida que lo sujete. Y se hace también revolucionario y tiene que matar e incendiar. Las páginas de guerra que allí corren son sencillamente extraordinarias, y las escenas de violencia y saqueo que, como un coro trágico, va intercalando Gallegos, a las veces independientemente de la historia, son de las más bravas que pueden leerse en el relato americano.

No faltaría en *Pobre negro* un Cecilio el Bueno, andariego y noblote, lejanamente pariente de Reinaldo Solar, pero estrechamente ligado a héroes de *El Forastero* y aun al mismo Santos Luzardo de *Doña Bárbara,* sólo que éste actúa y Cecilio predica e inspira.

El conflicto, como en *La Trepadora,* se resuelve por alianza. Entonces, la mestiza Guanipa, de padre ilegítimo, con el lado bueno del señorito. Ahora, Luisana, que pertenece a la línea recta, se enamora del primo mulato, Pedro Miguel, a quien ha impulsado a la rebelión para que se haga el nombre por su propia gana y voluntad. Con él, en un falucho, ayudada por el tío Cecilio, abandona la tierra de los horrores. Y la maldición de que otra blanca caería en manos negras se cumple, dignificándose en el amor: aproximación de las dos ecuaciones fundamentales de la realidad social americana.

El *Forastero* es una novela austera de forma, sorbida por la rapidez de los sucesos, hecha como para cinematógrafo. Lleva ritmo acelerado de guión y le falta el gran personaje paisaje, que tan principal rol desempeña en otros libros de Gallegos.

Pero importa saber que son los mismos hombres, la misma carne y las mismas complicaciones del carácter. Hermenegildo Guaviare, generalote asesino, y tan ladrón que un buen día se roba nada menos que el río del pueblo, y se lo quita para llevarlo, por surco propio, a su hacienda; y su comparsa, Parmenión Manuel, otro pícaro que quiere disputarle el bocado, hábilmente conducido por las artimañas del incorruptible Marcos Roger, hasta el punto que, al final, frente a frente los dos caudillejos, se matan entre ambos a tiros. Así se matan, por el poder, los dictadores nuestros.

Y las mismas "angustias de Venezuela" en el soñador Mariano Urquiza, como en Roger, en el grandote y débil hasta el llanto, "Viruticas", y en esa juventud que recuerda a los estudiantes de *Reinaldo Solar* y flamea por las calles la protesta, para caer en trabajos forzados por castigo del caudillejo. Es la lucha, estéril todavía, contra la iniquidad y la mentira, inspirada románticamente en el *Sacha Yegulev* de Andreiev. Hasta que cierto día, en la prisión, los pequeños héroes gritan: "¡Queremos a Sacha!" Y el candor ya no hará olvidar la responsabilidad de la acción libertadora positiva, ni tampoco "lo mucho que sufre el alma de un gran pueblo".

Volvemos a ver, para nuestra paz, en este libro, cómo sobre el dolor y la amargura, las sombras y el miedo, el dulce calor adolescente de los jóvenes y la ternura de Marta Elena y sus hermanitas Misi y Fu, apaciguan de buenas esperanzas el corazón sobresaltado de malos presagios. Vale también, aunque rauda, la batalladora presencia de Filomena Rompecabezas, que grita y obra como una Guanipa sublevada en política y señala el camino de tantas heroicas mujeres de la Venezuela de nuestros días inmediatos.

Así de austera, pero de una elevación de estilo depuradísima, es *Sobre la misma tierra.* La palabra de Gallegos se ha ceñido a cada sustancia, por modo tan íntimo, que el sonido de la voz regresa a golpear a quien la escucha en silencio, como

lanzado por un contrapunto de esencias. No sería aventurado afirmar que la expresión de Gallegos alcanzó en esta hermosa novela las más difíciles categorías de la sencillez estética y de la artística sobriedad.

Está escrita en técnica de secuencia cinematográfica, pero con un dominio del sentir y el pensar del idioma difícilmente igualable en la literatura hispanoamericana. No sólo como forma de relato, sino como calidad verbal preñada de ideas y de movimiento.

Acaso el final, de fuga cinemática y trunca, por la que se esfuma el personaje que reivindica la tierra, Remota Montiel, impide que se afirme de este libro ser el mejor que compuso Gallegos. Se quisiera que Remota volviera y cumpliera la obra o muriese en ella, porque el lector no se contenta con la primera liberación de los esclavos, que tortura Adrián Gadea. El lector quiere más: la figura de Remota ha empezado y desaparece a destiempo, y es ella, realmente ella, la que singulariza la novela.

Por lo demás, tarea harto difícil dilucidar calidades entre libros. Cada uno anda con lo suyo y en la distancia se han hecho distintos, no por la intención, sino por la forma.

Pero veamos a Demetrio Montiel, Diablo Contento, que gozó a María de los Misterios Gozosos, y fue el hombre que llegó al amor de la guajira Cantaralia Barroso, aquella que solía decir con arrogancia: "no me he tropezado con hombre de quien me provoque tomar un hijo". Con Demetrio Montiel le provocó, y vino a presentarse Remota, acogida primero con el nombre gringo de Ludmila Weimar, porque fue robada de la tribu, cuando pasaba en ayuno la pubertad, y entregada a una pariente de Demetrio, casada con alemán.

Demetrio Montiel es la aventura, el fin de una etapa de bandolerismo no privado de hidalguía. Anduvo con su piragua vendiendo indios, en compañía de un carácter noble y recio, su piloto Venancio Navas.

En esas andanzas conoció a Cantaralia y la dejó con hija, que más tarde robaría, en una escena delictuosa de la que se salvan personaje y autor por la intervención de Navas, que hace cambiar el rumbo de repente.

Remota, entonces Ludmila, ha marchado a la gigantería de los Estados Unidos. Y al país han llegado los buscadores de petróleo. Ved aquí la gran contradicción: la Venezuela de

indios mal nutridos, donde se dice: "Aquí lo que cuesta trabajo es llegar a los diez años. De ahí para arriba, la costumbre de estar enfermo equivale a la salud". Y la Venezuela del taladro mecánico, con pistas asfaltadas y el dinero corriendo en automóvil.

Éstos son los dos países de la novela, en uno de los cuales "brotó a chorros la providencial calamidad", la codicia y el *royalty,* y en el otro el hambre apresuró sus embestidas.

Por eso, y porque "una inmensa porción del subsuelo pasó al dominio del taladro extranjero", Ludmila-Remota reflexiona: "La estupenda suerte ajena junto al descuidado infortunio propio, sobre la misma tierra".

Cuando Remota-Ludmila volvió a esa su misma tierra, encontró con un gringo que le hizo el amor como un Quijote, porque era así, y tanto que le repugnaba su oficio de explotador, o de contratado para la explotación. Clases idénticas se unen, por este modo, con un sentido universal de la justicia. Pero Remota no quiso amor: ella misma ni sabía si era mujer entera. Quiso justicia. Recibió la pequeña herencia del aventurero Montiel, recuperó su nombre, y se marchó a recomponer lo que su padre, como instrumento de una defectuosa norma social, había descompuesto.

Subió, pues, a la vieja piragua del contrabando, "La Arrepentida", acompañada por el buen Venancio, y empezó el itinerario de la cura de los entuertos. Primero, Adrián Gadea, a quien engaña como si se le fuera a entregar, para cobrarle una deuda y libertad a los miserables indios del calabozo de las torturas. Primero Adrián Gadea, que al pretenderla, bobaliconamente enamorado, le dice: "Soy rico y soy bruto, que es casi una redundancia". Y también el último, porque entonces la novela termina, en la primera estancia del viaje recuperador.

La solución, en este libro, es la esperanza. Y la vuelta a la tierra, a la parte de la tierra que quedó de la concesión extranjera, para que los dos mundos no anden tanto en la contradicción sacrificadora y el uno se rehabilite por el trabajo de sus propios hijos.

Política y literatura

Los libros de Gallegos han hecho seguramente más, mucho más, por la libertad y el saneamiento histórico de Venezuela,

que los discursos, las proclamas y los mítines. Sábese esto al regustar, aunque fuera en rápida síntesis, sus novelas. Con ellas tenía ya tarea de hombre de su tiempo bien cumplida. Pero él se da en otros deseos: los de la acción que puso en los seres imaginados. No por la dedicación al menester político diario, sino por la responsabilidad, la dirección espiritual y las virtudes del conocimiento del pasado y del futuro.

El presidente Rómulo Gallegos es el mismo Rómulo Gallegos de las novelas. No hay divorcio, no hay diferencia y menos contradicción. Sostenido por sus libros y leal con ellos, llegó al poder, no por el asalto que repudiaron sus mejores personajes, sino por la voluntad democrática que ayudó a formar.

Es una vida ejemplar. En sus novelas se la comprende mejor. Y en la conducta, se completa. A momentos, por eso, y si para algo ha servido esta breve jornada por el inmenso fresco mural de su literatura, la admiración se transferirá de la obra al hombre.

Es una vida ejemplar que cumple setenta años de inteligencia y dignidad. Invitamos a pensar en ella, para que cada escritor indoamericano sepa que la literatura no termina en la máquina de escribir, sino en la acción.

Alfredo PAREJA DIEZCANSECO.

EL ENCENDEDOR DE FAROLES

La vida y la obra de un hombre como Rómulo Gallegos son de las que obligan a plantearse, cuando se siente el atractivo de las investigaciones sociológicas, el problema de las relaciones entre la literatura de imaginación y la acción política en un medio como el latinoamericano.

Es de sobra dicho y sabido que la realidad histórica de los países de lo que solemos llamar "Nuestra América" —es decir Latinoamérica— impone a sus hombres más cultos, a sus intelectuales, a sus escritores de los diversos géneros, la necesidad y la obligación de tomar parte activa en las inquietudes y afanes de la vida política.

Surge claro el por qué en sociedades nuevas, con una compaginación todavía simple y poco diferenciada, donde el paso

de lo homogéneo a lo heterogéneo de que hablaba Spencer apenas se inicia, existe una especie de servicio obligatorio de la inteligencia que exige a los intelectuales de toda índole o especialización una milicia en planos de la colectividad al margen de sus preocupaciones profesionales o vocacionales en que ejercitan sus aptitudes como literatos, filósofos, hombres de ciencia, poetas, artistas.

Por punto general podría observarse que esa milicia cunde y se extiende asimismo en las más adelantadas y complejas sociedades contemporáneas. Y hasta cabe afirmar que en estos días se asiste en las naciones más cultas a un movimiento de atracción de sus más encumbradas inteligencias, en todas las ramas de la producción del espíritu, por el cono invertido del *maelstrom* oceánico de la política.

Lo cual se debe, sin duda, a que ésta, en todos lados, en el seno de cada país, se está jugando en mucha parte en el tablero internacional, que es siempre un campo de acción o de irradiación del genio.

Pero esa atracción sólo excepcionalmente pasa de ser una colocación del intelectual ante el problema político desde su sitio como tal en los cuadros de trabajo de la colectividad donde vive. Y tal vez él no hace sino dejarse arrastrar por una tendencia del ánimo público que lo rodea desde diversos sectores de la población en la cual se agita e intelectualmente produce.

Mientras que en nuestros países, menos cultos, la fuerza de atracción del problema político sólo se deja sentir sobre la conciencia y el espíritu de minorías relativamente alfabetas.

Y por la doble razón de que la contienda cívica en sí suele ser de índole poco adecuada para que en ella el intelectual, sobre todo el consagrado a las más altas irradiaciones del espíritu, halle una atmósfera aclimaticia; y sólo ciertos sectores de la población participan en ella como actuantes, en tanto que inmensas multitudes sólo van a ella arrastradas como comparsas, como carne de cañón o de sable, o como ganado electoral.

Pese a ello brota abundantemente en nuestra América, por imposición de exigencias vitales del destino de su cultura y de su civilización, el tipo del intelectual, generalmente universitario, y hasta del artista internado en la zona de las tempestades civiles.

Y si no pocas veces su militancia en esa zona es deshonrosa y bajamente interesada, movida por el servilismo o por la torpe ambición —que múltiples ejemplares de esa especie ha

brindado e hincha la historia cívica de estas Repúblicas— su intervención ha alcanzado otras veces cumbres de gloria al par literaria y política.

Martí, Montalvo, Sarmiento, para no citar sino tres de los héroes más representativos de esa diversidad de vocaciones, que, en lugar de estorbarse, se complementan en el ejercicio de las letras y en la acción de la conciencia civil, reúnen los tres heroísmos que cantara Díaz Mirón, el gran poeta mexicano, también él luchador heroico en su duelo abnegado contra la tiranía:

El heroísmo del sentimiento
el heroísmo del pensamiento
y el heroísmo de la expresión.

Pero es, acaso, en Rómulo Gallegos, en quien más se destaca la peculiaridad de haber entrado en la lucha política desde la literatura, dándonos el ejemplo de un literato famoso que marcha a la cabeza en la gran columna de voluntades y corazones que se dieran a vivir la vida en epopeya, empuñando como llamas al viento aquellos tres heroísmos.

He tenido la suerte de que un gran amigo suyo, y también mío —un discípulo que guarda devoción y veneración al maestro—, el doctor Simón Gómez Malaret, médico distinguido que honra entre nosotros la experiencia actualmente americana del exilio político, me haya facilitado los rasgos un tanto esquemáticos, pero lúcidos y vivaces, de una biografía suya, inédita, del autor de *Doña Bárbara.*

Y en ella encuentro la evidencia conmovedora de que es la suya una de las vidas más puras, rectas, altivas y espiritualmente fecundas entre cuantas arrojen sobre las generaciones de nuestro continente la luz orientadora y regeneradora de los altos ejemplos.

Comenzó a ser hombre ganándose desde muy joven la vida como tenedor de libros en un comercio de Caracas. Y entretanto cursaba sus estudios de secundaria y de profesorado, y daba a luz sus primeros cuentos en revistas de literatura.

No sacó el cuerpo ni menos el espíritu a las inquietudes políticas como integrante de una generación de escritores sobre los cuales gravitaba la opresión de las dictaduras de Cipriano Castro, primero, y de Juan Vicente Gómez, después.

Entre los cuentos de su primer volumen hay algunos —*Re-*

belión, Los inmigrantes, Los aventureros— en los cuales se insertan o se toman como base el problema social y el problema político.

Luego ingresó al profesorado y ejerció durante varios años la dirección del Liceo de Barcelona, capital del Estado de Anzoátegui. Tres años más tarde pasó a ocupar la dirección del primer centro licel de la República, el de Caracas. Y su profesorado se ejercitaba con brillo y amor en asignaturas como filosofía, psicología, historia.

Dejo aquí, por un instante, la palabra a quien puso en mis manos esa sinopsis biográfica para que yo conociese aspectos íntimos de la vida y la contextura moral de este hombre.

"Se dedicó con tesón —dice Gómez Malaret— a la labor docente, sin abandonar sus inclinaciones literarias, preocupado, al mismo tiempo, de reunir a su alrededor jóvenes valiosos, a los cuales instruía no sólo en la materia reglamentaria de su competencia, sino en la formación de una conciencia político-social que sirviera de germen para un futuro resurgimiento del espíritu público venezolano, silenciado y acobardado por los largos años de oprobiosa tiranía. Con la abnegada y valiosa colaboración de su compañera, la muy querida doña Teo de los estudiantes venezolanos, fundó, con gran resultado, una especie de internado laico, donde jóvenes del interior de la República permanecían bajo su tutela y asistían a las clases del Liceo del Estado, restándolos de los internados particulares, todos ellos bajo rectoría de órdenes religiosas. Se puede asegurar que lo más valioso e influyente de la generación venezolana que el año 1928 inició la rebeldía contra la dictadura de Gómez y más tarde oscureció la dirección de la revolución político-social venezolana, empezó a formarse entonces en torno al pensamiento y la enseñanza de Gallegos".

Yo lo veo allí como un joven patriarca de la cultura y la educación de las nuevas generaciones liceales, cuyo espíritu forjaba en una convivencia de maestro y discípulos, a los que transfundía, más allá de la cátedra del profesor, una conciencia de ciudadanos y de hombres aptos para entregarse a la regencia de su propio destino fundido y confundido con el destino de su pueblo.

Entre tanto escribía sus novelas. *La Trepadora*, que le rindió fama en el ambiente venezolano, data de esa época. Y fue entonces asimismo cuando trabajó en su novela más famosa, *Doña Bárbara,* obra maestra de un príncipe del idioma español

y del idioma americano (leyéndola se aprende que hay un lenguaje americano geográfica, sociológica, técnica y espiritualmente complementario del español), a la que había comenzado por titular *La Coronela.*

Leía capítulos de su novela a sus alumnos y tomaba muy en cuenta —dice Gómez Malaret— sus observaciones.

La labor persistente, subterránea y modesta de los educadores que persiguen un fin de redención aun entre las líneas de la docencia oficial, juega un papel de incalculable efecto en el destino de las tiranías.

Es un influjo que, aunque con otro estilo y manera, se confunde en cierto sentido con la acción que en la estructura económica realizan las fuerzas de la producción, ellas también compenetradas de proyecciones del espíritu.

Ellas constituyen una presencia profunda y determinante que, a semejanza del Dios de las religiones monoteístas, bajo diversas formas, calidades y grados, ocupa el centro del universo social y llega transfigurada a todas partes.

"El espíritu es el hombre", nos agrada decir, ya que éste sin el espíritu no es nada. Carece de categoría humana y por consiguiente no existe sino como animal.

Y bien, una genética y una forja del espíritu de las generaciones desde las escuelas y liceos es un a modo de lento pero seguro modelado del destino histórico de un pueblo.

Las tiranías criollas, demasiado ignorantes, no atisbaban el peligro. Solía bastarles para defenderse de las acechanzas de la educación, muy limitadamente difundida, reservada a las castas y clases elevadas, con la que impartían los curas católicos, que salvo muy destacadas excepciones estaban de su parte.

Fueron las dictaduras civilizadas de Europa, luego imitadas por las de América, las que hicieron de la escuela y las universidades grandes usinas de reformación obligatoria y general de las mentalidades y las almas.

A Descartes se le pudo atribuir en base a su teoría cosmogónica del movimiento, con sus torbellinos creadores, la siguiente expresión un tanto herética: "Dadme la materia y el movimiento y yo os daré el Universo". Y modernos totalitarismos han dicho a su vez: "Dadme la escuela y la prensa y yo os daré una nación de esclavos y de autómatas". Ya antes se pudo decir que la Guerra Franco-Prusiana de 1870 no la

habían ganado el general Molke y sus cuerpos del ejército, sino los maestros de escuela.

Ese tremendo influjo de la educación oficial se vuelve en manos de las tiranías contemporáneas —desde luego aplicado con los perfeccionamientos diabólicos de nuevas técnicas de dominio político y opresión estadual— la más funesta calamidad histórica. Pero en manos de esforzados educadores, que son buenos pastores de espíritus, realiza una obra profundamente liberadora, de modesta apariencia, pero tan eficaz como la grieta que produce con el andar del tiempo el derrumbe de un muro.

A esa clase de educadores pertenecía Rómulo Gallegos.

Es, sin embargo, al alcanzar por encima de ese su magisterio serenamente fervoroso merecido renombre literario con su vigorosa pluma de novelista cuando la política se yergue con ceño adusto en su camino.

No es realmente, como político, lo que se dice, sobre todo en medios donde las luchas civiles suelen degenerar en actos de violencia, un hombre de acción.

Pero es un ciudadano de carácter viril, que penetra en la vida política sin desceñirse la túnica de intelectual y educador, cuya limpieza cuida sin eludir los sacrificios que para ello ha de imponerse y muchas veces hasta con peligro de la vida.

Alejado de su patria por las dificultades que le creó un movimiento revolucionario en que actuaron muchos de sus discípulos, permaneció algún tiempo en España, donde publicó *Doña Bárbara*.

La gloria que le aportó esta novela —uno de los más grandes hitos que marcan el itinerario del género narrativo en Latinoamérica— atrajo sobre él la mirada del dictador Juan Vicente Gómez.

Éste decide conquistarlo haciéndole elegir, sin su consentimiento, senador por el Estado de Apure, para que más pareciese la elección un homenaje oficial al autor de la celebrada y célebre novela, cuya acción se desarrolla en dicha región venezolana.

Lo aguarda, pues, a su regreso, ese terrible presente griego, con el aditamento de que ya se le anuncia como candidato a la presidencia de la Cámara.

Recibe una invitación para visitar al tirano en Maracay. Es dramático el relato que de labios del propio Gallegos oyeron

sus amigos íntimos, que le habían aconsejado concurrir a la entrevista para ganar tiempo.

Frente a la tranquera que cerraba la entrada al dominio de Las Delicias, donde le aguardaba el dictador, se vio azorado ante la torva imagen de su propio destino político.

Esa tranquera se le presentó como la línea divisoria entre la deshonra pública y la dignidad ciudadana. No lo pensó más. Diose vuelta y regresó a Caracas para huir al extranjero. Dejó una carta abierta, que anduvo de mano en mano, repudiando su elección de senador con enérgicos términos condenatorios del régimen.

Esa que él mismo llamó "la rebeldía de la tranquera" es el compromiso en voz alta que contrae consigo mismo y con su país, de no negar su concurso personal ya activo a las corrientes políticas de regeneración nacional cuando las circunstancias lo requieran.

Desaparecido Gómez, vuelve a su país en momentos en que su sucesor, el general López Contreras, arrastrado por el imperativo turbulento de la voluntad popular desencadenada, que volvía por sus fueros tantos años abolidos, parecía querer sinceramente encaminarse hacia la legalidad democrática.

Gallegos, respondiendo a un telegrama del nuevo gobernante, que le ofrece el Ministerio de Educación, retorna a Caracas, donde la multitud jubilosa lo recibe como a un triunfador.

Su paso por el Ministerio no fue largo pero fue inolvidable. Es el paso de un reformador de garra. Se propuso fundar miles de escuelas, así como liceos, e implantó la autonomía universitaria. Pero el espíritu laico que impuso en esos establecimientos significaba una revolución contra el oscurantismo entronizado. Se desata la reacción clerical amparada por el propio gobernante. El catolicismo moviliza sus huestes y las calles se llenan de beatas y alumnos de los colegios confesionales en son de protesta contra el laicismo en la enseñanza. Y simultáneamente se desencadena la represión policial contra los partidos populares y los sindicatos obreros que reclamaban mejores salarios, especialmente en la industria petrolera.

El Gobierno de López Contreras se entrega abiertamente a la reacción y a los intereses del gran capitalismo extranjero. Sobrevienen los destierros en masa de dirigentes políticos y sindicales, entre los cuales Rómulo Betancourt, y con él casi todos los fundadores de Acción Democrática que se formaría algunos años después.

No tarda en surgir el Partido Demócrata Nacional (PDN) fundado por Rómulo Betancourt, que había vuelto clandestinamente y logrado aglutinar un número en incesante crecimiento de opositores activos, ansiosos de una renovación a fondo de la realidad histórica venezolana.

Y llegó un momento en que sobre la base de un Comité Independiente, apoyado en la fuerza clandestina del PDN, Gallegos llegó a la presidencia del Consejo Municipal de Caracas. Allí reforzó su popularidad con una obra social y educacional de notables resultados, pese a las limitaciones que le imponía la situación política nacional.

Y luego, en las postrimerías del gobierno de López Contreras y bajo el influjo de la guerra mundial que puso en auge entre las masas populares las tendencias de libertad, su personalidad se alza en hombros de las corrientes de la oposición democrática. Y es el hombre de la hora para el esperanzado fervor popular.

Candidato del pueblo a la presidencia de la República, Gallegos recorre Venezuela en jira de propaganda. Y en todas partes las multitudes se agolpan en torno a las tribunas que lo proclaman y en las cuales hace oír su ponderada y esclarecida palabra de maestro.

En la elección de segundo grado, en el Congreso, fue vencido por el candidato patrocinado por López Contreras, el general Medina Angarita. Pero no sólo había obtenido siete votos más de los previstos, pese a la máquina electoral del Gobierno, sino que queda consagrado como el elegido del pueblo.

El movimiento revolucionario de Acción Democrática hizo fracasar cerca de cuatro años después los planes de un continuismo de hecho fraguado por Medina Angarita casi al término de su mandato. La revolución triunfante abrió plaza a la elección de una Asamblea Constituyente que dictó una Constitución realmente democrática.

Y de acuerdo con ésta se llamó a elecciones. Para la presidencia de Venezuela fue elegido Gallegos por voto directo de la ciudadanía. Reunió un millón de votos, contra doscientos mil de los clericales y cincuenta mil de los comunistas, en las únicas elecciones libérrimas, tranquilas e inobjetables que haya conocido la historia de ese país. En febrero de 1948 tomó posesión de su cargo. Lo recibió de manos del presidente de Acción Democrática, Rómulo Betancourt, su antiguo discípulo.

Sólo nueve meses permaneció al frente de los destinos de

su patria. La historia de estos últimos tiempos ha dicho ya qué fueron para Venezuela esos nueve meses de su Gobierno, que lo fueron asimismo de Acción Democrática.

Toda América ha visto cómo se perfiló durante ellos la figura de este hombre noble y bueno, que sin declamación ni estridencia va por su camino asistido por el doble don de la serenidad y la firmeza en un constante ejercicio del sentido de la responsabilidad.

La traición armada lo derrotó, víctima de la generosa confianza en los hombres, una vez más desgarrada por el filo de los sables ambiciosos.

Y también en ese trance se puso admirablemente de relieve el temple de su carácter de varón cuya firmeza sin alardes no lograron quebrar los traidores, que se estrellaron contra la enérgica repulsa de sus exigencias y no pudieron cubrir con apariencias de legalidad, como había ocurrido en el Perú, su motín cuartelero.

Libros pueden escribirse, y acaso se han escrito ya, relatando y estudiando cómo los militares minaron la autoridad del Gobierno y prepararon desde el propio despacho presidencial, validos de la amistad que un Judas de uniforme había venido mintiendo al Presidente, su inopinado derrumbe.

Me aparto aquí de las informaciones del biógrafo amigo que me ha prestado el andador de su lúcida y ordenada crónica.

Deseo insistir en el aspecto de intelectualidad preclara con que Rómulo Gallegos pasó por la política como enseñante de posiciones espirituales de democracia y libertad; como abanderado de una causa revolucionaria que cambió los derroteros de la historia venezolana; como estadista que realza su misión con la dignidad de su estilo de vida y el magistral decoro de su estilo literario.

Como docente a él le cuadra el dictado simbólico del protagonista de uno de sus relatos que había pensado titular *El encendedor de faroles.*

También le corresponde como novelista en cuyas obras sobre todo en su novela cumbre, la visión social y el pensamiento político se enfrentan a la tenaz realidad de la barbarie americana.

¡Qué estupenda lección de cosas, y de vida, humana, bestial, cósmica, es esa novela de la barbarie que nos trae a la memoria el recuerdo del *Facundo* de Sarmiento con su formidable densidad histórica de relato y exégesis sin novela!

En *Doña Bárbara* vive y nos enciende el alma la epopeya de los llaneros de la tropical sabana "por donde el hombre va siempre —nos dice— cantando entre el peligro... El llano bárbaro, bajo su aspecto más imponente; el invierno que exige más paciencia y más audacia, la inundación que centuplica los riesgos y hace sentir en el pedazo de la tierra enjuta la enormidad del desierto; pero también la enormidad del hombre y lo bien acompañado que se halla cuando, no pudiendo esperar nada de nadie, está resuelto a afrontarlo todo".

¡Cómo pinta el permanente duelo de esos hombres con la naturaleza y su psicología elemental, toda pasión e instinto, que lo arraiga a la tierra y al ancestro, y con una fidelidad a la rutina que se erige, naturalmente, en una muralla de piedra contra la civilización! Y además los deja sometidos a la zurda potestad de los terratenientes voraces, de los traficantes sin entrañas, de las policías arbitrarias, de los caciques de sable al cinto y de los jueces venales.

Y el autor de esa evocación que tanto enseña al espíritu de su pueblo, sigue siendo "el encendedor de faroles" cuando se lanza a la acción política apoyada en la tribuna popular y en el mensaje público, que son la cátedra de los políticos con ideas e ideales.

Y lo es asimismo cuando en páginas de la mejor literatura política ilustra aspectos fundamentales del drama de su gobierno y de su nación para la conciencia de América.

Su mensaje *Un caso de conciencia* es todo él un modelo de expresión musculosa en que la fuerza del concepto se ordena, se concentra y vibra con un ágil desplazamiento púgil a la vez elegante y contundente. Su palabra adquiere un tremendo vigor flagelatorio cuando la deja caer sobre la cabeza de los militares traidores como un castigo olímpico.

"Mi pueblo —dice allí— que tantos pasos perdió por los atajos de las revueltas armadas, en pos de caudillos que le parecieron mesías y con tanta sangre dejó estampadas su huellas en la persecución de la felicidad y dignidad que se les negaban, le había tomado gusto ya al recto camino recién descubierto y por él venía haciendo sus jornadas cívicas, con buen paso de larga andadura, sosegada y firme, y esto, precisamente, era lo que no podía agradecerles a quienes por tener en las manos las armas de la República confiadas para la defensa de sus instituciones, se tienen creído desde hace muchos años —casi toda nuestra historia— que son los árbitros únicos e indiscutibles del des-

tino de Venezuela, a la medida de sus apetencias de mando y lucro. Y lo que allí ha ocurrido no ha sido otra cosa sino el vuelco brutal de los cuarteles hacia los campos del civismo, la ocupación a mano armada de las posiciones donde se venía ejercitando el acto de soberanía política que a nuestro pueblo le reconoce el principio básico de nuestro orden institucional. Apetencias, groseras apetencias de predominio en unos cuantos hombres de pistola al cinto —porque no son tampoco todos los militares de mi país autores reales del atentado— han sido los móviles de la militarada alevosa; lo demás y que ningún aspecto de pensamiento político tenga, la colaboración a buen sueldo, de los intelectuales venezolanos, no todos ellos tampoco, que se han acostumbrado gozosamente a prostituir la inteligencia al servicio de la fuerza".

No menos memorables son su mensaje "Reconocer es no conocer" y su carta a Truman, el Presidente de los Estados Unidos, a quien escribe desterrado en La Habana como Presidente Constitucional de Venezuela.

Esos documentos en que la palabra del genial literato ha puesto el sello de la más alta conciencia moral y cívica junto al del más preclaro talento de escritor, demuestran que supo elevarse a las cimas de la historia cuando vio llegada la oportunidad imperante de "encender faroles" para competir con las estrellas.

Cuando, finalmente, ante el reconocimiento internacional de esa situación política gubernativa creada por el atraco a mano armada, arroja al Gobierno de los Estados Unidos el reto de su carácter altivo de gobernante legítimo desterrado por los burladores de la fe pública y de los derechos de su pueblo, su palabra encuentra inigualables fórmulas de expresión de la sensibilidad jurídica y política democrática.

Oigámosla:

"Reconocimientos, con subterfugios o sin ellos, ni quitan ni ponen. Es la verdad. Son los mismos pueblos que ya han sufrido el atropello de sus derechos políticos quienes deben hacerse justicia para rescatar su dignidad ofendida y maltratada; pero los otros, los espectadores del acontecimiento, no deberían encogerse de hombros, aunque sólo fuese por aquello de barbas del vecino ardiendo y es de presumirse que si los reconocimientos diplomáticos de gobiernos dimanantes de asaltos a mano armada fuesen precedidos de consultas a la voluntad de los respectivos pueblos propios, de otro modo muy diferente

le estaría yendo a mi país en la feria de las amistades internacionales. Porque los pueblos como realidades vivientes y pensantes, dentro de sus modalidades propias y en medio de los apremios cotidianos que bajo cada techo se cobijen, no han sido nunca realmente culpables de los errores de sus Gobiernos".

Así habló, erguido en la cima de una oportunidad histórica perdurable, con su glorioso verbo literario y su bien puesto corazón civil, Rómulo Gallegos.

Emilio FRUGONI.

RÓMULO GALLEGOS Y ESPAÑA. *DOÑA BÁRBARA. LA REBELIÓN Y OTROS CUENTOS*

En septiembre de 1929 fue proclamada por la Asociación Española del "Mejor libro del mes", *Doña Bárbara,* de Rómulo Gallegos, como la novela más sensacional y reveladora de los nuevos valores americanos. El jurado de la citada Asociación, bajo la presidencia de don Eduardo Gómez de Baquero (Andrenio), lo componían los señores Salaverría, Azorín, Pérez de Ayala, Ricardo Baeza, Gabriel Miró, Díez-Canedo y Pedro Sáinz Rodríguez. Hubo, en la votación, alguna disidencia: dos de los votantes quisieron señalar como "mejor" la obra de don Américo Castro titulada *Santa Teresa y otros ensayos.* En el jurado, sin embargo, existía el acuerdo tácito de premiar novelas, género completo que concede al autor una más amplia libertad y le permite abarcar acciones muy extensas y diversas. Así, pues, prevaleció el criterio general y, gracias a la decisión final del jurado, se dio a conocer en España una de las novelas más extraordinarias que se han escrito en castellano en lo que va de siglo.

Más tarde, Rómulo Gallegos vino a España en calidad de refugiado político, huyendo de la dictadura de Juan Vicente Gómez. Los sátrapas de todos los tiempos han intentado atraerse al intelectual y al artista con el cebo de los honores. Pero aceptar distingos y recompensas de una dictadura significa no solamente uncirse a su carro, sino también hacerse solidario de las infinitas tropelías con que se coartan las libertades más esenciales del hombre. Rómulo Gallegos vivió entre nosotros

pobre y humildemente, favoreciendo a costa de sus necesidades más perentorias a otros que se hallaban en situación muy parecida a la suya. Aún hace pocos días Ricardo Baeza, que fue su amigo y con el cual pasó largas horas de diálogo, me contaba de aquella vida ascética en un Madrid alegre y hospitalario. El escritor venezolano, bondadoso y retraído, encontró en el clima espiritual de la España de entonces una compensación para la amargura que llevaba en el alma, amargura causada por la situación moral del hombre sensible que teme la pérdida de su libre albedrío.

El pensador suele mostrar una actitud escéptica ante el Estado autoritario. Cuando un hombre se circunscribe a la vida de su propio país, encuentra natural casi todo lo que en él acontece. Pero, desde el momento en que pisa tierra extranjera y tropieza con hábitos y conductas distintas a lo que hasta entonces vio, comienza a comprender el extraordinario poder de la costumbre que hace que incluso la moral y la religión vayan de acuerdo con la latitud y el clima físico de los diversos mundos entrevistos.

Rómulo Gallegos, como hombre inteligente, presentía la guerra entre la luz y las tinieblas. La autoridad, en su forma totalitaria, urde conspiraciones siniestras contra el pensamiento. El gran novelista sabe que el que no se somete, tiene que soportar coacciones y vejámenes y que se arriesga a perder, no sólo la libertad de expresión, sino también aquella otra material, que es el confinamiento del que estorba por sus ideas corrosivas para un orden impuesto a tiros o a latigazos. España es, en aquella época, un país libre que acoge al exilado forzoso o voluntario. Rómulo Gallegos se instala provisionalmente aquí y —según me cuenta también Baeza— pasa una corta temporada en un pueblecito costero de Galicia. Tal vez sus antepasados fueron, a juzgar por el apellido, oriundos de esta región del norte, dulce y brumosa, propicia al ensueño y al olvido, y que a pesar de su naturaleza dispar, acaso le recuerde, por los ensalmos, brujerías e historias de misteriosas apariciones, al llano de su distante Venezuela.

Gallegos, que posee en su haber literario una fabulosa cantidad de vocablos, hace del lenguaje una sinfonía majestuosa. Bajo su pluma crece el idioma como un árbol ya frondoso y de lejanas raíces prendidas a nuestro Siglo de Oro. Riqueza verbal nunca uniforme que oscila entre dos tiempos: castellano recio y purísimo y melodiosos giros venezolanos. A

veces, un párrafo nos recuerda a Gabriel Miró: "Noche de Luna llena, propicia para los cuentos de aparecidos. . , La ambigua claridad del satélite, trastornando las perspectivas, puebla de duendes la llanura. Son las noches de las pequeñas cosas que de lejos se ven enormes, de las distancias incalculables, de las formas disparatadas" *(Doña Bárbara).* Es la nostalgia del escritor levantino, que en Rómulo Gallegos tiene, más que dulzura, desesperada resonancia. Pero, al fin, ¿no forman eco infinito todas las nostalgias?

Doña Bárbara es la historia del ansia de poder. Devoradora de hombres, "habitante de una región lejana, perdida en el fondo de vastas soledades", la heroína abandona su feminidad por la autocracia, por la subyugación de cualquier ser viviente que ronde su dominios. Vencer y atesorar son los fines que persiguen los dictadores. La dueña de El Miedo, derribando hombres y obstáculos, se encamina derecha hacia la meta en donde piensa hallar la satisfacción necesaria a sus apetencias y deseos. Y lo mismo que acosa a las reses bravas y las tumba como el más hábil de los vaqueros, así también hostiga a sus vecinos y los envuelve en esos embrollados litigios a que tan aficionados son los campesinos en cualquier lugar en donde posean una paletada de tierra. Litigios en que el pícaro, empleando las armas de la venalidad y del cohecho, y especulando con la cobardía del débil, lleva siempre las de ganar.

No es doña Bárbara el único personaje inolvidable de la obra de Rómulo Gallegos. La dulce Marisela, prodigio de candor adolescente en medio de la miseria, forma, con la madre y el doctor Santos Luzardo —típico producto universitario— el conocido triángulo de la pasión amorosa, el más complejo y embrollado de los conflictos humanos. Doña Bárbara ve en Luzardo, último amor soñado e imposible, la figura del primero, aquel Asdrúbal perdido en el agua, "pura sombra errante a través del alma tenebrosa. . ." Hombre superior es el caballero Luzardo para estas dos mujeres primarias, hincadas en la redonda llanura. "Triste paraje. . . Tierras áridas, quebradas por barrancas y surcadas de terroneras". El destino de la madre, marcado con la tragedia por el tiempo, es el de devorar al varón, igual que la araña traga al macho cuando ya no le sirve para nada. Sin más ley que su voluntad y su soberbia, sin escrú-

pulos ni remordimientos, doña Bárbara alienta en su feudo primitivo, ignorante de anhelos que calmen su concupiscencia o su sed inagotable de oro y poderío. Marisela, arisca y desconfiada, es una flor silvestre que apenas ha entreabierto sus pétalos para que los bese el sol. Pero los hombres escépticos, hartos de la civilización, gustan a veces de estas amapolas del verano que crecen rápidas, para marchitarse luego, entre abrojos y cardos. Sumisa como todas las hembras-niñas e hipnotizada por la mirada sabia del varón, Marisela, desconocedora de la vida que bulle más allá del círculo llanero, marcha radiante hacia la incógnita de su destino con la alegre esperanza que dan los años jóvenes. Pero Marisela no sabe, ni sabrá nunca, que hay un confín irremontable hasta para las alas de la ilusión y del pensamiento. . .

Algunos personajes secundarios llaman nuestra atención en *Doña Bárbara.* Si los comparamos con los graves campesinos de la meseta castellana, nos damos cuenta de que éstos son hombres de una sola pieza, como corresponde a una vieja raza apegada al terruño, sobria y altiva en su irremediable pobreza, sentenciosa como Sancho Panza y que traduce sus ideas en refranes que repiten todas las generaciones. ¿Qué harían Lorenzo Barquero, *Pajarote,* el *Brujeador,* Balbino Paiba o Juan Primito, de almas oscuras y misteriosas por el cruce de razas, trasplantados a la llanura manchega, en donde se proyectan las sombras del caballero don Quijote y de su fiel escudero?

Hay, sin embargo, ciertas afinidades raciales entre uno y otro pueblo.

> Hasta mañana, pues. ¡A dormir, que esto ya se acabó! Y en el silencio que se iba extendiendo por la población, aquellas palabras sencillas, aquella lánguida invitación al sueño, tenía la mansa gravedad del drama de los pueblos tristes, donde es algo solemne el hecho de recogerse a la cama, al cabo de un día sin obras, que era sólo un día menos en la esperanza, pero murmurando siempre:
>
> —Mañana será otro día. . .

Igual que en Castilla o Extremadura. ¡Mañana será otro día. . .!

Lo mismo que en España. . . En *La rebelión y otros cuentos* percibimos mundos afines a los descritos por Galdós, por

Clarín, por don Armando Palacio Valdés. A este ambiente ciudadano llegan vagamente los vocablos dulcísimos del llano o de la selva tropical. Hombres de abolengo hispánico, y mujeres marchitas por el encierro, sus vidas resultan paralelas a otras que vegetan en muchos pueblos de Andalucía. Símbolo del angustioso vacío de estas existencias es la tecla rota de *El piano viejo,* que lanza su quejido lastimero a destiempo, para advertir a los hermanos reunidos en torno de los despojos de la muerta, que el alma de la recóndita y sacrificada Luisana está siempre presente.

La rebelión tiene, asimismo, el clima espiritual de una antigua y dormida ciudad española. Sin duda, España, nutriéndose de su pasado, vive con la mirada puesta en los siglos heroicos, lo que pudiera dar como resultado el que ciertas afinidades sufran ligeras modificaciones con la metamorfosis del presente. Pero con todo, de uno y otro lado del Atlántico surgen las Cedeño asomándose furtivamente a las ventanas o haciendo labor en los patios familiares y penumbrosos, de ladrillos cubiertos de musgo. Viejas señoritas que esconden y pretenden olvidar su miseria actual con el recuerdo de un pasado que tampoco se les mostró pródigo. Golpe para este orgullo de clan es la llama que abrasó a la sobrina y que al consumirse, dejó a ésta la amarga ceniza del hijo violento y pendenciero, idolatrado y temido, con resabios ancestrales de jungla. Las dos solteronas Cedeño tienen también su misterio; un misterio de orden económico, indispensable al buen funcionamiento hogareño y a que Antonia pueda decir con fiera majestad: "Nosotras, lo mismo que siempre. Llevando nuestra vida que es muy tranquila y, a Dios gracias, no tiene capítulos feos. . .".

En *El paréntesis* se refleja el hogar recoleto en donde las almas van buscando la recta vía que las lleve al cielo. "En la casa todo estaba en olor de santidad. Vieja casa solariega de una familia cuya prosperidad fuera tradicional, allí, con la vetustez no remozada y la huella de almas que conservaban algunas viviendas que tenían historias piadosas, compadecíanse muy bien esa atmósfera de sacristía que huele a incienso, a pezgua y a olor de vinajeras y de óleos". ¿No es Oleza, la vieja y levítica Oleza de *Nuestro Padre San Daniel* y del *Obispo leproso?* Y, sin embargo, cuando Gallegos publicó su cuento, Gabriel Miró no había escrito ninguna de estas dos novelas. Acaso la sombra vaga de Carmen Rosa, efímera criatura de corta resonancia, rozara la frente del escritor alicantino. Pau-

lina y Carmen Rosa son como dos hermanas creadas a distancia; la primera magnificada en dos obras inmortales; la segunda rápida, como una estrella fugaz de los meses del verano. Pero, ¡cuánta amargura rezagada en ambas, cuánta ilusión rota en la existencia de la muchacha venezolana que alienta sólo para la espera indefinida!

La amistad entre dos seminaristas es el tema de *El apoyo.* El monte Ávila, cercano al seminario, es símbolo de la voluntad serena y fuerte de Francisco. Manuel siente su dominio porque en su alma late ya "aquella propensión mística, bebida con el aliento de desolación de su paisaje llanero; aquella vaga tendencia a lo sobrenatural y misterioso, que es como un deseo de andar y que adquirió con el hábito de mirar horizontes mientras el lendel de la noria paterna volteaba el jamelgo taciturno exprimiendo a la tierra la frescura del agua". Pero he aquí que el santo de los buenos consejos se derrumba oscura e incomprensiblemente para el alma cándida de Manuel, el cual, al recibir la tonsura, solicita la capellanía de una humilde ermita. "¡Cómo pasa el tiempo! ¡Cómo se va la vida y se lleva lo mejor del alma!" escribe Francisco a Manuel, dándole cuenta de su caída.

En los zarzales del camino deja
una cosa cada cual: la oveja
su blanca lana; el hombre su virtud...

Y el pobre capellán inclina la cabeza, "sintiendo el acorador desaliento que deja un largo esfuerzo inútil".

Cada uno de los personajes de Rómulo Gallegos confiere a la sustancia primaria del hombre una forma nueva, una grandeza tan prodigiosa que hace posible su supervivencia gracias a la auténtica realidad que sobre ellos proyecta el escritor. Gallegos ha creado en sus obras seres que aunque hayan surgido del llano, de las riberas o de las ciudades de Venezuela, resultan universales porque todo en ellos es significativo, y tanto sus pasiones como sus andanzas están tejidas en la inagotable urdimbre de la vida.

María ALFARO.

Presencia del Pasado

EL MENSAJE DE QUETZALCÓATL

Por *Laurette SÉJOURNÉ*

Una de las escasas certidumbres que los documentos relativos a la historia precolombina permiten saborear es que Quetzalcóatl, el hombre convertido en dios, constituye la figura más prestigiosa de Mesoamérica.

Los Cronistas nos hablan de este personaje al trazar los orígenes de los aztecas, a partir de esos nahuas ancestrales, apodados, a causa de su habilidad extrema en todas las artes, los *grandes maestros* o *toltecas.* Es, en efecto, como Rey de la primera capital nahua —cuyo esplendor legendario continuó deslumbrando durante varios siglos después de su extinción— que Quetzalcóatl manifiesta su genio maravilloso.[1]

Su papel esencial en la creación de la cultura nahua no es puesta en duda por ninguno de los historiadores del siglo XVI que especifican siempre que así como nuestra era comienza con Cristo, la de los aztecas se abre con Quetzalcóatl.

¿Quién era, pues, este personaje primordial y por qué su memoria fue tan ardientemente venerada? Sabiendo que bajo su reino fue fundada la primera gran ciudad precolombina donde cristalizaron los cuadros sociales y religiosos que tuvieron predominio en Mesoamérica durante más de mil quinientos años, se piensa, antes que nada, en un organizador sin igual. Pero, ¿de dónde sacó este hombre de Estado la fuerza que le permitió amalgamar y transfigurar los elementos culturales que heredó de los tiempos arcaicos, en un sistema homogéneo cargado de un dinamismo tal que de él se harán derivar todas las invenciones humanas? Es evidente que no puede tratarse más que de una fuerza interior poco común y todo lo que de él se sabe abunda en este mismo sentido.

---

[1] En un trabajo publicado en *Cuadernos Americanos,* núm. 3, 1954, hemos expuesto algunas de las razones que nos han convencido de que esta primera ciudad nahua no puede ser otra que la gran Tollan-Teotihuacán, que se sitúa en los comienzos de nuestra era.

Al hacer una síntesis de lo que al propósito relatan los libros de historia precolombina, el Dr. Alfonso Caso nos ofrece este cuadro significativo:

> . . .como dios de la vida, aparece Quetzalcóatl como el benefactor constante de la humanidad y así vemos que, después de haber creado al hombre con su propia sangre, busca la manera de alimentarlo, y descubre el maíz. . . Les enseña la manera de pulir el jade y las otras piedras preciosas y de encontrar los yacimientos de estas piedras; a tejer las telas policromas . . .y a fabricar los mosaicos con plumas del quetzal, del pájaro azul, del colibrí, de la guacamaya y de otras aves de brillante plumaje. Pero sobre todo enseñó al hombre la ciencia, dándole el medio de medir el tiempo y estudiar las revoluciones de los astros; le enseñó el calendario e inventó las ceremonias y fijó los días para las oraciones y los sacrificios.[2]

Como se ve, sería difícil situar más categóricamente a Quetzalcóatl en el origen mismo de toda vida espiritual y es sin duda en este fenómeno que reside la causa por la cual fue considerado como el demiurgo por excelencia.

Los textos relativos a sus actividades de Rey de Tollan lo designan todos como un gran jefe espiritual de una alta elevación moral, cuyos rasgos más característicos se encuentran en el pensamiento azteca, esencialmente determinado por este antepasado ilustre. Por ejemplo, en esos largos discursos que los ancianos y los sacerdotes de Tenochtitlán pronunciaban en ocasión de todo acontecimiento grave y que constituyen seguramente el cuadro moral más completo que tengamos de este pueblo, domina un deseo de pureza y de fuerza interior tan impresionante que, con toda evidencia, no puede derivar más que de su doctrina. Veamos antes que nada el que se refiere al perdón de los pecados, por ser de una importancia capital para la comprensión de la enseñanza de Quetzalcóatl:

> De la confesión auricular que estos naturales usaban en tiempo de su infidelidad, una vez en la vida. . . .Habla el sátrapa al penitente diciendo: "Oh hermano, has venido a un lugar de mucho peligro, y de mucho trabajo y espanto, . . .has venido al

---

[2] Alfonso Caso, *El pueblo del Sol*, págs. 39-40, Fondo de Cultura Económica, México, 1953.

lugar donde los lazos y redes están asidos los unos con los otros, y también sobrepuestos entre sí, de manera que nadie puede pasar sin caer en alguno de ellos, . . .éstos son tus pecados que no solamente son lazos y redes y pozos en que has caído, pero también son bestias fieras, que matan y despedazan el cuerpo; y el ánima. . . .Cuando fuiste criado y enviado, y tu padre y madre Quetzalcóatl, te formó como una piedra preciosa, . . .pero por tu propia voluntad y albedrío te ensuciaste . . .y ahora te has confesado, . . .has descubierto y manifestado todos ellos (tus pecados) a nuestro señor que es amparador y purificador de todos los pecadores; y esto no lo tengas por cosa de burla porque de verdad has entrado en la fuente de la misericordia que es como agua clarísima con que lava las suciedades del alma, nuestro señor dios, amparador y favorecedor de todos, . . .ahora nuevamente has tornado a nacer, ahora nuevamente comienzas a vivir, y ahora mismo te da lumbre y nuevo Sol nuestro señor dios; también ahora comienzas a florecer, y a brotar como una piedra preciosa muy limpia que sale del vientre de su madre donde se cría. . . Conviene que hagas penitencia trabajando un año o más en la casa de dios, y allí te sacarás sangre, y punzarte has el cuerpo con puntas de maguey; y para que hagas penitencia de los adulterios y otras suciedades que hiciste, pasarás cada día dos veces mimbres, una por las orejas, y otra por la lengua, y no solamente en penitencia de las carnalidades arriba dichas, pero también en penitencia de las palabras malas e injuriosas con que afrentaste e injuriaste a tus prójimos, con tu mala lengua. Y por la ingratitud que tuviste cerca de las mercedes que te hizo nuestro señor, y por la inhumanidad que tuviste cerca de los prójimos en no hacer ofrendas de los bienes que te fueron dados de dios, ni en comunicar a los pobres de los bienes temporales que fueron comunicados a ti por nuestro señor. Tendrás cargo de ofrecer papel y copal, y también de hacer limosnas a los hambrientos menesterosos, y que no tienen qué comer, ni qué beber, ni qué vestir, aunque sepas quitártelo de tu comida para se lo dar, y procura de vestir a los que andan desnudos y desarrapados; mira que su carne es como la tuya, y que son hombres como tú.[3]

Y este otro, que la partera pronunciaba al ofrecer el recién nacido a la divinidad del agua:

[3] Fr. BERNARDINO DE SAHAGÚN, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Editorial Nueva España, S. A., México, 1946, Tomo I, págs. 472-477.

> ...Ya está en vuestras manos, lavadla y limpiadla como sabéis que conviene, porque en vuestras manos se deja; purificadla de la suciedad que ha sacado de sus padres, y las mancillas y suciedades llévelas el agua, y deshágalas, y limpie toda inmundicia que en ella hay. Tened por bien señora, que sea purificado y limpio su corazón y su vida, ...en vuestras manos se queda, porque vos sola sois la que merecéis y sois digna del don que tenéis, para limpiar desde antes del principio del mundo. ...Dicho esto la partera tomaba el agua, y echaba sobre ella su resuello y luego la daba a gustar a la criatura, y también la tocaba el pecho con ella, y el cerebro de la cabeza, a manera de cuando se pone el óleo y crisma a los niños...[4]

Sahagún parece haber sido perturbado al descubrir en los "infieles", a quienes él tenía misión de catequizar, una tan profunda espiritualidad, que a fin de precaverse de la desconfianza que sus textos pudieran despertar, declara en el Prólogo del Libro VI en su obra que: "...lo que en este volumen está escrito, no cabe en entendimiento de hombre humano el fingirlo, ni hombre viviente pudiera contradecir el lenguaje que en él está; de modo que, si todos los indios entendidos fueran preguntados, afirmarían que este lenguaje es propio de sus antepasados y obras que ellos hacían".[5]

Existía en Tenochtitlán una institución que jugaba el primer papel en la formación de la estructura social azteca: el Calmecac. "En aquel lugar se cría los que rigen y son señores, senadores y gentes nobles, que tienen cargo de los pueblos; de allí salen los que poseen ahora los estrados y sillas de la república...".[6]

Este colegio todo poderoso se encontraba bajo la égida de Quetzalcóatl, y las leyes que lo regían derivaban con certidumbre de sus enseñanzas. Es bien claro, por ejemplo, que la sabiduría mística de que está imbuido el discurso que se dirigía al adolescente que iba a ser encerrado en esta "...casa de lloro y tristeza ...donde los que allí se crían brotan y florecen...", podría difícilmente haber emanado de una sociedad que, como es el caso de la azteca, dedicó los dos siglos de su existencia a ejecutar conquistas sangrientas y a exaltar la voluntad del poder temporal:

---

4 *Ibíd.*, págs. 605-606.
5 *Ibíd.*, págs. 445-446.
6 *Ibíd.*, pág. 639.

. . .mira hijo que vas no a ser honrado, no a ser obedecido y estimado, sino a ser mandado, has de ser humilde y menospreciado y abatido; y así tu cuerpo cobrare brío y soberbia, castígale y humíllale, mira que no te acuerdes de cosa carnal, . . .nota lo que has de hacer . . .que es sacar sangre de vuestro cuerpo; con la espina de maguey, y bañaros de noche aunque haga mucho frío; mira que no te harte de comida, sé templado, ama y ejercita la abstinencia y ayuno. Los que andan flacos y se les parecen los huesos no desean su cuerpo ni apetecen las cosas de la carne, . . .cuando fuere tiempo de ayuno, . . .no lo tenga por pesado, . . .apechúgate con el ayuno y con la penitencia, y también, hijo mío, has de tener mucho cuidado de entender los libros de nuestro señor; allégate a los sabios y hábiles y de buen ingenio.[7]

Este espíritu de pureza se hace asimismo patente en el texto relativo a la elección de un alto dignatario:

Al que era perfecto en todas las costumbres y ejercicios y doctrinas que usaban los ministros de los ídolos, elegíanle por sumo pontífice, al cual elegían el rey o señor y todos los principales llamábanle Quetzalcóatl. . . En la elección no se hacía caso del linaje, sino de las costumbres y ejercicios doctrina y buena vida; si las tenían los sumos sacerdotes, si vivían castamente y si guardaban todas las costumbres que usaban los ministros de los ídolos se elegía al que era virtuoso, humilde y pacífico, y considerado, y cuerdo, y no liviano sino grave y riguroso, y celoso en las costumbres, y amoroso, y misericordioso, y compasivo, y amigo de todos, y devoto; y temeroso de dios. . . .De estos sacerdotes los mejores elegían por sumos pontífices que se llamaban . . .sucesores de Quetzalcóatl.[8]

Lo que sabemos de la vida de los aztecas nos lleva a sospechar que un ser poseedor de tales virtudes hubiera sido más bien embarazoso a la cabeza de un imperio tan despiadadamente inhumano, y aun si sus historiadores no hubiesen sostenido con tanta firmeza que todas las normas espirituales de su pueblo provenían de Quetzalcóatl, estaríamos en el deber de suponerlo. Pero nada como este contraste entre la realidad social y el supuesto ideal ético de Tenochtitlán, podría darnos mejor una

[7] *Ibíd.*, págs. 639-640.
[8] *Ibíd.*, pág. 330.

idea de la potencia de un mensaje que, mil quinientos años después de su revelación, continuaba representando la única base moral teóricamente en vigor.

¿Cuál podía ser la naturaleza de un mensaje tan irresistible? A fin de tratar de esclarecer este punto fundamental no tenemos a nuestra disposición más que la mitología. Analizaremos a este efecto el mito de Quetzalcóatl por ser el que ocupa el lugar principal en todas las Crónicas.

Es un rey de una pureza absoluta hasta el día en que, bajo la presión de malos consejeros, se embriaga y comete el acto carnal. Profundamente perturbado por lo que él considera el más horrible de los pecados, decide un castigo ejemplar: abandonará su reino bienamado y morirá por el fuego. Una vez quemado su cuerpo, se elevará su corazón hasta el cielo donde se transformará en el planeta Venus.

En una tentativa desesperada de captar la fugaz realidad precolombina, se ha tratado de reducir este mito original a hechos vividos por un hombre del siglo X con una biografía bien determinada. Sin detenernos aquí en la circunstancia de que esta solución es técnicamente insostenible, resulta muy dudoso que la embriaguez de un individuo —así fuese el más célebre de los emperadores— pueda convertirse en el tema central de la historia de un pueblo. Además, esto explicaría solamente una ínfima parte de la existencia de Quetzalcóatl, en la cual episodios como su transformación en el planeta Venus y su descenso al País de los Muertos, están íntimamente ligados a los precedentes. Todo indica, por el contrario, que nos encontramos en presencia de un verdadero mito. Desear convertirlo en un pedazo de historia sería destruirlo, privándonos para siempre de su contenido vital, porque el mito, la más profunda expresión del espíritu, sobrepasa el cuadro de las particularidades efímeras y aporta siempre la revelación de una verdad fundamental eterna.

El tenor espiritual del mito de Quetzalcóatl salta a la vista: es claro que su angustia del pecado, su ardiente necesidad de purificación, así como la hoguera que lo convierte en luz, constituyen las bases de una doctrina religiosa singularmente emparentada con aquellas que la humanidad, bajo aspectos diversos, ha conocido en muchas partes. Parece tratarse, en realidad, de la revelación del principio de un alma individual que —a través de la dolorosa experiencia humana en la cual el pecado, el lado oscuro y corporal de la vida, es tan nece-

sario como el lado luminoso— puede alcanzar una conciencia superior liberadora.

Los pueblos mesoamericanos han percibido la trascendencia de este mensaje. En los diferentes mitos de la Creación, por ejemplo, se dice que durante las cuatro Eras o Soles precedentemente destruidos, el mundo no estaba poblado más que por animales y que es con el advenimiento, en Teotihuacán, del Quinto Sol —el de Quetzalcóatl—, que la humanidad fue. Esto indica claramente la idea de que sólo después del descubrimiento del principio espiritual que lleva en él, el hombre pudo realizarse. Ahí reside, sin duda, la razón que hizo considerar a Quetzalcóatl como el creador del ser humano. Es necesario que en las épocas arcaicas de donde surgió este gran civilizador, el individuo no exista. Inmerso en la nebulosa del universo mágico, el hombre no representa más que un mecanismo registrador de la voluntad de poderes fuera de su control, hasta que Quetzalcóatl, heredero de la sabiduría de innumerables generaciones de brujos, "el que conoce el secreto de todos los encantamientos", el mago por excelencia, lo inicia al fin en los misterios de la vida interior que lo libera de la soledad desamparada de la existencia pre-individual.

Según la enseñanza de este profeta, el hombre es la encarnación de una partícula celeste, y el fin de su vida es guardar —por la purificación y el desprendimiento— esta partícula viviente a fin de que en el momento de la disolución del cuerpo pueda ir de nuevo a unirse a los astros de los que ella proviene. Las ceremonias en uso entre los aztecas así como el mito de Quetzalcóatl imponen esta interpretación. Véanse, por ejemplo, las palabras que se dirigen al recién nacido:

> ...Oh piedra preciosa. ...Oh pluma rica, ...fuiste formada en el lugar donde están el gran dios y la gran diosa que son sobre los cielos... Formóos y crióos vuestra madre y vuestro padre, mujer celestial y hombre celestial; has llegado a este mundo, ...como de lejos, pobrecita y fatigada. ...Nuestro señor Quetzalcóatl que es criador, ha puesto una piedra preciosa y pluma rica en este polvo...[9]

Existen numerosos indicios que permiten suponer que el alma estaba simbólicamente representada por la piedra pre-

[9] *Ibíd.*, págs. 608-609.

ciosa o la pluma. Entre los ejemplos más significativos puede señalarse el de la concepción de Quetzalcóatl y de Huitzilopochtli: "Se dice que la madre de Quetzalcóatl concibió porque se tragó un chalchihuite",[10] y que la madre del dios azteca quedó embarazada después de haber escondido una pluma blanca encontrada mientras barría el templo. Es evidente que, como en el Misterio cristiano de la Encarnación, es el espíritu que penetra de esta manera el cuerpo de la mujer.

La vida del ser que viene al mundo ha sido pues, determinada en las esferas celestes, y es sin duda a causa de la creencia, en esta partícula cósmica que a la muerte del individuo se libera que "...decían que no se morían sino que despertaban de un sueño que habían vivido y se volvían en espíritus o dioses. ...También decían que unos se convertían en Sol, otros en Luna, y otros en varios planetas..."[11]

En una página del Códice Borbónico existe un documento iconográfico de esta misma creencia. Es la imagen de un guerrero muerto, rodeado de objetos rituales, entre los cuales su máscara es altamente significativa: es la misma que la que caracteriza la representación humana de la Estrella de la Mañana. Este rasgo nos indica con claridad que el guerrero en cuestión estaba destinado a reintegrarse al planeta Venus.

El mismo pensamiento está expresado en esta plegaria: "Lo ruego a V. M. que sois nuestro señor humanísimo... que tengáis por bien que los que murieron en esta guerra sean recibidos con entrañas de piedad y amor de nuestro padre el Sol".[12] La muerte en combate constituye para los aztecas la purificación suprema y el sacerdote ruega al Sol considerar al espíritu de esos difuntos digno de ser recogido en su seno.

Es en este sentido que el astro necesita la ayuda humana: dando un poco de sí mismo a cada criatura, terminaría por morir de agotamiento si el individuo, por una vida oscura e inconsciente, destruyese la fuerza prestada en lugar de devolverla más luminosa que como la había recibido. Es decir, que la creación no era posible más que a través del autosacrificio: sacrificio del Sol desmembrado en la humanidad; sacrificio del hombre para restaurar la unidad original del astro.

El mito de Quetzalcóatl no significa otra cosa. Su pureza

---

[10] *Códice Chimalpopoca,* Imprenta Universitaria, México, 1945, pág. 7.

[11] SAHAGÚN, *op. cit.,* Tomo II, pág. 309.

[12] *Ibid.,* Tomo I, pág. 457.

absoluta se refiere a su estado de planeta, cuando él no es todavía más que luz. Sus pecados y sus remordimientos corresponden al fenómeno de la encarnación de esta luz y a la dolorosa pero necesaria toma de conciencia de la condición humana. Su abandono de las cosas de este mundo y la hoguera fatal que construye con sus propias manos, señalan los preceptos a seguir para que la existencia no sea perdida: retornar a la unidad eterna por el desprendimiento y el sacrificio del yo transitorio.

A pesar de que los humanos se identificaban con los diferentes cuerpos celestes, Quetzalcóatl eligió a Venus para representar al alma en su parábola y es ella quien se encontró de tal modo en el centro mismo del drama cósmico en que el hombre se vio de pronto desempeñando un papel de primer plano. Sin duda fue a causa de la visibilidad de sus fases que este planeta tuvo la preferencia. En efecto, después de su presencia luminosa en el cielo occidental, Venus desaparece "bajo tierra" y queda escondida varios días, para reaparecer después, más deslumbrante que nunca, en el cielo oriental. Es este mismo itinerario que, según Quetzalcóatl, sigue el alma: desciende de su morada celeste; desaparece en la oscuridad de la materia, para elevarse de nuevo, gloriosa, al momento de la disolución del cuerpo. Es muy significativo a este respecto que cuando los "demonios", irritados por la pureza de Quetzalcóatl, deciden perderlo, el subterfugio que inventan es precisamente "darle su cuerpo". Veamos como ocurrió esto:

> Primero fue Tezcatlipoca; cogió un doble espejo de un jeme y lo envolvió; y cuando llegó a donde estaba Quetzalcóatl, dijo a sus pajes que lo custodiaban: "Id a decir al sacerdote: ha venido un mozo a mostrarte, señor, y a darte tu cuerpo". Entraron los pajes a avisar a Quetzalcóatl, quien les dijo: "¿Qué es eso, abuelo y paje? ¿qué cosa es mi cuerpo? Mirad lo que trajo y entonces entrará". Él no quiso dejarlo ver y les dijo: "Id a decirle al sacerdote que yo en persona he de mostrárselo". Fueron a decirle: "No accede; insiste él en mostrártelo, señor". Quetzalcóatl dijo: "Que venga, abuelo". Fueron a llamar a Tezcatlipoca; entró, le saludó y dijo: "Hijo mío, sacerdote Ce Ácatl Quetzalcóatl, yo te saludo y vengo, señor a hacerte ver tu cuerpo" Dijo Quetzalcóatl: "Se bien venido, abuelo. ¿De dónde has arribado? ¿Qué es eso de mi cuerpo? A ver". Aquél respondió: "Hijo mío sacerdote, yo soy tu vasallo; . . .mira, señor, tu cuerpo". Luego le dio el espejo y le digo: "Mírate y conócete, hijo mío; que has de

aparecer en el espejo". En seguida se vio Quetzalcóatl; se asustó mucho. . .[13]

Y después de haberse embriagado y haber pecado con la hermosa Quetzalpétatl,

. . .dijo Quetzalcóatl: "Desdichado de mí". Y cantó la canción lastimera que para irse de ahí compuso: "Mala cuenta de un día fuera de mi casa. Que los ausentes de aquí se enternezcan, lo tuve por dificultoso y peligroso. Esté y cante solamente el que tiene el cuerpo de tierra; yo no había crecido con la aflicción del trabajo servil". . . .Cuando cantó Quetzalcóatl, todos sus pajes se entristecieron y lloraron. En seguida también cantaron: "En casa ajena aún no se habían enriquecido mis señores. Quetzalcóatl no tiene cabellera de piedras preciosas. El madero quizá en alguna parte está limpio. Hele aquí. Lloremos". . . .Después que cantaron sus pajes, Quetzalcóatl les dijo: "Abuelo y pajes basta. Voy a dejar el pueblo, me voy. Mandad que hagan una caja de piedra". Prontamente labraron una caja de piedra. Y cuando se acabó de labrarla, acostaron ahí a Quetzalcóatl. Sólo cuatro días estuvo en la caja de piedra. Cuando no se sintió bien de salud, dijo a sus pajes: "Basta, abuelo y pajes; vámonos. Cerrad por todas partes y esconded las riquezas y cosas placenteras que hemos descubierto y todos nuestros bienes". Así lo hicieron sus pajes, . . .inmediatamente se fue Quetzalcóatl, . . .y habiendo llegado a la orilla celeste del agua divina, . . .se paró, lloró, cogió sus arreos, aderezó su insignia de plumas y su máscara verde. . . .Luego que se atavió, él mismo se prendió fuego y se quemó: por eso se llama el quemadero ahí donde fue Quetzalcóatl a quemarse. Se dice que cuando ardió, al punto se encumbraron sus cenizas, y que aparecieron a verlas todas las aves preciosas, que se remontan y visitan el cielo. . . .Al acabarse sus cenizas, al momento vieron encumbrarse el corazón de Quetzalcóatl. Según sabían, fue al cielo y entró en el cielo. Decían los viejos que se convirtió en la estrella que al alba sale; así como dicen que apareció, cuando murió Quetzalcóatl, a quien por eso nombraban el Señor del Alba.[14]

---

[13] *Códice Chimalpopoca,* Imprenta Universitaria, México, 1945, pág. 9.

[14] *Ibíd.,* págs. 10 y 11.

Es imposible no sentir el hermetismo poderoso de esta parábola que, por su profunda inspiración poética, puede figurar entre los más bellos textos de las grandes tradiciones místicas universales. Aun sin entrar en el análisis minucioso que merecería, es evidente que se refiere a la personificación de Venus por Quetzalcóatl, siendo a su vez este planeta el símbolo del alma.

El mito de la creación del hombre es también notable en este mismo sentido. A fin de obtener los huesos de generaciones desaparecidas, con los cuales se propone formar el nuevo ser humano, Quetzalcóatl debe visitar el país de los muertos. Este episodio corresponde al descenso de Venus bajo la tierra y relata sin duda el mismo milagro: la encarnación de la luz y la liberación de la muerte. El mito explica, por otra parte, que cuando Quetzalcóatl llega al reino de las tinieblas parece de repente tan enloquecido de miedo que a pesar de que el dios del lugar le había ya regalado lo que buscaba, se puso a correr, cayó y rompió en su caída las osamentas preciosas. Este pánico irracional equivale exactamente a aquel que sintió al descubrir el pecado inherente al cuerpo que acababa de serle dado; la materia inconsciente y mortal de la cual el hombre debe salvarse, está simbolizada aquí por el interior de la Tierra.

El mito de Quetzalcóatl constituye el eje de toda la religión nahua. Hemos visto que la disciplina que se impone en los colegios donde se forman los grandes del imperio tiene un sabor místico tan acentuado que no podría derivar más que de una doctrina altamente espiritual. Es Quetzalcóatl y ningún otro quien enseñó que la existencia humana no es más que un doloroso proceso de redención de la materia. Convertido en ritual, el mito se encuentra en las ceremonias aztecas más importantes. Sabemos por ejemplo que hasta el fin de Tenochtitlán, los sacerdotes de alto rango llevaban todos el título de Quetzalcóatl y hemos señalado en otra oportunidad[15] que, como es lógico, este nombre perpetuado con tan grande constancia a través de los siglos, no era el único elemento que se relacionaba con el fundador de la religión nahua: los príncipes-sacerdotes de esta cultura figuraban como reencarnaciones de Quetzalcóatl y cumplían un ritual en el que se evocaban instantes memorables de su vida mítica.

---

15 LAURETTE SÉJOURNÉ, "Teotihuacán, ciudad sagrada de Quetzalcóatl", *Cuadernos Americanos*, núm. 3, 1954.

Se trataba probablemente de ritos de iniciación secreta en el curso de los cuales el iniciado recibía el alma y aprendía a morir, es decir, a sacrificar su yo perecedero para renacer a una vida espiritual regeneradora. Así como los Misterios de todas las grandes tradiciones, los Misterios mesoamericanos —reproduciendo en sus grandes líneas la parábola del hombre que fue convertido en astro— no tenían otro fin que el de asimilar el hombre a la divinidad. Es por lo que Quetzalcóatl figura como el hombre convertido en dios.

Las ceremonias mortuorias en vigor entre los aztecas parecen a su vez confirmar esta hipótesis. Se creía en efecto que el muerto estaba obligado a franquear siete obstáculos difíciles antes de llegar al fin anhelado de su viaje: el lugar donde "se acababan y fenecían los difuntos". El ritual que los vivientes cumplían nos informa que en este momento, considerando que el desaparecido no necesitaba ya de sus socorros, dejaban de hacer toda ofrenda. Las siete pruebas —la última de las cuales consistía en afrontar al terrible dios de los muertos— duraban cuatro años, y el lugar donde "fenecían los difuntos" no se alcanzaba si no se conseguía evadir su dominio. Es evidente que ese ansiado momento es aquel donde el espíritu, liberándose de las tinieblas de la materia, reencontraba al fin su origen luminoso.

Varios elementos identifican estas pruebas de las diferentes etapas del mito de Quetzalcóatl después que hubo abandonado su capital. Entre otras, el inmenso río que corta el camino que lleva a la liberación; con la diferencia que en lugar de cruzarlo individualmente como lo hace el alma, Quetzalcóatl establece sobre él un puente. No es imposible que ese puente sea uno de los numerosos símbolos que nos hablan de la misión de Quetzalcóatl: crear una comunicación entre la Tierra y el cielo a fin de unir el hombre a dios.

La práctica de los Misterios de iniciación durante la vida y después de la muerte explicarían un fenómeno de la religión nahua de otro modo totalmente ilógico. Según el contenido de los textos, parecería a primera vista que el destino en el otro mundo no estaba determinado más que por la manera accidental en que la muerte se producía. Se dedujo de esto que el comportamiento del individuo no tenía ninguna consecuencia para el alma, lo que está en completa contradicción con lo que sabemos sobre las leyes morales que regían en Tenochtitlán. Por ejemplo, la necesidad imperiosa de penitencia

y purificación que domina la educación azteca, no aparecería de esta manera sino como un rasgo incomprensible y sin raíces en el conjunto del pensamiento prehispánico, mientras que es lo que constituye su esencia misma.

En realidad la vida estaba concebida como una laboriosa preparación para la muerte, ya que ésta no representaba más que el nacimiento verdadero al que se alcanzaba escapando del yo limitado y mortal. Es probablemente en este sentido que se debe comprender que "...la hora del parto, ...se llama hora de muerte":[16] el recién nacido es la tumba del espíritu, tumba que no se abrirá más que en el momento de la disolución del cuerpo.

Parecería que todos los hombres no hubieran estado dotados de la virtud de llegar a este nacimiento glorioso. Varios pasajes de Sahagún especifican que sólo los príncipes y los altos dignatarios se convertían en espíritus o en astros. Es decir, que la iniciación que determinaba de una manera absoluta el destino del alma, no era accesible a todos, y eran sin duda los que no tenían derecho a los Misterios sagrados quienes iban al Paraíso terrenal o al País de los Muertos. Se menciona, en efecto, que los difuntos que partían para estos lugares eran simplemente enterrados, lo que significa que no pasaban por las pruebas rituales de las que hemos hablado. Es como vemos proceder precisamente con los esclavos que sacrificaban a la muerte de un gran señor: mientras que éste era incinerado —es decir que tenía acceso al más importante de los ritos de iniciación, el fuego redentor— los esclavos eran simplemente enterrados.

Cualquiera que sea la discriminación social que se ejerciera sobre el otro mundo, lo cierto es que la revelación de un principio espiritual que redime al ser humano de la muerte y del tiempo fue de un alcance trascendental. Sobre esta revelación se construyó toda la espléndida Civilización Nahua, y es ella la que dio el impulso que permitió la creación de su primero y más grande centro religioso: la ciudad sagrada de Tollan-Teotihuacán, donde la vida espiritual que predominará durante más de mil quinientos años en Mesoamérica —con sus conceptos morales, sus mitos, su ritual, su lenguaje simbólico, así como sus artes y sus ciencias— toma milagrosamente forma.

Como es natural, la *Serpiente Emplumada*, efigie de Que-

---

16 Sahagún, *op. cit.*, pág. 599.

tzalcóatl, es la imagen más sobresaliente en este poderoso complejo cultural. Esta imagen, que para los pueblos precolombinos poseía la misma fuerza de evocación que el crucifijo para la cristiandad, no puede ser sino el símbolo del mensaje que hemos tratado de exponer aquí. No hay más que ver la riqueza de inspiración con la que está tratada, en Teotihuacán por ejemplo, la *Serpiente Emplumada* —ese cuerpo reptante dotado del poder maravilloso de elevarse por encima de la Tierra— para convencerse de la verosimilitud de nuestra hipótesis.

FACUNDO Y LAS LIBERTADES DEL INFIERNO

Por *Alfredo E. VES LOSADA*

> Hai un momento fatal en la historia de todos los pueblos i es aquel en que, cansados los partidos de luchar, piden antes de todo el reposo de que por largos años han carecido, aun a espensas de la libertad o de los fines que ambicionaban; éste es el momento en que se alzan los tiranos que fundan dinastías e imperios.
>
> D. F. SARMIENTO, *Facundo*.

EL TRIUNFO de la Revolución no supuso unificación de voluntades. Los intereses económicos unificados en la lucha contra la Metrópoli, se bifurcan; la victoria no trae paz sino reagrupamiento de fuerzas nítidamente perfiladas: una, progresista, liberal, inspirada en civilizados modelos de ultramar; la otra, conservadora, dueña de tierras, de ganados y de hombres, que pretende el poder político como garantía de poderío económico. "Los unos que quieran llevar la revolución en todas sus consecuencias, los otros que quieran mantenerla en ciertos límites".[1]

A los patrones de la pampa les alarma la actividad de Belgrano, Moreno, Castelli, Monteagudo, más luego la de Rivadavia, y ponen en pie de guerra riqueza y milicia propias. El mismo camino lleva de Cornelio Saavedra a Rosas.

En el interior, las fuerzas coloniales librarán batalla hasta descubrir que el caudillo montonero es lanza defensora de la fe, de la propiedad, del privilegio. Hasta él se puede llegar, porque si el capricho gobierna sus acciones, el precio vale el premio.

---

[1] Las citas sin individualizar pertenecen a *Facundo,* edición oficial de las *Obras* de DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, tomo VII, Buenos Aires, Argentina.

Buenos Aires es el puerto, los saladeros, la aduana, y más allá, las estancias. Allí está la puerta del país, por ella pasan en adverso itinerario las ideas, los libros, el tasajo, el cuero, los algodones y las muselinas. En Buenos Aires se levanta el andamiaje institucional apenas resquebrajado por Mayo, ella tiene los resortes que pueden dar entrada al siglo XIX o detener el tiempo en el XI.

Rosas aplica una política propia de nuestro siglo. Sabe que no puede torcer por la fuerza la voluntad de Buenos Aires (sus calles vieron la derrota del inglés, la partida de las primeras tropas libertadoras; por ellas discurrían hombres que sabían defender ideas), y desde antes del año XX comienza una política perturbadora, auxiliado por los caudillos mediterráneos, destinada a minar paulatinamente la moral porteña, a cansar por el alarma de lo que nunca llega, a quebrar y ganar voluntades, a convencer que el caudillo es preferible a la anarquía. ("En medio de la tensión dominante se propagan rumores, se crean temores, se azuza a unos contra otros a los grupos rivales, y por último, se administra la conocida mezcla nazi de amenazas y promesas").[2]

La hábil política de rumores, de calumnias, de oposición maliciosa, desplegada desde lejos por el Héroe del Desierto, y desde dentro de la ciudad por su esposa, conducen a inexorable encrucijada: o se enfrenta decididamente a Rosas o se le entrega el Gobierno. Lo primero supone la guerra, armarse contra estancieros y caudillos; importa enarbolar la bandera unitaria, llamar las espadas de la Independencia, los doctores rivadavianos; lo segundo puede significar la calma, el fin de la zozobra. Rosas promete respeto y orden, y recuerda a los porteños el comportamiento ejemplar de sus Colorados en el año XX. Su milicia es la única garantía contra los chacales del Norte. Y pide únicamente la Suma del Poder Público.

¿Es tan alto el precio?

"Lo que pide es lo que la frase expresa: tradiciones, costumbres, formas, garantías, leyes, culto, ideas, conciencia, vida, haciendas, preocupaciones; sumad todo lo que tiene poder sobre la sociedad i lo que resulte será la suma del poder público pedida".

Y Sarmiento agrega: "I debo decirlo en obsequio de la verdad histórica, nunca hubo gobierno más popular, más de-

---

[2] Karl Mannheim, *Diagnóstico de nuestro tiempo,* F. C. E., 1946, México.

seado, ni más sostenido por la opinión". Veinticinco años de ablandamiento, de incertidumbre, de desmoralización y de terror, vencieron las últimas vallas, y los porteños, incapaces de constituir los partidos políticos que expresaran sus intereses, capitularon ante el jefe del único grupo fuertemente constituido. Por huir de la propia debilidad "aceptan la tutela del caudillo pacificador que los salva de la anarquía".[3]

En nuestro tiempo, hemos visto países que aceptaban idéntica concentración de poder a cambio de ilusoria paz social, de un dejar-hacer-al-cuco, confiados en la bondad mesiánica del caudillo que prometía resolver todos los conflictos (reservando para sí los dolores y las angustias del pueblo), a cambio de un solio, de un micrófono y de un lugar preeminente en los desfiles militares. Conocemos el desenlace.

Todos votaron, ninguno faltó a la cita deshonrosa. "Los unitarios que en nada habían tomado parte, lo recibían al menos con indiferencia; los federales *lomos negros,* con desdén, pero sin oposición; los ciudadanos pacíficos lo esperaban como una bendición i un término a las crueles oscilaciones de dos largos años; la campaña, en fin, como el símbolo de su poder i la humillación de los *cajetillas* de la *ciudad*". Cada uno vendió la libertad por una seguridad arrodillada y cobarde. ¡Hasta los enfermos abandonaron los lechos para acudir al plebiscito! "La votación aquélla es única (en realidad, primera de una larga serie en el mundo) en los anales de los pueblos civilizados, y los nombres de los tres locos, más bien que animosos opositores, se han conservado en la tradición del pueblo de Buenos-Aires".

Tres votos adversos a Rosas en una provincia de cuatrocientos mil habitantes, tres voluntades que supieron decir, *no,* tres hombres que no temieron "que sus nombres fuesen inscritos en algún negro rejistro, porque así se había insinuado".

Buenos Aires había alcanzado la hora del suicidio. Los porteños cedían vida, honra y fortuna por algo que Rosas jamás podría darles, porque la Suma del Poder Público es réclamo inevitable del tirano que aspira a colocar los intereses propios y los de su clan sobre la sociedad entera, del que busca hacer del fraude ley, del privilegio norma, de la venalidad y el peculado mordazas.

---

[3] José Ingenieros, *Sociología argentina,* Editorial Losada, 1946, Buenos Aires, Argentina.

II

Facundo triunfa por otros caminos. No es el pueblo cansado de luchas civiles y dispuesto a trocar libertad por sosegada esclavitud, son los jefes de facciones poderosas quienes reclaman su ferocidad. Tierra de encomenderos, de señores feudales, de pergaminos y de púrpuras, de generales, y de mendigos, de pocos doctores y muchos más pobres. "Si La Rioja, como tenía doctores, hubiere tenido estatuas, éstas habrían servido para amarrar los caballos". Poco tiempo necesita el flamante sargento mayor de milicias "con la influencia i autoridad de *comandante de campaña*", para adueñarse de los Llanos, mientras caen bajo su sable quienes reclamaron su concurso.

Facundo asume de manera más bárbara y directa, sin necesidad de comicios viciados por el cansancio, el miedo y la debilidad, idénticas funciones de supremo poderío, aunque sitúe un personero en la silla de la gobernación.

Rosas y Facundo, por huellas distintas, alcanzan el logro de su afán restaurador. En manos de ellos están seguras las formas más crudas y torpes de un clero oficial, las prerrogativas de los estancieros, porque la barbarie es mastín que acata la voz de los caudillos.

Facundo adviene al poder con el antecedente inmediato de su comandancia de campaña,[4] pronto será el hacendado más rico del Norte argentino. Configura el legítimo caudillo. Ya tiene riqueza que justifica tropas, y ella vincula sus intereses al de los otros estancieros (en la medida que esa fuerza elemental no olvide que, para Facundo Quiroga, desertor de los ejércitos libertadores, no puede haber límites de campo ni marcas en el ganado). Él está sobre la Ley, él es la Ley.

Rosas es el hombre más poderoso de la campaña bonaerense; sus intereses de hacendado y de saladerista prefiguraron un ideal de gobierno y de clase que le hace añorar los tranquilos tiempos de la Colonia (la infantil participación en la lucha contra los ingleses no pasa de ferviente mito reivindicador). Debe realizar una doble tarea: afianzar los resortes estatales para hacer de un Gobierno de cinco años, una dictadura inde-

[4] A. E. Ves Losada, "Facundo y el miedo como estructura del poder", *Cuadernos Americanos*, nº 5, 1953, México.

finida; y de los caudillos provinciales, un puñado de asalariados o quienes se pueda comprar con las rentas de la Aduana de Buenos Aires.

Facundo es el caudillo del Interior, feroz y elemental, que sirve oscuramente la ley de los patrones; Rosas es el que manda sobre todos, la voz final, el que gobierna. Facundo es brazo, Rosas cabeza. Y cuando el brazo abarca demasiado, un grupo de asesinos elige Barranca Yaco como apostadero, a la espera del sentenciado.

III

Los caudillos argentinos necesitan el poder para mantener un *status* que es la ruina del país.

Facundo acude a las lanzas montoneras, a los degüellos, a las exacciones en masa, impone tributo a las ciudades, remata personalmente los objetos confiscados en Tucumán, todos son medios para alcanzar y mantener el unicato. El terror, la expoliación, el fraude y la muerte, son armas válidas en aquella guerra contra el tiempo.

Rosas posee la Aduana de Buenos Aires, que es decir la lámpara de Aladino, la maquinita que hace oro. Por el puerto único —los demás están cerrados por naves extranjeras y cadenas argentinas— salen los frutos del país y por él entran hasta los ponchos que vestirá el gaucho. La Aduana, columna vertebral de la historia rioplatense, compra caudillos, iglesia, cónsules, generales. Cuando la dictadura es larga, la gente avisada no regatea precio a la conciencia, que siempre se puede encontrar oídos ingenuos en la hora del derrumbe. Nunca el pueblo fue memorioso con los lacayos.

Rosas descubre el secreto de las modernas dictaduras: conservar intacta la exterioridad legal. Él es gobernador elegido plebiscitariamente, funciona una legislatura de sensatos propietarios, existe una administración sumisa, una policía política cruel y eficaz. Dirige desde el gobierno y con las ventajas del cargo, la inmensa red monopolista que cubre la provincia.

Rosas descubre que no es necesario estar contra la Ley, si el hombre de Estado hace que la Ley esté con él. Supo adelantarse en un siglo a Hítler, Mussolini y tantos otros.

Desde entonces no hay otro partido que el Federal, en-

tendido el término como adhesión fervorosa a un hombre y su sistema, descartándose toda alusión a la necesidad de constituir la república federativamente.

Al institucionalizarse la barbarie, al hacerse Ley del capricho y del privilegio, las palabras pierden su real contenido, y los términos libertad, propiedad, derechos humanos, equidad, se vacían, quedan huecos, convirtiéndose en descarnados fantoches, ¿qué valor tendrá la palabra libertad en boca del emigrado, si Rosas ofrece el espectáculo de un plebiscito que exhibe tres votos adversos? Nadie puede negar que todos votaron por la dictadura. ¿No es eso democracia?

A la vista están los órganos jurisdicionales nacidos de la Ley para hacer cumplir la Ley. Quedarán roncos los adversarios que denuncien la burla del Derecho.

¿Libertad de reunión? A nadie se le niega permiso para vivar a Rosas, o lamentar la muerte de la Heroína, o vociferar contra los socios extranjeros del patrón, que no se ponen de acuerdo en el reparto de las ganancias, y deciden de cuando en vez cerrar el río.

¿Libertad de prensa? ¿Acaso el gringo De Angelis no dice lo que quiere, como quiere y cuanto quiere a los argentinos exilados? ¿No prueba que el uso de la prensa no se niega ni a los extranjeros?

¿Que se ha cerrado el Salón Literario? ¿Que se persigue a los miembros de la Joven Argentina? Pero si en Europa los gobiernos de la Santa Alianza, respetables y respetados, persiguen a carbonarios, socialistas y agitadores. No debe confundirse libertad con abuso de libertad.

El dueño de Buenos Aires sabe el valor de las palabras cuando falta conocimiento directo de hombres y de cosas, no se le oculta que a los gobiernos europeos interesa un régimen estable, fuerte, capaz de dominar por igual al hombre de la campaña y al ciudadano de ideas peligrosas. A los grandes estados de ayer interesaba tanto como a los de hoy la existencia de regímenes autoritarios que mantuvieran el *status* colonial, y Argentina debía producir materias primas que luego devolvería manufacturadas Europa. Por eso se les ve "dando la mano para que se levante cada vez que le ha visto bambolearse al tiranuelo ignorante".

Los pueblos nada saben fuera del anuncio de los gobernantes y todo ataque a los intereses económicos de una gran potencia caerá bajo la dentellada de una prensa *libre* que re-

cibe instrucciones y paga. Esa opinión pública deberá decidir en desiguales condiciones sobre verdad y mentira, e inútil resulta destacar que la voz de los emigrados merecerá unánime repudio de los hombres de bien.

Los argentinos que luchan en los bastiones de Montevideo pronto descubren la doble faz de los gobiernos, el sucio menester de los hombres de Estado, simples personeros de banqueros e industriales, y el Tratado Mackau hace "conocer la Francia poder, la Francia gobierno, mui distinta de esa Francia ideal i bella, jenerosa i cosmopolita, que tanta sangre ha derramado por la libertad; i que sus libros, sus filósofos, sus revistas nos hacían amar desde 1810".

¿Y el Tigre de los Llanos? Él también ha hecho del terror y el miedo palancas de gobierno. Su nombre "llenaba el vacío de las leyes". Ocho provincias tenía bajo la zarpa. Rosas y Facundo no diferencian métodos. Fecundo conserva gobernadores y legislaturas; el clero le proclama *Enviado de Dios.* La fachada sigue en pie; la estatua de la justicia no tiene venda en los ojos y puede contemplar a quienes la utilizan de palenque; los ahitos propietarios simulan no ver más allá de la espada del orden y reposan en las bancas legislativas; y los gobernadores, bueno, siempre hubo "perros fieles" por techo, casaca y mendrugo.

Las palabras en boca de Facundo pierden contenido originario para burla de enemigos, confusión de ingenuos y diversión de avisados. Las palabras se desangran y llegan al hombre desnudas de verdad y de belleza. Ellas traen mal mayor que el de las balas.

Aquí están sus proclamas:

> ARJENTINOS: Os juro por mi espada que ninguna otra aspiración me anima que la de la libertad... Libre por principios i por propensión, mi estado natural es la libertad: por ella verteré mi sangre i mil vidas, i no existirá esclavo, donde las lanzas de La Rioja se presenten.
>
> OPRIMIDOS: Los que deseéis la libertad o una muerte honrosa, venid a mezclaros con vuestros compatriotas, con vuestros amigos i con vuestro camarada.
>
> Me tenéis ya en campaña para contribuir a que desaparezcan esos seres funestos que osadamente han despedazado los vínculos entre el *pueblo* i *las leyes.*

Temblad, de cometer el más leve atentado. *Temblad,* si no respetáis las autoridades i las leyes. I *temblad,* si no desistís de ese loco empeño de cautivar la libertad de los pueblos, mientras exista.

Son palabras robadas a Belgrano, Moreno, Castelli, Monteagudo, Paz, Lavalle. Términos que en sus bocas tenían valor preciso, un significado de paz y de concordia para los pueblos del Sur, y en Facundo eran la antítesis, expresión de antilibertades.

Ya tenemos perfiladas las Libertades Negras.

IV

FACUNDO convoca las lanzas llaneras y seis mil jinetes se ponen en marcha. Rosas fortifica y aherroja los ríos, y el Litoral ruge pidiendo la cabeza del extranjero de turno. Nadie duda la popularidad y adhesión del régimen.

Miles de personas se congregaron para presenciar las exequias de Facundo, y muchas más para ver las cabezas de sus matadores.

El caudillo tiene estatura suficiente para hablar por todos y callar en nombre de todos. Quien ha sido elevado por un plebiscito de votos o de lanzas, se sabe apoderado de Dios y del pueblo, y obrará en consecuencia.

Pero no basta la exaltación inicial, no debe apagarse el fervor que suscitó el milagro, y la opinión pública será sobresaltada, llevada de aquí para allá, entretenida siempre. Hoy son rumores de una conspiración contra el caudillo, mañana se conocen detenciones, pasado se mencionan los nombres culpables. Luego es una flota extranjera y el pueblo está en la hora de los tiros, nunca en la de las paces. El caudillo tiene una fecha de cumpleaños que celebrar. Rosas tiene una hija viva y una esposa muerta, y eleva a tres la ventaja. Y todos acuden a protestar adhesiones y juramentos, a babear alabanzas.

Las demostraciones populares no bastan para convencer al caudillo y al mundo del fervor de una adhesión, se hace necesario algo más perdurable, característico, una seña o insignia permanente, un distintivo político.

"La historia de la cinta colorada es mui curiosa. Al principio fue una divisa que adoptaron los entusiastas; mandóse después llevarla a todos, para que *probase la uniformidad* de la opinión. Se deseaba obedecer, pero al mudar de vestido se olvidaba. La policía vino en ausilio de la memoria, se distribuían mazorqueros por las calles, i sobre todo en las puertas de los templos, i a la salida de las señoras se distribuían sin misericordia zurriagazos con vergas de toro. Pero aún quedaba mucho por arreglar. ¿Llevaba uno la cinta neglijentemente anudada?: ¡Vergazos!, era unitario. ¿Llevábala chica?: ¡Vergazos!, era unitario. ¿No la llevaba?: ¡Degollarlo por contumaz!"

Luego fue necesario ostentar el "retrato del Ilustre Restaurador sobre el corazón en señal de amor *intenso* i los letreros *mueran los salvajes inmundos unitarios*".

En las Legaciones argentinas acreditadas en el extranjero, los domésticos exhibían la cinta en la botonadura; el enviado y personal superior tenían "el pudor de ostentar su retrato".

De aquel modo, y más allá del acto público donde se aclamaba al caudillo hasta enronquecer, el Gobierno procuraba recordar a todo hombre y mujer, durante las veinticuatro horas del día, la existencia del Héroe.

La unidad de opinión es absoluta. No hay quien dude las ventajas del régimen, o que lamente haber votado a Rosas en 1835. No se conoce hombre que negase el carácter divino y providencial de Facundo.

El caudillo no teme la opinión pública, ella está con él. "Preguntad en toda la República Arjentina si hai alguno que no sostenga i crea que es federal".

Qué valor podrá tener el dicho de un emigrado sanjuanino, cuando diga en un folletín titulado *Vida de Juan Facundo Quiroga:* "¿Qué se le ha dado (al pueblo) en cambio de sus sacrificios i de sus sufrimientos? ¡Un trapo colorado! A esto ha estado reducida la solicitud del Gobierno durante quince años, ésta es la única medida de administración nacional, el único punto de contacto entre el amo i el siervo: marcar el ganado!"

Es la voz del despecho. Es la palabra de un hombre que se ha negado a escuchar al pueblo encarnado en el caudillo.

Palabra contra palabra. Libertad vs. Libertad ¿Opinión? ¿Cuál? ¿De quién?

V

La restauración se inicia "con el cuchillo en una mano y el rebenque en la otra",[5] y la prensa debe desenvolverse en un clima especial, donde la loa al gobernante no ceda un ápice al denuesto adversario. Los papeles impresos exhiben las alabanzas más absurdas que pueda imaginar el espíritu lacayuno, cada hoja es "una biografía continua, inagotable, del Restaurador, de ese hombre prodigioso que hace más en un día por su tierra natal que lo que hará la muerte en medio siglo; de ese héroe sin segundo, para cuya vida no bastaría un Plutarco... Veríais, lectores, en cada frase, o un Héroe del Desierto, o un Padre de la Patria, o un Restaurador de las Leyes, o un Héroe de la Confederación, o un Brigadier General D. Juan Manuel de Rosas que lo resume todo",[6] y junto a la semblanza impar del caudillo corre el estiércol sobre los nombres odiados. Quien acepta encabezar la hoja con la leyenda *Mueran los salvajes inmundos unitarios,* no puede tener escrúpulos de conciencia.

¿Qué hace el napolitano De Angelis cuando publica sus documentos? ¿Qué idea se le ocurre? "La más peregrina, la más feliz, fue su Dedicatoria al Restaurador".[7] Y no lo hace únicamente para alcanzar el favor del tirano, ella es requisito indispensable, el *sésamo* que posibilita la publicación, cualquier publicación. Es algo que estaba en "la lójica de hierro de las cosas". Si la *unanimidad* es completa y ella converge sobre un gobernante, el episodio será reflejo de muchos anteriores, sólo habrá cambiado el marco.

Esa charlatanería despreciable fue arma eficaz, contra ella luchan más de quince años las plumas exiladas, atajando calumnias e infamias, y aclarando términos para acabar con el deliberado mal uso de las palabras.

¿Qué decían la *Gaceta Mercantil* y el *Archivo Americano?* ¿Se referían únicamente al Héroe y a su salvaje enemigo? También les interesaban los temas mayores: la libertad, el bien de la República, la navegación de los ríos. Tales bienes ciudadanos aparecen allí como propiedad de un jefe y beneficio de una clase.

---

[5] Esteban Echeverría, *Dogma socialista,* Universidad Nacional de La Plata, 1940.

[6] *Ibid.*

[7] *Ibid,*

Es empresa difícil hallar plumas venales, las mejores están en campo adversario. No hay hombre de letras, uno que merezca el nombre, que acepte el empleo. No asombra ver "que ese mismo Restaurador no haya encontrado entre los estudiantes de Buenos Aires una pluma más hábil, más digna y sobre todo argentina, que, si no en tres idiomas genízaros, al menos en la hermosa lengua patria, charlase en pro de su Sistema Americano".[8]

Cuando el turbio De Angelis se pone al frente del *Archivo Americano* es porque Rosas ha fracasado en la búsqueda de plumíferos nativos y encuentra en el napolitano la mano propia para el cargo. El resultado es trágico. "Entregados al desenfreno de la guerra civil, dominados por el caudillaje bárbaro, la aparición en nuestras playas de un hombre que hiciese de la prensa un vehículo de mentira y difamación, una tribuna de inmoralidad, de tiranía y de retroceso, debía contribuir poderosamente a trastornar todas las nociones morales, a estirpar la semilla de toda buena doctrina, a fomentar la anarquía de los espíritus".[9]

¿Puede asombrar que el régimen de los estancieros declare a todos los vientos que la libertad de prensa es absoluta? ¿Acaso el término *Libertad* puede tener dos significados, uno federal, unitario el otro? ¿Cómo presumir mala fe en un Gobierno elegido plebiscitariamente? ¿O exaltado por todas las lanzas de los Llanos?

Las palabras vuelven a saltar de los carriles y la confusión es cada vez mayor. "Este abuso de las palabras es una de las causas que más han contribuido al trastorno y confusión de las ideas en América del Sud".[10]

Alberdi explicará años más tarde que se confunde prensa con libertad, sin advertirse que cada Gobierno tiene su hoja. Los hombres de Estado que hacen de la violencia y el terror institución estable, no pueden tener a sus pies más que una prensa venal e infame, para quien la voz del amo es la única voz. "Esa prensa cree poder merecer la opinión de probidad, ejerciendo al mismo tiempo la calumnia y la injuria, como si estos actos perteneciesen a las bellas artes y no al código penal".[11]

---

8 *Ibíd.*
9 *Ibíd.*
10 *Ibíd.*
11 Juan Bautista Alberdi, *Cartas quillotanas*, Claridad, Buenos Aires.

Si la prensa rosista es vehículo simultáneo de alabanza y de diatriba, si las palabras valen en función bélica, si la hoja impresa es hermana de la acerada hoja mazorquera, y escinde reputaciones y honras como la última vida, queda completado el cuadro en que se desenvuelve tan peculiar libertad de prensa, que, no por común en nuestros pueblos, provoca espanto.

Ésta es la prensa famélica y rufianesca, contraeco de la atemorizada voz unánime, que permite acreditar al caudillo la existencia de una sólida libertad de expresión.

VI

La noticia de que Buenos Aires otorgaba libertad de cultos a los extranjeros conmovió el interior del país. Desde Córdoba en adelante, la santa ira religiosa sacude la modorra provinciana y vociferantes energúmenos reclaman muerte y exterminio en nombre de Dios.

Nunca existió Iglesia que, convertida en columna del Estado, hiciese de la tolerancia norma de conducta, y las que se proclaman herederas de Cristo no escaparon a la regla. Todas atesoran una vocación de universalidad y poderío que las entenebrece y pierde. Si en la Segunda Gran Guerra sacerdotes de países enemigos bendecían las armas nacionales en nombre de un mismo y único Dios, no podrá extrañar aquella reacción nacida en un medio bárbaro, y ante la quiebra de un monopolio espiritual.

¿Quién se levanta contra los *libertinos?* ¿Quién empuña la espada del cielo? ¿A quién llaman los sacerdotes *Enviado de Dios?*

¡Facundo! ¡A Facundo!

Él es el brazo armado del Señor. En su bandera negra y sobre la cruz sanguinolenta luce el lema: "Relijión o muerte". Sus lanzas garantizan la fe, la esperanza y la caridad del católico para con el católico, reservando el degüello, la impiedad y la vergüenza para el hereje. "Porque la ira del león es la sabiduría de Dios, y son porciones de eternidad, el aullido de los lobos, la furia del turbulento mar y la destructora espada".[12]

---

[12] William Blake, *Poems and Prophecies,* Everyman's Library, 1942, Londres.

Los pueblos reciben al Tigre de los Llanos como mensajero divino, cual fiera apocalíptica descendida para confundir y exterminar *libertinos.* Notables de la ciudad, sacerdotes, monjas, populacho famélico y entenebrecido, formarán filas a la entrada de las ciudades para recibirle. Nunca imaginó la mente liberal que el caudillo enarbolase el estandarte cristiano.

El caudillo necesita el apoyo del clero, como éste necesita de aquél. En días más felices para la patria, la Iglesia hizo oír algunas voces de libertad, justicia e independencia, y sobre los sacerdotes dignos cae la jauría. El Ministro que le titulara *Enviado de Dios* huye horrorizado y Facundo lamentaba "no haberlo a las manos para darle seiscientos azotes".

Conocida la detención del ex-gobernador Gutiérrez, varios sacerdotes interceden por su vida, y Facundo los pone presos y ordena se los fusile en lugar de aquél. Al final todo se reduce a una exhibición de cobardía y al consiguiente gozo del caudillo. "Es verdad que a ninguno fusila; eso estaba reservado a Rosas, jefe también del partido *católico;* pero los veja, los humilla, los ultraja, lo que no estorba que todos los viejos i las beatas dirijan sus plegarias al cielo por que dé la victoria a sus armas".

Rosas no suma títulos religiosos a los muchos que la adulonería le obsequia cada día, porque es el mismo Dios. Su retrato se adora en los altares, y los ministros católicos que tan celosamente defienden el alma gaucha de la influencia cismática, no vacilan en "poner al lado del Santísimo Sacramento el retrato de Rosas i sacarlo en procesión bajo palio".

Buenos Aires respetó la libertad de cultos, porque los intereses patronales estaban vinculados a Inglaterra, y escoceses e ingleses vieron respetadas sus creencias. Allí terminaba la excepción, más allá regía una Iglesia bárbara, montonera.

Ésta fue la libertad de cultos que conoció la Argentina rosista.

VII

Argentina tuvo dos hijos predilectos: el patrón y el gaucho. El amo acumula tierras y ganado, el gaucho debe optar entre la servidumbre y la perpetua rebeldía. Más allá, está el desierto, tierra de nadie para el blanco, donde mora el indio y se incuba el malón.

Rosas gobierna como patrón. Él vela los intereses del estanciero e inútil será que el agricultor proteste cuando los animales destruyan los sembradíos. Nunca como ahora se perseguirá el abigeato, y quienes carneen para comer, serán perseguidos y acorralados, porque es delito que se castiga con la muerte.

El jinete pampeano, el gaucho que devora leguas y horizontes al galope, desciende a un nivel que no imaginó el español. El que quiera vivir en la llanura, formar hogar y tener hijos, deberá trabajar en la estancia, circunstancia que lo habilita para obtener un pasaporte válido ante el juez de paz: la papeleta de conchavo. Sin ella, el gaucho es un *vago*, y como pena deberá defender la frontera india sobre un mal caballo, con una paga que queda en manos de los jefes y trabajando, a veces, el campo del comandante.

La estancia o el fortín. Es un círculo de hierro, una cadena cuyos eslabones aferran al amo de la tierra.

El estanciero acapara riquezas y honores, es legislador, militar, ministro, juez; el gaucho no tiene nada, si se conchava le quitan hasta el cuchillo, si roba para vivir morirá algún hermoso amanecer, si tiene suerte y mantiene la rebeldía, vivirá en el desierto, patria común de la fiera y del indio.

Cuando Rosas quiere asegurarse la fidelidad de sus oficiales, los hace estancieros, obsequiándoles las tierras confiscadas al unitario. Porque el patrón unitario es la excepción. El Gobierno respeta y respalda al estanciero rosista, y la muerte y la confiscación quedan reservadas para el propietario unitario. Es el único caso en que la suerte del patrón y del gaucho se identifican.

En los comienzos de su carrera, Facundo enfrenta un día al juez de paz que le exige la papeleta de conchavo. "Aproximó su caballo en ademán de entregársela, afectó buscar algo en el bolsillo, i dejó tendido al Juez de una puñalada".

Facundo no estaba destinado, evidentemente, a defender un oscuro fortín de blandengues, pero el desierto será el imposible refugio de seres nobles como Martín Fierro. "El gaucho odia al blanco y la patria del blanco, porque ella sólo lo admite como siervo, como odia la patria del indio, porque su horizonte está por debajo de su alma".[13]

Los servidores, los hombres que rodean al caudillo, sean

[13] Luis Franco, *El otro Rosas*, Claridad, 1945, Buenos Aires.

militares o tinterillos, no corren mejor suerte. "Facundo hace comparecer a las autoridades neglijentes. Su Escelencia el Señor Gobernador i Capitán Jeneral de la Provincia recibe una bofetada, el Jefe de Policía se escapa corriendo de recibir un lanzazo, i ambos ganan la calle de sus oficinas a dar las órdenes que han omitido". El caudillo respeta únicamente a sus iguales.

Para transacciones y contratos rige absoluta inseguridad. Facundo mediante una esquela ofrece por el diezmo, que se remata anualmente en La Rioja, la suma de dos mil pesos "i uno más sobre la mejor postura", y mantiene el monopolio hasta 1831.

El régimen ha privado de derechos y desnudado de toda garantía a los argentinos, únicamente los extranjeros se pasean con seguridad, por lo que "cada contrato que un hijo del país necesita celebrar, lo hace bajo la firma de un estranjero". A esto ha quedado reducido el derecho de los argentinos a manos de los defensores de la Integridad Nacional: a que el nativo envidie en el extranjero una condición que asegura garantía diplomática.

Ciertos negocios quedan fuera de la órbita privada si caen en el cálculo del caudillo. Facundo se interesa por el monopolio de la carne. "En seguida de una batalla sangrienta que le ha abierto la entrada a una ciudad, lo primero que el jeneral ordena, es que nadie pueda abastecer de carne el mercado".

Argentina luce la más perfecta igualdad de trato en igualdad de condiciones; poder y riqueza para el estanciero rosista; confiscación y degüello al estanciero opositor; servidumbre para el gaucho; muerte o exilio para poetas y pensadores.

VIII

Un olvidado día de 1941, en ocasión marítima, se proclamó el derecho de los pueblos, asegurándose a los hombres una libertad integral *(freedom from fear and want)*. La lengua es imprudente en el peligro.

Si el hombre y los pueblos no pueden hacerse oír cuando invocan aquella Carta signada con agua salada, nada cabe esperar de caudillos que en nombre del pueblo, de la libertad y de Dios, escarnecen y pisotean cuanto proclaman.

Rosas y Facundo gobiernan para una clase; son agentes

elevados al poder para garantir el bienestar usurpado; están en la silla más alta o sobre el caballo de guerra en función tiránica. Ellos enlodan y envilecen las palabras.

En una sociedad escindida entre los que tienen y los que no tienen, el destino de los últimos es camino que se bifurca en sumisión o rebeldía.

Argentina era un inmenso mar de pastos que hizo del gaucho un ser casi tan elemental como el potro que montaba, dotándole una sabiduría silvestre que compartió con los demás seres de la llanura. El desprecio al indio, el odio al español, el rencor al amo criollo, le dieron relieve humano, en la medida que tales sentimientos importaban afirmación personal, la superación de un *status colonial.* En la misma pampa encontró el patrón los resortes para quebar la voluntad del gaucho. La espuela y el facón otorgan patente de machismo y voz de mando, y el patrón será buen jinete o mejor cuchillero. El caudillo viste ropa gaucha, doma potros, es buen cantor, roba animales, sabe hundir el facón hasta la ese. Y cuando el hombre de la ciudad baja al llano con el mensaje redentor, encuentra unidos al siervo y al señor para enfrentarle. Ha triunfado la política del patrón, del comandante de campaña, del juez de paz y del clérigo. (Dios hizo a los ricos y a los pobres, y el premio no es de este mundo). Las lanzas que persiguieron al godo se enristrarán contra quien defienda el ideal de Mayo.

¿Y el otro camino?

No hay campo para la rebeldía grande. El gaucho que marcha a tierra del indio deserta de sí mismo y de su causa. No hay soluciones individuales para problemas sociales. Lógico es que quede sin cuchillo y con caballo prestado, al servicio del patrón. Él defenderá la estancia desde la milicia, el fortín o la Mazorca.

Mientras la economía rosista no toque fondo, la miseria y el atraso del pueblo no impedirán el regular funcionamiento de una estructura aparencial. La Legislatura dicta leyes; la judicatura es ciega pero no sorda; la instrucción pública no existe; la policía persigue patriotas y apaña pillos; el ejército engulle premios, galones y sangre; los estancieros son más y más ricos; el pueblo nunca más pobre y degradado.

Existe plena libertad de sumisión.

Para quienes Argentina sea inagotable fuente de materias primas y productor de alimento para los esclavos de Brasil y

Cuba, el federalismo de Rosas y Facundo significará máxima garantía.

Las libertades de Mayo están en sombra. Ante ellas se yerguen las libertades mentidas, nacidas de la barbarie y el engaño, poseídas de un sentido demoníaco, que buscan hacer del animal más hermoso de la pampa, no un hombre, sino un siervo del hombre.

"El mal que es preciso remover es el que nace de un gobierno que tiembla a la presencia de los hombres pensadores e ilustrados, i que para subsistir necesita alejarlos o matarlos; nace de un sistema que, reconcentrando en *un solo hombre* toda voluntad i toda acción, el bien que él no haga, porque no lo conciba, no lo pueda o no lo quiera, no se sienta nadie dispuesto a hacerlo, por temor de atraerse las miradas suspicaces del tirano; o bien porque donde no hai libertad de obrar i de pensar, el espíritu público se estingue, i el egoísmo que se reconcentra en nosotros mismos, ahoga todo sentimiento de interés por lo demás. *Cada uno para sí,* el azote del verdugo para todos; he ahí el resumen de la vida i el gobierno de los pueblos esclavizados".

Hasta el Día de la Verdad, la historia argentina será lentísimo esperar y el tiempo se computará en gotas de sangre y lágrimas.

UN CONSTRUCTOR DE PUEBLOS

Por *Octavio MENDEZ PEREIRA*

Al cumplirse el primer centenario del nacimiento de Justo Arosemena escribí yo su biografía en una obra premiada en concurso a la cual le puse como epígrafe palabras tomadas del insigne dramaturgo Jacinto Benavente, quien acaba de morir en Madrid después de una vida fecunda para el teatro español. Esas mismas palabras voy a ponerles ahora para iniciar esta presentación:

> Entre los muñecos y fantoches de cartón y trapo, ya conocidos vuestros, veréis ahora algún hombre que hablará como hombre, para espanto de los muñecos. Y ved cuánto fuerza la costumbre: como ya conocéis a los fantoches de nuestra farsa y son tan viva imitación de verdaderos hombres, ahora tal vez el hombre verdadero os parezca un muñeco y los muñecos más hombres que nunca. Ni habrá de qué asombrarse si así fuera. Los muñecos son todo resortes, dobleces y junturas; como se yerguen, se doblegan; como se alzan, se arrastran, y esta flexible facilidad es el mejor remedo de lo humano. Estos muñecos son hombres que saben vivir: los hombres listos que todos conocemos. El hombre verdadero os parecerá, en cambio, con rigidez inflexible, sin coyunturas, porque alienta en él un noble espíritu y es todo frente y todo corazón. Su voz sonará sobre todas las voces de la farsa con palabras de profecía.

A medida que pasa el tiempo la figura moral e intelectual de Justo Arosemena va tomando relieves más consistentes y su palabra sonando más y más como voz de profecía. Cuando se cumple ahora un siglo más o menos de su acción cívica, en momentos de confusión ideológica universal, pareciera erguirse todo frente y todo corazón, con nuevos bríos, su figura de prócer, dispuesta a batallar otra vez, con las mismas fuerzas de antes, por la libertad, la justicia y la democracia bien entendidas.

Proteo intelectual, nada hubo en tiempo de Arosemena que escapara a su comprensión e interés; Aristarco moral, nunca titubeó su entereza cuando en la lucha contra los prejuicios, la ignorancia o la mala fe de los políticos, tuvo que sacrificar su tranquilidad o hacer sangrar su corazón en la arena de las incomprensiones. Así llenó de luz y de honor los puestos públicos que aceptó y desempeñó.

Difusión de la enseñanza, educación cívica de las masas, libertad de sufragio, moralización de la administración y la justicia, estudio de las constituciones, reforma de las leyes penales y procesales, lucha contra todas las esclavitudes, libertad de palabra y de pensamiento, en estas y otras causas dejó Arosemena surco vivo con la acción en la tribuna parlamentaria, en el gobierno, en el libro y el periódico; también en la vida misma ciudadana, por el influjo constante de su fuerte personalidad moral, resplandeciente con todos los fulgores de la dignidad humana.

En Justo Arosemena culminan y se condensan los ideales de nuestros pueblos. Por eso su vida es una gran enseñanza y es la síntesis de una historia nacional. En esa vida puede encerrar Panamá toda la fuerza de su autoctonía agarrada al suelo del Istmo; todo el vuelo de sus libertades e ideales humanos. Por eso, en todo tiempo tendrán su acción y su verbo eficacia rectora y redentora, por eso siempre podrá servir de guía su ideario político y social. Como el Cid Campeador, podrá su beligerancia espiritual seguir ganando batallas por el destino democrático de nuestros pueblos, contra los imperialismos y las dictaduras y el caudillismo ignaro de los cubileteos electorales podrá con esta virtud proteica influir, por modo imperecedero, en los destinos de la patria chica, y de la patria grande América.

La acción suya en favor de la federación en Colombia fue la base más consistente para la separación del Istmo de Panamá, el cual se había unido voluntariamente a aquélla, al emanciparse de España. Ya desde 1852 había advertido en la Cámara de Representantes de Bogotá que el Istmo no podía esperar por más tiempo las leyes que requería su situación especial.

Y nadie antes ni después pudo sobrepasar el vigor de sus argumentos y el ardor del patriotismo que él puso en su famoso folleto sobre el Estado Federal de Panamá, donde hay palabras, como las siguientes, que por sí solas implican un grito de independencia: "Ábrase el mapa de la América, póngase en manos

de un extranjero poco versado en geografía americana, márquese el Istmo de Panamá y pregúntesele a qué nación pertenece, o si más bien no cree que constituye un Estado independiente".

Pero el patriotismo de Arosemena, no era sólo un patriotismo panameño, era un patriotismo continental. Recuérdese sólo, como una muestra, su acción en el Congreso Internacional Americano de Lima, en que tuvo compañeros como el argentino Domingo Faustino Sarmiento, el chileno Manuel Montt, el peruano Paz Soldán y el venezolano Antonio L. Guzmán, para obtener que aquel Congreso recomendara la extensión de la ciudadanía política a los naturales de los otros Estados americanos, como una realización de su fraternidad. Anticipación de la ciudadanía americana que todavía es un ideal irrealizado de nuestros pueblos. Lo es también el de la emancipación política de la mujer, que Arosemena proclamó al alegar que "ella no puede sentir la aspiración política mientras no se sienta libre e igual al hombre, pero éste arguye contra la consecución del sufragio aduciendo la condición que le ha creado y que le procura sostener". Y son ideales más o menos irrealizados, por los cuales luchó el patriota continental, los ya apuntados del sufragio libre efectivo y la libertad de palabra y de pensamiento, del hacer justicia a todo el mundo, del observar con fidelidad y sin artificios las leyes, del tolerar todas las opiniones legítimas aunque vinieran del enemigo.

La democracia de Arosemena fue auténtica, llena de impulso creador y de sinceridad en la teoría y en la práctica, por lo que puede ocupar, y ocupa, en Colombia como en Panamá, el mismo puesto de constructor de pueblos que ocupan Sarmiento en Argentina, Martí en Cuba, Hostos en Puerto Rico, y Bonifacio en el Brasil. Pertenece, por otro aspecto, a la prosapia de Tocqueville y de Spencer. Precisamente, un trabajo suyo sobre el matrimonio civil publicado en inglés con el seudónimo de "Philantropus", *The Institution of Marriage in the United Kingdom,* fue atribuido en Londres a este último gran pensador, por lo sólido y avanzado de las ideas, por la seguridad de la expresión, por el valor con que aquéllas fueron expuestas. Desempeñaba entonces Arosemena el puesto de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia en Inglaterra y acababa de arreglar allá de una manera muy favorable la deuda externa de su país.

Entonces formaba parte Panamá, como es sabido, de la República de Colombia, y a ésta había consagrado Justo Arosemena su inteligencia y sus servicios. No hubo problema social de su época que no estudiara y tratara ni hubo cuestión de algún interés para su patria a la cual no prestara su concurso decidido e ilustrado. Fue un gran cerebro luminoso, robusto y espontáneo que ha dejado huella brillantísima en las letras, en la historia, en las instituciones y en la diplomacia de América.

Sobre todo en el campo del Derecho. Su fe, su convicción y su devoción por el Derecho constituyen la savia de su apostolado cívico tan firme y tan fecundo. Y no hay que asombrarse de esta fecundidad. Todo aquel en quien el verbo llega a hacerse carne es, gracias a ello, para decirlo en términos filosóficos, un poder espiritual viviente más que una teoría, más que la ciencia, cualquier ciencia, pues ninguna tiene la acción de un hombre vivo si éste ha adquirido la capacidad de ver todas las cosas en su justa perspectiva. El vivir de un hombre con gran inteligencia, con plena conciencia y dominio del espíritu, constituye una vivificación permanente, un permanente poder creador por el que puede llegar a asumir el papel de guía o de órgano de una colectividad. Lo asumió y lo sigue asumiendo, no cabe duda, Justo Arosemena.

Nació este grande hombre en la ciudad de Panamá el 9 de agosto de 1817, de padres que brillaron igualmente por su clara inteligencia: don Mariano Arosemena, prócer de la Independencia del Istmo y doña Dolores Quesada, ambos de encumbrada estirpe, noble por la sangre y por el talento. La familia Arosemena ha dado, en efecto, muchas inteligencias y muchas libertades al suelo istmeño: Blas Arosemena, Pablo Arosemena entre otros, ocupan puestos de gran relieve en la historia del Istmo.

Da una idea de los estudios emprendidos por don Justo e indica su futura orientación en el campo de la moral práctica su discurso sobre los delitos, escrito entre los veinte y veintiún años y pronunciado en un certamen de la legislación penal en 1838. Ya entonces, influido por las obras de Bentham, su amor por el pueblo, cuya regeneración y libertad constituyeron la constante preocupación de su vida, le hizo odiar todo organismo arcaico, todo dogmatismo, toda tiranía de la autoridad y acudir animoso a las disciplinas del Derecho Positivo y del nacionalismo moderado. Siguieron a esta obra, en etapas suce-

sivas de su vida, los *Apuntes para la introducción a las ciencias morales y políticas, Principios de moral política, Materias económicas,* que forman parte de su obra inédita *Sociología aplicada; Estudio sobre moral,* donde plantea asuntos que a fines del siglo decían en son de novedad sociólogos como Guyau, Le Bon y Gabriel Tarde, donde la fórmula tan decantada del primero, "el máximum de defensa social con el mínimum de sufrimiento individual", la había lanzado él y desarrollado; donde lo que decían después Lombroso, Ferri y Garófalo sobre el castigo como mera precaución social, lo había dicho él sin las exageraciones que ha producido la reacción de nuestros días; *Examen sobre la franca comunicación entre los dos océanos por el Istmo de Panamá,* el más sólido alegato en favor del Canal de Panamá, que habían de construir más tarde franceses y norteamericanos; *El Estado Federal,* alegato ya mencionado, muy sólido también, el más sólido de cuantos se escribieron en favor de la independencia de Panamá, que le sirvió de base para obtener en el Congreso de Colombia de 1855 la creación del Estado Federal, el cual él mismo presidió en el Istmo como jefe provisional; *Código de moral fundado en la naturaleza del hombre,* estudio sintético en forma de apotegmas, del carácter de la moral, de su campo y sus poderes, en donde se nota, más que en ninguna otra de sus obras sobre moral, un esfuerzo consciente por romper la unión de ésta a la metafísica y reivindicar para el sociólogo y el psicólogo el derecho de proporcionar exclusivamente al moralista los fundamentos de su doctrina ética; *Estudio sobre la idea de una Liga Americana,* presentado al Congreso Internacional Americano de Lima en 1864; *El matrimonio ante la Ley,* tesis avanzada sobre el matrimonio civil, desarrollada ante la Corte Suprema de Chile para poder ejercer en aquel país la abogacía; *Estudios constitucionales sobre los Gobiernos de América Latina,* acaso su obra cumbre, donde está comprendido todo su pensamiento político y constitucional, todo un programa de sociología americana en armazón sólida, que todavía hoy es nueva y avanzada de sus puntos de vista; *La revolución en Colombia,* ensayo político que pudiera servir de modelo a los liberales de América; *Límites entre los Estados Unidos de Colombia y los Estados Unidos de Venezuela,* que al doctor Arosemena como Ministro en este último país le tocó arreglar sobre las bases firmes de Derecho, etc., etc.

Justo Arosemena desempeñó en Colombia los cargos públicos de mayor importancia, miembro del cabildo, catedrático, juez, diputado, diplomático en Europa, Estados Unidos y Sudamérica, senador, secretario de Estado, y no fue presidente porque no lo quiso, según lo veremos más adelante; ni necesitaba el grande hombre para la plenitud de su gloria del mando supremo, que ni lo tuvo Franklin en los Estados Unidos y cuántos no hubieran cambiado el título de presidente en aquel país por el bastón de manzano que aquel hijo de un fabricante de velas de Boston legó al libertador de la Unión, según lo observó un fino comentarista colombiano al referirse a este episodio de la vida de don Justo.

Pensador profundo, orador de frase segura y clara, patriota con amplitud americanista, estadista y político en el más comprensivo sentido del concepto, dio Arosemena a esta última actividad de su vida la más alta importancia social, desde los puntos de vista intelectual, moral y práctico, convencido sin duda de que una política así elevada de rango, constituye la ciencia del hombre en todas sus manifestaciones, en todas sus acciones y aspiraciones.

Y para el cultivo y la práctica de esta ciencia, Justo Arosemena reunía la variada competencia que ella requiere en Historia, sociología, Derecho, filosofía, economía, etc., más las cualidades que una competencia tal demanda en las aplicaciones: firmeza y honradez en las convicciones, recta concepción de la democracia como teoría y valor para poner en práctica esa teoría.

Aquí está encerrada la verdadera grandeza de nuestro polígrafo: personalidad intelectual bien definida y fuerte, personalidad moral integérrima, respeto y devoción por el Derecho, capacidad de estadista creador de los que saben superar el presente y anticipar el porvenir. Para él, en efecto, como para todo político que además es un estadista de verdad, la política tenía que consistir en el estudio de la realidad del presente y de la anticipación de la realidad del futuro, interpretadas estas dos realidades a la luz de una doctrina ética de filosofía de la Historia.

Combinaba en su personalidad lo que el gran patriota checoslovaco Benes pedía para un estadista demócrata: "Un elevado tipo de hombre de gran cultura intelectual y de erudición científica con intuición e instinto agudos".

Arosemena se definía a sí mismo como político en el siguiente párrafo de una carta dirigida a un presidente colombiano: "He ansiado por ver entronizada en Colombia una política justiciera y tolerante, prudente y poseída de espíritu práctico: es decir, he deseado ver en el poder hombres que no pongan en ejecución los mismos contraprincipios que condenaban la víspera, y que, verdaderos estadistas, genuinos liberales, no se contenten con haber escrito sobre su gorro frigio, sino que practiquen ansiosos el famoso lema del gran filósofo norteamericano: la honradez es el mejor expediente".

Porque él practicó este lema hasta el rigor, no aceptó la candidatura a la presidencia de la República que una vez le ofreció el presidente Rafael Núñez: "No concibo —dijo entonces—, cómo puede gobernar a Colombia un hombre honrado con una Constitución anárquica y un Partido corrompido en el poder".

Y resumía así el patricio todo un programa de regeneración política, aplicable aún en muchos de nuestros países de América: "Reforma constitucional - Tolerancia - Verdad en las elecciones - Respeto a todos los derechos. Moderación en el uso del nuestro y aun en el lenguaje empleado con nuestros adversarios. Justicia en todo y para todo el mundo".

Cuántas lecciones cívicas, cuántas lecciones morales, cuántos ejemplos de probidad política y de firmeza de principios, nos dio este gran hombre, y puede seguir dándonoslas si las juventudes ponen atento oído a su voz solemne de patriota máximo, "patriota inmaculado", como lo llamó Guillermo Andreve.

En estos tiempos de psicosis colectivas más que nunca, cuando andan subvertidos todos los conceptos, cuando en los países sovietizados se llama democracia a lo que constituye la más integral dictadura del espíritu y del gobierno; cuando en Occidente, a la sombra del mismo concepto mejor entendido de democracia, medran regímenes militares y dictatoriales de fuerza; cuando acá a los que tienen el valor de hablar de libertad y de defender derechos humanos nacionales conculcados se les confunde y se les arroja a la hoguera anticomunista, como antes arrojaban a la hoguera inquisitorial a los que defendían verdades desconocidas, así se llamaran Galileo o, con más humildad, fray Luis de León.

Es preciso que vuelva a nuestros hombres liberales y demócratas el espíritu viril y acerado de Justo Arosemena para que

puedan elevar de nuevo, sin miedo a las psicosis colectivas morbosas, la voz clara de la justicia, de la libertad y la verdadera democracia en nuestros pueblos; para que no se confunda ésta con los *ismos* exaltados, vindicatorios y retrógrados, totalitarios o dictatoriales.

Bien haría nuestra juventud, lo repito, en estudiar la vida y las obras de Justo Arosemena. Podrá ver entonces cómo la fuerza irradiadora del gran panameño es lo que alguien ha llamado "la voluntad del hombre puro", que en última síntesis es la voluntad pura de los pueblos; podrá asomarse entonces a la vida profunda de un hombre, en el concepto viril e íntegro de esta voz; de un hombre pleno, "simétricamente igual en inteligencia y en corazón", de un hombre sin coyunturas, de una sola pieza, con entereza acerada de alma mayor; de un estoico inconmovible, resumen de virtudes, de bronce para pensar, de carne, sin embargo, para amar, y enternecerse, como llegó a decirse del romano Marco Aurelio.

† Ya en prensa este número de la revista, se recibió en México la noticia dolorosa de la muerte de Méndez Pereira, creador de la Universidad de Panamá y una de las más altas figuras del pensamiento latinoamericano. Probablemente el ensayo sobre Arosemena es el último o uno de los últimos escritos del Maestro. *Cuadernos Americanos* hace presente su condolencia a los intelectuales panameños y a los deudos del ilustre desaparecido.

EL TEATRO RIOPLATENSE

DEL CIRCO A LAS MODERNAS EXPRESIONES DE VANGUARDIA

Por *Roberto F. GIUSTI*

UN TEATRO argentino con continuidad de producción, poseedor de todos los elementos integrantes, los expresivos y los materiales, escenarios y cuadros de actores estables, público asiduo, prensa crítica y resonancia social, sólo existe desde hace medio siglo. Nuestra producción dramática se remonta más lejos, hasta el siglo XVIII, y de éste la hacen partir los cronistas, reseñando sus manifestaciones esporádicas a través de la época colonial y la independiente. Pero raras y discontinuas esas obras, tales como la tragedia seudoclásica de asunto indígena, *Siripo,* del doctor Lavardén, representada en 1789 en la primera "Casa de comedias" porteña, o las tragedias de Juan Cruz Varela, de la tercera década del siglo pasado, inspiradas en Virgilio y en Alfieri, o los dramas románticos posteriores, si bien fueron expresiones literarias merecedoras de ser recordadas y estudiadas, no constituyen propiamente un teatro. Las raras veces que esas y otras obras subieron a la escena, llegaron a auditorios reducidos y por lo común indiferentes. Les faltó el calor popular. Lo tuvo en cambio el teatro llamado desde comienzos de este siglo, "nacional" por antonomasia. Algunos de sus historiadores, considerando sus orígenes, lo hemos llamado rioplatense, pues a su nacimiento y desarrollo concurrieron autores y actores argentinos y uruguayos, a menudo produciendo y trabajando en común. Por lo menos hasta 1910, año de la muerte de Florencio Sánchez, el autor más influyente y recordado, en la formación y desenvolvimiento de ese teatro figuran hermanados autores y actores procedentes de ambas orillas del Plata.

Nació en humildísima cuna. Sus antecedentes se remontan al penúltimo decenio del siglo XIX. Admítese generalmente que tuvo origen en la pantomima circense *Juan Moreira.* De ella

derivó el conjunto de factores, intereses, aspiraciones y esperanzas que, completados luego por otros elementos, dieron vida a la comedia argentina. En la iniciación de ese proceso encontramos el nombre del más popular folletinista bonaerense, Eduardo Gutiérrez (1853-1890). Periodista de pluma fácil, emuló el éxito de las novelas folletinescas extranjeras publicando unas treinta de ambiente histórico o de asunto policial argentinos. Las más celebradas fueron las gauchescas, en las que repitió la vieja historia del forajido echado al campo por la arbitrariedad de los mandones; las hazañas del bandido generoso y valiente obligado por la fatalidad a ensartar crimen con crimen hasta que muere matando. De la media docena que publicó es prototipo *Juan Moreira.* Lo mismo, que sus congéneres, Moreira es el gaucho alzado, víctima de la prepotencia de alcaldes y jueces de paz, cantor de hierras y pulperías: invencible, armado de su facón y trabuco, por las partidas policiales. Su nombre se ha vuelto en la Argentina un apelativo común con la significación algo despectiva de bravo con jactancia, y a la influencia perniciosa del "moreirismo" se atribuyó antaño el matonismo de arrabal, mientras duró el auge de las representaciones gauchescas en los circos. Porque Juan Moreira pasó en 1884 al circo —a un circo norteamericano que representaba en Buenos Aires— como personaje de una pantomima urdida sobre la novela, encarnado por un payaso uruguayo, José Podestá, por apodo "Pepino el 88", el cual unía a sus artes clownescas la de montar a caballo, entonar canciones criollas acompañándose con la guitarra y manejar la daga.

Tres años después Moreira habló en un circo de Chivilcoy. El propio Podestá escribió el tosco drama, cuyos cuadros sucesivos se representaban, ya en el picadero, ya en un tabladillo improvisado. Así nació el 10 de abril de 1886 el drama gauchesco en un humilde circo de población provinciana. Espectáculo simple y grosero; pero humildes y aun groseros y bárbaros fueron los orígenes, antiguos o medievales, de los mayores teatros.

Al primitivo esbozo fueron incorporándose en el andar de pocos años danzas, músicas, versos, escenas, personajes —el gaucho pobre, el borracho, el vasco, el cura napolitano, el popularísimo Cocoliche, máscara grotesca del italiano acriollado— en un continuo trabajo de creación folklórica adaptada a las tradiciones del criollismo popular, ingenuo en su bárbara rudeza. En 1890 la representación llegó a despertar la curiosidad de la

élite porteña, al punto que el propio Presidente de la República se dignó asistir; después Moreira volvió a hundirse en la penumbra de los circos de arrabal. Pero el germen fructificaría. Moreira trajo en pos de sí a los demás héroes gauchescos de Gutiérrez, entre ellos el legendario cantor Santos Vega, quienes pasaron al repertorio popular y fueron paseados por los circos de ambas orillas del Plata. En este período fue muy importante la contribución de los escritores de Montevideo. Uno de ellos, Abdón Aróztegui, compuso en *Julián Giménez* una afortunada imitación de *Juan Moreira,* pero haciendo de su héroe un gaucho uruguayo patriota en el tiempo de la dominación brasileña; otro, Orosmán Moratorio, hizo de otro gaucho perseguido, *Juan Soldao,* el protagonista de una obra de intención política.

La evolución hacia formas teatrales más dignas que el dramón sangriento habría de producirse en el seno mismo de la compañía de actores que lo había echado a rodar por los circos de ciudades y pueblos argentinos y uruguayos. Señaló en 1896 el comienzo de esa evolución, *Calandria,* serie de estampas gauchescas compuestas con cierta intención artística por un escritor entrerriano, Martiniano Leguizamón. "Calandria", apodo del protagonista originado en el nombre del pájaro cantor, es un matrero en pleito con la policía por amar la libertad. No es sanguinario ni brutal y al final de la obra la sociedad lo recobra. Indultado, se convierte en un criollo trabajador.

Otra fecha capital en la evolución del teatro rioplatense es aquel 6 de abril de 1901 en que la compañía de los hermanos Podestá, nómade hasta entonces de circo en circo y escenario en escenario, se presentaba en un teatrillo céntrico de Buenos Aires, el "Apolo", estableciéndose en él durante largos años. En ese escenario el gaucho desgraciado y rebelde, habiendo dado de sí cuanto podía, aun para los públicos menos exigentes, abrió paso al "compadre" de suburbio, que antes había hecho su aparición esporádica en los escenarios españoles del género chico. En el "Apolo" adquirió carta de ciudadanía el "teatro orillero", derivación criolla de la revista, la zarzuela y el sainete de marca madrileña, trasplante con mucho de sabor original y local. Sainete que suele concluir en tragedia, su ambiente natural son el conventillo y el suburbio. Su éxito no deriva del asunto sino de los elementos que caracterizan el ambiente y le dan color: los tipos, la música y los bailes arrabaleros, entre los cuales triunfa el tango. El pueblo reconoce su mundo en los tipos del

sainete y éstos a su vez modelan actitudes, dichos y sentencias del pueblo en un proceso de recíprocas reacciones. Si los tipos han sufrido variaciones conforme a la evolución social de la población urbana, el molde y el contenido del sainete no han variado gran cosa a lo largo de más de medio siglo. En la caudalosa corriente andan revueltas muchas obras estúpidas y torpes con algunas amenas, decentes e ingeniosas. Escasos autores teatrales rioplatenses han renunciado a componer sainetes. Entre los precursores se destacó Nemesio Trejo, pintor de las costumbres de una Buenos Aires que a fines del siglo pasado todavía tenía mucho de "grande aldea", como la había definido un novelista del decenio anterior. Posteriormente, en su período de auge inicial, nadie superó en fecundidad y vivacidad al uruguayo Carlos Pacheco. También Florencio Sánchez, el mayor dramaturgo del teatro rioplatense, rindió culto repetidas veces, "pane lucrando", al género popular.

Otra fase de la vida campesina debía encontrar su expresión teatral en el "Apolo", aquella que había anunciado *Calandria.* La bombacha sustituía al chiripá; la chacra, al campo abierto, aunque veríase todavía durante varios años fraternizar en el mismo escenario el gaucho alzado y nómade con el sedentario y pacífico. El autor más representativo de tal evolución fue Martín Coronado, rezago de la lírica y el teatro románticos cuando estrenó en 1902 *La piedra de escándalo* con un éxito hasta entonces sin precedentes. Desde esa fecha hasta 1918, año en que, casi en vísperas de su muerte, dio a la escena *La chacra de don Lorenzo,* segunda parte de *La piedra de escándalo,* Coronado hizo representar con diversa fortuna en distintos escenarios, una veintena de obras, algunas de ellas ya envejecidas en sus cajones. Ninguna más aplaudida ni representada que el afortunado drama escrito en fáciles versos octosílabos con que al fin, ya cincuentón, alcanzó el éxito. Mantuvo el favor popular mezclando y planteando de diferentes maneras unas pocas situaciones dramáticas semejantes, desenvueltas por lo común en un cuadro rústico y con frecuente desenlace trágico, según un juego mecánico de oposición entre el bien y el mal, la víctima —siempre la mujer— y el victimario —esposo o seductor—, el villano y el noble vengador que se sacrifica por la mujer. No hay en ese teatro propiamente caracteres; la intriga es convencional; pero ganó durante algunos años la adhesión de plateas fácilmente contentadizas, conquistadas por el brío de la acción y el lenguaje dramático directo y familiar, tan vecino de la prosa,

del que lo diferencia la rima. Es un teatro que entronca con el español.

En los tres lustros que mediaron entre *La piedra de escándalo* y su Segunda Parte, se había producido en Buenos Aires una profunda evolución del concepto dramático por obra de un grupo de comediógrafos inspirados en las corrientes contemporáneas del teatro europeo, realista y de ideas. Su inigualada expresión rioplatense fue Florencio Sánchez. La revelación del comediógrafo uruguayo, periodista bohemio residente en la Argentina desde la mocedad, tuvo lugar en 1903 en el Teatro de la Comedia, donde se había establecido por su cuenta ese mismo año Gerónimo Podestá, el mayor de los cuatro hermanos. La obra que había de cimentar el renombre de Sánchez fue *M'hijo el dotor*, a la vez un animado y fresco cuadro, en el primer acto, de la vida campesina, y una comedia a la manera del "Teatro libre", de Antoine, el celebrado actor y director francés que ese mismo año precisamente representaba en Buenos Aires. Oponíanse en esa comedia dos diferentes concepciones morales, dos modos de encarar la vida, el del padre, honrado campesino, y el del hijo, abogado pedante y egoísta, enfermo de lecturas mal digeridas, aunque quizás Sánchez lo viera de otro modo al plantear dramáticamente su rebeldía. La carrera del dramaturgo uruguayo fue extremadamente breve. Nacido en Montevideo en 1875, logró su primer éxito cuando contaba veintiocho años, y falleció en Milán, tuberculoso, siete años después. Concebido su teatro entre los afanes y cuidados de una vida difícil, y realizado con febril precipitación, siempre bajo la urgencia de la necesidad, está formado de veinte obras, de ellas ocho comedias o dramas en tres o más actos. La última de calidad fue *Los derechos de la salud*, estrenada en 1907. Entre ésta y *M'hijo el dotor* mediaron poco más de cuatro años, lapso durante el cual el dramaturgo vio brotar, echar raíces, florecer, dar sus frutos y morir su talento creador. Su teatro, insertado en el movimiento naturalista, es representación inmediata de la realidad. Sus obras más suyas (*Barranca abajo, Los muertos, La Gringa*) no son otra cosa que trozos crudos y simples de verdad humana, sin literatura. Nótanse en su producción dos fases distintas, aunque no separables netamente. En la primera, sin faltar cierta orientación ideológica, predomina la pintura directa del ambiente rústico o urbano; en la segunda, esa pintura está subordinada al propósito manifiesto de sostener una tesis o plantear un problema moral. *M'hijo el*

dotor, La Gringa, Barranca abajo, En familia, Los muertos, pertenecen a la primera fase; en la segunda entran definidamente *El pasado, Nuestros hijos* y *Los derechos de la salud.* Nadie ha levantado en la Argentina el drama rústico a mayor altura que aquella en que él lo puso audazmente con *La Gringa* (1905), obra vigorosa, optimista, con estridencias de sainete y sabor de égloga.

Otro momento capital del teatro argentino fue en 1905 el estreno de *Barranca abajo,* historia de despojo y deshonra de una familia campesina. Ese drama de perdición por el vicio y la desgracia lo reprodujo varias veces en diversos ambientes urbanos. Aplaudido como excelente costumbrista, intentó en sus tres últimas obras, de 1906 y 1907, con éxito discutido, la alta comedia, a la vez de análisis psicológico y de tesis social. La ideología de Sánchez, la exaltación de la moral autonómica, es fácilmente vulnerable por la crítica; pero no le faltó ni la franqueza del pensamiento ni la punzante eficacia dramática. La crítica, a través de sucesivas rectificaciones del juicio, ha ido poniendo por encima de todas sus obras *Barranca abajo,* maciza y rugosa como un tronco de árbol en cuya copa sonríen melancólicamente algunas flores humildes. Este drama y *La Gringa* bastan para cimentar un teatro original y fuerte. El ilustre crítico español Enrique Díez Canedo escribió: "Para encontrar un autor dramático comparable a Sánchez en todo el territorio americano y no sólo en el de habla española, tenemos que llegar en nuestros días mismos hasta tropezar en los Estados Unidos con Eugenio O'Neill".

Los cinco años escasos de su producción quizás fueron los más promisorios para la escena rioplatense. Después del éxito de *M'hijo el dotor,* algunos periodistas y escritores que hasta entonces se habían mantenido alejados desdeñosamente del teatro criollo concibieron la esperanza de ennoblecerlo con obras en que la experiencia de lo nuestro se animaba con inquietudes artísticas e ideológicas. La comedia satírica de costumbres, antes ensayada con fortuna por Ezequiel Soria y Nicolás Granada, encontró su autor más diestro en un hacendado y político porteño, el cual llegó al teatro como jugando: Gregorio de Laferrère. En mayo de 1904 estrenaba *Jettatore,* divertida comedia de enredo, sátira burlesca de una prevención muy porteña. Al año siguiente repetía el éxito con *Locos de verano,* especie de álbum de caricaturas en las que encarnaban las manías o ridículas aficiones porteñas más comunes en los comienzos del siglo.

La influencia de los comediógrafos españoles Álvarez Quintero es patente en ambas obras. En 1908 Laferrère dio su comedia mejor construida y que le sobrevive, *Las de Barranco,* pintura de la pobreza vergonzante de una familia de la clase media, combatida entre la necesidad y los escrúpulos de la honra. El teatro de Laferrère está impregnado del más típico espíritu de su ciudad, burlón y escéptico.

El mismo año del estreno de *Jettatore,* Roberto J. Payró, diestro periodista, también reputado en los círculos literarios, procedente del grupo cuyo centro había sido en la década anterior Rubén Darío, estrenaba su drama rural *Sobre las ruinas,* expresión del ideal de esa hora: el del progreso material que traería consigo la redención espiritual, la paz y la felicidad, concepción parecida a la que Sánchez desarrollaría el *La Gringa* en otro plano y con diferentes recursos. Novelista prestigioso, autor, pocos años después, de una de las más celebradas novelas argentinas de la época realista, las *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira,* Payró introdujo en los escenarios rioplatenses el teatro de ideas, del que fue una segunda expresión optimista, *Marco Severi,* historia de la redención en tierra argentina de un litógrafo italiano, condenado en su patria por falsificador de moneda.

En el fecundo decenio ascensional que va de *La piedra del escándalo* a *La montaña de las brujas* de Julio Sánchez Gardel, estrenada en 1912, y *El león ciego* del uruguayo Ernesto Herrera, se incorporó a nuestro teatro un grupo talentoso de comediógrafos, naturales de ambos países del Plata, de los que algunos abastecieron la escena durante largos años. Fue aquél un decenio de rápidos progresos. El público seguía educándose y los viejos actores mejorando, adaptándose a nuevas formas teatrales; se revelaban otros autores y actores y multiplicábanse las compañías. Surgía también una crítica escuchada. En 1910 ya existía un teatro nacional, entonces el único orgánico y estable en toda la América hispánica. Sin embargo la producción, después de la muerte de Sánchez empezó a dar manifiestas señales de decadencia por causas extraartísticas, vinculadas a los aspectos comerciales del teatro, las que han persistido a través del tiempo en el permanente flujo y reflujo de una institución tan estrechamente vinculada con el éxito mercantil y como tal sujeta a la perniciosa influencia de las aficiones vulgares de plateas y galerías. Varios nombres podrían ejemplificar la atracción que lo inferior ejerció sobre talentos felizmente dotados,

incapaces de resistir a las tentaciones del éxito fácil, tasable por el monto de los derechos de autor. El más representativo, Enrique García Velloso, aplaudido autor en los días iniciales de los dos melodramas *Jesús Nazareno* y *Caín.* En una dedicación sin reposo al teatro, comenzada en la adolescencia, despilfarró sobresalientes aptitudes de hombre del oficio, prodigándose desordenadamente. Ingenio repentista y brillante, sacrificó la calidad a la cantidad. Poseía una rica inventiva de situaciones cómicas y dramáticas, pero en las primeras torció demasiadas veces hacia la bufonada vulgar y en la segundas hacia el efectismo.

Iniciaron la marcha en las huellas de Sánchez, de quien fueron amigos, Vicente Martínez Cuitiño y José González Castillo. Por ese camino ambos han hecho preferentemente teatro de observación y crítica sociales.

Desde el año 1908, fecha del estreno de *El último gesto,* Martínez Cuitiño ha representado más de treinta obras, algunas muy celebradas. Una constante inquietud renovadora lo llevó desde el naturalismo inicial, hasta valientes, si no todas afortunadas, tentativas vanguardistas. El tema de la mujer engañada, seducida, corrompida, vendida por el amante o el marido, es uno de los dominantes en su teatro. El dramaturgo se pone casi siempre de parte de la mujer. Algunas de ellas, como los protagonistas de *La humilde quimera* o de *Cuervos rubios,* adquieren un noble perfil humano. Otro tema repetido en el repertorio de Martínez Cuitiño es el deslizamiento de los hogares hacia la miseria y la deshonra.

En las obras en que González Castillo intentó decir algo y no meramente entretener, lo hizo con manifiesta inclinación hacia el teatro polémico de tesis y crítica social. Era la época de las audacias naturalistas, llegadas con retraso a nuestras playas. Corre por el teatro de González Castillo cierta vena de simpatía humana hacia los caídos y los vencidos. Apartándose de la caricatura y la "macchietta", hizo de algunos de sus sainetes simpáticos cuadros de costumbres a la manera de un Ramón de la Cruz criollo. La moral revolucionaria de González Castillo es simplista; no conocía la finura; pero lo salvaba el vigor en las situaciones de efecto.

Más templado fue el arte de Pedro Pico, comediógrafo que antepuso la finura y la gracia, o la ternura, a la fuerza. Componen su producción original unas setenta obras teatrales, muchas de ellas escritas en colaboración: dramas, comedias, saine-

tes, bocetos de costumbres. La primera fue un sainete juvenil, de 1901, los días iniciales del teatro "Apolo"; las últimas fueron comedias póstumas. Falleció en 1946. Pico se sintió inclinado a pintar la vida menuda, y, particularmente, durante un período de su creación, la de las ciudades pequeñas del interior, cuya observación le hizo posible una larga residencia activa como abogado y militante socialista en la capital del territorio de la Pampa. No sacrificó empero la psicología al colorismo; y de aquélla le interesó en mayor grado la de la mujer, estudiada con cálida simpatía en algunas figuras tiernas y abnegadas. El chispeo del diálogo, ágil, cortado, ocurrente, fue la virtud sobresaliente de Pico. En sus últimos años evolucionó hacia un teatro ligero y brillante en tono de farsa, en el cual dio las mejores notas de su ingenio. Teatro risueño, optimista, aunque penetrado de un leve escepticismo, sabe también hacer valer los matices emotivos que hacen amables sus comedias sentimentales.

En 1910 Pico retomaba en *Tierra virgen* el conflicto planteado cinco años antes por Sánchez en *La Gringa* entre el viejo habitante de la tierra y el inmigrante, y lo resolvía nuevamente con el triunfo del gringo. No mostraba sentir más simpatía por el vencido que por el vencedor. El sentimiento de pena que inspira la suerte del primero, aunque explicable ésta históricamente, se convierte en aversión al inmigrante en el teatro de los cultivadores del drama rural posterior al año del centenario de la Revolución, fecha en que Pico estrenaba su obra. A la vez que los dramaturgos derraman lágrimas sobre la ruina del poblador criollo, exageran hasta la voracidad demoníaca la codicia del gringo. Nacía en el teatro argentino la xenofobia, hecho natural porque más que en cualquier campo, en el teatro se reflejan los movimientos sociales y los sentimientos de la hora fugaz.

Pero no siempre triunfaba el extranjero. En el camino que andan con paso victorioso el protagonista de *La Gringa* y el de *Tierra virgen,* quedaban tendidos miles de derrotados. Hay el otro drama, el del colono desalojado sin piedad por el patrón cuando la seca, las malas cosechas y la baja de los cerales o la sórdida especulación hacían imposible el cumplimiento de los contratos de arriendo. Este terrible drama de la tierra argentina, mitigado posteriormente por la legislación, es el que inspiró a Alejandro Berruti *Madre tierra,* su primera obra, escrita en los años en que más hervía la polémica parlamentaria y periodística contra la iniquidad de esos contratos. El drama del

despojo tiene en el teatro argentino su hito inicial en *Barranca abajo*. La desgracia de don Zoilo fue vuelta a guisar en todas las salsas por nuestros comediógrafos y rehecha de cien modos. Víctimas de un despojo son también los personajes de *La inundación* de Rodolfo González Pacheco, cuya acción se desarrolla en una estancia patagónica. Drama de acentos épicos e intención simbólica, tiene por escenario una naturaleza salvaje y bravía, y por personajes hombres de pasiones violentas, hechos a luchar con la naturaleza y a dominarla. Su lenguaje es tajante como sus almas; sin embargo, aunque bárbaro por sus formas regionales, es a veces artificiosamente retórico, que tal fue el mayor defecto del autor. Anarquista fiel a la concepción libertaria, exaltadamente romántica, de la sociedad y de la vida, ésta inspira todas sus obras. En el segundo decenio del siglo arreciaron en la escena argentina estas reivindicaciones criollistas, nostálgicas de un pasado donde se mezclaba la fantasía romántica con la realidad. Documentos de un estado de conciencia colectivo, ninguna alcanzó la categoría de una creación artística lograda. La protesta proletaria venía de más lejos en las obras de Alberto Ghiraldo, popular periodista y poeta anarquista, cuyo teatro pertenece más a la propaganda política que al arte.

Lo mismo que la prédica social característica de la escena europea de fines del siglo pasado, también ha tenido cultivadores el género tradicional del drama histórico. David Peña, quien ya pertenecía a la vieja guardia cuando los Podestá comenzaban a principios del siglo sus afortunadas temporadas, logró en este género un éxito brillante con *Facundo,* drama cuyo héroe es el temible caudillo de los Llanos inmortalizado por Sarmiento, pero visto por Peña bajo una luz mucho más favorable. La figura de Rosas, que había alimentado y seguía alimentando con el sombrío prestigio de la tiranía cierto teatro de época subalterno, fue evocada por Paul Groussac, historiador ilustre francoargentino, en un drama recio y bien construido, *La divisa punzó.* Han sido particularmente literatos e historiadores los que han tratado con dignidad en este género asuntos americanos: Enrique Larreta, Ricardo Rojas, Roberto Levillier.

La pampa y la montaña también entrarían en nuestro teatro con sus aspectos pintorescos. Expresión característica de este arte regional fue la comedia de costumbres de Julio Sánchez Gardel, *Los mirasoles,* amena, algo ingenua, con frescura y color de patio provinciano. Cuando de la comedia de costum-

bres amable e intrascendente el escritor catamarqueño se remontó a la tragedia, logró uno de los mayores éxitos de nuestro teatro. Fue con *Las montañas de las brujas,* drama áspero, de sensualidad y celos, de acción jadeante y violenta. Proponíase Sánchez Gardel componer una trilogía de la montaña. La Segunda Parte, el poema trágico *El Zonda.* Resultó una concepción falsa y demasiado literaria. No ha sido la sola tragedia inspirada en las tradiciones aborígenes de la selva y la montaña. *La Salamanca,* "misterio colonial", en verso, de Ricardo Rojas, cuyo asunto se funda sobre la antigua leyenda que del folklore ha pasado a la poesía, ha sido la más autorizada de esas evocaciones poemáticas, cuya vida en la escena rarísima vez es durable.

En una gran ciudad como Buenos Aires, con una burguesía rica y socialmente caracterizada por rasgos fáciles de reconocer, no podía menos que merecer la atención de los autores en busca de temas y aplausos, la "comedia de salón", brillante y más o menos frívola, más o menos sentimental, compuesta sobre el modelo del teatro francés entonces en auge o sobre el de algunas obras de Benavente. El primero que trató entre nosotros la comedia burguesa o "alta comedia", fue José León Pagano, escritor reputado por una valiosa obra de ensayista y crítico. Obtuvo Pagano en 1905 su primer éxito franco con *Almas que luchan.* Diestro comediógrafo repitió varias veces en el mismo terreno ese éxito. Por la destreza técnica, el ingenio, la elevación espiritual, el interés dramático y el estilo literario, las comedias de Pagano resultan una expresión argentina, mantenida durante medio siglo, si bien con altibajos, de una fórmula que representó una época brillante de la escena europea.

Quiso darle a la comedia burguesa un contenido de ideas, dilucidando problemas morales relativos al matrimonio o a la vida hogareña, César Iglesias Paz, cuya primera vocación, al doctorarse en Derecho, fueron los estudios sociológicos. Sus obras, cuyo final es generalmente optimista, pertenecen al género de la comedia rosa; rara vez los personajes desafían las convenciones sociales. Muchos autores han cultivado este género, emparentado con la novela folletinesca o sentimental. En él ninguno conoció mayores halagos que Emilio Berisso con su comedia lacrimosa *Con las alas rotas.* La virtud de la comedia de salón consiste en el diálogo ágil e intencionado entre gente de mundo que resulta toda extraordinariamente hábil para batirse en la esgrima de la frase. Lograron éxitos efímeros en ese

terreno Roberto Cayol, Alfredo Duhau y Roberto Gache, comediógrafos ingeniosos. El teatro costumbrista tiene vida perenne. La pintura de la vida hogareña en la que van mezcladas las sonrisas y las lágrimas, siempre encontró públicos dispuestos a reír o a entristecerse con los casos de la realidad cotidiana que les son familiares. Pocas veces se ha hecho posible distinguir la comedia de costumbres del teatro exclusivamente destinado a provocar la risa con enredos de "vaudeville". La mayor parte de las obras parecen haber sido escritas de prisa, dictadas por urgencias ajenas al limpio anhelo de realizar lo mejor.

Ha salvado invariablemente su dignidad artística Samuel Eichelbaum, procurando realizar por caminos no trillados expresiones dramáticas originales. Se impuso en 1920 con *La mala sed,* y desde entonces, a lo largo de tres decenios, se ha mantenido fiel a un teatro que por hacer prevalecer la psicología sobre la acción no puede contar sino con el aplauso de auditorios cultivados. Han sido señaladas en él las influencias de Dostoievski, Ibsen y Strindberg. Sólo en el último decenio ha encuadrado el problema moral que nunca falta en sus obras, en una acción llena de vida y color, de ambiente y tipos populares. Esto ocurre en *Un guapo del 900* y *Un tal Servando Gómez.* Con anterioridad sus dramas fueron todos "interiores", de acciones nacidas de procesos complejos y subterráneos cuyo análisis forma la trama de los lentos diálogos con tendencia al soliloquio. Sus personajes son generalmente razonadores agudos e implacables, atormentados por el ansia de conocerse y conocer a sus antagonistas hasta el fondo del ser. Dramaturgo de la mujer, Eichelbaum escruta el alma de sus heroínas con ternura, con piedad, con indulgente comprensión. Todas angustiadas por indescifrables anhelos; todas enamoradas de lo absoluto. Fáciles algunas a la entrega del cuerpo, son, sin embargo, de una arisca independencia espiritual. La lógica de los personajes resulta demasiadas veces un mecanismo abstracto manejado por el autor a su arbitrio: de ahí el carácter cerebral de un teatro donde juegan tantos elementos irracionales y afectivos. Si bien las reacciones de aquéllos no siempre convencen ni conmueven, por su artificiosidad, salva al dramaturgo su destreza en combinar escenas de vivo interés, consistentes ya en la idea original, ya en la fuerza dramática, ya en la reciedumbre del diálogo, ya en la sugestiva poesía.

En el teatro de Eichelbaum observábase al comenzar el

tercer decenio del siglo un anhelo de renovación mediante más finos análisis de almas, que, desechando los mecanismos acostumbrados con que responden hombres y mujeres en las situaciones comunes que son eterna materia dramática, proponía, influido por las filosofías irracionalistas en boga, por la psicología de lo subconsciente y por la novela y el teatro europeos y norteamericanos derivados de aquéllas (Lenormand, O'Neill, etc.) reacciones inéditas más o menos lógicamente verosímiles.

Hacia 1925 la renovación emprende otros rumbos, expresándose con ambiciosas tentativas escénicas, llamadas de vanguardia, merecedoras del recuerdo por más que nunca resultaron plenamente logradas. El autor que mejor representó esta tendencia audaz fue Francisco Defilippis Novoa con *Tu honra y la mía,* escenificación de un desdoblamiento de la personalidad de típica filiación pirandeliana, *Los caminos del mundo, El alma de un hombre honrado, María la tonta, Yo tuve veinte años, etc.* La ascendencia directa o indirecta de estas historias caprichosas pobladas de entidades metafísicas, donde los hombres suelen convertirse en figurillas simbólicas, tironeadas entre la realidad y la fantasía, es principalmente la de Andreiev. Las ambiciones artísticas e ideológicas de Defilippis Novoa, cuya filosofía social consistía en una especie de anarquismo según el cual la sociedad malea al hombre, haciéndolo egoísta, hipócrita, vicioso, torpe y malvado por su culpa, por sobreponer las apariencias a las esencias, fueron sin duda superiores a su capacidad técnica y literaria y a su cultura filosófica; sin embargo, en medio de la chatura y plebeyez dominantes en nuestro teatro en aquel lustro en que él representó sus obras más atrevidas, es justo señalar el paso por la escena de este ingenio ansioso de renovación, desaparecido en plena madurez. Por esa época, a raíz del éxito logrado por Luigi Chiarelli en *La maschera e il volto,* invadieron los escenarios porteños, lo mismo que los italianos, los llamados "grotescos". La calificación, usada a menudo arbitrariamente, la empleó el primero entre nosotros para algunas de sus obras Armando Discepolo. Resulta superfluo agregar que las principales tendencias vanguardistas del teatro y sus correlaciones literarias y filosóficas —multiplicidad del yo, psicología del inconsciente, sondeos psicoanalíticos, distintos planos de la realidad— y en la técnica, escenarios múltiples, corporización de las imágenes de la fantasía, resurrección animada del pasado, fondos musicales, en todo lo cual se nota la

influencia del cinematógrafo, han tenido repercusiones en nuestra escena, incluso las direcciones surrealistas y expresionistas. Tales manifestaciones nuevas se asomaron en los últimos dos decenios particularmente al proscenio de los teatros dichos independientes, sostenidos por animosos círculos de actores no profesionales y por autores acuciados por anhelos de renovación y libertad. La casi totalidad de las obras representadas en esos escenarios tiene más significación por su calidad literaria, a veces poética, o por la intención renovadora, o por la búsqueda atrevida de nuevas formas de expresión escénica, que por su valor dramático efectivo. La mayor promesa fue, desde el escenario del Teatro del Pueblo, la de Roberto Arlt. En sus obras, escritas en tono de farsa, aunque en casi todas ellas late y estalla la tragedia, alternan, se oponen, se mezclan y confunden el sueño y la vigilia, la realidad y la ficción, la verdad y la mentira, originando situaciones dramáticas frecuentes en el teatro europeo, sobre todo a partir de Pirandello. El juego del doble plano locura-cordura, que encontró en el teatro del dramaturgo italiano su expresión más original en el *Enrique IV*, tiene un interesante desarrollo inédito en *Saverio el cruel*, la obra mejor construida de Arlt. Un ingenioso satírico, además de comediógrafo de muchos recursos, se perdió con la muerte temprana de Román Gómez Masía.

Los novelistas y los poetas, cuando accidentalmente ambicionan ver alumbradas sus creaciones por la luz de las candilejas, pocas veces logran realizar plenamente su concepción dramática. La poesía lírica y el teatro raramente congenian. Y cuando lo consiguen, el público, salvo cortas minorías, no parece dispuesto a reconocerlo. Por esta prueba pasó en 1941 *La cola de la sirena* de Conrado Nalé Roxlo, comedia de sutil intención filosófica, resplandeciente de irisaciones poéticas y rica de rasgos humorísticos, que ambas cosas es el autor, poeta y humorista. La misma idea inspiradora de *La cola de la sirena*, la ilusión desengañada por la realidad, está en la base de *Una viuda difícil*, graciosa comedia de ambiente colonial porteño.

Arte de masas, el teatro vivo empieza por perder su individualidad apenas se inclina a reflejar los intereses, sentimientos y preocupaciones que tocan al mayor número. La historia abreviada del teatro argentino podría escribirse con un índice de temas generales que, desde luego, no le pertenecen con exclusividad. Entre tantas obras representadas durante medio siglo,

que suman millares, sólo un reducido número es individualizable por valores propios y permanentes. Optimista y complaciente, la crítica afirmó de no pocas que resistirían al tiempo. Tales predicciones no pueden leerse sin una melancólica sonrisa. El fenómeno es propio del teatro de todos los tiempos y países: una discriminación definitiva sólo será posible en una perspectiva temporal más distante.

LEONARD Y LOS LIBROS DEL CONQUISTADOR

La aportación del profesor Irving A. Leonard al estudio cultural de la América Española, figura entre las más serias y concienzudas. Y ello no sólo por sus bien probadas dotes de historiador sino por el especial cariño que pone en sus investigaciones del pasado. Por otra parte, el Dr. Leonard ha conocido y visitado todos, o casi todos, los países de habla española. De aquí que los conocimientos que sobre ellos posee no sean exclusivamente librescos. Por el contrario, su progresiva familiarización con las gentes, las costumbres y las instituciones de hoy en los pueblos hispánicos, le autoriza plenamente a juzgarlos y las consecuencias que de tales juicios deriva adquieren irrebatible validez.

A menudo, como en el caso de *Books of the Brave* —traducido al castellano bajo el título *Los libros del Conquistador,*[1] se trata de reivindicar un aspecto de nuestra maltratada civilización. Y aunque, según reza el prólogo de la obra, "no pretenda ser un ensayo crítico sobre la literatura española de la época, ni mucho menos una historia de las ideas literarias en Hispanoamérica", los puntos quedan tan bien colocados sobre las íes, que esta pretensión resulta dudosa.

Las dificultades anejas a cualquier ensayo sobre la difusión del libro en los territorios americanos durante la Conquista y el primer siglo de la Colonia, son demasiado obvias para ponderarlas ahora. Fuera de la inmensa cantidad de documentos a consultar, desparramados por innumerables archivos, existen otros obstáculos. Por ejemplo, la difundida opinión que presupone que la lectura de impresos profanos estuvo prácticamente prohibida allende el Océano. Teoría axiomáticamente aceptada inclusive por españoles e hispanoamericanos de alta responsabilidad científica. Destruir a rajatabla semejante armazón de inexactitudes constituye, de por sí, una notable hazaña. Por otra parte, establecer

---

1 Irving A. Leonard, *Los libros del Conquistador* (trad. de Mario Monteforte Toledo, revisada por Julián Calvo). México, Fondo de Cultura Económica, 1954; 1 vol. en 8° de 400 págs., con extenso apéndice documental e ilustraciones fuera de texto.

las relaciones y mutuas influencias entre gustos literarios y evolución social no deja de presentar formidables escollos. Para sortearlos, sin caer en afirmaciones caprichosas y gratuitas, se necesita la experta mano de un piloto avezado. De un experimentado historiador que sepa, y pueda, interpretar los hechos. El Sr. Leonard se ha propuesto —y cumplido— la conquista de ambos objetivos. Y es así como restablece la verdad sobre el libro en América. Pese a su falta de pretensiones sociológicas y literarias, *Books of the Brave,* queda muy cerca de ser, si ya no lo es, una verdadera sociología de la literatura en la América del siglo XVI.

El texto comienza por negar que España impidiese la salida de libros a América. De la Península al Nuevo Mundo llegaron toda clase de ediciones de obras científicas y literarias publicadas, o admitidas, en aquélla. Naturalmente las publicaciones devotas no podían faltar. Piénsese en el país y en la época. Piénsese, también, en la enorme importancia de la religión en la vida de entonces.

Es indiscutible —y así se reconoce— la prohibición "legal" de las obras de entretenimiento y, específicamente, de las novelas. Pero, si la literatura profana era tan rara y tan perseguida en las colonias, ¿cómo explicar la fundación y florecimiento de universidades en pleno siglo XVI? Si a los escritos literarios y al teatro se les aplicaba, a troche y moche, el "vade retro", ¿por qué en Lima —residencia de arzobispos, oidores, virreyes y tribunal de inquisidores—, se inauguró, antes que en muchas ciudades importantes de España, un corral de comedias?

Estas preguntas, que debieron haberse planteado los defensores de la teoría prohibicionista, quedan definitivamente contestadas. En efecto, se expidieron los decretos que tanto habían de ayudar a colgar a los españoles su sambenito oscurantista. Y, en efecto, jamás se cumplieron.

Ya es de extrañar que gentes tan duras e indisciplinadas como los conquistadores y colonizadores primitivos soportaran, de buen grado, en las tierras sometidas trabas ignoradas en Castilla. Tanto más cuanto que la distancia y la desorganización inicial obstaculizaban el cumplimiento de cualquier ordenanza. Suponer lo contrario sería considerar a aquellos hombres como conjunto de pequeños burgueses asustadizos y apocados.

La explicación de haber promulgado disposiciones tan inaplicables reside en la actitud de los moralistas del período. Españoles o europeos, erasmistas, antierasmistas y protestantes se hallaban imbuidos por una especie de pragmatismo ético. Por consiguiente, rechazaban buena parte

de la literatura secular porque no aumentaba y, a su parecer, sí disminuía las virtudes del género humano.

Además, la mayoría de tales moralistas eran personas educadas en la más estricta disciplina humanística. Recuérdese, por ejemplo, a Vives o Guevara. Y se sabe muy bien que los humanistas condenaban la novela como género falto de nobleza y ajeno a la tradición clásica. De forma que ética y estética se confabularon para desterrarla.

El incumplimiento de las leyes contra la importación de libros, se debió no sólo a la resistencia activa —y pasiva— de los criollos, sino a algo más. Las leyes estaban, sobre todo, encaminadas a evitar la corrupción espiritual de los indios por las malas lecturas. Pero, para ello, hubiera sido necesario que los indígenas leyeran y leyeran en español. Bien sabido es que la Corona renunció desde muy pronto al empeño de enseñar el idioma a la masa de los naturales por insuperables dificultades nacidas de mil causas. Pocos indígenas recibieron, en los comienzos de la Colonia, el instrumento del castellano. Y quienes, junto con él, lograron una educación avanzada estuvieron, de hecho, asimilados a los colonizadores. Por lo tanto, falta de razón de ser, la Ley cayó en desuso apenas sancionada.

Los libros llevados a las Indias fueron, en su mayoría y a pesar de lo ya dicho, de tema religioso. Dos terceras partes de las obras importadas caen bajo esta designación. El tercio restante lo ocupan títulos profanos. Pero, afirma Leonard, que mientras los primeros se estacionaban en bibliotecas conventuales y parroquiales, los últimos circulaban ampliamente. La abundancia de los devotos no debiera sorprendernos porque, sin duda, era análoga la proporción de publicaciones en la Península.

Las obras no religiosas al iniciarse la vida colonial, consistían, mayormente, en libros de caballerías. Ellos, precisamente, eran la "bestia negra" de los moralistas. "No sólo porque los lectores demostraban preferirlos a las vidas, demasiado ejemplares, de los santos, a los devocionarios y a las crónicas más respetables, sino por el efecto hipnótico que sobre los lectores ejercían las descripciones de gran riqueza, oro, plata, piedras preciosas, tierras exóticas y fantásticas criaturas".

A pesar de ello, el ciclo caballeresco constituyó el grupo más popular y hojeado. Cosa natural en años en que la realidad superaba a la más desbordante fantasía. Por su contenido, altamente romántico e imaginativo, semejantes narraciones recibían el favor público. Seguramente, y es aseveración del autor, los conquistadores leyeron libros

de este jaez antes de salir de su patria. Los leían durante la Conquista y los siguieron leyendo después. Para muchos fueron el estímulo o, tal vez, el máximo determinante de sus aventuras. Su influencia se reconoce en mitos —las Amazonas, California, etc.— revividos al contacto con la naturaleza y el medio de ultramar. Se soñaba la propia acción y actuación. Se soñaba, igualmente, el paisaje presente ante los ojos.

Junto a estos relatos preferidos por el guerrero, aparecen tratados científicos de índole práctica —medicina, agricultura, veterinaria, metalurgia— adecuados a gentes más sedentarias y constructivas. Los volúmenes de leyes, historia, política, filosofía, poesía, denotan la existencia de un núcleo intelectual. Con la addenda de los libros místicos y devotos, contemplamos, a través de sus lecturas, una sociedad bastante similar a la metropolitana. Aventura y religión encuadraban con sus cimas el valle donde florecían la política y las artes.

El profesor Leonard nos lleva a sospechar que la moda romántico-caballeresca perduró más largo tiempo en América que en España. En aquel momento y lugar, el mundo, todavía amorfo e indeciso, se hallaba por hacer. En cambio, el ambiente de la vieja patria erizaba, cada vez más palpable, fronteras espinosas como límite a las salidas quijotescas. La novela de caballerías —reducida entonces a mero pasatiempo en España—, poseía en las Américas cuerpo verosímil. Una y otras se separaban en actitud mental, y éstas comenzaban a mostrar tendencias literarias más conservadoras.[2]

DESDE su factura en las imprentas europeas hasta su arribo a los anaqueles de los traficantes, el Dr. Leonard sigue con minucioso cuidado los azares de las publicaciones. El larguísimo y lento peregrinar de los volúmenes nos da ocasión de adentrarnos en los secretos recovecos de un comercio estrechamente intervenido por los gobiernos. Comercio lleno de dilaciones, trabas y peligros, impuestos, unas y otros, por las pintorescas manías de los funcionarios administrativos y los arriesgados viajes de las flotas. Azares para los pobres libros, para pasajeros y tripulaciones. Riesgo duplicado al llegar a América por la odisea entre los puertos y las ciudades del interior.

Aprovechando la mínima circunstancia económica del tráfico señalado, se nos describen, con rara amenidad, paisajes y centros urbanos.

[2] Algo parecido ocurre más tarde y por otros motivos. Piénsese —para citar un caso— en la persistencia y vitalidad de culteranismo y conceptismo en los virreinatos del siglo XVIII.

La detallada silueta del vivir cotidiano en Veracruz, Panamá, Cartagena, Portobelo y tantos otros nombres evocadores. Pero, sobre todo, México, Lima, el Cusco y Manila, con su abigarrada población y sus problemas y preocupaciones, desfilan ante nuestros ojos. En estos trozos la historia de las ideas literarias y la de los pobladores forman un conjunto que nos descubre la perspectiva del hombre colonial en sus más interesantes y delicados aspectos.

CIERTOS capítulos, como los consagrados al *Quijote* en América, van más allá de la tesis general. Demuestran que la primera edición del libro más universal escrito en castellano se destinó, en considerable proporción, a las recién colonizadas tierras. En distinto sentido, los que tratan sobre los mil veces mencionados libros de caballerías, dedican a la crítica literaria buena parte de su texto. Crítica de primera clase, abundante en apreciaciones originales, que revela profundo saber y exacta capacidad valorativa en tan difícil campo.

A mi parecer, *Los libros del Conquistador*, es de manejo indispensable para aquellos que, de veras, deseen comprender y estudiar la civilización de América y España en el siglo XVI. Su novedad en el tratamiento de los problemas y su acierto al resolverlos, marcan una ruta de acercamiento a la historia interna de los virreinatos que sobrepasa a las habituales. Al erudito se le señala el ejemplo de un método eficaz y se le ofrece, junto a documentos de primera mano, una bibliografía selecta y completísima.

Como el autor proclama en el colofón de su libro, la desinteresada labor por él llevada a cabo se encamina a demostrar que:

> En el período de su mayor grandeza cultural y política, España no sólo dio sus hombres para la gigantesca tarea de abrir el Nuevo Mundo a la Civilización Occidental, sino que también dio con generosidad algo más duradero: sus libros que son los símbolos imperecederos de su genio creador.

Estas palabras finales hablan por sí mismas y ahorran todo nuevo comentario, pero no la expresión de nuestra gratitud a quien con ellas ha resumido la conclusión de sus investigaciones.

José Francisco CIRRE.

Dimensión Imaginaria

LA MANZANA

Fábula o juego poético y simbólico de hombres y mujeres contado en español

Por *León FELIPE*

La obra esta dividida en cuatro partes con quince cuadros, una viñeta preliminar y un epílogo que se cierra en colofón, de la siguiente manera:

Viñeta: Paris y la Manzana.

Parte Primera:

La manzana del amor

Cuadro 1º: En el museo helénico.
,, 2º: La prueba.
,, 3º: El palomar de Abilio Santibáñez.
,, 4º: En el huerto de los manzanos en flor.
,, 5º: El conjuro.

Parte Segunda:

La manzana perdida

Cuadro 6º: La boda o el Eterno Retorno.
,, 7º: El símbolo camina.
,, 8º: Elena pierde la inocencia y Paris la manzana.
,, 9º: El fantasma y la locura.

Parte Tercera:

El mundo o la manzana sórdida y apócrifa

Cuadro 10º: No hay más que un fantasma.
,, 11º: El crimen.
,, 12º: El suicidio.

Parte Cuarta:

La manzana recobrada

Cuadro 13º: ¿Dónde está la manzana?
„ 14º: En busca de la manzana simbólica.
„ 15º: Paris y la manzana recobrada.

Epílogo y colofón: La manzana paradisiaca,
helénica y cezanneana.

Época: Rigurosamente actual.

Desde el comienzo del mundo viene navegando esta fábula por la oscura sangre de la Historia y empujada por el hálito anónimo de poetas innumerables. En el Génesis y en la Mitología pagana están los veneros inagotables...

Yo he recogido, además, para componer este poema dos episodios, que casi se han disuelto ya en el juego poético de los símbolos, de un cuento de D. Benito Pérez Galdós llamado *La Sombra*... y el juego de los símbolos lo aprendí de mi amigo, el *maestro de poetas*, Juan Larrea. En una obra suya, *Luz iluminada,* nacida en México y aún no publicada en español, se enumeran todas las aventuras metafóricas de la Manzana al través de la Historia de Occidente.

Mía es tan sólo la nueva construcción y la arquitectura dramática de la fábula, es decir la responsabilidad de su perfil en el aire y de su resistencia en el viento.

L. F.

PERSONAJES DE LA FABULA

LA MANZANA. El símbolo, protagonista de la fábula.

D. PRÁXEDES SANTIBÁÑEZ. Sabio historiador. La Historia misma. Hombre de 70 años.

D. SANDALIO. La Poesía, escondida en todos los rincones del palacio de los Santibáñez y en la urdimbre secreta de la fábula. Es un viejo centenario mayor que D. Práxedes. La Poesía ha sido siempre más vieja que la Historia. . .
(Parte del coro.)

ESTEFANÍA. Aya de Elena y cronista de los Santa Eleusis.
(Parte del coro.)

DORINTILA. Azafata y pajecillo griego de Elena. En su cuerpo ambiguo, sin sexo todavía, se esconde un extraviado y picaresco geniecillo mitológico.
(Parte del coro también.)

PARIS. Símbolo planetario. Realidad poética y eterna ya fuera de la Historia y más allá del mito. Tiene la belleza inmarcesible de un adolescente sin memoria pero su edad es, justamente, la del género humano.

ABILIO SANTIBÁÑEZ y ELENA DE SANTA ELEUSIS. Réplicas o símbolos satélites. Personajes humanos y enfermizos.

EL CONDE y LA CONDESA DE SANTA ELEUSIS: Padres de Elena. Personajes humanos y grotescos.

EL DOCTOR JACOVICH. Psicoanalista.
Voces.

VIÑETA:

PARIS Y LA MANZANA

(Música de fondo lejana, diluida y graciosa. Entra *Paris* abriendo las cortinas del proscenio. Viene vestido con los atavíos clásicos como se puntualizará más adelante. Lleva una gran manzana en la mano. En seguida se encara con el público mostrándole la manzana y dice lo que sigue. Reflector sobre la manzana).

PARIS

¡Aquí está!. . . ¡Aquí está! —¡Miradla!
Aquí está la pelota. . . ¡Aquí está la manzana!
La heroína de la más vieja comedia del mundo. . .
He aquí la verdadera protagonista de este cuento. . .

de este juego antiquísimo de hombres y mujeres,
que todavía se debate sobre la curva cancha del planeta.
¡Aquí está!... Sustancia, volumen, geometría... ¡Amor!
¡Aquí está! Como en la primera página del Génesis...
Agridulce, suave, redonda... *re-don-da*...
Tiene el tamaño exacto del seno de una virgen griega,
y cabe en el cuenco justo de la mano del hombre...
de mi mano... de la mano de Paris... Yo soy Paris.
¡Aquí está!... ¡Miradla!
Como el pequeño paradigma de la Tierra...
recién desprendida del Árbol del Edén
y rodando, loca, por la Historia todavía
como nuestro planeta por el viento.
¡Aquí está!... Como una pelota
botando por todos los escondrijos de esta fábula,
de esta fábula vieja como el mundo,
y que como el cuento de *La buena pipa*
os la vamos a contar otra vez. (Se va.)

PARTE PRIMERA:

LA MANZANA DEL AMOR

CUADRO 1º: EN EL MUSEO HELÉNICO

(Despacho del arqueólogo *D. Práxedes Santibáñez,* director del museo. Trabaja junto a una mesa llena de piedras, ánforas, estatuillas, legajos. Sostiene un cráneo en la mano, que ahora observa con gran atención. Reflector sobre el cráneo. Entra *Abilio,* sobrino del arqueólogo. Tiene la mirada perdida, mística y sensual y el aire lunático de toda la familia. Pasa en el espacio de un latido, de la alegría bulliciosa a la melancolía recatada, con un tic nervioso demasiado visible. Llega de buen humor).

ABILIO

Siempre en la sombra de la cueva, tío Práxedes,
amarrado a la Historia, como un perro.
Es usted el viejo mastín,
el sabueso guardián de este museo.

D. PRÁXEDES

Guardián de esfinges y acertijos,
de sombras y misterios.

ABILIO

Todo es aquí misterio...
Vamos a ver... ¿de quién es este cráneo? (Tomando el cráneo.)

D. PRÁXEDES

¡Hombre! Éste es el cráneo... de Neandertal.

ABILIO

Eso es no decir nada... Que en Neandertal lo hallaron.
Hay que decir más... Hay que decir a quién perteneció
quién fue su verdadero propietario...
cómo se llamaba el que lo llevó sobre los hombros.

D. PRÁXEDES

Tan lejos no puede llegar el arqueólogo.

ABILIO

Ni el antropólogo tampoco... Ni siquiera el filósofo.
Tal vez un poeta nos podría poner sobre la pista verdadera...
Un poeta podría explicar la cosa de este modo:
¿Y si éste fuese el cráneo de un Yorik prehistórico
que viene a divertirnos del lejano tablado de las sombras?...
¿Por que no habría de ser ésta la triste y grotesca calavera de Adán?
Del primer bufón de la Historia.
¡Ah, viejo clown de inolvidable memoria!
Anda, ve a buscar otra vez a nuestra madre Eva, tu amantísima esposa,
y muéstrale tus burlas y tu ingenio... Hazle una frase cínica y graciosa.
Dile esto, por ejemplo:
Aunque te pongas y te pongas,
para tapar el sexo,
no una hoja de parra, una hoja blindada de acero,
la manzana seguirá mordida, por los siglos de los siglos, en el Tiempo,
el cráneo del hombre, achatado, su corazón torcido
y el eje de la Tierra, chueco.
Bueno. No sabe usted de quién es este cráneo
pero sí sabe usted de quién ha sido
este collar. (Saca un estuche de bolsillo.)

D. PRÁXEDES

Este collar es el tesoro más preciado
de la gran colección de joyas y de ídolos
que te legó tu padre. En unas excavaciones de Esparta lo encontraron
y, según todos los indicios,
se cree que es el collar que a Helena regalara Menelao
cuando, según Homero, pasaron por Egipto.

ABILIO

Pues volverá al cuello de Helena
en cuanto usted componga el brochecito
roto que engancha la argollita.

D. PRÁXEDES

No se ha roto... Tan sólo se ha torcido...
Ya está.

ABILIO

Perfectamente. Ahora juega muy bien.

D. PRÁXEDES

¿Dónde lo llevas?

ABILIO

Tío,
ya todo está arreglado, y me caso mañana.

D. PRÁXEDES

Con Elena de Santa Eleusis...

ABILIO

Y le vengo a decir que Ud. es mi padrino.

D. PRÁXEDES

¡Loco!

ABILIO

No más que usted ni que mi padre.
Soy otro coleccionista sabueso, como ustedes, que busca algo distinto.
Quiero que en nuestra famosa colección haya un ejemplar
extraordinariamente maravilloso y vivo.
Usted busca las joyas valoradas por la pátina
y el polvo de los siglos,
y aquí en este museo se pasa los días y los años
manoseando ídolos muertos, antiguos.
Mi padre, más sensual que usted,
buscó las joyas valoradas por el arte y la gracia de los grandes maestros,
y allá, en aquel palacio suntuoso que yo he heredado ahora...
otro museo de piedras frías y de helados espectros,
vivió acariciando los cuadros y los mármoles
gloriosos, del Renacimiento,
Yo quiero una joya de carne palpitante.
No me conformo con la Helena descrita por Homero
ni con la pintada por Ticiano, quiero
a la misma Helena... a la beldad de carne y hueso...
a la hija divina de Leda, respirando en el viento...
a la mujer más hermosa del mundo antiguo y moderno.

D. PRÁXEDES

Elenita de Santa Eleusis
es una réplica magnífica del texto
original.

ABILIO

Voy a buscarla.

D. PRÁXEDES

¡Escúchame primero!
Ya que me has nombrado tu padrino,
déjame cumplir con tan sagrado ministerio.

ABILIO

¿Qué va usted a decirme?

D. PRÁXEDES

Siéntate.
El padrino era en la antigüedad, y todavía en algunos lugares sigue siéndolo,
el que instruía al novio en las intimidades del amor...
el que le leía, antes de la boda, unos aditamentos
heterodoxos de la Epístola,
que se omiten, naturalmente, en el templo.
El padrino era lo que podríamos llamar
un sacerdote doméstico.
Solía ser un viejo patriarca, allegado del novio,
y ducho en el amor y en el comercio.

ABILIO

¿También en el comercio?

D. PRÁXEDES

Una boda era siempre un trato comercial.
El rito de las arras aún nos lo recuerda. Era un convenio...
Una compra regulada por el tribunal de los ancianos
que tenían las tierras y el dinero.
y compraban los rebaños y el amor.

ABILIO

¿También compraban el amor?

D. PRÁXEDES

Los viejos
eran los que se casaban... Bueno, los que tenían las mujeres...
Veinte, cuarenta, ciento...

ABILIO

¿Y los jóvenes?

D. PRÁXEDES

Soñaban o se consumían como Onán
ordeñando en la soledad de los establos sus deseos.

ABILIO

Y... ¿no se rebelaron?

D. PRÁXEDES

Algunos se echaron al campo, extenuados y hambrientos,
para llevarse la cordera gorda que dormía descuidada
junto a las vallas del redil.

ABILIO

Y nació el bandolero.

D. PRÁXEDES

Luego nació el raptor.

ABILIO

¿El raptor?... ¿Quién era el raptor?

D. PRÁXEDES

El que se llevaba del tálamo a la mujer hermosa.

ABILIO

¿De manera que en el amor había los que compraban y los que raptaban?

D. PRÁXEDES

Los hay... los hay también ahora.

ABILIO

Y yo pertenezco a los que compran.

D. PRÁXEDES

Tú verás. Mañana te casas.

ABILIO

Mañana ocurrirá la boda.

D. PRÁXEDES

Mañana ocurrirá el contrato...
con las firmas, los testigos, el precio de la joya...
todos los requisitos que legalizan una compra...
Y yo seré el gran tasador que conoce las bellas joyas
antiguas... representativas... y curiosamente simbólicas...
No te olvides. (Ríe.)

ABILIO

No me olvido, tío, no me olvido...
Deje usted ya esas puyas y esa risilla zumbona.

D. PRÁXEDES

Bien, bien... Que los dioses te auxilien.

ABILIO

¿Qué dioses?

D. PRÁXEDES

Los viejos dioses griegos.
Vas a entrar... no en una familia... Fíjate bien en esto...
Vas a entrar en una órbita donde juegan símbolos vivos
todavía, cargados de misterio.

ABILIO

Los Santibáñez hemos vivido siempre como el pez en el agua
en el profundo mar de los misterios.

D. PRÁXEDES

Estamos gobernados por el juego y la fuerza de los símbolos.
Y hay símbolos mayores que como las estrellas en el cielo
le van marcando al hombre su destino.
Existe el firmamento de los astros y el firmamento de los
símbolos...
Y muchas veces pienso que no nacemos todos bajo el signo
fatal de las estrellas... Y que la fatalidad, en muchas
ocasiones, la señalan
el juego misterioso y la fuerza desconocida de los símbolos.

ABILIO

No hay más que metáforas, grandes metáforas... enigmas
y acertijos. (Dirigiéndose al cráneo:)
¡Eh, tú bufón! ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes y cuál es tu destino?
¿Fuiste la cabeza primaria, lejana y peluda del simio...
o eres el cráneo futuro, sagrado y redentor del último Cristo?

D. PRÁXEDES

Un símbolo, un símbolo... El cráneo se parece a la Tierra
como la manzana... y también es un símbolo.

(Oscuridad y mutación.)

CUADRO 2º: La prueba

(Cortinas corridas que recatan el salón del gran modisto. Aguardan *Estefanía* y *Dorintila*. Llega *D. Sandalio*, larga barba blanca como la de un gnomo.)

DORINTILA

Éste es don Sandalio.

SANDALIO

Soy el viejo mayordomo del novio
y el secretario y cronista de los Santibáñez.

ESTEFANÍA

Yo soy Estefanía, la camarera griega de la novia.

DORINTILA

El aya de la reina, como si dijéramos...
La dueña de las llaves.

ESTEFANÍA

Y también la instructora
de los Santa Eleusis. Tengo la llave de oro
de sus secretos y su honra...
Y ¡ay! la llave de plomo de sus arcas.
Podría escribir también su crónica.

SANDALIO

La que escriben los criados de los príncipes...
es la mejor historia.

(Se abren las cortinas. En un estrado que es como un pedestal redondo, de dos cuerpos concéntricos, el de arriba giratorio, está de pie y erguida *Elena de Santa Eleusis*. Un modisto le prueba el traje de boda, negro y con una larga cola que se pierde fuera del escenario. Al lado, el *Conde* y la *Condesa de Santa Eleusis*, padres de la novia, observan sentados y vueltos de espalda.)

DORINTILA

¡Mire usted! ¡Mire usted!

ESTEFANÍA

Aquélla es Elenita, mi señora.

DORINTILA

¿Verdad que es hermosísima?

SANDALIO

Una soberbia réplica de la Helena de Troya.

ESTEFANÍA

¿Réplica?

SANDALIO

La otra es el venero, el ideal simbólico
nacido de la loca fantasía de la Historia.
El mundo puso primero el mito, como un huevo...
después, del huevo salió el símbolo como un astro de la nebulosa...
Ésta no es más que un satélite
que se mueve en su órbita.

ESTEFANÍA

¿Y el novio, don Abilio
es un personaje, como dicen
tan misterioso y complicado?

SANDALIO

Habla con las momias y con las estrellas,
es astrólogo, místico y visionario. . .
Y yo que lo conozco íntimamente
no podría decir si es un simple o un sabio.

ESTEFANÍA

¿Y es un hombre tan rico como cuentan?

SANDALIO

Es una réplica también.

ESTEFANÍA

¿De quién?

SANDALIO

De otro símbolo clásico.

ESTEFANÍA

¿Qué símbolo?

SANDALIO

Ése es el secreto de la fábula. Yo estoy aquí tan sólo
como parte del coro, lo mismo que Uds. para explicar ciertos antecedentes necesarios,
no para abrir la caja de Pandora. . . (Pausa.)
¿Y esos figurones que están junto al retablo?

ESTEFANÍA

Los padres de la novia. . .
La vieja Condesa, frívola y vanidosa,
fue un día, ya lejano,
otra belleza fabulosa.
Hoy no es más que una ruina. . . Espartana de estirpe,
suelen decir que con la sangre de sus antepasados se enrojecen todavía las Termópilas.
El Conde, diplomático inglés y hombre de gran estampa,
decorativa, se ha movido siempre entre medallas falsas y trampas vergonzosas. . .
y hoy que ha perdido la decoración y las medallas,
sólo cuenta con esta joya espléndida y pagana
de su única hija. . . Un conde necio más.

SANDALIO

Milagro incomprensible que de un conde tan necio
haya salido esta beldad.

ESTEFANÍA

Los milagros son siempre incomprensibles
y pueden ocurrir en cualquier época y lugar. . .

A veces en el lecho blando y ampuloso
que construye la imbecilidad...
Y en Grecia, no se olvide usted, que nuestros viejos dioses clásicos
siguen haciendo trampas, y que como el rijoso y astuto padre Zeus,
para entrar en los tálamos,
se esconden todavía en el plumaje hueco
alcahuetón y blando
de los cisnes.

SANDALIO

Ya, ya...
Otro milagrito pagano...
¿De modo que esta Elena también podría ser
hija natural de un cisne blanco?

ESTEFANÍA

¿Cómo hija natural?... Sobrenatural, en tal caso.
Sobrenaturales son siempre los milagros.

SANDALIO

Y de cualquier manera... mejor es que sea hija de un dios que no hija del pecado.

ESTEFANÍA

Y para los cornudos... siempre es un consuelo
atenerse al prodigio y no al engaño.

SANDALIO

¡Je, je!... Orgullosa es la novia...
Parece que tiene conciencia de su rango.

ESTEFANÍA

Mírela como ausente... Vive fuera del mundo...
de este mundo nuestro... Tiene raptos.
A veces se queda absorta y habla de visiones extrañas.

SANDALIO

¿Romántica?

ESTEFANÍA

Algo más original y complicado...
Oye voces antiguas que la llaman.

SANDALIO

Hay el complejo de Helena, como el de Orestes y el de Menelao.

ESTEFANÍA

Ella piensa que un cisne divino la ha engendrado.

DORINTILA

(A *Sandalio:*) ¿Y no cree usted, señor,
que le hubiese sentado mejor el traje blanco?

ESTEFANÍA

Es de muy mal agüero el traje negro.

SANDALIO

La imposición del novio no ha perjudicado a la belleza en este caso.

ESTEFANÍA

Esta Elena lo resiste todo, como la de Homero...
la desnudez y el manto oscuro del pecado.

DORINTILA

¡El novio, el novio! ¡Aquí está el novio!

SANDALIO

¡Aquí llega el amado!

DORINTILA

Y se dice también que si a la novia la ve el novio
en el traje nupcial del holocausto,
antes del matrimonio,
habrá sangre en el tálamo.

SANDALIO

Siempre hay sangre en el tálamo.

ESTEFANÍA

Sangre de maldición, quiere decir el adagio.

SANDALIO

Abilio Santibáñez desafía todos los augurios y todos los adagios.

(Entra *Abilio. Sandalio* se acerca a él para tomarle el bastón y el sombrero. Al volverse, le dice *Estefanía:)*

ESTEFANÍA

No es un seductor.

SANDALIO

Pero gracias a él,
la casa de los Santa Eleusis
se salvará del deshonor y del escándalo.

(Abilio avanza como un sonámbulo, con los ojos clavados en *Elena,* sube el primer escalón del retablo, saca el estuche, toma el collar y se dispone a colocarlo en el cuello de su prometida. *Elena* se inclina levemente como un héroe en el ritual de su glorificación. *Abilio* le coloca la joya diciéndole):

ABILIO

Tuyo es, amor mío. Que estas perlas que los pescadores de la Hélade encontraron
junto a la concha nacarada de Venus,
se enciendan otra vez sobre el esplendor de tu pecho pagano.

ELENA

(Acariciando el collar.) Es divino... ¡Divino!

ABILIO

Como tú. Vale tanto
como el resto de mi fortuna...
pero mucho menos que tus labios. (La besa. Reflectores.)

TODOS

¡¡Ah!! (Caen las cortinas.)

DORINTILA

(Delante de las cortinas.) ¿Antes de la boda?

ESTEFANÍA

¿No piensa usted, señor, que se ha precipitado?

SANDALIO

¿Quién va a decirle nada
si tan generosamente lo ha pagado?

ESTEFANÍA

Largo fue el beso.

DORINTILA

Largo, largo, largo. . . (Mirando por las cortinas.)
Dura todavía.

ESTEFANÍA

Largo es también, como la cola.

SANDALIO

Da la vuelta al mundo. . .
como un río sombrío que se pierde en la Historia.

(Oscuridad y mutación).

CUADRO 3º: El palomar de Abilio Santibáñez

(Habitación ascética en el último piso del palacio. Puerta al fondo, que se abre en un bastidor donde hay, pintado, un mundo de esferas celestes. En una repisa, a la derecha de la puerta, un astrolabio y una esfera terrestre. La repisa avanza hacia el proscenio algo más de un metro. Tres gruesos tomos de la *Historia de la decadencia del planeta,* sostenidos por dos atranca-libros que representan a Atlas con la bola de la Tierra a la espalda, del tamaño de una manzana grande. Panoplia con armas, un puñal, una pistola, una espada. Una cama sencilla. Junto a la cama, una mesita y un sillón. La habitación, abierta a la izquierda, se prolonga en una terraza con un ancho y macizo barandal en el fondo. En el centro, un telescopio y dos sillones. Si no es fácil separar con una cortina la habitación de la terraza puede utilizarse un biombo.)

D. PRÁXEDES

(Arreglando los libros de la repisa.) *Historia de la decadencia del planeta. . .*
Estos libros no se sostienen bien. . .
se vencen hacia la derecha o hacia la izquierda.
Pero aquí está el gran Atlas, transportando en sus robustos hombros
la bola de la Tierra.
Sujetemos con él y apuntalemos
esta inminente decadencia. . . .
Buen atranca-libros. ¡Empuja, empuja, gigantón!

(Entran los *Condes de Santa Eleusis* con *D. Práxedes.)*

CONDESA

Esto va más allá de toda extravagancia. . .

CONDE

Locura, locura. . . ¡No me diga!

D. PRÁXEDES

¿Por qué extravagancia. . . y cuál es la locura?

CONDESA

Tener un palacio como éste, construido por un alma sibarita
para acabar viviendo como un bohemio solitario
en esta mísera buhardilla. . .

D. PRÁXEDES

La suntuosidad es un estorbo
a todas las horas de la vida.
Nada cansa tanto como el esplendor. . .
Los ojos se embotan y el gusto se fatiga.

SANDALIO

El juego está en cambiar del palacio a la cueva y viceversa.

D. PRÁXEDES

Como Segismundo. Debemos cultivar la sorpresa admirativa
igual que un huerto o un árbol se cultivan.
No se puede vivir continuamente en los rayos del Sol. . .
Y los Santibáñez, después de todo lo que digan,
no hemos inventado nada nuevo.
Reyes poderosos y príncipes de augustas dinastías
vinieron a acogerse, muchas veces,
a una vida monacal y sencilla.

CONDESA

Y el padre de Abilio. . .
¿así también vivía?

D. PRÁXEDES

Lo mismo. Sólo que a mi hermano le gustaba
el sótano más que la buhardilla.
Él hizo su cueva anacoreta
allá abajo, en la cripta.
Yo prefiero las alturas, como mi sobrino,
y mi nido lo fabriqué en la torre del palacio, más altiva.
Topos y cigüeñas
forman esta familia.

CONDESA

Pero esta vida ascética
no la entiende mi hija.

D. PRÁXEDES

Tranquilícese usted. La alcoba nupcial está allá abajo
y es una maravilla.
Un tálamo. . . como lo soñara Salomón
para la Sulamita. *(Abilio* y *Elena* entran por la derecha de la terraza.)

ABILIO

(A *Elena:)* He querido mostrarte primero
este humilde rincón de mi palacio
construido sobre el vértice piramidal de mi grandeza. . .

ELENA

Sí... Para advertirme que estimas más que el lujo y el boato
la sencillez y la pobreza...
He ahí una hazaña occidental cristiana
que no entendemos las mujeres griegas.

ABILIO

Sin embargo,
hubo un filósofo en Atenas
que arrojó al mar la copa de oro
y bebió el agua en una teja.

ELENA

Eres muy orgulloso y tu orgullo
más que la sencillez y la pobreza
te han subido hasta aquí... Desde aquí
miras a los hombres arrastrarse como gusanos de la tierra.

ABILIO

No. He subido hasta aquí
para ver por ese telescopio las estrellas
y sentirme yo mismo mucho más pequeño
que los gusanos de la tierra.

ELENA

Ahora... durante algunos días por lo menos,
cambiarás el blando lecho del amor por esa dura cama portuguesa.

ABILIO

Creo que ahora la aguja de mi vida
la va a fijar definitivamente tu belleza.

(El *Conde* y la *Condesa* se han sentado en la cama.)

CONDE

Éste es un camastro de cuartel.

CONDESA

El catre de acero y pedernal
en que dormía Otelo antes de casarse con Desdémona.

ELENA

(A *Abilio,* viniendo de la terraza:) Y ahora que ya conozco esta buharda,
enséñame el resto de tu imperio.

ABILIO

Que mi tío lo haga. (Viniendo hacia el arqueólogo.)
Él conoce mejor que yo y mejor que mi padre
todos los secretos de esta casa

D. PRÁXEDES

Yo conozco rincones inexplorados por mi hermano
y sé dónde se hallan
ídolos e incunables
de los que él ya ni remotamente se acordaba.

Tu padre sabía dónde encontrar las cosas que a él le divertían:
Las estatuillas japonesas,
los tapices con la picardía de sus fábulas,
y sobre todo, los grandes desnudos mitológicos
de las escuelas italianas.

SANDALIO

(Interviniendo abrupto y colérico.) ¡Los grandes desnudos sin pudor!

(Consternación general, silencio, pausa. *D. Práxedes,* en defensa de Sandalio.)

D. PRÁXEDES

Sandalio es la conciencia medieval y cristiana
de este palacio... y ella le conduce
a cubrir con cortinas monumentales y con sábanas
todos aquellos cuadros que él considera obscenos...
Ha vestido hasta la desnudez de las estatuas.

ABILIO

(Burlón y cariñoso.) A los silvanos y a los sátiros
les ha puesto pijamas...
y a las ninfas...
miriñaques y enaguas. (Risa de los *Condes,* estrepitosa y despectiva.)

D. PRÁXEDES

Pero no hay que reírse... Sandalio es un poeta...
cada hilo de plata de esa barba
es el verso sagrado y cabalístico
de una olvidada saga.
Su poesía
es misteriosa y recatada...
y le gusta esconder lo exultante y lo cínico
bajo paños tupidos y secretas parábolas. (Risa grosera del *Conde.)*
(A *Sandalio:)* Llévate a los Condes allá abajo...
Enséñales los perros, los pesebres y las cuadras.

SANDALIO

(A los *Condes:)* Vengan, vengan conmigo...
Tengo la llave de oro de las arcas. (Los *Condes* caminan encantados detrás de *Sandalio.)*

ELENA

(A. *D. Práxedes:)* Puesto que usted conoce tan bien este palacio
en el que he de vivir desde mañana...
descúbramelo... ábrame usted
todas sus puertas y ventanas.

ABILIO

Sí... Muéstrele usted a la perla los escondrijos de su concha...
Enséñele usted a Venus su divina morada.

D. PRÁXEDES

Vamos allá...

(Avanzan hacia el proscenio y detrás de ellos se corren unas cortinas para que detrás se ejecute la tramoya. En un escenario con más amplitud esto no será necesario... y hasta puede reprimirse el diálogo que sigue hasta el final del cuadro.)

He de enseñarte antes que nada
la cripta de los Santibáñez ancestrales
donde el difunto cortejo familiar descansa.
La cripta está en el otro lado en el cuerpo cardinal del palacio
y tendremos que cruzar el manzanar.

ABILIO

Junto a la cripta se halla
la caverna donde mi padre, meses y meses
y a veces años, sin ver a nadie se encerraba.

D. PRÁXEDES

No es propiamente una caverna. La llamamos así...
Es una vivienda subterránea
que por un lado la capilla y la biblioteca por el otro
como los brazos de una pinza la sujetan y como dos sombríos centinelas la guardan.

ABILIO

Lo verán todo. Te abriremos hasta el cofre blindado y secreto
donde están escondidas las antiguas alhajas,
las piedras de los maleficios y los pergaminos
con los signos misteriosos de la cábala.

D. PRÁXEDES

Luego iremos a la Gran Galería de los Símbolos...
y recalaremos en el Corredor de la Manzana... (Salen.)

(Oscuridad y mutación).

CUADRO 4º: El huerto de los manzanos en flor

(En primer término, a la derecha, un viejo manzano florecido. Junto a su tronco, un pozo a ras de tierra. Cerca, un montón de arena y algunas piedras y ladrillos. A la izquierda, un gran macizo de flores como el remate de un jardín que se pierde en el interior. Detrás del viejo manzano, una hilera de jóvenes manzanos en larga perspectiva. En el telón del fondo, una loma y en su cresta, el Sol a punto de ponerse... un Sol redondo y rojo que va cayendo hasta que el diálogo anuncia la hora del Ángelus. *D. Sandalio,* el viejo gnomo, con unas grandes tijeras en la mano, mira al Sol. *Dorintila,* asombrada, contempla a *D. Sandalio* que dice:)

SANDALIO

Hoy ya el Sol terminó sobre la Tierra
su luminosa trayectoria
y luego de besar a los manzanos del jardín
en lo más sensitivo de su amorosa copa,
llenos de flores todos, ya cumplido
el milagro solar inexplicable, de la sagrada cópula...
detenido un instante, míralo allí
en la curva turgente de la loma.
Le está diciendo al fruto aún no nacido,
a la futura poma:
Así has de ser... redondo, encendido y amoroso
como yo, como el Sol has de ser. Ésta es la norma.

DORINTILA

Córteme usted ahora flores. Rosas rojas
y también lirios blancos.

SANDALIO

Rosas rojas paganas y lirios arcangélicos
hay en este jardín mitológico y paradisíaco. . .
Lirios para las vírgenes
rosas para los sátiros.

(Se dispone a cortar enarbolando sus grandes tijeras. Campanas. Pausa.)

Pero ésta es justamente la hora de la veda.
Está sonando el Ángelus. (Se santigua.)
Después que el Sol se pone,
nadie puede arrancar una flor de su tallo.
El que corte una flor en esta hora,
comete un monstruoso asesinato.
El "No matarás" está escrito también para las flores
en el viejo Decálogo. . .
y hay que cortar los lirios y las rosas como en un sacrificio,
con el Sol en el cielo y con el ritual del holocausto.
Hay que decir: Amor, en la savia de los lirios y las rosas,
nuestra sangre te damos. . .
Lirios para el altar
y rosas para el tálamo. . .
Lirios para el amor divino,
rosas para el amor profano.
Siempre para el amor. . . Sólo para el amor
pueden cortar impunemente, lirios y rosas nuestras manos.

DORINTILA

Y ¿usted conoce todas las flores del jardín?

SANDALIO

A mi manera. . . No como las conocen los botánicos.
Los botánicos conocen las flores
como la policía a los seres humanos:
las fichan, las retratan, las clasifican, las bautizan en latín
y luego las aprisionan y emparedan en unos cartapacios,
que son el calabozo y el sepulcro de estos seres tan tiernos y sencillos
como las gacelas y los pájaros.

DORINTILA

¡Mire usted que llamar en latín a las flores!

SANDALIO

Las llaman en latín, pero las flores no hacen caso.
Ni siquiera vuelven la cabeza.
Si se las llama, en cambio,
como las llama el viento. . .
bailan orgullosas en el tallo.

DORINTILA

¿Cómo las llama el viento?

SANDALIO

El viento es el eterno y universal enamorado
de las flores, y sabe cómo hay que llamarlas
para que se vuelvan. . . y ponerles entonces el beso del polen
en los labios.
Si hacemos las cosas por amor,
hasta del crimen más horrendo quedamos perdonados.
Estas tijeras inocentes
que un sacerdote ha consagrado
serían el hacha de un verdugo
si cortasen una flor, sin amor, después del Ángelus.

DORINTILA

Entonces, si no podemos cortarlas ahora ya,
vendré mañana muy temprano.

SANDALIO

Ven con el alba, que con el alba
las flores y yo nos levantamos.

DORINTILA

Pero la boda va a celebrarse por la noche.

SANDALIO

Por la noche. . . a las doce.

DORINTILA

¿Aquí?

SANDALIO

En la capilla de palacio.

DORINTILA

¿Una boda de noche?
¿No le parece a usted extraño?

SANDALIO

Fue ocurrencia del novio.

DORINTILA

Estos Santibáñez son muy raros.

SANDALIO

¡Silencio!. . . Aquí llegan ahora.

(Entran *D. Práxedes, Elena* y *Abilio*. *Abilio* se da cuenta del pozo recién abierto y dice:)

ABILIO

¿Qué pasó aquí, Sandalio?

SANDALIO

Se reventó hace días la atarjea
y abrieron los albañiles este pozo. Ya está todo arreglado.

D. PRÁXEDES

(A *Sandalio:)* Este año, viejo gnomo, están muy florecidos
los manzanos.

SANDALIO

Llenos de candor y de promesas.
Hasta este patriarca solitario
se ha cubierto de flores.

D. PRÁXEDES

(Mirando al manzano.) Viejo, muy viejo es este árbol.

ABILIO

Bajo sus ramas largas y sombrías
he dormido muchas veces y soñado,

SANDALIO

Es viejo como el mundo.

ABILIO

Como el fatal Manzano del Edén.

SANDALIO

Es el pastor de este inmenso rebaño
que avanza hasta perderse en el otero. Es el abuelo, el rey
de este ejército largo de jóvenes manzanos.

ELENA

Largo es el manzanar.

DORINTILA

Largo, largo, largo. . .

ABILIO

Largo como una sierpe.

SANDALIO

Largo como el pecado.

D. PRÁXEDES

Da la vuelta a la Historia.

SANDALIO

¡Oh, manzano divino y proletario!

(Oscuridad y mutación.)

CUADRO 5º: El conjuro

(Un corredor cerca del proscenio. Poco menos de las dos terceras partes del ancho del escenario, un tabique corredizo sobre el cual hay cuatro cuadros pintados: Primero: el Mago y la manzana. Sobre una mesa blanca, en primer término, descansa una manzana grande. Detrás de la mesa, un poco perdida en la sombra, la figura de un personaje extraño que tiene en la cabeza un cono blanco que no se sabe bien si es el gorro de un clown o el triángulo metafísico. Sostiene en la mano derecha una varita con la que apunta a la manzana. El cuadro segundo es un primitivo anónimo donde se ve a Adán y Eva escuálidos y famélicos junto al Manzano del Edén, al que se enrosca la Serpiente. El otro es un cuadro de Rubens con el mismo tema, pero las figuras de la bíblica pareja aparecen robustas y opulentas. El último es el *San Francisco* del Greco, con una calavera en la mano. Después de este cuadro hay un entrante de un metro aproximadamente. En el bastidor que se doble hacia el fondo, se abre la puerta del tálamo. Enfrente, una ventana grande que da al huerto de los manzanos en flor y entre la puerta y la ventana, un cuadro grande cubierto con cortinas. Debajo del cuadro y la ventana corren asientos tapizados lujosamente. *D. Práxedes, Abilio* y *Elena* entran por la derecha.)

D. PRÁXEDES

Aquí está la primera lección de nuestras Sagradas Escrituras
por pinceles gloriosos pintada y comentada.

Pero temo que no van a entenderla
tu sensibilidad helénica y tu sangre pagana.

ELENA

¿Ni con dos maestros tan excelentes como ustedes?. . .
Vamos a ver ¿qué es esto?

ABILIO

El Mago y la Manzana.

ELENA

¿Un cuadro?

D. PRÁXEDES

Anónimo. . . y cubista.

ABILIO

La manzana es claramente cezanneana. . .
sustancia, volumen, geometría. . . amor.

ELENA

Pero ¿qué significa?

D. PRÁXEDES

Nada. . . Pintura sin anécdota. . . No significa nada.
Una línea, un cono, una esfera en la sombra. . .

ABILIO

El rayo, el triángulo metafísico
y la bola del mundo, antes del Génesis, rodando en las entrañas
del vacío. . . Sombras y cubismo.

D. PRÁXEDES

O el cubismo en las sombras vacías de la Nada.

ELENA

Pero, el mago. . . ¿quién es el mago?. . .
Tiene en la mano la varita mágica.

ABILIO

Tal vez. . . una telúrica divinidad.

D. PRÁXEDES

En el principio fue sólo la Tierra. . . Una esfera como la manzana.
Una gran pelota rodando sola, sin jugador, por el espacio.

ABILIO

¡Por esa inmensa y misteriosa cancha!

D. PRÁXEDES

La anécdota, el jugador. . . *la Historia* vino después.

(Están frente al cuadro primitivo.)

Aquí empieza la anécdota. . . Aquí hay ya una jugada.

ABILIO

Aquí hay dos jugadores.

ELENA

Feos, anémicos, escuálidos. . .

D. PRÁXEDES

El pincel de los primitivos era ascético y cínicamente casto.

ABILIO

Estos desnudos son perfectamente antiafrodisíacos.

D. PRÁXEDES

Por esto, sin duda, debió pensar Sandalio que no era muy
urgente ponerle cortinas a este cuadro.

ABILIO

Son como larvas todavía.

ELENA

Parecen renacuajos.

D. PRÁXEDES

Criaturas humanas en proyecto.

ABILIO

Se piensa en dos hambrientos náufragos
de una isla donde no hubiese más que esa manzana.

ELENA

Dan ganas de decirles: Mordedla pronto. . . ¡Vamos!. . .
Coméosla ya entre los dos. . . no para pecar sino para alimentaros.

ABILIO

Se ayunaba mucho en el medievo. . .
y los pintores daban de comer muy mal a sus modelos.

D. PRÁXEDES

Fue una cuestión de dieta, que luego corrigió el Renacimiento.

ABILIO

(Ya frente al Rubens.) Y Rubens se excedió: los cebó como a cerdos.

ELENA

¿Y por qué D. Sandalio no cubrió con cortinas este lienzo?

ABILIO

Estas adiposidades barrocas y flamencas son coraza, por sí solas,
donde se estrellan los malos pensamientos.

D. PRÁXEDES

Poco a poco, sobrino, que ésa no es la opinión de todos los flamencos

ELENA

¿No hay un término medio?

ABILIO

Siempre vamos de un extremo a otro extremo.

D. PRÁXEDES

Fíjate en esto, por ejemplo:
Aquí, en el Rubens, la mujer sostiene
la mano izquierda sobre el pecho,
y al ofrecerle a Adán, con la otra, la manzana, el corazón le ofrece.
Y aquí, en el primitivo, Eva tiene
la mano izquierda sobre la curva rotunda de su vientre. . .
y al ofrecerle la manzana, la Historia es lo que ofrece.

ABILIO

Había un "elijan", como siempre:
o el amor sensual o la progenie.

ELENA

Y ¿qué es la Historia?

ABILIO

Un juego dramático que preside la muerte.

D. PRÁXEDES

Lo cambiamos por el juego infantil que presidía la inocencia.

ABILIO

Y otra vez, el dilema, como antes:
o niños angélicos y eternos. . . u hombres sanguinarios y mortales.

ELENA

¿Sanguinarios?

ABILIO

Eva inventó la sangre,
no la inventó Caín. En el principio no existía ese río rojo
que separa a los hombres de los ángeles.

ELENA

Adán y Eva ¿fueron ángeles?

D. PRÁXEDES

De la mejor simiente celestial.
Dios, el gran jardinero, los plantó en la tierra bendita del Edén
como se planta un ciruelo o un peral
y aguardó a ver qué daban.

ELENA

¿Y dieron buenos frutos?

ABILIO

(Ante el Greco.) Como éste. He aquí otra manzana.
(Señalando a la calavera.)

D. PRÁXEDES

(Al oído de *Elena:)* ¡Soberbia camuesa la de este monje! ¿verdad?
Es San Francisco. . . Lo pintó tu paisano Teotocópuli.

ELENA

¿Y a quién le ofrece el santo la manzana?

ABILIO

A su amante. . . Como Eva se la ofrece a Adán.

ELENA

¿A su amante?

D. PRÁXEDES

Al gran jardinero.
La calavera es siempre la gran poma seca y ancestral
del árbol de la vida, que los místicos y los anacoretas
le brindan a su amante. . . el gran jardinero celestial.

ABILIO

Y siempre la eterna disyuntiva:
o la manzana sin mondar
o el cráneo mondo de la muerte.

D. PRÁXEDES

Y aquí está vuestro reino amoroso, vuestra alcoba nupcial.

ABILIO

Ésta es la puerta del Edén. (Abriendo la puerta del tálamo.)

(Se descorre el tabique de la izquierda y aparece el tálamo.)

ELENA

¿La puerta de entrada o de salida?

ABILIO

La del amor o de la muerte... Entremos valerosos, que es igual.

(Entran. Se ilumina el tálamo y se oscurece el corredor. En la habitación hay una ventana, al fondo, y el lecho nupcial que está cercado por cortinas de gasa muy transparentes. Cerca de la cabecera, un biombo negro. Junto a la ventana, un sillón. Sobre una mesilla, junto al lecho, un teléfono. A la derecha, un tocador. Todo espléndido y suntuoso. Cuando vuelve la luz no hay nadie en escena. Después de unos segundos entran *Elena*, *Abilio* y *D. Práxedes* por la izquierda del tálamo y vuelven a salir al corredor.)

ELENA

(Entrando.) Es un milagro todo. Parece como si alguien
se hubiese adelantado a mis deseos.
Déjame descansar siquiera aquí un momento.

(Se sienta en el banco de la ventana. *Abilio* queda de pie.)

Estoy rendida.

D. PRÁXEDES

(Sentándose en el sillón.) Yo también me he cansado.

ABILIO

Nada fatiga tanto como visitar un museo.
Los turistas americanos, esos intrépidos paletos
que se quieren tragar el Louvre de un solo bocado...
se cansan más que si escarbasen un campo de barbecho.

ELENA

(Mirando el cuadro.) Y tras esas cortinas ¿qué se esconde?

ABILIO

Para ti no hay secretos. (Corriendo las cortinas.)

(Es un lienzo que representa a Paris y Helena, en la isla de Cranae, en tamaño natural. Elena aparece echada en una posición semejante a la *Venus de Urbino* del Ticiano, casi desnuda, entre gasas y ramas primaverales. A Paris se le ve sentado a sus pies, algo inclinado hacia ella, con la mano extendida, ofreciéndole una manzana. Viste una túnica corta, prendida en el hombro izquierdo con un medallón de oro y lleva en la cabeza el gorro frigio encarnado. Violentando un poco la Historia, debe aparecer como un adolescente ágil, alegre, travieso, sonriendo siempre con picardía y seguridad. Es el Capitán de la Sonrisa y su espada, la gracia arrolladora. Después de correr *Abilio* las cortinas, *Elena*, se queda maravillada, contemplando las dos figuras. Después dice:)

ELENA

¡Paris y Helena en la isla de Cranae!

ABILIO

¡Ah! ¿Conoces la fábula?

ELENA

Sí. Paris fue aquel príncipe de Troya,
mítica y fabulosamente bello
que prefirió el amor al poderío y a la gloria. . .
No es fábula, que es mito.

D. PRÁXEDES

No es mito, que es Historia.

ABILIO Y ELENA

¿Eh?

D. PRÁXEDES

Historia poética y simbólica.
La única eterna y perdurable. . . (Pausa.)

ELENA

Ha cambiado de mano la pelota. . .
Quien ofrece ahora la manzana no es ella sino él.

D. PRÁXEDES

Un juego de pelota es la Historia
y la pelota pasa de la mano de la mujer a la mano del hombre y
viceversa.

ELENA

Hay en este Paris, todavía, algo que inquieta y desazona.

ABILIO

(Nervioso.) ¡Elena!

ELENA

¡Abilio!. . . ¿Celos?
Esto es sólo una fábula.

D. PRÁXEDES

Historia. . . Historia poética y simbólica. (Pausa larga.)

ELENA

¿No le parece a usted. don Práxedes, demasiado grande esa manzana?

D. PRÁXEDES

Era una manzana de concurso, de juegos frutales, lo mejor de la cosecha
La poma escogida para el diezmo, para el tributo y para las sagradas
ofrendas.
La mano, en cuenco, del troyano, sosteniendo la manzana, en
el juicio aquel de la belleza,
da la justa medida del seno de una virgen griega.

ABILIO

Como la mano de nuestra telúrica divinidad da el contorno
exacto de la Tierra.

D. PRÁXEDES

Paris sostiene la manzana, como Dios la bola inmensa del planeta.

ABILIO

Y como San Francisco, la monda calavera. (Pausa.)

D. PRÁXEDES

Vivimos sobre una manzana. Ella nos lleva en su agridulce
pulpa, como la Tierra en sus entrañas,

Sobre la manzana del amor igual que sobre la manzana de la Tierra
por un paisaje de estrellas encendidas y apagadas
vamos como locos jinetes cabalgando.
Y lo mismo en el poema de las Sagradas Escrituras
que en los míticos cánticos paganos,
riman las pomas y los senos. . . las calaveras y los astros. (Pausa.)

ABILIO

En el principio, fue sólo la manzana. . .

ELENA

¡El amor!

D. PRÁXEDES

¿O era la Tierra misma, girando en el espacio?

ABILIO

La manzana en la rama del árbol prohibido, pendulando. . .

D. PRÁXEDES

Después la rama se hace sierpe. . . la sierpe se hace brazo
y entra en escena Eva. . . El cuento es viejo y no es preciso
otra vez recontarlo.
Lo sabe todo el mundo. . . Está escrito en el viento por el rayo.

ABILIO

Luego, este cuento, lo cuenta al revés el mito griego. . .
Y Paris es el que ofrece, entonces, la manzana.

ELENA

Es un cuento
pero parece un juego. . . Un juego de niños y de viejos.

D. PRÁXEDES

Un cuento que se cuenta para llamar al sueño. . . Yo me duermo. . . (Se duerme.)

ELENA

Un juego de hombres y mujeres. La manzana se parece también al corazón.
Yo la siento
como el grano del cascabel, bailándome en el pecho.

ABILIO

Y al cráneo del hombre se parece. Como la bola del badajo,
me golpea el cerebro.

D. PRÁXEDES

(Dormido.) Engendra el amor y la locura.

ELENA

¡Oh, Paris divino! (Frente al cuadro, con la mano en el pecho.)

ABILIO

¡Ah, maldito troyano!

ELENA

¡Silencio!
(Mirando a D. Práxedes.) La Historia se ha dormido.

ABILIO

Y las leyendas y los mitos danzan
cuando duerme la Historia.

ELENA

Vivimos sobre la Tierra y sobre la manzana...
en el blando respiro de los sueños... (Oyendo respirar al arqueólogo.)

ABILIO

Y en el hondo ronquido de la fábula. (Ronca el arqueólogo.)

ELENA

¡Silencio! (Al público:) La Historia ronca y sueña...
cerremos la ventana. (Señalando a la boca del escenario.)

ABILIO

Corramos con cuidado las cortinas...

ELENA

Para no despertarla. (Corriendo cada uno, una de las cortinas de la escena.)

Fin de la Parte Primera

PARTE SEGUNDA:

La manzana perdida

CUADRO 6º: La boda

(El tabique de los cuadros que cierra el tálamo, está corrido y se ve la alcoba nupcial. La otra mitad del escenario queda cubierta por el otro tabique, con la puerta y el cuadro de Paris y Helena. Sigue en ángulo abierto la ventana practicable. Llega la música lejana de una marcha nupcial, entre el murmullo de los invitados. *Estefanía* va y viene. Coloca sobre una silla la camisa nupcial. Sale *Elena* por la izquierda, llevando en la mano la gran cola negra del vestido de boda. *Dorintila,* detrás, cargada de flores. *Elena* abre la puerta del tálamo y entran las dos apresuradamente. *Elena* se recata detrás del biombo negro y *Estefanía* comienza a desvestirla. Voz de *Elena:*).

ELENA

¡Pronto, pronto! Despójame pronto (Detrás del biombo.)
de estos oscuros atavíos...
¡De prisa, de prisa, Estefanía!
Quiero estar en el lecho antes que llegue Abilio.

DORINTILA

(Fuera del biombo.) Ha de tardar aún.
Subió a su alcoba con D. Sandalio y el padrino...
y ahora estarán los dos haciendo con el novio
lo mismo... esto mismo
que hacemos nosotras con la novia.

ELENA

¿Qué cosa?

DORINTILA

Desvestirlo y de nuevo vestirlo
con los arreos del amor.

(Recita.) El caballero de Venus
irá bien apercibido. . .
Llevará un puñal de plata
a la derecha del cinto,
y una pluma fanfarrona
en el rojo gorro frigio.

ELENA

¿Qué dices, Dorintila?
Estefanía ¿la has oído?

ESTEFANÍA

Oírle todas sus simplezas
es mi condenación y mi castigo.

ELENA

Picardías, querrás decir, y no simplezas,
que habla siempre con la desvergüenza de Dionisos.

ESTEFANÍA

No habla como una niña de su edad.

ELENA

Habla como un travieso geniecillo. . .

ESTEFANÍA

Lleva en la sangre algún demonio.

ELENA

En el cuerpo de los adolescentes
se esconden todavía extraviados diosecillos.

ESTEFANÍA

¿Cree usted en esos cuentos?

ELENA

En Grecia, como en la buena poesía,
siguen siendo familiares los prodigios.

DORINTILA

(Recita.) Y le vestirán la túnica
blanca, de los sacrificios,
que con siete agujas de oro
le cosió el sastre Cupido.

ESTEFANÍA

Y estos disparates ¿piensa usted que se los apunta un duendecillo?
D. Sandalio es ahora su maestro y su amigo.
Él es quien le llena la cabeza de fábulas, de coplas y de grillos.

ELENA

(Sacando un brazo de detrás del biombo.) Guarda allí este collar.
(Dorintila lo toma y va hacia el tocador. Pausa.)
(A *Estefanía:)* Desabróchame las cintas del justillo.

DORINTILA

(Recita.) El collar en su estuche
y en el rosal la rosa,
la paloma en su nido
y la perla en su concha,

ELENA

(Ya desnuda.) Ahora me siento libre. Me gustaría estar desnuda siempre.
Como un silicio ascético, me mordía esta ropa.

DORINTILA

(Viendo a *Elena* desnuda, desde fuera del biombo.)
(Recita.) Y cuando huyeron las nubes
y se cayeron las sombras,
se quedó la Luna blanca,
desnuda en el cielo, y sola.

ESTEFANÍA

(A *Dorintila,* que está arrobada mirando a *Elena:)*
¡La camisa que está sobre la silla. . .
la camisa nupcial, bobalicona!
(Dorintila vuelve en sí. Toma la camisa y la lleva apresuradamente.)

ELENA

¿Es ésta la túnica inconsútil?

ESTEFANÍA

Tejida con seda de los gusanos de Laconia. . .
Las vírgenes de Esparta la bordaron
con manos pacientes y amorosas.

ESTEFANÍA

(Dentro del biombo.) Y como pinceles gloriosos, las agujas
reprodujeron en la tela algunas escenas mitológicas.

DORINTILA

Aquí está Diana con su cervatillo. . . Y ésta es la reina Leda con el cisne.
El cuello del cisne se dobla en esta parte ahora,
y con el pico llega, justo a beber. . .

ELENA

¡Estefanía! Cierra a este duendecillo, con un bozal la boca,
(Sale *Dorintila,* empujada violentamente del biombo y cae en el suelo.)
y cíñeme la estola.
(Dorintila se levanta y contempla la escena de detrás del biombo.)

DORINTILA

(Recita.) Está la Luna en el cielo
pálida, llena y redonda,
ya madura y en sazón
como la poma simbólica.

(Traviesamente, apaga la luz.)

ELENA

¿Quién apagó la luz?

DORINTILA

Nadie. . . Surgió la sombra sola. . .
La noche es necesaria para una sencillísima tramoya. . .
Como en los orígenes del mundo.
¡Atención! Que va a salir la aurora,

(Durante la oscuridad, *Elena* ha entrado en el lecho. Cuando vuelve la luz, las cortinas frontales de gasa están corridas y el lecho iluminado con un gran reflector.)

¡Se hizo la luz de nuevo! (Encendiendo la luz de nuevo.)

ELENA

Eres como el prólogo que anuncia la comedia.

DORINTILA

Como el que anuncia el alba... ¡Soy la alondra!

ELENA

(A *Estefanía:*) Pónme más altas las almohadas
y que se desborden mis cabellos sobre la blancura de la colcha.

DORINTILA

(Recita.) Por entre los encajes de las sábanas
se veía la cabeza de la novia
lo mismo que Venus Afrodita
entre la espuma de las olas.

ELENA

(Complacida.) ¿Y también D. Sandalio te ha enseñado esa copla?

DORINTILA

No. Ésta la aprendí en nuestra tierra.
La cantaban unos ciegos rapsodas.
cuando yo era muy niña,
en la ribera del Eurotas.

ELENA

¿Y sabes tú quién era Venus Afrodita?

DORINTILA

Una princesa muy hermosa,
de ojos verdes, que vivía en el mar
y navegaba en una concha...
Era una perla...

ELENA

En nuestra tierra no hay princesas.
Las princesas son diosas.

DORINTILA

Y los dioses... ¿se murieron los dioses?

ELENA

Los dioses nunca mueren... se transforman.
En la Edad Media Zeus se hizo romántico y germano y tomó por nombre Lohengrín...
Con su cisne divino se construyó una góndola...
Yo lo veo ahora mismo, que viene navegando y navegando...
(Medio dormida.) Apaga las luces de la sala, Estefanía, y deja sólo encendidas las lámparas de aceite de la alcoba...
Quiero dormir... soñar... (Se duerme.)

DORINTILA

¡Ay, dormir!

ESTEFANÍA

¡Cállate! (Después de apagar las luces.)
¿Desea otra cosa la señora?

ELENA

(Soñando.) ¡Elena!. . . ¡Elena!. . .
Eres hija de un cisne blanco
y de la reina Leda.

ESTEFANÍA

Duerme.

DORINTILA

Duerme tranquilamente y sueña.
(*Estefanía* corre las cortinas frontales del lecho.)
Yo sé una copla que es como una maldición.

ESTEFANÍA

Tú tienes coplas, como los médicos recetas
para todos los males. (La empuja hacia la puerta y salen al corredor.)

DORINTILA

(Recita al oído de *Estefanía.)*
Que el amor no te desvele
ni te acuerde el toronjil,
y en la noche de tus bodas
tengas ganas de dormir.

ESTEFANÍA

¡Cierra esa boca, bachillera!. . .
Sabes más coplas que oraciones. . .
y más picardías, de la cuenta. (Se van por la izquierda. Pausa.)

(Queda la escena sola un momento hasta que sale *Abilio* con *Sandalio.)*

ABILIO

¿Cerraste bien la cancela del jardín?. . . ¿Apagaste las farolas?

SANDALIO

Uno por uno, todos los mecheros.

ABILIO

Cierra ahora puertas y ventanas.
Asegura pestillos y fallebas. . . Echa los cerrojos de hierro.

SANDALIO

Todo lo cerraré.

ABILIO

Pasaré aquí la luna de miel. Quiero
que nadie me importune. Durante una semana
viviré como en la rígida clausura de un convento.
¿Despediste a la servidumbre innecesaria?

SANDALIO

La despedí,

ABILIO

En estos días, sólo nos quedaremos
las doncellas de la señora, tú y el jefe de cocina.
Ahora, vigila en la antesala como un perro.

SANDALIO

Vigilaré, vigilaré. (Sale *Sandalio*. *Abilio* va a la ventana y la cierra.)

ABILIO

Que no entre nadie. . . ¡Nadie, ni el viento!. . . ¡Ni el viento!

(Se sienta, angustiado, en el sofá, con la cabeza entre las manos. Llega *D. Práxedes*.)

D. PRÁXEDES

¿Te sientes ya mejor?

ABILIO

Algo me zumba aquí. . . ¿Será el pájaro negro
de los Santibáñez?

D. PRÁXEDES

Cuéntame qué te pasa. . .
¿Qué te ocurrió en el templo?

ABILIO

Lo que me ocurre no es de ahora.
Hace ya mucho tiempo
que una imagen. . . un hecho cualquiera, a veces un perfume,
se me meten de repente en el cerebro
como un pájaro huido. . . y, golpeándome
en no sé qué resortes desconocidos, de aquí dentro,
me llevan a lugares y escenas
que he visto y he vivido en otro tiempo.
Todo sucede entonces. . .

D. PRÁXEDES

A manera de sueño. . .

ABILIO

No es sueño. . .
Lo que me pasa ya ha existido. . . Tal vez existe todavía. . .
¿No me ha dicho usted algunas veces que no hay tiempo?
¿Que la Historia pasada continúa como volando en el espacio?
¿Qué las voces y las imágenes que fueron
siguen y seguirán eternamente existiendo?
¿Que esas voces e imágenes que van y vienen
y giran en el universo
redondo. . . se pueden captar?. . . ¿Y que hay espíritus receptivos
que recogen sus propias ondas pasadas, de nuevo?
Porque el mundo no es largo ni infinito, como se pensaba. . .
Todo es redondo y se repite ¿no es cierto?

D. PRÁXEDES

Es una teoría. . . Aún no tenemos pruebas.

ABILIO

Yo las tengo. *(D. Práxedes* sonríe.)
No se ría, tío... Usted es un sabio, ya lo sé...

D. PRÁXEDES

Yo no soy sabio... Yo no soy más que un necio
que sabe que la ciencia es una mosca ciega arañando
la bola inconmensurable del misterio.
No hay sabios... Nadie sabe nada...
Pero dejemos esto ahora. Dime qué te sucede.

ABILIO

Empezó todo cuando cayeron las arras...
Cuando las onzas de oro
sonaron en la bandeja de plata.
Sentí entonces que me torcían la memoria...
que me la dislocaban...
Y oí un trote de caballos en la sangre
que se me llevaban el ánima.
Ocurría todo en una ciudad sin nombre y sin reloj...
y en una época remotísima y bárbara.
Estábamos en un mercado de príncipes cautivos y de nobles esclavas.
A Elena, desnuda, se la veía recostada
en un lujoso palanquín abierto.
A un lado, un grupo de jóvenes rijosos refrenaban
sus oscuros deseos, ante la ley dura y primitiva de la clava.
Al otro, los viejos orgullosos,
bajo la nieve caudalosa de sus canas,
iban y venían haciendo sonar sus escarcelas. Con una mano acariciaban
el oro de la bolsa, y con la otra, la plata de la barba.
Asistíamos a una subasta.
Allá al fondo, pedía y llevaba las ofertas un viejo patriarca.
Dijo de pronto: "¿No hay quien dé más? —luego añadió—, se trata
de la mujer más hermosa de la Historia. Se trata nada menos que de la Helena mítica y pagana.
¿No hay quien dé más?... ¡A la una!... ¡A las dos!... ¿No hay quien dé más? ¡A las tres!... Se le adjudica al viejo sátrapa
Abilio Santibáñez"... Y sucedió entonces que las arras
que había visto yo caer lenta y parcamente sobre la bandeja de plata,
se desbordaron como un torrente de oro, como una refulgente y avasalladora catarata.
Era una lluvia densa y larga
de onzas amarillas que reñían con el Sol, y lo apagaban...
Mas lo que no podían apagar eran las enloquecidas risas bárbaras
y las voces de los jóvenes rijosos que decían: Unos las compran y otros las raptan.
Hubo un gran barullo... insultos y blasfemias
entre las carcajadas...
Cuando al fin vine a buscar la joya
que con tanta munificencia fue pagada...

Elena no estaba ya en el lujoso palanquín abierto.
Entonces recobré los sentidos...
y con los sentidos me volvió el aliento.

D. PRÁXEDES

Estabas pálido como los cirios del altar
y amarillo como las onzas de las arras.

ABILIO

Había motivos para ello...
no por el robo en sí
sino porque este robo se me ha hecho
ya muchas veces en la Historia.

D. PRÁXEDES

Es una noria el universo,
donde la vida se repite alrededor de un dios
o de un astro principal e inmutable que es el centro
o el eje de este mecanismo... Alguien ha dicho ya:
"La vida es un retorno eterno"...
Pero ésta no es la hora de filosofar y discutir...
Elena es ya tu esposa... y te espera ahí dentro.

ABILIO

Elena es ya mi esposa
según los Sagrados Evangelios.
Mas lo que ha sucedido en *mi tránsito...*
tránsito fue y no sueño...
es un premonitorio aviso, un presentimiento
de algo que se va a repetir
otra vez en el tiempo.

D. PRÁXEDES

¡Bah, bah, bah, bah!

ABILIO

No quiere usted hablar y se me escapa astuto...

D. PRÁXEDES

Bueno, bueno, bueno
que los dioses del amor te protejan.
Yo a mi torre me vuelvo.
Buenas noches, sobrino...

(Sale por la izquierda, muy preocupado. Se queda solo *Abilio,* con la cabeza entre las manos.)

ABILIO

Estas voces y estos alucinados pensamientos
pesan más que el oro de mis arcas. (Cree oír voces.)
¡Ahí está el estribillo!... "¡Unos las compran y otros las raptan!"
Y ¿quién se ríe?... Oigo una risa que se hincha hasta hacerse
una inmensa carcajada.
Es como si la Historia y el mundo se riesen... Es una risa
cósmica y profunda... ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!...

(Se tapa los oídos y se dirige a la puerta. Va a entrar, mira al cuadro. Cree oír que *Paris* se ríe burlona y estrepitosamente. Entra espantado. Cambio de luces. Oscuridad en el corredor. Luz en el tálamo. *Abilio* se halla

ahora dentro de la alcoba nupcial. Intenta serenarse. Lo observa todo con cuidado. Se acerca al lecho. Las cortinas siguen cerradas. Las abre, *Elena* aparece dentro del suave y blando cortejo de sedas y encajes que custodian su feminidad. Surge con su belleza heroica y antigua, ante el asombro de *Abilio*. Se la ve dormida, con la cabeza vuelta hacia el público y la cabellera desbordada. *Abilio* se desquicia. Aturdido, se sienta tímidamente en el lecho. Se inclina para besar a *Elena*, pero a mitad del camino lo detiene un movimiento que ella hace. La mira con fijeza y aguza los sentidos. La siente respirar. Ve que sus labios se mueven, y que parece que van a articular unas palabras. No dice nada *Abilio* se acerca más. Ahora *Elena* balbucea confusamente una palabra, un nombre que él no llega a distinguir. Dice para sí:)

ABILIO

Dijo un nombre. ¿Era el mío? (Se acerca para oír mejor.)

ELENA

(Dormida.) ¡Amor mío! ¡Amor mío!... ¡Amor!
¿Estás ahí?

ABILIO

¿Soy yo ese amor? ¿Podría despertarla
y decirle: Aquí estoy?

(*Abilio* se levanta, se desabrocha el cuello del pijama. Se ahoga, quiere respirar. Sale al corredor. Luz en el corredor, sombra en el tálamo. Va a la ventana, la abre, mira desoladamente la noche y dice:)

Venus, estrella del amor, protégeme.

(De pronto se vuelve. Cree oír pasos en la alcoba nupcial. Va rápido a la puerta. Escucha.)

Oigo pasos... y la voz de un hombre que habla quedo... Oigo
una voz... Ahora se calla... Han advertido mi llegada.
¡Huye!

(Se enfurece y se ciega. Levanta la cabeza, y su mirada se encuentra con la mirada burlona de *Paris*. Empuja violentamente la puerta que se abre con estrépito. *Elena* se despierta y viene asustada a encontrarlo.)

ELENA

¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa?

ABILIO

¿Quién estaba aquí?

ELENA

Yo. Nadie más que yo.

ABILIO

Un hombre estaba.
Lo he oído hablar... Lo he sentido huir.
Escuché claramente sus pisadas.

ELENA

Eres un visionario y un iluso.

ABILIO

¿En dónde está ese hombre?

(La agarra violentamente por los hombros y sacudiéndola, continúa iracundo:)

Dentro está de la casa.

(Lo escudriña todo. Sale otra vez al pasillo. Va a la ventana.)

Ha huido por aquí. ¡No! Cerraré, sin embargo, la ventana.

ELENA

Pero ¿quién es este hombre?. . . ¿De dónde sale de pronto?
Y esa voz. . . esa voz familiar y lejana. . .
¿de dónde llega?. . . ¿De dónde llega esa voz
que he oído no sé cuándo, *hace siglos,* con esas mismas palabras?
Y esta escena. . . ¿de dónde viene esta escena
más vieja que el ditirambo y que la máscara?

(Va al tocador, se mira. Cierra la puerta. *Abilio* sigue en el corredor atrancando la ventana. Al volverse, se enfrenta con el cuadro y. . . *Paris* no está en el cuadro. Estupor de *Abilio.)*

ABILIO

¡¡Ah!!

(Después de una pausa angustiosa y con los ojos clavados en el lienzo cuya mitad está vacía, desciende del banco, va en busca de la llave de la luz, la enciende, se acerca al cuadro, lo mira, lo toca, lo palpa, ve que *Paris* ha huido, y con la expresión lunática más característica de los Santibáñez, dice:)

¿Dónde se ha escondido ese raptor?

(Mira a la puerta del tálamo. Va hacia ella, escucha.)

¡Ahí está!. . . ¡Ahí dentro está!. . . (Quiere abrir.) ¡Han cerrado!
¡Abran!. . . ¡Abran!. . . (La puerta se abre. *Abilio* entra. Se dirige a *Elena.)*
¿Qué dices ahora?. . . ¿Soy un visionario?
¿Dónde está?

(Agarra a *Elena* por los hombros y la zarandea enloquecido y violento. *Elena* cae desmayada. *Abilio* sale.)

Salió por aquí.

(Viendo que se mueve la puerta, sale al corredor otra vez.)

Ha tenido que escaparse de este lado.

(Va hacia la derecha.)

Lo encontraré y lo mataré.

(Queda un momento sola la escena. Cuando vuelve *Abilio,* el viento abre la ventana. Entonces dice:)

¡Por allí salta ahora! ¡Es la misma figura del cuadro!

(Corre a la ventana, persiguiéndolo. Quiere saltar. Se queda a horcajadas en el alféizar y en este momento oscuridad y mutación.)

CUADRO 7º: EL FANTASMA O EL SÍMBOLO CAMINA

(El huerto de los manzanos en flor. *Abilio* se desliza por el lado exterior de la ventana. Llega al suelo. Observa. Dice:)

ABILIO

¡Allí va!. . . Lo veo claramente. . . La Luna lo denuncia, como un índice le apunta con sus rayos.

No es una sombra. . . es un bulto, es un hombre. . . Se esconde tras el viejo manzano.
Se mete ahora en el pozo. . . Se hunde lentamente. . . Se le ve ya sólo la cabeza. . . Ahora, sólo una mano. . .
Ya no se le ve nada. . . Desapareció. . .

(Se acerca al pozo con cautela y mira.)

¡Está ahí abajo!
¡Ah! Te cacé como a un zorro. Me vengaré. . . Vas a morir ahí enterrado.
Le arrojaré esta piedra. . . y esta otra. . . y ésta. . . Creo que le he partido el cráneo.

(Entra *Sandalio*).

ABILIO

Ahora, tierra y arena.

(Con una pala que hay junto al viejo manzano, comienza a echar paletadas en el pozo.)

SANDALIO

Señor, señor, vengo buscándolo por todos los rincones de palacio. ¿En dónde andaba usted?

ABILIO

No sé. . . En un juego sombrío de fantasmas.

SANDALIO

¿De fantasmas?

ABILIO

Aún me persiguen, Sandalio.

SANDALIO

Señor, señor, vamos a su cuarto de soltero.

ABILIO

Pero ¿no había yo comprado un tálamo?

SANDALIO

Señor. . .

ABILIO

¿Dónde está mi mujer?

SANDALIO

En la alcoba nupcial.
El aya Estefanía debe estar a su lado.

ABILIO

Vamos entonces a mi cuarto de soltero.

(Camina con *Sandalio*, arrastrando la pala. De pronto se vuelve para decir:)

Pero escucha, Sandalio. . .
He enterrado aquí a alguien. . .
No sé a quién he enterrado. . .
Si era un fantasma, he sido un necio. . .
Y si era un hombre, he sido un bárbaro.

(Oscuridad y mutación.)

CUADRO 8º: ELENA PIERDE LA INOCENCIA, Y PARIS LA MANZANA

(Corredor de la Manzana. Entra *Estefanía,* muy agitada, por la izquierda, arreglándose. Sigue abierta la ventana y una ráfaga de viento hace revolotear las cortinas del cuadro que chocan misteriosamente con el lienzo, impidiendo precisar con certeza si *Paris* está en el cuadro o no. *Estefanía* cierra la ventana y luego corre las cortinas del cuadro. Después se dirige a la puerta del tálamo, que sigue entreabierta como la dejó *Abilio.* Llama quedo. Luego más fuerte:)

ESTEFANÍA

¡Señora! ¡Señora!. . .
¡Señora!. . . ¿Puedo entrar?

(Como nadie responde, entra cautelosa. Se corre el tabique de la izquierda y aparece el tálamo. Está la luz encendida. *Elena* sigue desmayada. Cuando *Estefanía* la ve, corre hacia ella gritando:)

ESTEFANÍA

¡Señora! ¡Señora!. . . (La mueve, la sacude. *Elena* vuelve en sí.)

ELENA

¿Qué ha pasado?. . .
Ha sido un sueño negro ¿no es verdad?

ESTEFANÍA

¿Qué otra cosa iba a ser? *(Elena* va al espejo y descubre en sus brazos unos cardenales.)

ELENA

¿Y estas señales?... ¿Y estas manchas? (Recuerda.). . . ¡Ah!
No ha sido un sueño negro,
ha sido una negra realidad.

ESTEFANÍA

Vuelva a la cama y repose. Descanse. . . Tranquilícese y duerma.

(Elena vuelve al lecho. *Estefanía,* tierna y solícita, le acomoda la ropa.)

ELENA

Cierra la ventana y no te vayas. Cierra también la puerta.
Que no entre nadie. . . ¡Nadie! Ni el viento con su aroma antiguo de mitos y leyendas.

(Estefanía lo cierra todo y luego se sienta en el sillón que hay junto a la ventana. Pausa.)

(Entre sueños.) Se dice que los mitos y leyendas
son duendes amorosos y guerreros, pájaros invisibles que fecundan en la noche a los poetas. . .
Y se dice que fecundan también a las novias abandonadas y a las vírgenes indefensas.

ESTEFANÍA

Estas cosas que dice la señora, sólo las dicen los que sueñan.

(Se levanta y se acerca a la cama.)

¿Estará dormida?. . . Está dormida. Duerme y sueña.

(Vuelve al sillón y se duerme ella también.)

ELENA

(Invocación. Soñando.) ¡Ven. . . ven. . . ven!

Salta las murallas de Troya.
¡Corre. . . corre. . . corre!
Atraviesa la Historia. . .
¡Llega. . . llega. . . llega
por el botín de la victoria! (Aparece *Paris.)*

PARIS

Me has invocado. . . y vine. . .
Vine cabalgando en tu sueño,
jinete a la grupa de una yegua loca,
con la manzana en la mano
y la sonrisa en la boca.

ELENA

(Soñando.) ¡Oh, mi dulce Capitán de la Sonrisa
y de la manzana prodigiosa! *(Paris* se sienta en la cama. Pausa.)
¡Amor. . . amor!. . . agridulce amor.
Dame tu manzana
por mi corazón.

PARIS

¡Amor. . . amor!. . . agridulce amor.
Toma mi manzana
por tu corazón. *(Elena* muerde la manzana y la deja caer.)
La manzana rodó por la cañada
que parte dulcemente las dos lomas
blancas como la nieve,
como dos aves en el nido, temblorosas. . .
Rueda la manzana,
tiemblan las palomas.

ELENA

(Soñando.) ¡Amor. . . amor!. . . ¡Agridulce amor!
Dardo balsámico,
caricia y aguijón. . .
dame tu manzana
por mi corazón.

PARIS

(Mirando la manzana caída y sin atreverse a tomarla.)

Riman los senos, las estrellas y las pomas. . .
¿Cuál es la manzana? ¿Quién distingue ahora
la cadencia sidérea, la música amorosa
de estos versos perfectos y redondos, donde juegan en una danza
profunda y misteriosa
senos, mundos, manzanas. . . con un temblor palpitante de palomas?

(Oscuridad. Voz de *Elena.)*

ELENA

¡Amor. . . amor!. . . ¡Agridulce amor!
Dame tu manzana
por mi corazón.

PARIS

¡Amor. . . amor! ¡Agridulce amor!
Toma mi manzana
por tu corazón. (Pausa.)

ELENA

Amor, amor, agridulce amor. ¡Ay! Funde tu manzana con mi corazón.

(Traquetean las ventanas. Vuelve la luz. *Estefanía* se despierta y va rauda a sujetar las ventanas. En el tálamo se ve ahora a *Elena* pálida y vencida. *Paris* ha desaparecido. Después de otra pausa, dice *Elena* con voz débil e insegura:)

¿Qué ocurre, Estefanía?

ESTEFANÍA

Oí un dulce gemido y un agudo lamento. . .
Luego traquetearon las ventanas y a sujetarlas me llegué
para que no entrase furtivo, como un ladrón, el viento.
(Maquinalmente.) Con su aroma antiguo de mitos y leyendas. . .

ELENA

¿Quién le pone cerrojos a los sueños?
Cuando estaba dormida, llegó el amor muy quedo
con la espada desnuda y la antorcha encendida.
Llegó como un guerrero. . .
como el soldado victorioso del amor
y prendió fuego al lecho.
En una llama roja se abrasó mi inocencia.
¿Quién le pone cerrojos a los sueños?

(Oscuridad al Corredor de la Manzana. Se abre la puerta y sale *Paris* con la mano extendida, vacía, sin manzana y dice dirigiéndose al público:)

PARIS

Así, con la mano vacía. . .
¿dónde puedo ir ahora?
Me he quedado indefenso
sin la poma simbólica.
Soy el soldado del amor que ha perdido la espada.
¿Cómo subo ahora al cuadro? ¿Cómo voy a volver así a la Historia?
La manzana era mi divisa
el florón de mi escudo y mi aureola.
Sin la poma en la mano
soy como un elefante sin trompa,
como un toro sin cornamenta,
como un rey sin corona.
Debo tener una figura lamentable
y desdichadamente anónima.
¿Qué parezco? Un lisiado, un manco, que para implorar unas monedas
extiende la mano paralítica y rota. . .
No soy, en realidad, más que un mendigo
que pide una limosna. . .
¡Dadme una manzana, por el amor compasivo de los dioses!
¡Ponedme en este cuenco vacío, por piedad, una poma!

(Sale por la izquierda. Oscuridad y mutación.)

CUADRO 9º: La primera visita del fantasma

(Palomar. *Abilio* está en la cama. Después de la aventura desdichada, junto al pozo, *Sandalio* lo ha acostado. Ahora está tranquilo, mirando al techo, absorto en sus pensamientos.)

SANDALIO

¿Quiere usted que le traiga alguna cosa?

ABILIO

Nada.

SANDALIO

¿Un té, una infusión?... Le traigo
una copa de brandy

ABILIO

Nada... ¿Y mi tío?

SANDALIO

Duerme... La Historia duerme.

ABILIO

Avísale Sandalio.

(Corre las cortinas de la terraza, y sale de puntillas, cerrando la puerta con sigilo y diciendo:)

La Historia, el carcelero duerme... y los mitos pintados en los lienzos
saltan de los cuadros
y danzan como duendes
por las galerías y los salones de palacio.

(Ha quedado el cuarto con una luz discreta porque las cortinas no son muy tupidas. Envuelto en esa luz, descansa *Abilio* inmóvil y mirando al techo. Quiere cerrar los ojos, pero en este momento llaman a la puerta del fondo con unos golpecitos.)

¡Adelante!

(La puerta se abre. Entra *Paris*. Viene vestido con el atavío clásico que lleva en el cuadro. Llega cínico y sonriente. Después de hacer una profunda reverencia, va a colocarse detrás del sillón que está junto al lecho. *Abilio,* estupefacto, se incorpora en la cama. Se queda sentado sin fuerzas para levantarse ni para gritar. Cree estar soñando. Quiere hablar y, fingiendo un poco de serenidad, se atreve a decir:)

ABILIO

¿Quién es usted?

PARIS

¿No se acuerda de mí?

ABILIO

No, señor, no me acuerdo.

PARIS

¿No se acuerda de anoche?
¡Con qué furia arrojaba usted piedras en el pozo!... Pero
contra mí son inútiles
todas las armas de los hombres... Vengo
a decirle a usted que soy inmortal.

ABILIO

Pero ¿quién es usted?

PARIS

Paris.

ABILIO

¿El de la mitología?

PARIS

¡El de la mitología... eso!
Y el de la epopeya también.

ABILIO

La mitología y la epopeya son cuentos
para dormir.

PARIS

Y para no dormir.
Porque yo, que ahora vengo
de la mitología fabulosa, estoy aquí precisamente
para quitarle a usted el sueño.

ABILIO

¿Cómo?

PARIS

Yo tengo los poderes del amor
como tiene usted los del dinero.
Y en amor, lo que usted compra... yo lo rapto.
Usted ha comprado a Elena... pero yo me la llevo.

ABILIO

Antes lo mataré... (Va a buscar una daga a la panoplia.)
Lo asesinaré como a un perro.

PARIS

Ya le he dicho a usted que soy inmortal. (Se sienta.)
A mí no se me mata con una daga de acero
ni con una bala de plomo... Ni enterrándome vivo en un pozo.
Alguien, desde allá arriba ha dispuesto
que usted tenga el oro y yo la gracia que arrebata.

ABILIO

¡Basta de burlas! ¡Fuera de aquí!

PARIS

Tiene usted mal genio.
¡Pobre Elena!

ABILIO

¿Cómo se atreve usted a nombrarla?

PARIS

¿Por qué no?... Si ella me ama.

ABILIO

¡Embustero!

PARIS

Es inútil que grite... Elena es mía ya.

ABILIO

¡Impostor!

PARIS

Escúcheme sereno.
Anoche, recuerde bien, anoche
cuando la contemplaba usted en el lecho
y la oyó murmurar: ¡Amor mío... amor mío!
estaba ya en mis brazos.

ABILIO

Estaba durmiendo
y soñaba.

PARIS

Pues yo...
era precisamente aquel sueño.

ABILIO

¿Quién hace caso de los sueños?
Los sueños no son más que humo...
menos que humo... viento.

PARIS

Y el viento... ¿no existe?
Yo en el viento navego.
En el mundo existen el viento y el humo
y el humo es tan permanente como el oro... Es la otra cara del fuego.
Detrás del humo está la llama
como detrás de la vigilia está el sueño.
¡El sueño... tan fijo y tan real como un axioma!...
De sueño está hecho el hombre, más que de carne y hueso.

ABILIO

No tanto.

PARIS

Puedo demostrarlo.

ABILIO

¿Usted?

PARIS

Yo, sí. Hace unas pocas horas, exactamente en el momento
en que estaba usted enterrándome en el pozo...
su mujer me llamó.

ABILIO

Soñando.

PARIS

Pero con tal empeño
que me vi fatalmente empujado a encontrarla.

ABILIO

¿Dónde?

PARIS

En el tálamo. . . En *su* tálamo. . . En *su* lecho.
Siempre me cita allí.

ABILIO

¡No!. . . ¡No!. . .

PARIS

¡Tranquilidad!
Yo tenía una manzana en esta mano. Siglos y siglos la he llevado sostenida en este cuenco.

ABILIO

Y ¿dónde está ahora la manzana?

PARIS

Me la arrebató Elena.

ABILIO

¿Mi mujer?

PARIS

Y la mordió. Búsquela usted en su lecho.

ABILIO

¡Calumnia!. . . ¡Calumnia!. . . Pero ¿quién es usted?

PARIS

Para usted, el enemigo y la condenación. . . Para su mujer, el ideal y el ensueño.
Los hombres me odian y las mujeres me aman. . .
Esto ha sido así desde el comienzo.
del mundo. Ahora se repite otra vez en la Historia.
Y como en otro tiempo,
me llevé a Helena, la mujer de Menelao.
A Elena, la mujer de Abilio Santibáñez, esta noche me llevo.

ABILIO

¡Calle!. . .

(Avanza hacia la sombra con el puñal enarbolado. En este momento entra *D. Práxedes*. La sombra desaparece y *Abilio* se desploma sobre el hombro del arqueólogo.)

¿Lo ha visto usted?

D. PRÁXEDES

No he visto a nadie.

ABILIO

¿No sabe usted?

D. PRÁXEDES

No sé nada, hijo mío. . . ¿Qué quieres que sepa?
Ahora lo sabré todo. . . Ven aquí. . . Descansa. . .
Acuéstate. . . Gobierna tus nervios y rige tu cabeza.

(Lo acuesta y luego sale a la terraza y habla con *Sandalio*.)

Sandalio ¿sabes dónde vive el psicoanalista Jacovich?

SANDALIO

Sí, señor.

D. PRÁXEDES

Que vayan a buscarlo. . . Díganle
que es un caso de urgencia.

(Vuelve al cuarto. *Abilio* comienza a hablar febril y atropelladamente.)

ABILIO

Era la misma figura del cuadro.

D. PRÁXEDES

¿Paris?

ABILIO

Sí, Paris.

D. PRÁXEDES

¿Y habló?

ABILIO

¡Claro que habló!

D. PRÁXEDES

Y ¿qué dijo?

ABILIO

Que él es. . . lo que yo odio
y lo que ama Elena. . .
Y que es inmortal. *(D. Práxedes* le pone la mano en la frente.)

D. PRÁXEDES

Va a venir un doctor.

ABILIO

Pero si usted no cree en los médicos.

D. PRÁXEDES

Ahora hay médicos psicólogos. . . sacerdotes de una ciencia nueva.

ABILIO

¿Nueva? Son los mismos magos antiguos,
los mismos adivinos del tiempo de los persas.

D. PRÁXEDES

Dicen que éste es un hombre
de gran sabiduría y experiencia.

ABILIO

¿Un médico de locos?

D. PRÁXEDES

No. . . Especialista en soñadores y poetas.

ABILIO

¿Soy yo un poeta?

D. PRÁXEDES

Como tu mujer y Don Quijote, pero no loco.
Las gentes vulgares que no sueñan
piensan que todos los poetas están locos.

ABILIO

Mas todo el mundo sueña.

D. PRÁXEDES

Sí... pero los sueños distinguen a los hombres,
y muy pocos, en la vigilia sueñan.
Sólo ciertas almas singulares
sueñan grandes y misteriosas cosas, despiertas.
La Historia misma es grande
sólo cuando sueña...
Yo ahora mismo siento que no estoy muy despierto.
Tal vez la Historia... no es como sucede
sino como queremos —o soñamos— que suceda.
Esto lo dijo Don Quijote.

ABILIO

¿Y estaba loco Don Quijote?

D. PRÁXEDES

Don Quijote era un astrólogo de alma española y manchega
que cambiaba los montones de estiércol
en constelaciones de luciérnagas.
Otros astrólogos cambiaban en oro
simplemente las piedras.
Él, mediante un extraño mecanismo
que aún no ha descubierto la ciencia,
hacía de un patán un caballero
y de una barragana, una princesa.
Era un prestidigitador maravilloso...
Descubrió también una estrella
que sale siempre por el lado contrario de Venus.
La moderna astronomía la desdeña,
pero los astrólogos, que fueron siempre
más que científicos, poetas,
la han colocado
casi en el centro de su sistema
amoroso de señales...
y la siguen llamando Dulcinea.

ABILIO

Yo no descubriré jamás tales estrellas.

D. PRÁXEDES

Tú eres un símbolo... y el símbolo es siempre poesía.
En este palacio está la Historia hecha
símbolos, y moviéndose
de una manera poética...
no con la lógica ordinaria ni bajo la cronología
que marcan las revoluciones de la Tierra.

ABILIO

Sí... ya sé... El tiempo no existe
y los símbolos están hechos de una sustancia eterna.

D. PRÁXEDES

Bueno. . . Tú no eres propiamente un símbolo. . .
ni lo es tampoco Elena.
Estáis en la órbita de un símbolo
y fatalmente giráis como planetas
alrededor de él. . . Del verdadero símbolo
que os arrebata y os gobierna.

SANDALIO

Aquí está el psicoanalista Jacovich.

D. PRÁXEDES

Hazlo entrar. (Entra Jacovich.) (Corre el biombo *D. Práxedes.)*

JACOVICH

¿Es éste el enfermo?

D. PRÁXEDES

Éste. *(D. Práxedes* sale a la terraza.)
Procura, Sandalio, que estas cosas
que han sucedido aquí esta noche, no trasciendan.

SANDALIO

Así lo haré.

D. PRÁXEDES

Dale veinte nudos a tu lengua. . .
Que no se entere nadie que fuiste a buscar a *este* doctor.

SANDALIO

Por mi boca, nadie sabrá nada. ¡Vaya una advertencia!

D. PRÁXEDES

Más que una advertencia, es una orden. (Se vuelve al cuarto.)

SANDALIO

Se la pasaré al viento. . . Que el viento es el que todo lo cuenta.
¿Quién le pone candado a sus aullidos?
Las gentes frecuentemente piensan (Al público:)
que las cosas las ven tan sólo los ojos de los hombres
y que el viento, por ejemplo, que es un verdadero *soplón,*
no tiene lengua,
que no habla ni le refiere a nadie lo que ocurre en la Tierra.
Igualmente se cree que no hablan tampoco las estrellas.
¿Piensa alguno de Uds. que los astros están clavados allá
arriba, en las altas esferas
nada más porque sí?. . . ¿Que no oyen ni ven ni entienden? Las
estrellas lo ven todo y lo cuentan
lo mismo que la Luna. Claro que las estrellas son más serias.
La Luna ha sido siempre una chismosa. Las estrellas, no.
Las estrellas
son espías, cronistas muy formales que le llevan
a Dios la crónica del mundo. . . Y la Historia no termina donde
termina la comedia.
¿Y muchos creen también que las flores son ciegas

y que tampoco hablan? ¡Si yo contase las cosas que me han dicho
los lirios y las azucenas!
Y las mujeres las meten en su alcoba cuando se quedan solas
y el demonio las tienta.
Un lirio blanco y tímido, al que en cierta ocasión lo metió en
su camarín una doncella,
salió encendido como una amapola, y rojo de vergüenza.
Claro que aquello fue un milagro. . . Canonizaron después a la doncella.
Los hombres refieren las cosas que pasan en el mundo
a su talante y conveniencia. . .
Pero ésa no es nunca la historia
que a Dios le cuentan las estrellas. (Sale.)

(Entran *D. Práxedes* y el doctor después de una pausa.)

D. PRÁXEDES

El padre de Abilio,
mi pobre hermano Fausto,
solía decir algunas veces
que lo perseguía el agente de un banco.

JACOVICH

¿Y a usted quién lo persigue?

D. PRÁXEDES

Mi sombra, cuando camino hacia el ocaso.

JACOVICH

¿Y no ha visto usted ese fantasma que acosa a su sobrinos?

D. PRÁXEDES

Tengo los ojos muy cansados. . .

JACOVICH

Pero usted no cree en visiones, desde luego.
Los grandes hombres sabios. . .

D. PRÁXEDES

¡Ta, ta, ta, ta! No hay sabios, nadie sabe nada.
Cuando yo muchas veces llego
al callejón cerrado y sin salida
para la razón y el pensamiento,
me acojo a la imaginación como un poeta
y lo reduzco todo a imágenes y símbolos. . . hasta las leyes
físicas y matemáticas del universo.
No he visto ese fantasma porque soy un viejo cegato,
no porque sea un sabio.
Yo creo en las visiones de los místicos y de los poetas
sonámbulos.

JACOVICH

¡Je, je, je! (Risilla queda y desdeñosa.)

D. PRÁXEDES

(Para sí.) Este psicoanalista
es un conspicuo mamarracho. (Se sientan en los sillones de la terraza
Pausa.)

Cada hombre ve y recibe lo que puede. . .
lo que cae en su campo.

JACOVICH

¿Cómo? ¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?

D. PRÁXEDES

En los museos. . . allá en el mío, y en este misterioso palacio,
que es otro museo también, viven las almas augustas de los héroes
como en los templos, las almas glorificadas de los santos.
Lo mismo que una imagen religiosa, un buen lienzo profano
y si es de un gran artista, sobre todo, guarda en su materia
y en su urdimbre
a más del hecho maravilloso que originara el cuadro,
el alma del genio que lo ejecutó, el de los contemporáneos
que lo vieron nacer
y el de las generaciones sucesivas que año tras año
después lo contemplaron reverentes.
Día tras día, y entre todos, lo cargamos
de fuerzas, de efluvios misteriosos
de anécdotas y de significados
hasta que al fin lo convertimos, no se sabe cómo,
en un símbolo. . . en un objeto sagrado. (Se para.)

JACOVICH

Siga.

D. PRÁXEDES

Luego. . . puede ocurrir
que en un momento dado
esas fuerzas acumuladas revienten.
Si entonces hay cerca una antena propicia, un médium adecuado,
una persona receptiva que coja la descarga. . .
puede producirse lo sobrenatural.

JACOVICH

(Burlón.) ¡El milagro!

D. PRÁXEDES

(Sin hacerle caso.) Si esto ocurre en un templo,
nos arrodillamos conmovidos.

JACOVICH

No todos.

D. PRÁXEDES

Si ocurre en un museo,
hablamos solamente
como ahora va usted a hacerlo. . .
de locura. Pero Abilio, mi sobrino, no está loco.
No está más loco que los místicos españoles, por ejemplo.

JACOVICH

Entonces. . . es un santo. . . Y ¿para qué me llamó usted?
Yo no visito santos sino enfermos.

D. PRÁXEDES

No lo llamé a usted para que le cierre las puertas a la muerte.
Lo he llamado para que me ayude a abrirle las puertas al misterio.

JACOVICH

La muerte es lo que importa.

D. PRÁXEDES

La muerte es lo de menos.

JACOVICH

Bien, bien. Muy bien. Yo me limito
a hacer mi diagnóstico... Y su sobrino... es un enfermo
con fuertes taras patológicas hereditarias.
Su cerebro, según mi opinión, es un reloj... de oro si usted quiere... pero descompuesto.
No marca el tiempo justo. ¿Atrasa?... ¿Adelanta?... No sé.

D. PRÁXEDES

¡Si no hay tiempo!... ¿No sabe usted que no hay tiempo?

JACOVICH

¿Qué dice este hombre? (Para sí.)

D. PRÁXEDES

El tiempo... Dios... ¿sabe usted?... Dios...

JACOVICH

Bueno, bueno, bueno...
Que tome estas gotas de bromuro, provisionalmente;
y estas grageas de fósforo y arsénico.
Dentro de unos días, cuando esté más tranquilo,
que vaya a mi clínica y lo observaré con más detenimiento...
Vaya con él usted también.

D. PRÁXEDES

¿En calidad de enfermo?

JACOVICH

Aquí hay una vieja enfermedad de familia...

D. PRÁXEDES

¿De familia?... ¡De género!

JACOVICH

¿Qué quiere usted decir?

D. PRÁXEDES

Todo el género humano está enfermo.
¿Qué es eso de "yo no visito santos"?... Se visita *al hombre*...
cada hombre es un caso patológico, perfectamente inédito.
¿Qué sabe usted quién es el santo y quién el loco?
¿Y si en último término
no son los dos la misma cosa?... En cuanto llega el hombre a las fronteras de la santidad,
se le rompe el cerebro.

JACOVICH

Buenas noches... Yo ya di mi opinión... El cerebro de su sobrino...

D. PRÁXEDES

Sí. . . es un reloj descompuesto. . .

JACOVICH

De oro, si usted quiere, pero descompuesto.

D. PRÁXEDES

Allá arriba, en las altas esferas de la locura y de la gracia,
no hay cronología ni razonamiento. . .
Y son inútiles, absolutamente inútiles, el reloj y el cerebro.

Fin de la Parte Segunda.

PARTE TERCERA

El mundo o la manzana sórdida y apócrifa

Cuadro 10º: No hay más que un fantasma

(Alcoba nupcial. *Elena* está sentada en un sillón junto al lecho. Suena el teléfono. *Elena* toma la bocina. *Estefanía,* en la ventana.)

ELENA

¿Quién?

VOZ

Yo. . . soy yo. . . ¡Elena!. . . ¡Elena!. . . ¡Elena!

ELENA

(Asombrada.) ¡Él es!. . . Él es quien llama ahora. . .
Y a larga distancia es la llamada,
llamada lejana y misteriosa. . .
Suena como una voz perdida
que viene de las sombras,
como una voz que llega
de una ciudad remota,
como una voz antigua
que oyeron mis oídos al comenzar la Historia.

(Deja la bocina en el regazo. El espectador oye esa voz sorda, perdida, misteriosa y lejana que sale siempre de las bocinas abandonadas de los teléfonos.)

VOZ

¡Elena!. . . ¡Elena!. . . ¡Elena!. . .

(La voz se calla cuando *Elena* toma con cautela la bocina y la vuelve al aparato. Luego dice:)

ELENA

Estefanía ¿qué haces?

ESTEFANÍA

Vigilo y sueño.

ELENA

¿Tú también sueñas?

ESTEFANÍA

Sueño con los ojos abiertos, cuando usted está dormida.

ELENA

También yo sueño despierta. *(Estefanía* abre la ventana.)

ESTEFANÍA

Aquí está el Sol que espanta los sueños.

ELENA

Yo estoy siempre en la cuerda
fluctuante y flexible de un sueño
que ni la luz cegadora la rompe ni la quema.
Cierre los ojos o los abra,
haya Sol en el cielo o haya estrellas,
sueño es para mí todo.
Y aunque como ahora tenga
los párpados completamente abiertos
y las pupilas curiosamente alertas,
el sueño o el ensueño saltan siempre.

(Elena cierra los ojos, invocando al ensueño. Aparece *Paris* al conjuro imaginativo de *Elena.)*

Ahora le invocaré yo... Paris... Paris.

PARIS

¡Elena... Elena!...

ELENA

¿Estás ahí?

PARIS

Aquí estoy.
¿Duermes?

ELENA

No.

PARIS

¿Sueñas?

ELENA

Tampoco.

PARIS

¿Me ves?

ELENA

Te veo, amor... ¡Ven!... Llega más cerca.

PARIS

He venido...

ELENA

Has venido porque te he llamado yo.
Te busco sin descanso... Te llamo dormida y despierta.
Estás conmigo en el sueño y en las creaciones
que mi fantasía, como una infatigable lanzadera,
teje y teje aunque el Sol en su cenit
tenga encendida su refulgente hoguera.

PARIS

Soy sólo una ilusión.

ELENA

Eres lo que yo amo. . . lo que desea y lo que busca
mi alucinado corazón.
Te veo en todas partes: en los espejos, en el agua del río y
de la fuente,
en el vuelo del pájaro y en el perfume de la flor.
En todos los reflejos de la luz, está la luz de tu mirada,
y oigo que me llama tu voz
en la música de los bosques y del mar, que trae el viento.
Cabalgando vas y vienes como el glorioso caballero del amor
por todos los paisajes interiores
y maravillosos, que construye mi imaginación.
Cuando ayer dije "Sí", arrodillada en el altar,
estabas a mi lado. Tú eres mi prometido y mi señor. . .
y cuando anoche, soñando, mordía la eterna manzana original,
era la rosa pagana de tu carne fabulosa y antigua.

PARIS

Soy
sólo el eco encendido
de una romántica pasión.

ELENA

No. Eres. . . lo contrario del eco. Eres
la forma diamantina del amor,
clavada en el centro del mundo,
girando siempre y repitiéndose en la encendida órbita del Sol.

ESTEFANÍA

¡Señora! ¡Señora! *(Elena,* estremecida, torna a la realidad. *Paris* desaparece.)
Ha vuelto su padrino. *(Elena* se repone y se acomoda.)

ELENA

Hazlo entrar en seguida. . .
y ponle aquí otra vez, junto a la cama, su sillón.
(Entra *D. Práxedes* y hablan reanudando una conversación interrumpida.)

D. PRÁXEDES

¿Cómo te sientes, hija mía?. . . ¿Cómo van esos locos pensamientos?

ELENA

Son pájaros que no puedo espantar. Aquí han hecho su nido
y van y vienen dentro de mi cabeza en misteriosos vuelos.

D. PRÁXEDES

Antes no pudimos hablar. . .
Nos cortaron en lo mejor del cuento.

ELENA

No era cuento. . . Era una confesión.

D. PRÁXEDES

¿Confesión?

ELENA

Este palacio es un museo
y además de museo, usted lo ha dicho,
es un templo también. Usted es el sacerdote de este templo,
y como a un dios le contaría mis pecados,
así a usted se los cuento.

D. PRÁXEDES

No hay pecados... Cuenta... Sigue tu confesión.

ELENA

Le decía que vino a mí, primero, como un sueño.
Después,
yo lo invoqué con el deseo.
Y mi fantasía me lo trajo. Ahora me busca él también sin que yo lo requiera...
Hace un instante, me llamó por teléfono.

D. PRÁXEDES

¡Caramba! ¡Por teléfono!

ELENA

Oí
que me gritaba su voz desde muy lejos.

D. PRÁXEDES

¿Desde muy lejos?

ELENA

Así me pareció.

D. PRÁXEDES

En el mundo poético
no hay leguas ni reloj,
no hay espacio ni tiempo...
Todo está fijo
y ocurre en un espejo.

ELENA

¿En un espejo?

D. PRÁXEDES

En un espejo redondo,
donde dan vueltas y vueltas, repitiéndose eternamente nuestros sueños.

ELENA

¿Nuestros sueños?

D. PRÁXEDES

Bueno... la historia poética es quien sueña.

ELENA

Y ¿qué sueña?

D. PRÁXEDES

Siempre su primera, amorosa y poética leyenda.

ELENA

¿Leyenda?

D. PRÁXEDES

El viejo cuento de la manzana simbólica y eterna,
contado por Dios ante la angélica asamblea
de los cielos. . . El viejo cuento de la Tierra.

ELENA

Y en ese cuento ¿quién soy yo?

D. PRÁXEDES

La belleza.

ELENA

Y ¿qué es la belleza?

D. PRÁXEDES

A veces un trofeo entre el amor y el poderío.

ELENA

¿Un trofeo nada más?

D. PRÁXEDES

A veces, un milagro entre el sueño y la vigilia.

ELENA

¿Un milagro que se desvanece al despertar?

D. PRÁXEDES

Tú eres el corazón
de donde salen los milagros.

ELENA

¿Y Abilio?. . . ¿Quién es Abilio en este cuento celestial?

D. PRÁXEDES

Abilio es el cerebro donde se engendra la locura.

ELENA

Y ¿qué es la locura en este mundo terrenal?

D. PRÁXEDES

La única salida de los héroes vencidos.

ELENA

¿Salida? ¿Hacia dónde?

D. PRÁXEDES

No sé bien. . . pero es una salida vertical.

(Llega el *Conde*, la *Condesa* y el *Dr. Jacovich.*)

CONDESA

Aquí está. . . Aquí está el arqueólogo.

CONDE

Aquí está el sabio. . . Aquí está el sabio. . .
Lo sabemos ya todo.

D. PRÁXEDES

Entonces son ustedes más sabios que yo.
Y una vez más en el mundo, los sabios son los tontos.

CONDESA

Sabemos que nuestra hija se ha casado. . .

D. PRÁXEDES

No hablemos de esto aquí.
Elena no debe escuchar. . .

CONDESA

Elena debe saber quién es su esposo.

D. PRÁXEDES

Salgan al corredor. (Salen todos al corredor.)

CONDE

Nuestra hija se ha unido con un monstruo.

CONDESA

¿De manera que Abilio
es el vástago de una familia de locos?

D. PRÁXEDES

Elena es la hija de una pareja de imbéciles. . .
Váyase lo uno por lo otro.

CONDESA

Elena es la belleza. . . y la belleza es el trofeo de los héroes.

D. PRÁXEDES

Ya no hay héroes.

JACOVICH

Ni santos tampoco.

CONDESA

Y como no hay héroes ni santos. . .
hubo que casarla con un loco.

CONDE

¡Ah! ¡Si lo hubiéramos sabido!

D. PRÁXEDES

Lo sabían ustedes. . . como lo saben todos.
¿Quién no sabe en la ciudad
que los Santibáñez venimos de una familia de locos?
El padre de Abilio (al doctor), ya se lo he dicho a usted,
padecía delirio persecutorio. . .
y yo oigo muchas veces unas voces. . .

JACOVICH

¿Unas voces?

CONDESA

¡Bah! ¡Bah! Bah! ¡Bah!

CONDE

¡Ta! ¡Ta! ¡Ta! ¡Ta!

D. PRÁXEDES

Unas voces idiotas como las que ahora oigo.
En el mundo no hay más que dos familias:
la de los locos y la de los tontos.

Nosotros, puestos a escoger, nos metimos por el callejón de la locura.

CONDE

Y esa locura ¿vamos a pagarla nosotros?

D. PRÁXEDES

Los tontos no pagan nunca nada...
Los tontos viven siempre a costa de los locos.

CONDE

Nos sacrificaremos.

D. PRÁXEDES

Nada de sacrificios.

CONDE

¿Cómo?

D. PRÁXEDES

Los sacrificios ni se pagan ni se compran.

CONDE

¿Qué insinúa usted?

D. PRÁXEDES

No insinúo...
Digo que Abilio Santibáñez lo ha salvado a usted
del deshonor y del oprobio.

CONDESA

¿Y la belleza de mi hija?

CONDE

La belleza vale más que el dinero y Elena no puede estar unida con un loco
aunque este loco sea el dueño
de cerros himaláyicos de oro.

D. PRÁXEDES

Pero, vamos a ver... ¿Por qué está loco Abilio?

CONDE

¿Eh?

D. PRÁXEDES

Sí... ¿Por qué está loco?

CONDE

Dice el doctor que ve un fantasma.

D. PRÁXEDES

También Elena ve un fantasma.

CONDESA

¿Otro?

CONDE

¿Elena?

JACOVICH

¿Elena, otro fantasma?

D. PRÁXEDES

¡El mismo!
Ven los dos el mismo fantasma. No hay más que un fantasma. Sólo
que Abilio lo ve por un lado
y Elena por el otro.
Elena, por el del corazón...
Y Abilio por el del cerebro... ¡Eso es todo!
Uno por la cara y otro por la cruz...
Y Abilio es el que lleva la cruz sobre los hombros. (Sale.)

JACOVICH

Decididamente, en esta familia de los Santibáñez...
este hombre es el más loco de todos.

(Oscuridad y mutación.)

CUADRO 11º: EL CRIMEN

(Palomar. *Abilio* está sentado en la butaca, junto a la mesa, con las piernas envueltas en una manta. Entra *Sandalio.)*

SANDALIO

Éstas son las medicinas que recetó el doctor.

ABILIO

Ponlas aquí, sobre la mesa.

SANDALIO

El bromuro, lo tomará usted ahora mismo...
Treinta gotas... Y las grageas de fósforo y arsénico,
dos horas más tarde. ¿Le preparo las gotas?

ABILIO

Yo las prepararé.

SANDALIO

¿No prefiere usted descansar en la cama?

ABILIO

Me encuentro bien aquí... Déjame ya, Sandalio

SANDALIO

(Al salir.) No olvide tomar las gotas de bromuro.

(Queda solo *Abilio.* Toma el frasco de las gotas, lo mira, lee la etiqueta, acerca el vaso de agua que hay sobre la mesa y comienza a verter las gotas. Una... dos... tres... Aparece *Paris.* Llega hasta el filo donde está el estante de libros sobre el cual se destaca *La decadencia del planeta,* apuntalada por las dos figuras de Atlas. *Abilio* aún no ha visto a *Paris.* Sigue contando las gotas. *Paris* tropieza, de pronto con el Atlas, lo toma y con él en la mano dice este monólogo:)

PARIS

¡Hola!... Aquí hay una manzana...
¿O es una pelota? Pero... ¿qué es lo que miro?
¡Si es Atlas! ¡Aquel gigantón
que se rebeló contra el Olimpo
y Zeus le condenó después

a dar vueltas y vueltas sin respiro,
eternamente por la nada,
con la Tierra en los hombros, como una joroba, de castigo.
Con esta gran verruga, pegada a tu espina dorsal, viejo Atlas,
corres sin descanso en el vacío. . .
Con esta excrecencia sórdida a la espalda
vas arrastrándote por los espacios infinitos
como el escarabajo con su bola de estiércol
por el lodo viscoso de todos los caminos.
¡Cuánta maldición sobre tus hombros!
Y ahora, los habitantes de esta casa aumentan tu castigo
obligándote a sujetar y a apuntalar
La decadencia del planeta. . . Estos libros
donde se cuentan todas las peripecias de esta bola de estiércol
de un modo grotesco, ampuloso y prolijo.
¡Oh, rebelde gigante!
¡Nadie, nadie ha tenido
piedad jamás de ti!
Voy a ser generoso ahora contigo.
Te liberto de tu carga oprobiosa, milenaria,
e inacabable como la de Sísifo. (Le quita la bola.)
Estás libre, titán.
Ahora, en mi mano, va a ser un trofeo
lo que en tu espalda era un suplicio.
Cae como llovida del cielo esta esferita
en mi cuenco vacío.
Como hecha a la medida. . . ¿Quién puede afirmar que no es una
manzana?
Tantas veces se ha dicho
¡que la Tierra se parece a una manzana!. . . ¿O es la manzana
la que tiene con esta sucia pelota un misterioso parecido?
Esfera, manzana o pelota. . . ¡Buen juguete! (La bota en el suelo.)

(*Abilio,* que sigue contando las gotas, vuelve la cabeza. Ve a *Paris* y se aterra. Deja caer el frasco que tiene entre las manos, y el trovano, saludando con una burlona reverencia, dice:)

PARIS

¡Dios guarde a don Abilio!

(Avanza hacia la mesa, toma el frasco de grageas y después de leer la etiqueta, lo arroja al suelo y dice despectivo:)

A mí no se me mata con arsénico y fósforo tampoco. . .
Soy inmortal. . . Ya se lo he dicho.

ABILIO

Usted es solamente una alucinación de mi cerebro exaltado y febril.

PARIS

Eso cree su doctor. Pero los médicos, que a más de vanidosos
suelen ser asesinos
no podrán matarme tampoco. *Yo no soy una enfermedad.*

ABILIO

Entonces. . . Si usted no es una sombra ni un sueño ni un delirio
¿quién diablos es usted?

PARIS

Un sueño. . . pero colectivo.
El sueño de todos los hombres, que acaba por hacerse realidad.
Entonces nace el mito. . . Yo soy un gran mito,
hijo de la fiebre. . . pero de la fiebre de la Historia. . .
Luego, del mito se hace el símbolo. . .
Sin embargo, ahora soy. . .

ABILIO

¡Dígalo ya!

PARIS

Lo que teme usted de su mujer. . . Un pensamiento sombrío,
una sospecha amarga. . . un humo denso y frío
que le sale a usted de la cabeza
como las astas a todos los maridos
que compran el amor. . . (Pausa.)
Alguna vez se ha dicho
que yo soy. . . el demonio del tálamo.

ABILIO

¡Acabáramos!. . . ¡Usted es Don Juan!

PARIS

¡No!. . . ¡Ése es un pillo,
que escala tapias y acude al soborno. . .
un vulgar asesino. (Pausa, bajando la voz y con misterio.)
Yo he originado. . . en los imperios, guerras sangrientas y gloriosas.
Y en los hogares, domésticos y amorosos conflictos.
Las religiones me conocen y me temen. . .
La Iglesia ha formulado contra mí un decretito.

ABILIO

No es un decretito. . . Es el Noveno Mandamiento dictado por Dios.

PARIS

Dios no dicta esas cosas. Las escribieron unos hombres caducos
como usted, y fabulosamente ricos
que compraban los rebaños y el amor.

ABILIO

Este fantasma es un hereje y un monstruoso libertino

PARIS

¡Que yo no soy fantasma!. . . Soy una fuerza material
más poderosa que el oro y que el Decálogo. . . y que ha venido
a llevarse a su mujer.

ABILIO

¡A robarla!. . . Porque no ha de irse por su gusto.

PARIS

Me está esperando. . . Me espera siempre. . . Escuche usted cómo
me grita. . . Aguce los oídos.

ABILIO

Yo no oigo nada. (Escuchando atentamente.)

PARIS

Nunca oyen nada estos maridos.
Son todos sordos. . . También era sordo Menelao.

ABILIO

Pero. . .vamos a ver. ¿No eres la figura imaginaria de un
cuadro? ¿Un símbolo?
¿Un viejo mito inmóvil?

PARIS

Inmóvil
hasta que me animan y me encienden, y me siento un ser vivo.

ABILIO

¿Quién te anima y te enciende?

PARIS

Ahora, tú y tu mujer.

ABILIO

¿Nosotros?

PARIS

Vosotros os entrometisteis en la entraña sagrada
de mi símbolo.

ABILIO

No entiendo nada.

PARIS

Vosotros me conjurasteis.

ABILIO

¿Nosotros?

PARIS

Sí. . . Vosotros mismos.
la víspera precisamente de la boda.
Estabais embebidos.
mirándome en el cuadro.
Se había el arqueólogo dormido. . .
Roncaba la Historia, acuérdate.
Cuando la Historia duerme, se despiertan los mitos.
Tu mujer dijo, mirándome encendida: ¡Oh, Paris divino!
Y tú aullaste iracundo: ¡Ah, troyano maldito!
Entonces prendió el conjuro y yo os seguí.

ABILIO

¡Malhadado suceso!

PARIS

Y os seguiré sin tregua hasta el fin de los siglos.

(*Paris* vuelve al estante de libros y, tomando entre las manos el Atlas, con un codo en la repisa, dice cínico y burlón:)

Ahora que tu mujer me arrebató, enamorada y ambiciosa,
de la mano la manzana simbólica,

le he robado al gran Atlas esta sucia pelota,
esta esferita sórdida,
esta imagen del mundo, casi microscópica,
que llevaba clavada en la espalda, como una joroba.
Aquella manzana, la del famoso juicio, símbolo del amor,
que se comió tu esposa,
era más ligera que esta bola...
Siglos y siglos, como un gracioso adorno, como una noble joya,
la llevé en esta mano por la mitología y por la Historia.
Ahora me parece que llevo entre los dedos una bomba...
¡La Tierra pesa como el odio... y el amor como la pluma de una alondra!

ABILIO

¡No te temo! Eres un niño inofensivo que se divierte con una pelota.

PARIS

¿Por eso me tuteas?... ¡No te fíes! Tengo la belleza inmarcesible de un adolescente sin memoria
pero mi edad es justamente la del género humano... Soy viejo como el mundo... Nací en Troya.
Mira... Aquí está Troya. (Señalando en la esferita.) Aquí fui Paris. Luego recorrí toda la Tierra... Toda esta sucia bola,
mil lugares donde me dieron otros nombres. Y en este palacio he vuelto a ser ahora
Paris otra vez... El Paris que viene por tu Elena, decidido a llevarse a tu esposa...
que me espera allá abajo en el soberbio tálamo que construiste para mí...

ABILIO

¡Calla, maldita sombra!
Tú eres un cobarde tan sólo... El cobarde más vil de todos los troyanos.

(Va a la panoplia, coge una espada. *Paris* huye y sale a la terraza. *Abilio* tras él.)

Huyes como en Troya cuando te perseguía Menelao.

PARIS

Menelao era un bruto y un loco como tú... con unos largos cuernos de bisonte, que jamás me alcanzaron.

(Hay un juego de persecución en el que *Paris* se escurre burlonamente de la espada de *Abilio,* alrededor del telescopio. Se sube luego a la balaustrada donde continúa la persecución. Al fin *Abilio* le lanza un derrote y parece que lo atraviesa.)

ABILIO

(Iracundo.) ¡Toma!

PARIS

(Burlón.) ¡Ah, muerto soy!

ABILIO

¡Muere, espectro maldito!

Ahora sí... Ahora sí lo he matado.
Allí está... En las piedras del huerto se ha quebrado el bautismo.

(Dice esto vuelto de espaldas al público y mirando hacia abajo. Luego se vuelve y se enjuga el sudor con un pañuelo. De pronto se oye una carcajada en la sombra:)

PARIS

(Fuera.) ¡Ja... ja... ja! ¡A mí no se me mata tampoco arrojándome desde la plataforma de un castillo!

ABILIO

¡Vive! (Escuchando, y ya en el paroxismo del asombro.)

PARIS

(Fuera.)...¡Soy inmortal!... Tu Elena me aguarda ahora
en el tálamo...
Allí me encontrarás... allí te espero, Abilio.

ABILIO

¡Es un reto!... ¡Lo acepto!...

(Se yergue, afianza la espada y arranca hacia la alcoba nupcial... Sale por la izquierda. Oscuridad y mutación.)

(El corredor del cuadro. Paris en la ventana, mirando hacia el huerto.)

PARIS

Viene como un toro a encontrarme...
Baja por la escalera de servicio...
Viene ciego, iracundo
con el acero vengativo...
Tiene el mismo talante...
y el mismo caminar de todos los maridos
coronados... Ya llega...
Le esperaré en mi sitio. (Abre la puerta del tálamo.)
No fallará su espada. (Se corre el tabique frontal.)
Mi pecho le marcará el camino.

(Entra. *Elena* viene a su encuentro, le abraza y le besa apasionadamente.)

ELENA

¡Paris! ¿dónde has andado corazón?...
Corazón... ¡amor mío! (Le besa de nuevo.)

ABILIO

(Ya en la ventana. Los ve a través de la puerta abierta del tálamo abrazados y grita:)

¡¡Ah!!

(Paris se vuelve y cubriendo el cuerpo de *Elena* lo espera tranquilo con los brazos cruzados. *Abilio* arremete al troyano diciendo:)

¡Fantasma raptor y bandolero...
del infierno!... ¡Muere maldito! (Oscuridad.)

(Vuelve la luz. *Elena* yace muerta en el suelo. *Paris* apoyado en el bastidor de la izquierda dice tranquilamente ante el asombrado *Abilio:)*

PARIS

Abilio Santibáñez, sabes que no soy más que humo,
humo que sale del incendio
en que arde como yesca
enloquecido tu cerebro. . .
Sabes que no soy más que humo
y me persigues y traspasas con tu acero.
A veces, detrás de mí, como en la terraza,
estaba sólo el viento. . .
pero ahora estaba Elena. . . y tu espada
ha ido derecha y rauda hasta su pecho. . .
Muerta está. . . Te veré más tarde, Santibáñez. . .
después de los funerales y el entierro.

CUADRO 12º: El suicidio

(Cortinas. Después del entierro de *Elena.* Música funeral de fondo. Entran *Estefanía, Dorintila* y *D. Sandalio.)*

ESTEFANÍA

Todo ha pasado como un sueño.

DORINTILA

Como un rayo.

ESTEFANÍA

Todo ha ocurrido en menos de tres días: la boda y el funeral.

DORINTILA

Con el traje negro de la boda la enterraron.

SANDALIO

Y él lleva sobre su carnes todavía, la misma camisa de la noche nupcial.

ESTEFANÍA

¿Aún no le han puesto la camisa de fuerza?

SANDALIO

No es un loco de atar.

DORINTILA

¿Dónde se encuentra ahora?

SANDALIO

En su cuarto de soltero. . . Arriba está
la Justicia ha sellado las puertas y ni a mí
se me ha permitido pasar.

DORINTILA

¿Y está solo?

SANDALIO

Solo, quieto, callado y hablando con la sombra. . .
con una sombra que él ve nada más. (Salen.)

(Oscuridad y mutación. El palomar. *Abilio* está sentado en el sillón, con la cabeza entre las manos. Sale *Paris.* Bota la pelota. *Abilio* levanta la cabeza y al ver al troyano le dice con gran serenidad:)

ABILIO

¿Qué buscas ahora aquí?

PARIS

Mi libertad.

ABILIO

¿Tu libertad?

PARIS

Vengo por mi completa libertad.
De la cárcel de tu mujer ya me escapé.

ABILIO

Deja a los muertos descansar.

PARIS

Vosotros sois los que debisteis
haber respetado mi paz.
Yo estaba en el cuadro
como una imagen sagrada en el altar:
quieto en la Historia, clavado en el mito,
inmóvil en el símbolo. . . congelado en un sueño de la humanidad.

ABILIO

¿Quién te mandó salir de allí?

PARIS

Ya te he dicho que tú.

ABILIO

¿Yo?

PARIS

Tú me sacaste del lienzo con tus temores y tus celos.
Y como un duendecillo me metiste en la redoma de tu cráneo,
en tu cabeza, en ese tonel epiléptico
que llevas en los hombros. No soy más que una negra pesadilla
sentada en el montón blanducho de tus sesos. . .
la negra pesadilla que engendra tu locura.

ABILIO

¡Si no fuese más que una pesadilla todo esto! (Agarrándose la cabeza.)

PARIS

Tu mujer me encarceló
en la jaula dorada de su pecho. . .
y como un romántico ideal
en su corazón me tuvo preso
hasta que tú la asesinaste.

ABILIO

¡Calla!

PARIS

Cuando nos encontramos en el lecho
ocurrió el cataclismo.
Quisiste traspasarme una vez más

con tu impotente acero
y la mataste a ella. . . porque yo no soy más que una ilusión,
un sueño. . . humo, viento
y ella estaba tras de mí. . .
es decir tras el sueño. . .
Tenía que ser fatalmente explosiva nuestra cita en el tálamo. . .
Muerte para ella. . . y para ti locura.

ABILIO

¡Locura, locura!. . . va a reventar mi cráneo.

PARIS

Porque la locura no es bastante. Necesito que mueras tú también
para sentirme completamente liberado. . .
Mi cárcel ahora, es precisamente tu locura
y mientras vivas loco. . . yo no seré más que tu esclavo.

ABILIO

¿Vienes entonces a matarme?

PARIS

Nunca he matado a nadie. Yo no mato.
Vengo a que te mates tú mismo. . .
por tu voluntad. . . y con tus propias manos. . .
Ahora. . . el salto. . . es la mejor salida.

ABILIO

Los Santibáñez. . . no hemos tenido miedo nunca a ningún salto. . .
ni al doble, ni al triple,
ni al cuádruple salto mortal, que es un clavado
en el oscuro mar desconocido, en un mundo tal vez de cuatro
dimensiones
donde se funden el tiempo y el espacio.

PARIS

Ábreme ya la puerta de la cárcel.
descerrójame de una vez tu cráneo.

ABILIO

Es la única manera de no verte. . .
Como matarte es imposible. . . tendré que ser yo el inmolado. . .
Vamos a partir. . . Ya zumban los motores. . . ya se comba mi frente
y mi cabeza se deforma. . .

PARIS

Inútil que la sujetes con las manos.
Ya no cabe en tu casa.

ABILIO

Ya no cabe en la Tierra.
Siento que estamos despegando.

PARIS

Es un globo tangente con la Luna. . .
Llegó la hora de pincharlo (Abilio cruza hacia la panoplia.)
Basta con un punzón. . . Tal vez con una daga.

ABILIO

Mejor esta pistola... Yo mismo la había ya cargado

PARIS

Buenas noches, amigo.

ABILIO

Buenas noches troyano...
Paris.!. ilustre caballero...

PARIS

Todo se hincha para reventar... los globitos, los globos...
el gran balón del universo.

ABILIO

Y el cráneo del hombre también...
al que no le viene ya ningún sombrero.

PARIS

No hay presas ni bastiones para las cabezas que se inflan.

ABILIO

Ni cinturones ortopédicos
para suplir las duelas rotas
de los toneles epilépticos.
Todo se hincha para reventar...

PARIS

Buenas noches, Abilio Santibáñez. (Oscuridad.)

ABILIO

Buenas noches sombra... fantasma... símbolo o espectro.

(Suena un tiro en la sombra. Cuando vuelve la luz *Abilio* yace muerto en el suelo. De su cabeza sale una nube de humo y entre el humo desperezándose, estirando los brazos a la manera de aquel que se zafa de una larga y angustiosa pesadilla, está *Paris*. Luego avanzando hacia el proscenio dice encarándose con el público:)

PARIS

¡Libre al fin de fantasmas!...
Porque yo soy la Realidad...
y los fantasmas eran ellos.
Yo soy el símbolo... lo permanente y esencial.
Ellos, lo que acaba y se olvida...
¡Y el mundo es mío! (Levanta entre los dedos la pelota.)
Me vuelvo al cuadro, a la Historia... mi verdadero tálamo y mi altar.
Allí me espera Elena... y Helena, la otra... también es inmortal.

(Sale cantando esta copla:)

Amor, amor, agridulce amor
toma esta pelota por tu corazón,
Amor, amor, agridulce amor
te ofrezco la Tiera por tu corazón.

PARTE CUARTA

La manzana recobrada

CUADRO 13º: ¿Dónde está la manzana?

(El Corredor. Las cortinas del cuadro están corridas. Entra una ráfaga de viento. La Luna se ha escondido y toda la escena está envuelta en una misteriosa oscuridad. Llega *Paris,* cantando por la ventana y se para de pronto.)

PARIS

¡Chist!... Soy el marido desleal
que después de una aventura peligrosa
vuelve al hogar furtivamente,
pisando de puntillas en las horas
para no despertar la noche cronológica
ni el sueño milenario de la Historia.

(Defendido por la oscuridad y por la complicidad temblorosa de las cortinas, *Paris* salta al cuadro y se acomoda en su conspicuo lugar abandonado. Reafirma su postura clásica y antigua y, alargando el brazo, le ofrece a *Elena* su pelota-Tierra. *Paris,* aparentemente victorioso y astuto, ya en su lugar y en su tálamo, vuelve a ser el Capitán de la Sonrisa. Pero el viento se apacigua, las cortinas se aquietan, y la Luna que entra ahora franca por la ventana, hacen la escena más luminosa. Un reflector sobre el cuadro, y ahora *Elena* ve la manzana sórdida y apócrifa, que sostiene *Paris* en la mano, se la arrebata y dice iracunda:)

ELENA

Pero ¿qué es esto?... ¿Qué significa esta pelota
blanda y sucia que traes ahora en la mano?
¿Es éste el símbolo amoroso del deseo,
de la aventura luminosa y del pecado?
¿Perdí yo la fama y el pudor
por esta pelota sórdida de trapo?
¿Me lo jugué todo en la Historia
por esta grotesca y asquerosa bola?
¿Rima con mis senos esta esfera?
¿Dónde está la manzana simbólica?
¡Mi manzana... la mía... la única,
la verdadera y la sagrada poma!

PARIS

Te ofrecía la Tierra.

ELENA

Quiero la manzana.

PARIS

Te regalaba el mundo.

ELENA

Quiero el amor sobre todas las cosas.
Vete de aquí, perjuro, y no vuelvas
sin la poma simbólica y gloriosa.

(*Paris* desciende. Se apea del cuadro como del lecho, y se dirige al público para decir:)

PARIS

La verdad es que con este sucio, grotesco
y diminuto paradigma de la Tierra...
ni yo ni nadie escribirá jamás un gran poema.

(Botando pensativo la pelota, se dirige a la ventana. Sube al alféizar y dice mirando hacia el huerto:)

¿No habrá una manzana en este inmenso manzanar?

(Salta al huerto. Oscuridad y mutación.)

CUADRO 14º: En busca de la Manzana simbólica

(El huerto de los manzanos en flor. *Paris* ha saltado por la ventana y se ha perdido en el huerto, bajo la Luna llena, blanca y entrañable. Se le oye decir, fuera de escena:)

¿Ni una manzana siquiera?
Buscaré... Imploraré... Lloraré hasta ablandar
el corazón de la naturaleza...
¡Dadme una manzana, silvanos invisibles
espíritus ocultos en las raíces de la tierra!...
¡Dadme una manzana,
os lo pide el amor y la belleza!

(Cuando vuelve lo vemos regresar de su búsqueda infortunada, cabizbajo y vencido, trayendo, por todo botín, una ramita florecida de manzano, entre los dedos. Se para junto al gran manzano para decir:)

¡Flores... flores... flores!
¡Ni una poma!
¡Todos los manzanos del mundo están en flor!...
Hasta tu venerable copa,
viejo pastor de este inmenso rebaño,
donde las flores candorosas
pían aún, inocentes como crías
albas y tiernas de paloma.
Ninguna ha puesto un huevo todavía.
¡Flores!... ¡Flores!... ¡Flores! ¡Ni una poma! (Mira al cielo.)
Flores y estrellas...
y la Luna, en el cielo, redonda
como un tambor...
como el último tambor de la derrota.
¿Y aquello?... ¿Qué es aquello? (Mira hacia la copa del árbol.)
¡Nada!... ¡Ilusión!... ¡Fuegos fatuos!...
¡Una estrella burlona!...
Como en el poema dolorido
de aquella vieja historia:
"Jugaba al que me ves y no me ves,
una estrella burlona
en las ramas del Arbol Prohibido.

Iba y venía tras el biombo de las hojas.
De pronto, se sentó
en la curva turgente de la copa. . .
igual que una sirena
en la cresta indecisa de la ola.
Y oí que me decía: ¡Tómame, que no soy una estrella!
¡Muérdeme. . . soy lo que tú buscas. . . una poma!"
¡Burla es todo!. . . Y he aquí mi tesoro mezquino:
una esferita sucia, una pelota sórdida
inútil para suplantar a una manzana,
esa estrella burlona
y esta flor de manzano
que es una futura, lejana, posible, aún no nacida poma.
Lo cual quiere decir
que no hay ahora. . . ¡ahora!. . .
en este inminente momento de la fábula,
una manzana, sustantiva o simbólica,
para ofrecérsela al amor. . .
y Elena allí, esperándome sola
en el cuadro. . . en el tálamo. . . en la Historia. (Pausa. Pasea y medita.)
Ni sustantiva ni simbólica: (Viendo la luz de la ventana.)
¡Alto!. . . ¡Alto!. . .
La esperanza levanta su estandarte. . .
La esperanza enciende su bandera como la luz de un faro. . .
Y si la naturaleza me niega en esta hora
el fruto del amor y del pecado,
el arte, que como las mujeres,
siempre me ha protegido y me ha mimado,
puede salvarme. . . Siento que alguien me llama
y me hace señas con la mano. (Mirando la ventana.)
Aquella luz me guiña
y hacia ella atrae, como un imán, mis pasos.
(Corre y salta por la ventana, gritando:) ¡Eva. . . Eva!. . .

(Oscuridad y mutación.)

CUADRO 15º: Paris y la manzana recobrada

(El Corredor otra vez. Cuando vuelve la luz. *Paris* está frente a los dos cuadros de Eva, el primitivo y el de Rubens. Y dice levantando entre los dedos la pelota-Tierra:)

¡Eva!. . .

(Las dos Evas vuelven la cabeza sonriendo.)

¿Cuál de las dos me ayudará?

(Desciende de la ventana y se dirige a la Eva primitiva:)

Tú eres la más austera y la más sabia. Óyeme.
Te cambio el mundo por la manzana virginal.

(Sonriendo, Eva le alarga la manzana y cuando *Paris* va a cogerla para realizar el trueque, interviene la *Serpiente* que se desenrosca y le lanza al troyano un rápido derrote diciendo:)

SERPIENTE PRIMERA

Esa manzana tiene otros designios. . .
¡Atrás, pagano. . . atrás!

(Paris recula aterrado. Luego se repone y dirigiéndose a la Eva de Rubens, dice:)

PARIS

Atacaré por este lado.
Tú eres la más romántica y la más sensual.
Te doy mi corazón por tu manzana.

(Esta *Serpiente* hace el mismo juego que la otra.)

SERPIENTE SEGUNDA

¡Atrás, pagano. . . atrás!

(Paris retrocede aterrado, de nuevo. Después de una pausa se oye la voz de *San Francisco,* que dice alargándole la calavera:)

SAN FRANCISCO

Toma ésta.

PARIS

¡No!. . . ¡Ésa no!. . . No es la mía la poma seca de la muerte.
No es la mía la monda camuesa sepulcral.

(Recula cubriéndose los ojos con el brazo y después de una pausa, el *Mago* habla desde el cuadro:)

MAGO

La tuya es ésta, Paris.
Ésta es tu manzana. . . ¡Mírala!
El pintor la pintó pensando en todas las manzanas de la Tierra,
y en la Tierra misma, como el vientre inmenso y fecundo,
apasionado y maternal,
de donde fue saliendo el símbolo. . .

PARIS

¡Oh, divino Cézanne!

MAGO

Es la manzana del amor,
de la belleza y de la muerte. . . ¡Tómala!

(Paris la toma y con ella en la mano, avanza hacia el proscenio para decir:)

PARIS

¡Sí!. . . ¡Sí!. . . Ésta es la mía. . . y la de Elena.
Y la de Eva y la de Adán.
Ésta es la verdadera,
la sustantiva y esencial. . .
la manzana simbólica
que en su pulpa lleva contenidas las demás:
Aquí está la poma primigenia
del Paraíso terrenal.
De aquí nació la Historia. . . Y aquí está la manzana mitológica
que yo le ofrecí a Venus como premio a la clásica belleza sensual
Y aquí está tu camuesa, San Francisco, también,
arrugada y seca como tu místico sayal. (Mirando al cuadro.)
Ésta es la manzana simbólica del amor. . .
la del amor divino, la del amor genésico y la del amor carnal.
Y también es la sacrosanta
manzana de la libertad,

¡oh Guillermo Tell, furtivo cazador de ciervos y de pomas!
Y la docta manzana de Newton, la sabia manzana de la gravedad.
De aquí salió la ley... la ley del mundo que acorda
el movimiento rotatorio de la Tierra con el pecado original.
De aquí nació el amor...
El amor es la luz.
El amor es el galope de la Tierra alrededor del Sol...
y el galope del Sol
hacia la gran hoguera roja y mística
de la última constelación.
Helena... Aquí está... (Se acerca al cuadro y corre las cortinas.)
Se me escapó de los dedos como un pájaro...
Voló por todos los rincones de esta fábula
y por fin la he encontrado.
Aquí está de nuevo... Como una alondra dormida
en su viejo nido familiar, te la traigo.
Es la manzana más hermosa
que hayan visto nunca los ojos humanos.
Rima con tus senos... Y con los de Eva.
Es la manzana de los judíos y de los paganos.

EPÍLOGO Y COLOFÓN:
La manzana paradisíaca, helénica y cezanneana
(al público)

¡Aquí está!... ¡partidla!... Hay una estrella fija...
en el centro cordial de su redondo cuerpo blando...
¡La eternidad de la semilla!
¡Aquí está!... poma y universo... Lucero y manjar proletario...,
¡Oh, manzana-terráquea!...
En tu agridulce pulpa todos los hombres vamos
por la Historia y por el espacio infinito
navegando...
¡Oh poma popular y planetaria!
alrededor del amor y de la luz giramos y giramos...
y arrastrados por el carro encendido del Sol,
sin freno en el espacio,
corremos y corremos hacia un espíritu divino que sostiene el Universo,
como yo la manzana, en el cuenco amoroso de su mano
y en alguna estrella remota y escondida
del tiempo... está esperándonos...
¡Miradla!... Es la manzana ecuménica,
terrestre y sideral...
Cabe en el cuenco justo de la mano de Paris...
lo mismo que en el cuenco de la mano de Adán...
Tiene la blanda curva femenil de la Tierra
y es la exacta medida del amor.
Cabe en el cuenco *diminuto* de la mano del hombre...
Y en el cuenco *infinito*... de la mano de Dios.

Fin de la fábula

S U M A R I O

N U E S T R O   T I E M P O

A V E N T U R A   D E L   P E N S A M I E N T O

P R E S E N C I A   D E L   P A S A D O

D I M E N S I Ó N   I M A G I N A R I A

Printed in Mexico